

*Jane Austen*

# Persuasión / Sanditon



**Lectulandia**

*Persuación*, publicada póstumamente en 1818, presenta un cuadro de familia sumamente «austeniano»: un viudo pomposo que sólo lee el baronetario, una hija soltera llena de pretensiones, una hija casada hipocondriaca y caprichosa, una multitud ruidosa de parientes y vecinos que aparecen por todas partes... y, al fondo, en el último rincón, una heroína sensible, paciente y menospreciada. Pero *Persuación* es la última novela de Jane Austen y su heroína no es ya una muchacha en trance de aprendizaje sino una mujer en su madurez. Una mujer que «había dejado atrás la edad de ruborizarse; pero no, desde luego, la de las emociones»; y que ahora, ocho años después de haber rechazado, persuadida por un mal consejo, al hombre que amaba, ve cómo éste reaparece en su vida, rico, honorable, pero aún despechado. Una mujer que debe luchar porque el amor le conceda una segunda oportunidad. Esta edición ofrece además el jugoso e inédito fragmento de la novela que Jane Austen dejó inacabada al morir, *Sanditon*.

**Lectulandia**

Jane Austen

# **Persuasión & Sanditon**

ePub r1.0

Titivillus 11.02.16

Título original: *Persuasion & Sanditon*  
Jane Austen, 1871  
Traducción: Francisco Torres Oliver

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota del editor

*Persuasion* se publicó póstumamente junto con *La Abadía de Northanger* en 1818, poco después de morir su autora.

El capítulo suprimido de la novela que luego sería reemplazado por los actuales XXII y XXIII y que incluimos asimismo en este volumen fue preparado por el sobrino y primer biógrafo de Jane Austen, James E. Austen-Leigh, en la segunda edición (1871) de *A Memoir of Jane Austen*. En esta biografía apareció también, por primera vez, el fragmento de su novela inacabada *Sanditon*.

El texto de estas obras, como el de todas las de su autora, se considera fijado por la edición que hizo de ellas R. W. Chapman en 1923, a la cual se remiten todas las ediciones posteriores.

# PERSUASIÓN

# I

Sir Walter Elliot, de Kellynch Hall, Somersetshire, era un hombre que jamás cogía para distraerse otro libro que el baronetario<sup>[1]</sup>; allí encontraba ocupación para las horas muertas y consuelo para las de abatimiento; allí se le despertaban la admiración y el respeto, repasando lo poco que quedaba de los antiguos privilegios; allí cualquier malhumor derivado de problemas domésticos se le tornaba compasión o desdén de manera natural, hojeando el número casi interminable de títulos del último siglo... y allí, cuando las demás páginas no le servían, podía leer su propia historia con un interés que jamás le decaía. Ésta era la página por la que se abría siempre el libro predilecto:

## ELLIOT DE KELLYNCH HALL

*Walter Elliot, nacido el 1 de marzo de 1760, casado el 15 de julio de 1784 con Elizabeth, hija del Sr. James Stevenson, de South Park, condado de Gloucester; esta dama (fallecida en 1800) le ha dado los siguientes hijos: Elizabeth, nacida el 1 de junio de 1785; Anne, nacida el 9 de agosto de 1787; un hijo mortinato, nacido el 5 de noviembre de 1789; Mary, nacida el 20 de noviembre de 1791.*

Así rezaba exactamente el párrafo salido de manos del impresor; pero para información propia y de su familia, sir Walter lo había completado añadiendo detrás de la fecha de nacimiento de Mary las siguientes palabras: «Casada el 16 de diciembre de 1810 con Charles, hijo y heredero del señor Charles Musgrove de Uppercross, condado de Somerset», e insertando también, escrupulosamente, el día del mes en que había perdido a su esposa.

Luego seguía la historia y ascenso de la antigua y respetable familia en los términos habituales: cómo se había establecido al principio en Cheshire; cómo se la mencionaba en Dugdale, cómo habían ocupado el cargo de diputado, representando a un municipio durante tres parlamentos sucesivos; las pruebas de lealtad, y la consecución del título de baronet en el primer año de reinado de Carlos II, con todas las Marys y Elizabeths con las que se habían casado; llenando en total dos hermosas páginas en dozavo cerradas con el escudo y la leyenda: «Morada solariega, Kellynch Hall, condado de Somerset». Y cómo, con la letra de sir Walter otra vez, tenía añadido el siguiente final:

*Presunto heredero: William Walter Elliot, bisnieto del segundo sir Walter.*

El carácter de *sir* Walter Elliot lo constituía de extremo a extremo la vanidad: era vanidoso respecto a su persona y respecto a su posición. Había sido muy guapo en su juventud, y a los cincuenta y cuatro años aún era un hombre apuesto. Pocas mujeres

sentían más estima por su físico que él por el suyo, ni había ayuda de cámara de lord recién ascendido que estuviera más encantado con su puesto en la sociedad. Para él, la belleza sólo era inferior a la dignidad de *baronet*; y el *sir* Walter Elliot que reunía tales dones era constante objeto de su más cálido respeto y devoción.

La verdad era que su belleza y su rango tenían derecho a la estima que les profesaba, ya que a ambas cosas debía el haber tenido una esposa de condición muy superior a la que hubiera merecido como hombre. *Lady* Elliot había sido una mujer excelente, sensible y amable, cuyo juicio y conducta, si se perdonaba el entontecimiento juvenil que le causara el convertirse en *lady* Elliot, jamás necesitaron indulgencia después. Había consentido, atenuado u ocultado las debilidades de su marido, y había fomentado su respetabilidad durante diecisiete años; y aunque no fue el ser más feliz de la tierra, había encontrado motivo suficiente en sus obligaciones, sus amistades y sus hijas para amar la vida, y hacer que no le fuera indiferente cuando le tocó dejarlas: tres niñas, las dos mayores de dieciséis y catorce años, eran una enorme responsabilidad para legarlas una madre; una carga tremenda para confiarla a la autoridad y dirección de un padre engreído y estúpido. No obstante, tenía una amiga íntima, mujer digna y sensata cuyo cariño la había inclinado a vivir cerca de ella, en el pueblo de Kellynch; y *lady* Elliot había confiado en su bondad y su consejo para ayudar a conservar mejor los buenos principios y enseñanzas que había estado inculcando con ansia en sus tres hijas.

No se casaron esta amiga y *sir* Walter, fuera cual fuese el pronóstico que hicieron sus amistades al respecto: habían pasado trece años desde la muerte de *lady* Elliot, y seguían siendo vecinos cercanos y buenos amigos; pero el uno se mantenía viudo, y la otra, viuda.

No hace falta explicar al público —que suele torcer el gesto sin mucha razón cuando una mujer se vuelve a casar, más que cuando *no* lo hace— que *lady* Russell, de edad y carácter estables, y posición muy acomodada, no pensara en un segundo matrimonio; sí requiere explicación, en cambio, que *sir* Walter permaneciera solo. Sépase que *sir* Walter, como buen padre —tras sufrir uno o dos secretos fracasos en otros tantos intentos disparatados—, se jactaba de permanecer viudo por sus hijas. Por una de las hijas, la mayor, estaba dispuesto a renunciar a lo que fuera; aunque aún no se había encontrado en situación de tenerlo que hacer. Elizabeth, a los dieciséis años, había asumido todos los derechos e importancia de su madre; y dado que era guapísima, y muy parecida a su padre, su influencia sobre él había sido siempre grande, y eran muy felices juntos. A las otras dos las valoraba muy por debajo. Mary había adquirido cierta importancia ficticia al convertirse en esposa de Charles Musgrove; pero Anne, aunque dotada de un espíritu refinado y un carácter amable que la habrían encumbrado entre personas con verdadero discernimiento, no era nada para su padre y su hermana: sus palabras carecían de peso, y siempre le tocaba ceder; era simplemente Anne.

Para *lady* Russell, en cambio, era la ahijada, la favorita y la amiga que más quería



y estimaba. *Lady Russell* quería a las tres; pero sólo en Anne veía revivir a la madre.

Unos años antes, Anne Elliot había sido una niña preciosa; pero había perdido muy pronto su lozanía; y si, todavía en su esplendor, su padre había visto en ella muy poco que admirar (tan distintos de los suyos encontraba el rostro delicado y los ojos negros y dulces de su hija), ahora que estaba delgada y descolorida no había nada en su cara que despertase su estima. Nunca había tenido muchas esperanzas —y ahora no tenía ninguna— de leer su nombre en otra página del libro predilecto. Todo emparentamiento en pie de igualdad provendría de Elizabeth; porque Mary había enlazado con una antigua familia rural respetable y de gran fortuna a la que había aportado todo el honor, sin haber recibido ninguno: algún día, Elizabeth se casaría como correspondía.

Ocurre a veces que una mujer es más guapa a los veintinueve años que a los diecinueve; y por lo general, si no ha tenido mala salud ni tribulaciones de ningún género, ésa es una etapa de la vida en la que apenas se ha perdido ningún encanto. Y tal era el caso de Elizabeth; aún seguía siendo la preciosa señorita Elliot que se había revelado trece años antes; y podía disculparse a *sir Walter* por olvidar su edad, o no considerársele rematadamente tonto por creer que tanto él como Elizabeth estaban más lozanos que nunca, en medio de la ruina de la belleza de los demás; porque muy claro veía cómo envejecían sus amistades y el resto de su familia, Anne estaba ojerosa, Mary había engordado; en cuanto a los vecinos, tenían cada vez peor cara, y hacía tiempo que veía con pesar el rápido aumento de las patas de gallo en las sienes de *lady Russell*.

Elizabeth no compartía del todo con su padre esa satisfacción personal. Hacía años que ejercía como señora de Kellynch Hall, presidiendo y dirigiendo con una seguridad y una decisión que no hacían sospechar que fuera más joven de lo que aparentaba. Trece años llevaba haciendo los honores, impartiendo órdenes a la servidumbre de la casa, subiendo la primera en el coche, y saliendo detrás de *lady Russell* de los salones y comedores de la región. Los torbellinos de trece inviernos sucesivos la habían visto abrir todos los bailes de prestigio que se permitía la reducida vecindad, y trece primaveras habían mostrado sus flores a su paso, camino de Londres con su padre, para disfrutar del gran mundo durante unas semanas. De todo esto guardaba recuerdo; era consciente de que tenía veintinueve años, lo que hacía que a veces la asaltaran temores y recelos. Estaba muy contenta de seguir igual de guapa; pero se daba cuenta de que se acercaban los años peligrosos, y la habría aliviado tener la certeza de que en el transcurso de un año o dos la pediría algún *baronet*. Entonces, quizá, habría hojeado el amadísimo libro con tanto gozo como en su primera juventud; ahora, en cambio, no le apetecía. Verse inscrita con la fecha de su nacimiento, y no ver registrado otro matrimonio que el de su hermana menor, convertía el libro en algo odioso; y más de una vez, cuando su padre lo dejaba abierto sobre la mesa cerca de ella, lo había cerrado mirando a otra parte y lo había apartado lejos de sí.

Además, había tenido un desengaño que este libro, y en particular la historia de su propia familia, le hacía tener perpetuamente presente. El presunto heredero, el mismo William Walter Elliot, cuyos derechos había apoyado generosamente su padre, la había desdeñado.

Desde muy jovencita, desde que supo que William iba a ser el futuro *baronet* en el caso de que ella no tuviera ningún hermano, había abrigado la idea de casarse con él; y su padre siempre había pensado que debía ser así. No le habían conocido de niño, pero poco después de la muerte de *lady Elliot* *sir* Walter quiso establecer relación con él; y aunque sus ofrecimientos no habían encontrado ningún entusiasmo, había perseverado en su propósito, mostrándose comprensivo con el discreto retraimiento del joven; y en uno de los viajes de primavera a Londres, cuando Elizabeth estaba en la flor de su juventud, el señor Elliot se vio obligado a transigir con la presentación.

Era entonces muy joven y acababa de iniciar sus estudios de derecho; y Elizabeth le encontró sumamente agradable, con lo que quedaron confirmados todos sus planes en su favor. Fue invitado a Kellynch Hall, donde se habló de él y se le estuvo esperando el resto del año, pero no fue. A la primavera siguiente, Elizabeth le volvió a ver en Londres y volvió a encontrarle igual de agradable. Otra vez se le animó, se le invitó y se le esperó, pero tampoco fue; y la siguiente noticia que tuvieron de él fue que se había casado. En vez de orientar su fortuna en la dirección que se le marcaba como heredero de la casa de los Elliot, había comprado su independencia uniéndose a una mujer rica de cuna más baja.

*Sir* Walter se ofendió. Como jefe de la casa, pensaba que debía haberle consultado, sobre todo después de haberle tomado públicamente de la mano: «Porque tienen que habernos visto juntos —murmuró—, una vez en Tattersal y dos en el pasillo de la Cámara de los Comunes». Manifestó su desaprobación, aunque muy poco afectado aparentemente. El señor Elliot no había ofrecido ninguna disculpa, y se había mostrado tan poco deseoso de que la familia le tuviera en cuenta como indigno le consideraba *sir* Walter de tal atención. Así que cesó toda relación entre ellos.

Este penoso episodio del señor Elliot, al cabo de los años, aún irritaba a Elizabeth, a la que le había gustado el hombre por sí mismo, y más por ser el heredero de su padre, cuyo fuerte orgullo de familia sólo veía encarnado en él, pareja apropiada para la hija mayor de *sir* Walter Elliot. No había un solo *baronet*, de la A a la Z, al que habría estado más dispuesta a reconocer como un igual. Sin embargo, se había comportado de una forma tan miserable que aunque ahora (verano de 1814) llevaba ella unas cintas negras por la esposa de él, no estaba dispuesta a considerarle otra vez merecedor de sus pensamientos. Quizá habría podido superarse la vergüenza de su primer matrimonio, dado que no había motivo para suponer que fuera a perpetuarse con ninguna descendencia, si el señor Elliot no hubiera hecho algo peor; pero por la vía habitual de unos buenos amigos, se habían enterado de que hablaba de ellos con gran falta de respeto, y de forma muy frívola y despreciativa de la familia a la que

pertenecía, y de la honra que más tarde sería suya. Esto no se podía perdonar.

Ésas eran las ideas y nociones de Elizabeth Elliot; ésas las preocupaciones que amalgamar, las inquietudes que variar, la monotonía y la elegancia, la prosperidad y la insignificancia del escenario de su vida; ésos los sentimientos con que dar interés a una existencia larga y aburrida en un círculo rural cuyos vacíos, por carecer del hábito de hacer algo útil fuera de casa, y de talento o aptitudes para hacer algo dentro de ella, no había posibilidad de llenar.

Pero ahora, otra preocupación y solicitud venía a sumarse a las citadas. Su padre empezaba a tener problemas de dinero. Ella sabía que al asumir ahora la dignidad de *baronet*, debía apartar del pensamiento las pesadas deudas de sus mercaderes y las desagradables indicaciones de su apoderado el señor Shepherd. La propiedad de Kellynch era buena, pero no suficiente para sufragar el boato que a juicio de *sir* Walter se exigía a su poseedor. Mientras vivió *lady* Elliot, había habido un método, una moderación y una economía que habían mantenido a *sir* Walter dentro de los límites de sus rentas; pero con su muerte había desaparecido ese sentido de la prudencia, y desde ese momento habían ido en aumento sus excesos. No le había sido posible contener los gastos; *sir* Walter Elliot no había hecho sino lo que se sentía llamado imperiosamente a hacer; pero aunque no tenía la culpa, no sólo iba contrayendo deudas cada vez más gravosas, sino que empezaba a oír hablar de ellas tan a menudo que dejó de tener sentido tratar de ocultárselas más tiempo, siquiera parcialmente, a su hija. En la última primavera, en la capital, le había llegado a insinuar algo al respecto; incluso le llegó a preguntar:

—¿Podemos reducir gastos? ¿Se te ocurre algún capítulo en el que podamos economizar?

Y Elizabeth, todo hay que decirlo, se había puesto a pensar seriamente, en el primer ardor de alarma femenina, qué podían hacer; y por último propuso estas dos medidas: suprimir las obras de caridad innecesarias, y abstenerse de comprar nuevos muebles para el salón; medidas a las que añadió después la feliz idea de no llevarle ningún regalo a Anne como solían hacer todos los años. Pero estas medidas, aunque buenas en sí, eran insuficientes para subsanar todo el mal, cuya extensión se vio obligado *sir* Walter a confesarle poco después. Elizabeth no tenía medidas más eficaces que proponer. Se sintió humillada y desventurada, lo mismo que su padre; y ni el uno ni la otra fueron capaces de idear un medio de reducir gastos sin comprometer su dignidad ni renunciar a sus comodidades más allá de lo soportable.

*Sir* Walter sólo podía enajenar una pequeña parte de la propiedad; pero aunque hubiera podido venderla toda, habría dado igual. Había accedido a hipotecar cuanto estaba en su poder, pero jamás accedería a vender. Eso no: jamás deshonraría su nombre hasta ese extremo. La propiedad de Kellynch debía transmitirse de manera total y entera, tal como él la había recibido.

Visitó al señor Shepherd, que vivía en el vecino pueblo de mercado, y a *lady* Russell, ambas personas de confianza, para que le aconsejasen; y padre e hija

esperaron que al uno o al otro se le ocurriera algo que les sacara del apuro y redujera sus gastos sin sacrificar su gusto ni su orgullo.

## II

El señor Shepherd, un abogado cauto y diplomático que, cualquiera que fuese su influencia y su opinión sobre *sir* Walter, prefería que lo *desagradable* le llegara de otro, se excusó de ofrecer la más ligera sugerencia, y sólo pidió permiso para recomendar, a modo de implícita deferencia, que escuchase el excelente juicio de *lady* Russell, de cuyo conocido buen sentido esperaba que obtuviera el consejo de medidas firmes, las cuales confiaba en ver finalmente adoptadas.

*Lady* Russell se mostró de lo más interesada en el asunto, y le dedicó muy seria reflexión. Era una mujer de inteligencia más razonadora que viva, cuya dificultad en llegar a una decisión en este caso fue grande debido a la contraposición de dos importantes principios. Rigurosamente íntegra, tenía un delicado sentido del honor; pero estaba tan deseosa de ahorrar sinsabores a *sir* Walter como preocupada por el prestigio de la familia, y era tan aristocrática en sus ideas sobre lo que le correspondía como cualquier persona sensata y honesta. Era una mujer buena, caritativa, capaz de profundos afectos, de conducta absolutamente intachable, estricta en sus nociones del decoro, y con una educación que se tenía como modelo de buena crianza. Dotada de un espíritu cultivado, era en términos generales sensata y consecuente, aunque tenía prejuicios en cuanto al linaje: el valor que atribuía al rango y a la importancia social le impedía en cierto modo ver defectos en quienes poseían ambas cosas. Viuda tan sólo de un caballero, concedía a la dignidad de *baronet* cuanto le correspondía; y *sir* Walter, independientemente de sus derechos como antiguo amigo, vecino atento, hacendado amable, marido de su amiga del alma y padre de Anne y sus hermanas, tenía a sus ojos derecho, como *sir* Walter, a toda la compasión y consideración en sus presentes dificultades.

Debían restringir gastos; eso estaba fuera de toda duda. Pero *lady* Russell estaba muy preocupada por que lo hicieran con el menor sacrificio posible por parte de él y de Elizabeth. Trazó planes para economizar, hizo cálculos minuciosos, y consultó con Anne, cosa que no se le había ocurrido ni a su padre ni a su hermana, porque consideraban que no tenía el menor interés en la cuestión. La consultó, y en cierto modo siguió su parecer al proyectar la reducción de gastos que finalmente propuso a *sir* Walter. Todas las medidas de Anne tendían a hacer prevalecer la honradez sobre la importancia social. Quería medidas más enérgicas, una rectificación más completa, una cancelación más rápida de la deuda, una mayor indiferencia hacia todo lo que no fuera justo y equitativo.

—Si podemos convencer a tu padre para que haga todo esto —dijo *lady* Russell, examinando lo escrito—, se puede hacer mucho. Si acepta estas medidas, en siete años estará limpio de deudas. Y espero que logremos convencerlos a él y a Elizabeth de que Kellynch Hall posee una respetabilidad a la que no pueden afectar estas restricciones, y de que la verdadera dignidad de *sir* Walter Elliot estará muy lejos de menguar a los ojos de nadie con sentido común por el hecho de obrar como hombre

de principios. ¿Qué tiene que hacer, en realidad, sino lo que muchas de nuestras familias han hecho antes... o deberían hacer? Su caso no tiene nada de excepcional; y es la excepcionalidad la que a menudo constituye lo peor de nuestros sufrimientos, como siempre que se trata de nuestra conducta. Tengo muchas esperanzas de que logremos convencerle. Tenemos que mostrarnos serias y decididas, porque, en definitiva, la persona que ha contraído deudas tiene que saldarlas; y aunque hay que tener muy en cuenta los sentimientos de un caballero jefe de familia como tu padre, mucho más hay que respetar la reputación de un hombre honrado.

Éste era el criterio por el que Anne quería que se guiara su padre, y al que le instaban sus amigos. Anne consideraba un deber insoslayable satisfacer las demandas de los acreedores lo más rápidamente que permitiese una reducción global de gastos, y no veía dignidad alguna en todo lo que fuera en detrimento de esa medida. Quería que se adoptase, y lo consideraba un deber. Valoraba mucho la influencia de *lady Russell*; y en cuanto a la severidad de la renuncia que su propia conciencia exigía, pensaba que sería poco más difícil convencerlos de que adoptaran un cambio total que hacerlo sólo a medias. Conocía a su padre y a Elizabeth, y sabía que casi les resultaba igual de doloroso prescindir de un par de caballos que de dos; y lo mismo ocurría con todas las cosas de la demasiado benevolente lista de reducciones de *lady Russell*.

Poco importa cómo habrían recibido su padre y su hermana las exigencias más rígidas de Anne. Las de *lady Russell* no tuvieron ningún éxito: no podían someterse a ellas, no las soportaban. «¡Cómo! ¿Eliminar todas las comodidades de la vida? ¿Los viajes a Londres, la servidumbre, los caballos, las cenas... restringir y recortar en todos los capítulos? ¿Dejar de vivir siquiera con el decoro de un caballero normal y corriente? No, antes renunciaría a Kellynch Hall, que seguir viviendo allí en condiciones tan deshonorosas».

—Deje Kellynch Hall. —El señor Shepherd recogió al punto la sugerencia, dado que sus propios emolumentos estaban ligados a un ahorro efectivo por parte de *sir Walter*, y tenía el absoluto convencimiento de que nada se haría sin un cambio de residencia. Dado que la idea la había formulado el propio interesado, no tuvo ningún reparo en confesar que su opinión estaba de ese lado. Creía que *sir Walter* no conseguiría modificar esencialmente su modo de vida en una casa cuya fama de hospitalaria y de rancia dignidad debía mantener. En cualquier otro lugar, *sir Walter* podría decidir por sí mismo, y aplicar a su casa el régimen de vida que quisiera con el respeto de todos.

*Sir Walter* dejaría Kellynch Hall; y tras unos días más de indecisión y de dudas, quedó solucionada la gran cuestión de adónde ir, y perfilado el primer bosquejo de este importante cambio.

Había tres alternativas: Londres, Bath u otra residencia en la región. Todos los votos de Anne fueron a favor de esta última. Una casa pequeña de la vecindad donde poder seguir gozando de la compañía de *lady Russell*, estar cerca de Mary, y tener

todavía el placer de ver de vez en cuando los prados y los arbolados de Kellynch, era cuanto anhelaba. Pero el habitual destino de Anne le iba a traer lo contrario de lo que le apetecía. Le desagradaba Bath y pensaba que no le iba... pues bien: Bath sería su hogar.

Al principio *sir* Walter había pensado más en Londres, pero el señor Shepherd, consciente de que Londres no era de fiar, había sido lo bastante hábil para disuadirle, y hacer que prefiriese Bath. Era una ciudad mucho más segura para un caballero que atravesaba una situación difícil como él; allí podía seguir siendo importante con relativamente poco gasto. Dos grandes ventajas de Bath sobre Londres habían pesado de manera decisiva: su distancia más cómoda respecto de Kellynch, a sólo ochenta kilómetros, y el hecho de que *lady* Russell pasara allí parte del invierno; y para gran satisfacción de *lady* Russell —que cuando se empezó a hablar de la proyectada mudanza se había pronunciado a favor de Bath—, *sir* Walter y Elizabeth acabaron convenciéndose de que con fijar su residencia allí ni su importancia social ni sus placeres sufrirían merma alguna.

*Lady* Russell se vio obligada a oponerse a los deseos de su querida Anne: habría sido esperar demasiado que *sir* Walter se resignara a vivir en una casa pequeña en su propia vecindad. La misma Anne habría sufrido más mortificaciones de las que preveía; mortificaciones que en el caso de *sir* Walter, con su sensibilidad, habrían resultado espantosas. Y en cuanto a la oposición de Anne a Bath, la consideraba un prejuicio y un error que provenía, en primer lugar, del hecho de haber estado allí tres años en un colegio, después de la muerte de su madre, y en segundo lugar porque se sintió muy deprimida el único invierno que había pasado allí después con ella.

En resumen, a *lady* Russell le gustaba Bath, y estaba dispuesta a creer que les convenía a todos; en cuanto a la salud de su joven amiga, evitaría todo riesgo llevándosela con ella a pasar los meses de calor al Pabellón de Kellynch; en realidad, era un cambio que beneficiaría a su salud y su ánimo. Anne había salido muy poco de casa, había visto muy poco. No era animosa. Un círculo de amistades más amplio le vendría bien. Quería que conociera gente.

La oposición de *sir* Walter a instalarse en otra casa de la misma vecindad la acentuaba un aspecto —absolutamente esencial en el proyecto— que había sido incluido con todos los beneplácitos desde el principio. No sólo tenía que abandonar su hogar, sino ponerlo en manos de otros: prueba que espíritus más fuertes que el de *sir* Walter habrían juzgado excesiva. Tenía que alquilar Kellynch Hall. No obstante, esta medida era un secreto que no debía traspasar el círculo familiar.

*Sir* Walter no habría podido soportar la degradación de que se supiese su intención de alquilar su residencia. El señor Shepherd había mencionado una vez la palabra «anuncio», pero no se atrevió a volverla a pronunciar: *sir* Walter despreciaba la idea de ofrecerla de la manera que fuese; le prohibió hacer la más ligera alusión a sus intenciones, y sólo en el supuesto de que algún demandante irreprochable la solicitara espontáneamente la alquilaría como un gran favor, y con las condiciones

que él decidiera.

¡Con qué presteza encontramos razones para aprobar lo que nos agrada! *Lady Russell* tenía otro excelente motivo para alegrarse en extremo de que *sir Walter* y su familia abandonaran la comarca. Elizabeth había estado cultivando una amistad que ella quería ver interrumpida. Se trataba de la hija del señor Shepherd, que, tras un matrimonio desafortunado, había regresado a la casa de su padre con la carga adicional de dos hijos. Era una joven despierta que conocía el arte de agradar; de agradar, al menos, en Kellynch Hall, y que se había ganado a Elizabeth a tal extremo que ya se había quedado a dormir más de una vez, a pesar de que *lady Russell*, que consideraba dicha amistad totalmente inconveniente, le aconsejara discretamente cautela y reserva.

A decir verdad, *lady Russell* apenas tenía ascendiente sobre Elizabeth, y la quería más por deseo de quererla que porque Elizabeth lo mereciese. Nunca había recibido de ella más que una atención superficial, nada que sobrepasara las normas de cortesía; nunca consiguió de ella nada que estuviera en contra de su inclinación. Muchas veces había intentado con todo interés que incluyera a Anne en las visitas a Londres, sensiblemente expuesta a la injusticia y el desdoro de unos planes egoístas que la excluían; menos frecuentemente, había tratado de ofrecer a Elizabeth el beneficio de su experiencia y su juicio más maduro... aunque en vano: Elizabeth obraba según su antojo, que nunca fue más decididamente opuesto a los consejos de *lady Russell* que en su amistad con la señora Clay, al apartarse de una hermana excelente para dar su afecto y su confianza a alguien con quien debía haber observado un trato distante.

Por su posición social, la señora Clay era a juicio de *lady Russell* muy inferior; y en cuanto a reputación, la consideraba una compañera peligrosa. De modo que un cambio de domicilio que dejara atrás a la señora Clay e incorporara una selección más conveniente de amistades al círculo de la señorita Elliot era un objetivo de la mayor importancia.



### III

—Con su permiso, *sir* Walter —dijo el señor Shepherd una mañana en Kellynch, al tiempo que dejaba el periódico—, debo decir que la actual coyuntura nos es muy favorable. Esta paz hará volver a tierra a todos los ricos oficiales de nuestra Armada. Necesitarán casa. No podría haber mejor momento, *sir* Walter, para escoger inquilinos, inquilinos de responsabilidad. Durante la guerra se han amasado grandes fortunas. Si diéramos con un rico almirante, *sir* Walter...

—Sería un hombre de mucha suerte, Shepherd —le replicó *sir* Walter—; es cuanto puedo decir. Para él, Kellynch Hall sería una verdadera presa; la más grande de cuantas haya tomado jamás, ¿eh, Shepherd?

El señor Shepherd le rió la gracia, como sabía que debía hacer, y luego añadió:

—Permítame manifestar, *sir* Walter, que tocante a negocios, los caballeros de la Armada son gente con la que da gusto tratar. He tenido ocasión de conocer un poco su modo de hacer negocios, y puedo afirmar que tienen principios muy liberales, y que probablemente son los inquilinos más deseables de cuantos podamos encontrar. Por tanto, *sir* Walter, me atrevería a sugerir que, en caso de que corriera por ahí algún rumor sobre sus intenciones, eventualidad que debemos considerar posible, porque sabemos lo difícil que es ocultar las acciones y propósitos de una parte de la sociedad a la atención y la curiosidad de la otra (la categoría social tiene sus tributos), yo, John Shepherd, puedo guardar en secreto el asunto familiar que quiera, pero sobre *sir* Walter se concentran miradas muy difíciles de eludir; así que me atrevo a decir que no me sorprendería mucho que, con todas nuestras precauciones, corriese algún rumor sobre la verdad, en cuyo caso, como iba a decir, dado que surgirían inevitablemente solicitudes, merecería la pena atender especialmente a los oficiales ricos de la Armada; y permítame añadir, que en dos horas podría estar yo aquí, para ahorrarle a usted la molestia de contestar.

*Sir* Walter se limitó a asentir con la cabeza. Pero poco después, se levantó y se puso a pasear por la habitación, y comentó con sarcasmo:

—Imagino que habrá pocos caballeros en la Armada para los que no sería una sorpresa vivir en una casa de esta categoría.

—Sin duda mirarían a su alrededor, y bendecirían su suerte —dijo la señora Clay. Porque la señora Clay estaba presente: la había traído su padre, ya que nada le sentaba tan bien como un paseo en coche a Kellynch—. Pero estoy completamente de acuerdo con mi padre en que un marino puede ser un inquilino muy deseable. He conocido a muchos de esa profesión; y además de su liberalidad, son muy cuidadosos y ordenados en todo. Estos cuadros valiosos, *sir* Walter, si decide dejarlos, estarían completamente seguros. ¡Toda la casa y sus alrededores recibirían un trato excelente! El parque y los arbustos seguirían estando casi tan bien atendidos como ahora. Y no tendría usted por qué temer, señorita Elliot, que descuidaran su precioso jardín.

—En cuanto a eso —replicó *sir* Walter fríamente—, en el supuesto de que decida

alquilar mi casa, no he pensado ni por asomo añadir ningún privilegio. No me siento especialmente inclinado a hacer favores a un inquilino. Naturalmente, tendría libre acceso al parque, y pocos oficiales de la Armada ni señores de la clase que sea han podido disponer de tal extensión de terreno; pero las limitaciones que yo imponga al uso del parque son cuestión aparte. No me entusiasma la idea de que alguien se pueda meter entre mis arbustos a cualquier hora; y recomendaría a mi hija que estuviese en guardia respecto a su jardín. No estoy dispuesto a conceder favores extra al que alquile Kellynch Hall, se lo aseguro, sea marino o soldado.

Tras una breve pausa, el señor Shepherd se atrevió a comentar:

—En estos casos, hay usos establecidos que estipulan claramente la relación entre el dueño y el inquilino. Sus intereses, *sir* Walter, están en buenas manos. Déjeme a mí velar por que ningún inquilino se arrogue más derechos de los que le corresponden. Me atrevo a asegurar que *sir* Walter Elliot no pone la mitad de celo en sus propios intereses que el que pondrá John Shepherd en su lugar.

Aquí alzó la voz Anne:

—Creo que la Armada, que ha hecho tanto por nosotros, tiene al menos el mismo derecho que cualquier categoría de hombres a todas las comodidades y privilegios que una casa les pueda ofrecer. Hay que reconocer que los marinos han hecho suficiente sacrificio para ganarse su bienestar.

—Muy cierto, muy cierto. Lo que dice la señorita Anne es una gran verdad —replicó el señor Shepherd.

—Desde luego —dijo su hija.

Pero a continuación comentó *sir* Walter:

—Esa profesión tiene su utilidad; pero lamentaría ver metido en ella a ningún amigo mío.

—¿De verdad? —exclamaron los demás con sorpresa.

—Sí; en dos aspectos me desagrada; tengo dos grandes objeciones que ponerle. Primera, que es un medio de elevar a una distinción inmerecida a personas de origen oscuro, y de tributarles honores que sus padres y abuelos jamás llegaron a soñar; y segundo, destroza de manera horrible el vigor y la juventud de un hombre; un marino envejece antes que los demás hombres; lo he observado toda mi vida. En la Armada, un hombre corre más peligro de ser ofendido con el ascenso de alguien a cuyo padre el suyo ni se habría dignado dirigirle la palabra, y de volverse desagradable, que en ninguna otra profesión. La pasada primavera, en la capital, me encontraba un día en compañía de dos hombres que eran ejemplo vivo de lo que estoy diciendo: lord St. Ives, cuyo padre sabemos que ha sido coadjutor rural y no tenía un mendrugo para comer; ¿voy a cederle la casa a lord St. Ives, o a un tal almirante Baldwin, personaje con la pinta más lamentable que cabe imaginar: con una cara del color de la caoba, tosca y arrugada a más no poder, toda rayas y surcos, con nueve pelos grises a cada lado y sin otra cosa encima que unos pocos polvos? «¡Válgame Dios!, ¿quién es ese vejestorio?», dije a un amigo que tenía cerca (*sir* Basil Morley). «¿Vejestorio?

(exclamó *sir* Basil), es el almirante Baldwin. ¿Qué edad crees que tiene?». «Sesenta años (dije), quizá sesenta y dos». «Tiene cuarenta (replicó *sir* Basil); cuarenta; ni uno más». ¡Imagine mi asombro!; no olvidaré fácilmente al almirante Baldwin. Jamás había visto un ejemplo más desdichado de lo que puede hacer una vida en la mar. Pero en cierto modo, sé que les ocurre a todos: viven zarandeados, expuestos a todos los climas, a todas las inclemencias, hasta que se quedan que no hay quien los mire. Es una pena que no los rematen con un golpe en la cabeza antes de que lleguen a la edad del almirante Baldwin.

—Realmente, *sir* Walter —exclamó la señora Clay—, eso es ser demasiado severo. Tenga un poco de compasión de esos pobres hombres. No todos hemos nacido para ser guapos. La mar no favorece; los marinos envejecen prematuramente; lo he observado a menudo; pierden pronto su aspecto juvenil. Pero ¿no ocurre lo mismo con muchas otras profesiones, con casi todas, quizá? Los soldados en servicio activo no salen mejor parados: incluso en profesiones más tranquilas hay un esfuerzo y un trabajo de la mente, cuando no del cuerpo, que rara vez deja la belleza del hombre al desgaste natural del tiempo. El abogado se afana, agobiado por las inquietudes; el médico se levanta a cualquier hora y viaja sin importarle el tiempo que hace; incluso el sacerdote... —se detuvo un momento a pensar qué podía decir a propósito del sacerdote—, incluso el sacerdote se ve obligado a visitar aposentos infectados, y a exponer su salud y su físico a todas las influencias perniciosas de un ambiente nocivo. En realidad, hace tiempo que me he convencido de que, aunque todas las profesiones son necesarias, y honrosas a su modo, gozar de buena salud y buena figura es privilegio exclusivo de quienes no están obligados a seguir ninguna, de quienes pueden residir normalmente en el campo, escoger su propio horario, seguir sus propios intereses, y vivir de su propio peculio sin atormentarse por obtener más; no conozco ninguna otra clase de hombres que no pierdan algo de su buena apariencia en cuanto dejan atrás su juventud.

Pareció que el señor Shepherd, en esta ansia de predisponer a *sir* Walter a favor de aceptar a un oficial de la Armada como inquilino, había sido favorecido con el don de la clarividencia; porque la primerísima petición de alquilar la casa vino de un tal almirante Croft, con quien coincidió poco después en las audiencias trimestrales de Taunton; y a decir verdad, había recibido referencias sobre el almirante de un corresponsal londinense. Según la información que éste se había apresurado a mandar a Kellynch, el almirante Croft había nacido en Somersetshire; había acumulado una considerable fortuna y deseaba establecerse en su propio condado, así que había ido a Taunton para ver las casas que se anunciaban en esa vecindad, pero no le habían convencido; al enterarse por casualidad (tal como él había previsto, dijo el señor Shepherd, no se habían podido mantener en secreto los asuntos de *sir* Walter), al enterarse por casualidad de que quizá se alquilaba Kellynch Hall, y conocer su relación (la del señor Shepherd) con el propietario, se había presentado a él a fin de pedir información concreta; y durante la larga conversación que sostuvieron había

manifestado el más vivo deseo de obtener la casa del que cabía imaginar en una persona que sólo la conocía de oídas; y dio al señor Shepherd, en las referencias que le expuso de sí mismo, todas las pruebas de ser el inquilino más responsable y conveniente.

—¿Y quién es ese almirante Croft? —fue la fría y recelosa pregunta de *sir* Walter.

El señor Shepherd garantizó que venía de una familia de caballeros, y mencionó un lugar. Y Anne, tras una breve pausa que siguió, dijo:

—Es contralmirante de *La Blanca*. Estuvo en la acción de Trafalgar y después pasó a la Indias Occidentales; creo que ha estado destinado allí varios años.

—Entonces —comentó *sir* Walter— seguro que tiene la cara anaranjada como los puños y las esclavinas de mi librea.

El señor Shepherd se apresuró a asegurarle que el almirante Croft era un hombre sano, fuerte y bien parecido, algo curtido, desde luego, aunque no mucho, y un completo caballero en su conducta y en todos sus principios; probablemente no pondría la menor objeción a las condiciones; sólo quería una casa cómoda, y ocuparla lo antes posible; sabía que la comodidad tenía su precio; sabía lo que podía costarle el alquiler de una casa amueblada de esa importancia; no le habría sorprendido que *sir* Walter hubiera pedido más; había preguntado sobre las tierras; le habría encantado poder cazar en ellas, desde luego, pero no insistió; dijo que a veces sacaba a pasear la escopeta, pero que no mataba: era todo un caballero.

El señor Shepherd se extendió en el tema, subrayando todos los detalles de la familia del almirante que le hacían especialmente recomendable como inquilino. Era casado y sin hijos: el estado que más se podía desear. Una casa nunca estaba bien cuidada, comentó el señor Shepherd, si no había una señora: no estaba seguro de si los muebles correrían igual peligro no habiendo señora que habiendo una caterva de niños. Una señora sin hijos era el mejor protector de muebles del mundo. Además, había visto a la señora Croft en Taunton cuando fue a hablar con el almirante: había estado presente casi todo el tiempo que estuvieron hablando del asunto.

—Y me ha parecido una dama muy discreta, distinguida y perspicaz —prosiguió—; hizo más preguntas sobre la casa y las condiciones que el propio almirante, y parecía más entendida en contratos. Y además, *sir* Walter, averigüé que no es una desconocida aquí, como tampoco lo es su marido; o sea, es hermana de un caballero que estuvo viviendo en nuestra vecindad. Me lo contó ella misma: del caballero que estuvo viviendo unos años en Monkford. ¡Válgame Dios!, ¿cómo se llamaba? En este momento no recuerdo su nombre, a pesar de que lo he oído hace poco. Penélope, cariño, ¿puedes ayudarme a hacer memoria de cómo se llamaba el caballero que vivió en Monkford... el hermano de la señora Croft?

Pero la señora Clay estaba tan enfrascada hablando con la señorita Elliot que no oyó la súplica.

—No sé a quién se refiere, Shepherd; no recuerdo que haya vivido ningún caballero en Monkford desde los tiempos del viejo gobernador Trent.

—¡Pero bueno! ¡Es asombroso! Cualquiera día se me va a olvidar cómo me llamo. Era un nombre de lo más familiar para mí; al caballero le conocía muy bien de vista; le vi un centenar de veces. Una vez vino a consultarme, recuerdo, sobre un daño que le había causado un vecino suyo: uno de los trabajadores de éste había entrado en su huerto, había roto la cerca, le había robado manzanas... y él le había cogido in fraganti. Después, en contra de *mi* opinión, se avino a un arreglo amistoso. ¡Muy raro, la verdad!

Tras esperar otro momento:

—Supongo que se refiere al señor Wentworth —dijo Anne.

El señor Shepherd resplandeció de agradecimiento.

—¡Wentworth, eso es! Al señor Wentworth me refiero. Ocupó la coadjutoría de Monkford dos o tres años, hace algún tiempo. Vino por el año... cinco, creo. Se tiene que acordar, *sir* Walter; estoy seguro.

—¿Wentworth? ¡Pues claro! El señor Wentworth, el coadjutor de Monkford. Me había despistado usted con eso de un *caballero*. Creía que hablaba de un hombre rico: el señor Wentworth no era nadie, recuerdo; un advenedizo: no tenía nada que ver con la familia de Strafford. Se asombra uno de ver cómo se degradan muchos apellidos de nuestra nobleza.

Al ver el señor Shepherd que ante *sir* Walter este parentesco no valía de nada a los Croft, no lo volvió a mencionar, y puso todo su celo en la enumeración de los aspectos más indiscutiblemente favorables: su edad, el hecho de ser sólo dos, su fortuna, el alto concepto que se habían formado de Kellynch Hall, y el enorme deseo de tener el privilegio de alquilarla, haciendo ver que para ellos nada podía superar la dicha de ser inquilinos de *sir* Walter Elliot: gusto extraordinario, desde luego, de haberseles podido suponer en el secreto de lo que *sir* Walter juzgaba que eran los merecimientos de un inquilino.

La transacción, no obstante, se llevó a cabo; y aunque *sir* Walter miraría con malos ojos a cualquiera que pretendiese ocupar esa casa, y le consideraría infinitamente privilegiado por permitirle alquilarla a un precio abusivo, se avino a que el señor Shepherd ultimase el contrato, y le autorizó a que fuese a ver al almirante Croft, que aún seguía en Taunton, y concertase una fecha para ver la casa.

*Sir* Walter no era muy sagaz; pero tenía suficiente experiencia del mundo para darse cuenta de que difícilmente podía encontrar un inquilino más irreprochable en lo esencial de lo que honestamente anunciaba ser el almirante Croft. Hasta ahí llegaba su entendimiento; y su vanidad encontraba cierta tranquilidad adicional en la posición social del almirante, que era bastante alta, aunque no demasiado; «He alquilado mi casa al almirante Croft» sonaría muy bien; mucho mejor que «al señor Tal»; un señor —exceptuando, quizá, a media docena en toda la nación— necesita siempre de una explicación complementaria. En cambio el término «almirante» contiene en sí mismo su importancia, y al mismo tiempo no puede oscurecer un título de *baronet*. En todos sus tratos y relaciones, *sir* Walter Elliot debía tener la preeminencia.

Nada podía hacerse sin la aquiescencia de Elizabeth; pero le estaban entrando ya tantas ganas de mudarse que se alegró de tener asegurado y confirmado el cambio con este inquilino en ciernes, y no puso una sola objeción.

El señor Shepherd recibió plenas facultades para realizar la transacción; y tan pronto quedó rematada, Anne, que la había estado siguiendo con sumo interés, abandonó la habitación en busca de aire fresco para aliviar sus mejillas encendidas; y mientras paseaba por su arboleda favorita, murmuró con un blando suspiro:

—Dentro de unos meses, quizá, se pasará *él* por aquí.

## IV

No fue el señor Wentworth, el antiguo coadjutor de Monkford, aunque todas las apariencias apuntaran a él, sino Frederick Wentworth, su hermano, quien, tras ser ascendido a capitán de fragata a consecuencia de la batalla frente a Santo Domingo, y no habiéndosele asignado destino inmediato, había llegado a Somersetshire en el verano de 1806; y dado que sus padres habían muerto, estuvo viviendo en Monkford medio año. Él era en aquel entonces un joven notablemente apuesto, de gran inteligencia, energía y brillantez, y Anne, una joven extraordinariamente bonita, dulce, modesta y dotada de gusto y sensibilidad... Habría bastado con la mitad de los atractivos en el uno y en el otro, porque él no tenía nada que hacer, y ella a nadie a quien amar; pero la conjunción de tantas prendas no pudo dejar de tener su efecto. Se fueron conociendo poco a poco; y una vez que se conocieron, se enamoraron rápida y profundamente. Sería difícil decir cuál de los dos había visto en el otro la más alta perfección, o cuál fue el más feliz: si ella al aceptar la declaración de él y sus proposiciones, o él al verlas aceptadas.

Siguió un breve período de indecible felicidad; aunque muy corto. No tardaron en surgir los disgustos. Cuando el capitán Wentworth acudió a *sir* Walter, éste, sin denegar explícitamente su consentimiento, ni decir que no podía ser, dio a entender su oposición mostrando gran asombro, gran frialdad, gran silencio y una fingida resolución de no hacer nada por su hija. Lo consideró un emparentamiento degradante; *lady* Russell, por su parte, aunque de orgullo más atemperado y excusable, lo juzgó también de lo más desafortunado.

¡Malbaratarse a los diecinueve años Anne Elliot, con todos sus títulos de cuna, belleza y espíritu! Prometerse a los diecinueve años a un joven que no tenía nada que le avalase más que su propia persona, sin otra esperanza de prosperar que las oportunidades de una más que incierta profesión, y sin influencias que le asegurasen ascender en su carrera, era efectivamente una forma de malbaratarse cuyo solo pensamiento la apenaba. ¡Que un extraño sin parientes ni fortuna se llevara a Anne Elliot, tan joven y tan poco conocida, o más bien que la hundiera en un estado de dependencia que la llenaría de tribulaciones, la consumiría, y mataría su juventud! Pero no iba a ser así, si la intervención leal de la amistad, las reconvenciones de la que le profesaba casi un amor de madre y a la que asistían derechos de madre, podía impedirlo.

El capitán Wentworth carecía de fortuna. Había tenido suerte en su profesión; pero gastando con liberalidad lo que con liberalidad le llegaba, nada poseía. Sin embargo, confiaba en ser pronto rico: lleno de vida y ardor, sabía que no tardaría en recibir un barco y un destino que podían proporcionarle cuanto necesitaba. Siempre había tenido suerte; sabía que seguiría teniéndola. Esta confianza, convincente por el ardor que contenía, y fascinadora por el ingenio con que él la expresaba a menudo, podía ser suficiente para Anne; pero *lady* Russell no lo veía igual: el carácter

optimista y espíritu esforzado del capitán Wentworth le producían un efecto muy distinto. No veía en todo esto sino un agravamiento del mal. No hacía sino añadir a la persona del joven una cualidad más peligrosa. Era brillante, era obstinado. A *lady Russell* le gustaba poco el ingenio, y tenía horror a lo que se acercaba a la imprudencia. Desaprobaba la relación en todos los sentidos.

La oposición a que dieron lugar tales consideraciones fue más fuerte de lo que Anne era capaz de combatir. Aunque joven y amable, habría podido enfrentarse a la acritud de su padre, aun sin contar siquiera con una mirada de aliento o una palabra amable de su hermana; pero *lady Russell*, a la que había amado siempre y en la que siempre había confiado, no podía dejar de influir en ella, con esa firmeza de opinión y esa ternura de modales con que la aconsejaba constantemente. Acabó persuadida de que estas relaciones eran un error: eran imprudentes, inadecuadas, de muy dudoso éxito, y poco dignas. Pero no fue sólo una cautela egoísta lo que la decidió a romperlas. De no haber imaginado que tenía en cuenta el bien de él, más incluso que el suyo propio, difícilmente le habría dejado. La convicción de que era prudente, y abnegada sobre todo en beneficio de él, fue su principal consuelo en la desventura de la separación, de una separación definitiva; y necesitaba de todos los consuelos, porque tenía que hacer frente al dolor adicional de la opinión de él, absolutamente nada convencido, y herido por tan forzada ruptura. En consecuencia, él había abandonado la comarca.

Unos meses habían visto el principio y el fin de estas relaciones; pero la parte del dolor que le tocó a Anne no terminó en unos meses. Su cariño y su pena le nublaron durante mucho tiempo todo goce juvenil, y le arrebataron de manera prematura su lozanía y su vivacidad.

Más de siete años habían transcurrido desde que concluyera esta pequeña historia de doloroso interés. El tiempo había atenuado, borrado quizá, casi todo el afecto que sentía por él; pero ella había dependido demasiado del tiempo sólo; no había tenido la ayuda de un cambio de residencia (salvo una visita a Bath, poco después de la ruptura), ni había hecho ninguna amistad nueva ni ampliado el número de sus conocidos. No se había incorporado nadie al círculo de *Kellynch* que resistiese una comparación con *Frederick Wentworth* según ella le recordaba. Ningún segundo amor —única cura absolutamente natural, feliz y suficiente en esa etapa de la vida— había sido posible para el tono delicado de su espíritu, para la exigencia de su gusto, en el reducido entorno que la rodeaba. A los veintidós años había sido solicitada por el joven que no mucho después encontró mejor acogida en su hermana pequeña, y *lady Russell* había lamentado la negativa que Anne le dio; porque *Charles Musgrove* era el primogénito de un hombre cuyas propiedades e importancia en la comarca sólo tenían por delante a las de *sir Walter*, y era de buen carácter y figura; y aunque *lady Russell* habría podido exigir algo más cuando Anne tenía diecinueve años, con veintidós se habría alegrado de verla tan respetablemente separada de la parcialidad e injusticia de la casa paterna, e instalada de forma duradera cerca de ella. Pero esta vez



Anne no dio opción ninguna a sus consejos; y aunque *lady* Russell, satisfecha como siempre de su propia discreción, nunca deseó reparar el pasado, empezaba ahora a sentir una ansiedad rayana en la desesperación por ver a Anne invitada por un hombre de talento y posición holgada a abrazar un estado para el que la consideraba especialmente capacitada, dados sus cálidos afectos y su inclinación hogareña.

Ninguna de las dos sabía si la otra seguía opinando igual o no sobre este aspecto tan esencial de la actitud de Anne, dado que jamás hablaban del tema; pero Anne pensaba a los veintisiete años de manera muy distinta de como le habían hecho ver las cosas a los diecinueve. No culpaba a *lady* Russell, ni se reprochaba a sí misma haberse dejado guiar por ella; pero pensaba que si una joven en situación parecida acudiese a ella para pedirle consejos no iba a recibir ninguno de tan segura desdicha inmediata, y de tan dudosa ventaja futura. Estaba convencida de que, pese al inconveniente de la desaprobación de su casa y a la ansiedad que acompañaba a la profesión de él, y pese a todos los probables sobresaltos y desencantos, habría sido una mujer más feliz manteniendo su compromiso que habiéndolo sacrificado; y lo habría sido, creía firmemente, aunque hubieran tenido una cantidad normal —o incluso más que normal— de preocupaciones e incertidumbres, sin contar con lo que les deparara el futuro, el cual, como ocurrió, les habría traído prosperidad antes de lo que se hubiera podido prever razonablemente. Toda la confianza, todas las encendidas esperanzas de él habían estado justificadas. Su ardor y su genio habían parecido vislumbrar y propiciar su camino de prosperidad. Muy poco después de roto el compromiso, había recibido un buen destino, y había sucedido todo lo que le había dicho a ella que sucedería. Se había distinguido, y había ascendido un peldaño en el escalafón; y ahora, merced a sucesivas presas, había acumulado una considerable fortuna. Anne sólo había sabido de él por las listas navales y los periódicos, pero no dudaba de que era rico; y teniendo en cuenta su constancia, no veía motivo alguno para creer que se hubiera casado.

¡Qué elocuente podía haber sido Anne Elliot, qué elocuentes eran al menos sus deseos de un afecto temprano, y de una animada confianza en el futuro, frente a esa escrupulosa cautela que parece ofender al esfuerzo y desconfiar de la Providencia! La habían obligado a ser prudente en su juventud, y había aprendido a ser romántica al hacerse mayor... consecuencia natural de un principio antinatural.

Con todas estas circunstancias, sentimientos y recuerdos, no pudo oír que la hermana del capitán Wentworth iba a vivir probablemente en Kellynch sin que se le reavivara su antiguo dolor; y fueron necesarios muchos paseos y muchos suspiros para disipar la agitación que le producía tal pensamiento. Muchas veces tuvo que decirse que era una tontería, antes de lograr dominar sus nervios lo bastante como para no ver nada malo en oír hablar a menudo de los Croft y del alquiler de Kellynch Hall. La ayudó, no obstante, la total indiferencia y aparente olvido de las tres personas que compartían el secreto de su pasado, de modo que casi parecían rechazar cualquier recuerdo al respecto. En esto podía reconocer la superioridad de los

motivos de *lady* Russell sobre los de su padre y Elizabeth; podía rendir homenaje al sosiego de sus propios sentimientos... pero la atmósfera de olvido general que reinaba entre ellos era sumamente importante para lo que pudiera surgir; y en la eventualidad de que el almirante Croft alquilase efectivamente Kellynch Hall, le alegraba de nuevo la convicción —que siempre le había sido grata— de que su pasado lo conocían sólo tres seres de los que jamás saldría una palabra, creía, y la confianza de que en la familia de él, sólo habría tenido conocimiento de su efímero compromiso el único hermano con quien había estado viviendo. Este hermano hacía tiempo que se había ido a vivir lejos de la región, y dado que era hombre discreto, y además soltero en aquel entonces, tenía Anne mucha confianza en que nadie supiera nada de él.

La hermana del capitán Wentworth, la señora Croft, había estado por entonces fuera de Inglaterra, acompañando a su marido en un destino que tuvo en el extranjero; y su propia hermana, Mary, estaba interna en un colegio cuando ocurrió todo; y por orgullo unos, y por delicadeza otros, nadie le contó después una palabra del asunto.

Con esta protección esperaba que la relación entre ella y los Croft —totalmente previsible, puesto que *lady* Russell seguía residiendo en Kellynch y Mary a sólo tres millas— no implicara situación comprometida ninguna.

## V

La mañana fijada para que el almirante y la señora Croft visitasen Kellynch Hall, Anne encontró muy natural ir a casa de *lady Russell* dando un paseo, como hacía casi a diario, y quedarse hasta que se hubieran marchado; y al volver encontró lo más natural decir que sentía haber perdido la ocasión de conocerlos.

Esta reunión de las dos partes resultó muy satisfactoria, y decidió inmediatamente el trato. Las dos damas estaban predispuestas a llegar a un acuerdo, así que la una no vio en la otra sino una gran cortesía; y en cuanto a los caballeros, hubo tan cordial buen humor, tan franca y confiada liberalidad por parte del almirante, que no pudo por menos de influir en *sir Walter*, a quien además el señor Shepherd había convencido aduladoramente de que adoptase la mejor y más refinada actitud, asegurándole que el almirante le conocía por referencias como un paradigma de la buena educación.

Se dio la aprobación a la casa, el parque y los muebles; se dio la aprobación a los Croft; las condiciones, el tiempo, todas las cosas y todo el mundo estuvo bien, y los escribientes del señor Shepherd se pusieron a trabajar, sin que surgiera una sola discrepancia preliminar por la que hubiera que modificarse lo que «El presente contrato expone».

*Sir Walter*, sin vacilación, declaró que el almirante era el marino más apuesto que había conocido, y llegó a decir que si el ayuda de cámara le arreglara el cabello, no tendría el menor reparo en que le viesen con él donde fuera; y el almirante, con amable cordialidad, comentó a su esposa cuando atravesaban el parque, camino de regreso: «Creo, querida, que no hemos tardado en llegar a un acuerdo, a pesar de lo que nos habían dicho en Taunton. El *baronet* nunca hará nada extraordinario, pero no parece mala persona»; cumplidos recíprocos que habrían sido acogidos con igual o parecida estima.

Los Croft iban a tomar posesión el 29 de septiembre, y como *sir Walter* tenía pensamiento de mudarse a Bath el mes antes, no había tiempo que perder para hacer los preparativos necesarios.

*Lady Russell*, convencida de que no dejarían a Anne intervenir para nada —o para nada importante— en el momento de elegir casa, y muy poco dispuesta a perderla tan pronto, hubiera querido que le permitieran quedarse hasta que ella se trasladara a Bath después de Navidades; pero como tenía compromisos que la alejarían de Kellynch varias semanas, no podía invitarla todo el tiempo que hubiera deseado; y Anne, aunque temerosa de los posibles calores de septiembre en el blanco deslumbrante de Bath, y sintiendo perder la dulce y melancólica influencia de los meses de otoño en el campo, pensó que, bien mirado, prefería no quedarse. Lo más acertado, lo más prudente, y por tanto lo menos doloroso, era irse con los demás.

Ocurrió algo, sin embargo, que le impuso una obligación distinta. Mary, que estaba a menudo indispuesta, y siempre pensando en sus propias dolencias, y siempre

acostumbrada a reclamar a Anne cuando tenía necesidad, se sentía mal; y previendo que no se iba a encontrar bien un solo día en todo el otoño, le rogó, o más bien le exigió —porque prácticamente no fue un ruego—, que en vez de irse a Bath fuese a Uppercross-Cottage a estar con ella el tiempo que hiciera falta.

—No puedo estar sin Anne —razonó Mary.

Y Elizabeth respondió:

—Entonces será mejor que se quede, porque nadie la va a necesitar en Bath.

Ser reclamada por útil, aunque de manera poco correcta, es mejor, al menos, que ser rechazada por inútil; y Anne, contenta de que la necesitaran, contenta de que le señalasen un deber, y desde luego nada triste de tener el campo, su querido campo, como escenario de ese deber, accedió en seguida a quedarse.

Esta invitación de Mary eliminó todas las dificultades de *lady* Russell, y en consecuencia quedó convenido que Anne no iría a Bath hasta que la llevase *lady* Russell, y que hasta entonces distribuiría su tiempo entre Uppercross-Cottage y el Pabellón de Kellynch.

Así que todo quedó arreglado. Pero *lady* Russell casi se llevó un disgusto cuando le contaron una parte del plan de Kellynch Hall; a saber: que se había pedido a la señora Clay que acompañase a Bath a *sir* Walter y a Elizabeth, a la que prestaría importante y valiosísima ayuda en todas las tareas que tenía por delante. *Lady* Russell deploró profundamente semejante decisión. Sintió asombro, pena, temor... Y la afrenta que representaba para Anne atribuir tanta utilidad a la señora Clay cuando a ella no le concedían ninguna, le pareció que lo agravaba aún más.

Anne estaba acostumbrada a tales afrentas, pero acusó la inoportunidad de ese arreglo tan profundamente como *lady* Russell. Dotada de una gran capacidad de observación, y conociendo demasiado el carácter de su padre, vio que era más que posible que esa intimidación con su familia trajera las más graves consecuencias. Suponía que de momento a su padre no le había pasado semejante idea por la cabeza. La señora Clay era pecosa, tenía los dientes hacia fuera y unas muñecas bastas, defectos sobre los que *sir* Walter no paraba de hacer sarcásticos comentarios cuando ella no estaba presente; pero era joven y tenía buena figura en general, y su agudeza de espíritu y sus maneras solícitas y complacientes eran atractivos infinitamente más peligrosos que cuantos reunía la gracia de su persona. Y tan convencida estaba Anne de ese peligro, que decidió intentar hacérselo ver a su hermana. Tenía poca esperanza de conseguir nada; pero pensó que así Elizabeth —quien de ocurrir semejante revés sería más digna de lástima que ella— jamás podría reprocharle no habérselo advertido.

Se lo dijo, y no pareció sino que la ofendía. Elizabeth no concebía cómo se le podía ocurrir tan absurda sospecha; y le respondió indignada que cada parte sabía perfectamente cuál era su lugar.

—La señora Clay —dijo con calor— jamás olvida quién es; y dado que conozco mejor que tú sus sentimientos, te puedo asegurar que respecto al matrimonio son

especialmente delicados, y que reprueba más enérgicamente que la mayoría de la gente toda desigualdad de condición y de nivel social. Y en cuanto a nuestro padre, realmente no tengo por qué pensar que, habiendo permanecido sin casarse durante tanto tiempo por nosotras, vaya a hacerlo ahora. Si la señora Clay fuese una mujer guapísima podría ser un error tenerla tanto conmigo, lo reconozco; no voy a decir, por supuesto, que nada en el mundo induciría a nuestro padre a contraer un matrimonio degradante; pero le haría desgraciado. ¡Pero la pobre señora Clay, que pese a todos sus méritos no puede decirse que sea siquiera medianamente agraciada! De veras creo que la pobre señora Clay puede permanecer aquí perfectamente sin peligro. Cualquiera pensaría que no has oído nunca hablar a nuestro padre de sus defectos personales, aunque sé que le has oído cincuenta veces. ¡De sus dientes! ¡De esas pecas! A mí las pecas no me desagradan tanto como a él. Sé de una cara a la que no la afeaban unas cuantas; pero él las detesta. Has tenido que oírle comentar las pecas de la señora Clay.

—No hay prácticamente ningún defecto personal —replicó Anne— que un carácter amable no sea capaz de hacer poco a poco tolerable.

—Yo pienso muy distinto —contestó Elizabeth con sequedad—; un carácter amable puede realzar la belleza, pero jamás puede cambiar la fealdad. De todos modos, dado que sé de este asunto más que nadie, me parece superfluo que te pongas a darme consejos.

Anne había cumplido; se alegraba de haber terminado, y no le parecía imposible que hubiera hecho bien. Quizá había puesto en guardia a Elizabeth, aunque la ofendiese tal sospecha.

El último servicio del coche de cuatro caballos fue llevar a Bath a *sir* Walter, la señorita Elliot y la señora Clay. El grupo emprendió el viaje de muy buen humor: *sir* Walter dispuesto a dispensar condescendientes inclinaciones de cabeza a los contristados arrendatarios y colonos a los que se había indicado que saliesen para que les viera; entretanto Anne, sumida en una especie de melancólica serenidad, se dirigió al Pabellón, donde debía pasar la primera semana.

Su amiga no estaba de mejor ánimo. *Lady* Russell sentía mucho esta separación de la familia. Estimaba su respetabilidad tanto como la suya propia, y el hábito había vuelto preciosa su relación diaria. Sería doloroso ver el parque desierto, y aún más pensar que iba a parar a manos de otros; y para huir de la soledad y la tristeza de un pueblo tan cambiado, y no estar cuando llegasen el almirante Croft y su señora, había decidido ausentarse de casa en cuanto Anne tuviera que irse. Así que se marcharon las dos juntas, y Anne se quedó en Uppercross-Cottage, primera etapa del viaje de *lady* Russell.

Uppercross era un pueblo de tamaño mediano que hasta hacía unos años había conservado el antiguo estilo inglés; tenía sólo dos casas de aspecto superior a las de los campesinos y agricultores: la mansión del propietario, imponente y sin modernizar, con sus muros altos, sus grandes verjas y sus árboles añosos, y la sólida y

firme rectoría, encerrada en un cuidado jardín con una parra y un peral guiados alrededor de las ventanas. Pero con motivo de la boda del joven propietario, se había introducido la mejora de elevar una granja a la categoría de casa para hacerla su residencia, y Uppercross-Cottage, con su terraza, sus puertaventanas y demás elegancias, no podía por menos de atraer la mirada del viajero, por ser el rasgo y edificio más llamativo de lo que era la Casa Grande, a medio kilómetro de ella.

Anne había venido aquí a menudo a pasar temporadas. Conocía la vida de Uppercross tan bien como la de Kellynch. Las dos familias se veían con tanta frecuencia, y tenían tanta costumbre de ir los unos a casa de los otros a todas horas, que fue una sorpresa encontrar a Mary sola; pero estar sola y ponerse mala y deprimida era casi normal en ella. Aunque más despierta que la hermana mayor, Mary no tenía la inteligencia y el temple de Anne. Mientras estuviera bien, feliz y atendida, era toda buen humor y alegría; pero la menor indisposición la hundía por completo; carecía de recursos frente a la soledad; y dado que había heredado buena dosis de la vanidad de los Elliot, era muy propensa a añadir a todas sus aflicciones la de creerse dada de lado y tratada sin consideración. No tenía una figura tan bonita como sus dos hermanas, y aún en la flor de la edad había llegado tan sólo al nivel de «una joven agradable». Ahora estaba en el saloncito, echada en el sofá descolorido, mueble elegante en otro tiempo que se había ido deteriorando por efecto de cuatro veranos y dos niños; y al ver aparecer a Anne, la saludó con:

—¡Vaya, por fin has llegado! Empezaba a pensar que no vendrías. Me siento tan mal que casi no puedo hablar. ¡No he visto un ser humano en toda la mañana!

—Siento encontrarte indispuesta —replicó Anne—. ¡Con las buenas noticias que me mandaste el jueves pasado!

—Sí; hice de tripas corazón, como siempre; pero no estaba bien ni mucho menos. Creo que no me he encontrado tan mal en toda mi vida como esta mañana: lo menos oportuno para estar sola, desde luego. ¡Supón que me da algo de repente, y sin poder tocar la campanilla siquiera! En fin. Bueno, parece que *lady* Russell no quiere salir. Aquí creo que no ha estado ni tres veces en todo el verano.

Anne dijo lo que era de rigor, y le preguntó por su marido.

—¡Oh! Charles está de caza. No le he visto desde las siete. Se ha empeñado en salir, a pesar de decirle lo mal que me encontraba. Ha dicho que no estaría ausente mucho tiempo; pero aún no ha vuelto y es casi la una. Te aseguro que no he visto un alma en toda la larga mañana.

—¿Has tenido aquí a los niños?

—Sí, mientras he podido soportar su alboroto; pero son tan desobedientes que me hacen más mal que bien. Al pequeño Charles le da lo mismo lo que le diga, y Walter se está volviendo igual.

—Bueno, ahora pronto estarás mejor —replicó Anne alegremente—. Sabes que cuando llego yo te pones bien siempre. ¿Cómo les va a tus vecinos de la Casa Grande?

—No te puedo informar sobre ellos. En lo que va de día no he visto a ninguno; aparte del señor Musgrove, que se ha detenido un momento a saludarme por la ventana pero sin bajarse del caballo; y aunque le he contado lo mal que estoy, ninguno se ha dignado visitarme. No les venía bien a las señoritas Musgrove, supongo; ellas jamás se apartan de su camino.

—Quizá las veas antes de que pase la mañana. Aún es temprano.

—Te aseguro que no las necesito. Hablan y ríen demasiado para mi gusto. ¡Ay Anne, me siento muy mal! Ha sido una crueldad por tu parte no haber venido el jueves.

—¡Mi querida Mary, recuerda las noticias tranquilizadoras que me enviaste! Me escribiste muy animada, diciéndome que te encontrabas muy bien, y que no hacía falta que me diera prisa; y siendo así, comprenderás que me apetecía estar con *lady* Russell hasta el final; pero además de lo que siento por ella, he estado tan ocupada que no me habría venido nada bien marcharme antes de Kellynch.

—¡Vaya por Dios! ¿Se puede saber que tenías que hacer *tú*?

—Un montón de cosas, te lo aseguro. Más de las que puedo recordar en este momento; pero te citaré algunas. He hecho un duplicado del inventario de libros y cuadros de nuestro padre. He estado varias veces en el jardín tratando de averiguar, y hacer comprender a Mackenzie, qué plantas de Elizabeth son para *lady* Russell. He tenido que recoger todas mis cosas: distribuir los libros y las partituras, y rehacer mis baúles, por no haber sabido en su momento qué iba a ir en los carros. Y Mary, he tenido que hacer lo más penoso de todo: pasar por casi todas las casas de la parroquia para despedirme. Me lo habían pedido. Y todo eso me ha llevado muchísimo tiempo.

—¡Está bien! —Y tras un momento de silencio—: Pero no me has preguntado una palabra sobre nuestra cena de ayer en casa de los Poole.

—¿Ah, fuisteis? No te he preguntado porque creía que habías tenido que renunciar a ir.

—¡Ah, pues fui! *Ayer* estaba bien; no me he sentido mal hasta esta mañana. Habría causado extrañeza, si no hubiera ido.

—Me alegro muchísimo de que estuvieras bien, y supongo que te divertiste.

—Nada especial. Una siempre sabe de antemano en qué va a consistir la cena, y quién estará. Y no es muy cómodo cuando no tienes coche propio. Me llevaron los señores Musgrove, y fuimos todos apretujados. Ellos dos son muy gruesos y ocupan bastante sitio. Y el señor Musgrove se sienta siempre delante. Así que tuve que ir aplastada en el asiento de atrás con Henrietta y Louisa. Y creo que es muy probable que mi indisposición de hoy se deba a eso.

Un poco más de perseverancia en la paciencia y de alegría forzada por parte de Anne propició la casi curación de Mary. No tardó en estar incorporada en el sofá, y en abrigar la esperanza de poder abandonarlo para comer. Luego, olvidándose de sus dolencias, fue al fondo del aposento y se puso a arreglar un ramo de flores; tomó un poco de fiambre, y a continuación se sintió lo bastante bien como para proponer un

pequeño paseo.

—¿Adónde vamos? —dijo cuando estuvieron preparadas—. Supongo que no querrás que vayamos a la Casa Grande antes de que hayan venido ellos a verte.

—No tengo el menor inconveniente —contestó Anne—. Jamás se me ocurriría guardar esos formulismos con personas a las que conozco bien, como son la señora Musgrove y sus hijas.

—¡Oh!, pero debían haber venido a verte lo antes posible. Deben tener en cuenta lo que se te debe como hermana *mía*. En fin, podemos ir a pasar un rato con ellas; y después disfrutaremos dando un paseo.

Anne siempre había juzgado imprudente semejante tipo de relación; pero había dejado de esforzarse en impedirla, pensando que, aunque una y otra parte tenían continuos motivos para sentirse ofendidos, ninguna de las dos familias podía ahora prescindir de ella. Así que fueron a la Casa Grande, a pasar media hora larga sentadas en el anticuado salón rectangular de alfombra pequeña y piso reluciente al que las actuales hijas de la casa habían dado poco a poco un aire de confusión introduciendo un piano de cola y un arpa, y poniendo floreros y mesitas en todas partes. ¡Ah, si los originales de los retratos que colgaban en los entrepaños, si los caballeros vestidos de terciopelo marrón y las damas de raso azul hubieran podido ver lo que pasaba, y hubieran tenido conocimiento de semejante derrumbamiento de todo orden y armonía! Los mismos retratos parecían mirar con asombro.

Los Musgrove, al igual que sus casas, se hallaban en estado de cambio, quizá de mejora. El padre y la madre seguían el viejo estilo de vida inglés y las jóvenes el nuevo. El señor y la señora Musgrove eran buenísimas personas: amables y hospitalarios, no muy cultivados, y nada elegantes. Los hijos tenían ideas y maneras más modernas. Eran una familia numerosa; pero salvo Charles, los únicos adultos eran Henrietta y Louisa, jóvenes de diecinueve y veinte años, las cuales habían traído de un colegio de Exeter el habitual bagaje de conocimientos, y se dedicaban ahora, como miles de señoritas, a ser elegantes, felices y alegres. Sus vestidos eran perfectos en todo, sus rostros atractivos, su humor extremadamente bueno, su ademán suelto y agradable; eran importantes en casa y predilectas fuera de ella. Anne las consideraba las criaturas más felices que conocía; sin embargo, salvada —como estamos todos—, por cierto confortable sentimiento de superioridad, de desear la posibilidad de un intercambio, no habría renunciado a su espíritu más cultivado y elegante por todos los goces de ellas, y no les envidiaba otra cosa que el aparente entendimiento y la armonía que reinaba entre las dos, ese cariño mutuo y alegre que se tenían, que tan poco había conocido ella con sus dos hermanas.

Fueron recibidas con gran cordialidad. No le ocurría nada a la familia de la Casa Grande, que, como Anne sabía muy bien, era la menos censurable. Pasaron la media hora departiendo agradablemente, y no le sorprendió que al final se les unieran las dos señoritas Musgrove en el paseo, a invitación especial de Mary.



## VI

No le había hecho falta a Anne esta visita a Uppercross para comprender que el cambio de unas personas a otras, aunque la distancia fuera de sólo cinco kilómetros, suponía un cambio total de conversación, opiniones e ideas. Nunca había pasado un rato aquí sin notarlo, y sin desear que el resto de los Elliot pudieran tener ocasión de beneficiarse de esta enseñanza, viendo cuán ignoradas, o poco tenidas en cuenta, eran las cuestiones que en Kellynch Hall se trataban con tan general notoriedad y con interés tan absorbente; sin embargo, pese a dicha experiencia, ahora creyó que debía someterse a otra lección necesaria, como era el arte de comprender nuestra propia insignificancia fuera de nuestro círculo; porque al llegar, como llegó ella, imbuida del asunto que acaparaba tan completamente el interés de las dos casas de Kellynch desde hacía muchas semanas, había esperado bastante más curiosidad y comprensión de las que encontró en los comentarios separados, pero muy parecidos, del señor y la señora Musgrove: «Así, señorita Anne, que se han ido *sir* Walter y su hermana; y ¿en qué parte de Bath se van a instalar?»; y esto sin mostrar demasiado interés por la respuesta; o en el que añadieron las hijas: «Espero que vayamos a Bath este invierno; pero recuerda, papá, que si vamos ha de ser a un buen barrio... ¡nada de Queen-Square como a ti te gusta!»; o la impaciente apostilla de Mary: «¡Pues palabra que me voy a quedar a gusto cuando os vayáis todos a divertirlos a Bath!».

Sólo pudo decidir que en lo sucesivo evitaría autoengañarse de este modo, y pensar con doblada gratitud en la extraordinaria bendición que suponía tener una amiga tan sinceramente comprensiva como *lady* Russell.

Los Musgrove varones tenían su propia caza que proteger y destruir, sus caballos, sus perros y sus periódicos con los que entretenerse; en cuanto a las mujeres, se ocupaban por entero de los asuntos de la casa, de los vecinos, de los vestidos, de los bailes y la música. Anne reconocía que estaba todo muy bien distribuido, que cada pequeña democracia social debía designar los temas de su propio discurso; y antes de que pasara mucho tiempo esperaba llegar a ser miembro relevante de aquélla a la que había sido trasplantada. Ante la perspectiva de pasar por lo menos dos meses en Uppercross, debía dar a su imaginación, su memoria y todas sus ideas un cariz lo más Uppercross posible.

No le daban miedo esos dos meses. Mary no era tan antipática y desapegada como Elizabeth, ni tan impermeable a los consejos de ella; ni había nada en los demás miembros de la casa que se opusiera a la buena armonía: su relación con su cuñado era siempre buena; y los hijos, que la querían casi tanto como a su madre y la respetaban mucho más, eran para ella objeto de interés, distracción y sano esfuerzo.

Charles Musgrove era cortés y amable; en juicio y temperamento era sin duda superior a su esposa; pero carecía de fuerza, conversación y gracia que hicieran del pasado, en el que tuvieron relaciones, un peligroso tema de meditación; aunque, al mismo tiempo, Anne creía —igual que *lady* Russell— que un matrimonio más

igualado podría haberle mejorado enormemente, y que una mujer realmente inteligente podía haber conferido más importancia a su carácter, y más utilidad, racionalidad y elegancia a sus costumbres y ocupaciones. En cambio así no emprendía nada con demasiado celo, aparte de la caza, y se le iba el tiempo sin dedicar un momento a la lectura o a algo de provecho. Tenía muy buen ánimo, y no parecían afectarle mucho las depresiones periódicas de su esposa; tenía una paciencia con su falta de sensatez que a veces admiraba a Anne; y aunque a menudo se enzarzaban en alguna pequeña discusión (en la que en ocasiones Anne tomaba más parte de lo que deseaba, porque los dos apelaban a ella), podía considerárseles, en general, una pareja feliz. Siempre estaban de acuerdo en que necesitaban más dinero, y en esperar recibir un generoso regalo por parte del padre de él; pero en esto, como en otras muchas cosas, el espíritu de Charles se revelaba superior, porque mientras Mary consideraba indignante que no les hiciera esa donación, él alegaba que su padre tenía muchos otros asuntos en que emplear el dinero, y todo el derecho a gastarlo en lo que quería.

En cuanto a manejar a los hijos, su teoría era mucho mejor que la de su esposa, y su práctica no tan mala. «Podría manejarlos muy bien, si no interfiriera Mary», le oía decir Anne con frecuencia, y estaba convencida de ello; en cambio cuando escuchaba el reproche de Mary de que «Charles consiente tanto a los niños que no logro meterlos en cintura», jamás sentía la tentación de decir: «Es verdad».

Una de las cosas que menos gracia le hacían de estar en Uppercross era el sentir que todos la trataban con demasiada confianza, y que estaba demasiado al corriente de las quejas de una y otra casa. Como era sabido que tenía cierta influencia sobre su hermana, constantemente se le pedía —o al menos se le insinuaba— que la ejerciera más allá de lo factible. «Me gustaría que convencieses a Mary de que no pensara a cada momento que está enferma», le decía Charles; y con acento desventurado, le decía Mary: «Estoy segura de que aunque Charles viera que me estoy muriendo, creería que no me pasaba nada. Estoy segura, Anne, de que si quisieras, podrías convencerle de que estoy verdaderamente mal; mucho peor de lo que digo».

Mary declaraba: «No me gusta enviar a los niños a la Casa Grande, aunque su abuela está siempre deseando verlos, porque los mimas y los consiente tanto, y les da tantas chucherías y dulces, que vuelven malos y enfadados para el resto del día». Y la señora Musgrove aprovechaba la primera ocasión en que se encontraba a solas con Anne para decirle: «¡Oh!, señorita Anne, quisiera que su hermana emplease un poco los métodos de usted con esos niños. ¡Con usted son completamente distintos! ¡La verdad es que están demasiado consentidos! Es una pena que no la enseñe a manejarlos. Son unos niños hermosos y sanos como no he visto otros, pobrecitos míos, sin parcialidad; ¡pero su hermana no sabe tratarlos! ¡Dios mío, qué revoltosos se ponen a veces! Le aseguro, señorita Anne, que eso me quita las ganas de verlos en nuestra casa más a menudo. Creo que a su hermana le gustaría que los invitara con más frecuencia; pero comprenderá que no es agradable tener a unos niños a los que

hay que estar sujetando a cada momento: “No hagáis eso, no hagáis lo otro”; o que para que estén relativamente calmados haya que darles más tarta de lo que les conviene».

Mary, además, le comentó una vez: «La señora Musgrove considera a sus criadas tan formales que sería un crimen de alta traición dudarle siquiera; pero estoy segura, sin exagerar, de que la primera doncella y la lavandera, en vez de trabajar, se pasan el día zascandileando por el pueblo. Siempre que salgo me las encuentro, y te aseguro que no entro dos veces en el cuarto de los niños sin sorprenderlas allí. Si Jemima no fuera el ser más formal y juicioso del mundo, ya la habrían echado a perder; porque me cuenta que siempre la están tentando para que salga a pasear con ellas». Y por parte de la señora Musgrove: «Tengo por norma no entrometerme en los asuntos de mi nuera porque sé que daría igual; pero debo decirle, señorita Anne, porque tal vez pueda usted poner remedio, que no tengo muy buena opinión de su niñera: oigo contar cosas extrañas de ella; siempre está de aquí para allá; y por lo que yo misma sé, puedo afirmar que es una señoritinga capaz de echar a perder a cuantas criadas tenga a su alrededor. Su hermana se fía totalmente de ella, lo sé; pero yo se lo digo para que esté sobre aviso; y si ve que algo va mal, no tenga miedo en decirlo».

Otra queja de Mary era que la señora Musgrove jamás estaba dispuesta a cederle la precedencia que le correspondía cuando cenaban en la Casa Grande con otras familias, y no veía ningún motivo por el que tuviera que ser considerada tan de casa como para perder su sitio. Y un día, cuando Anne paseaba con las señoritas Musgrove, una de ellas, después de hablar del rango, de la gente de rango y los celos que despertaba el rango, dijo: «No me da reparo decirle que algunas personas son muy quisquillosas sobre el sitio que les corresponde, porque todo el mundo sabe lo sencilla que es usted en eso y la poca importancia que le da: pero quisiera que alguien hiciese ver a Mary que sería infinitamente mejor que no fuera tan persistente; sobre todo, que no estuviera siempre adelantándose a coger el sitio de mamá. Nadie pone en duda su precedencia sobre mamá, pero quedaría mejor si no estuviese siempre insistiendo en eso. No es que a mamá le importe lo más mínimo, pero sé que muchas personas se han dado cuenta».

¿Cómo iba Anne a arreglar todas estas cosas? Poco podía hacer, aparte de escuchar con paciencia, limar agravios, excusar a una parte ante la otra, sugerir a todos la paciencia necesaria entre vecinos tan cercanos, y ampliar lo más posible esas sugerencias para beneficio de su hermana.

En todo lo demás, su visita empezó y siguió muy bien. Al alejarse cinco kilómetros de Kellynch, su propio estado de ánimo mejoró con el cambio de lugar y de temas de conversación; a Mary le disminuyeron las dolencias al sentirse constantemente acompañada; y en cuanto al trato diario con la otra familia, puesto que en casa de su hermana no había afecto, confianza ni ocupación más importantes que lo interrumpieran, resultaba más bien beneficioso. Desde luego era asiduo en extremo, porque se veían todas las mañanas, y casi nunca pasaban la tarde por

separado; pero Anne pensaba que no lo habría pasado tan bien si las figuras respetables del señor y la señora Musgrove no hubiesen estado en sus sitios habituales, o sin las charlas y risas y canciones de sus hijas.

Ella tocaba mucho mejor que ninguna de las dos señoritas Musgrove; pero como no tenía voz, ni conocimientos de arpa, ni unos padres indulgentes sentados allí, imaginándose en la gloria, nadie mostraba interés en sus ejecuciones más que por mera cortesía, o para que descansasen las otras, como bien se daba cuenta ella. Veía que al tocar no satisfacía a nadie más que a sí misma. Pero no era nueva esta impresión; salvo durante una corta etapa de su vida, jamás desde los catorce años — desde la pérdida de su querida madre— había conocido la dicha de ser escuchada, o estimulada por una justa apreciación o porque gustase sinceramente. En música estaba siempre acostumbrada a sentirse sola en el mundo; y la cariñosa parcialidad del señor y la señora Musgrove respecto a las actuaciones de sus hijas, y total indiferencia hacia las de cualquier otra persona, la alegraban por ellas más que la mortificaban por sí misma.

El círculo de la Casa Grande se veía a veces aumentado con algún otro grupo. No era muy numerosa la vecindad, pero a los Musgrove los visitaba todo el mundo; y celebraban más cenas y recibían más visitas, invitadas o espontáneas, que ninguna otra familia del contorno. Eran de lo más populares.

Las jóvenes se chiflaban por bailar; y las noches terminaban a veces con algún pequeño baile improvisado. A un trecho de Uppercross vivían unos primos, de familia menos acomodada, que dependían de las Musgrove en lo que se refería a diversión: acudían a cualquier hora, acompañaban en lo que fuera, y bailaban donde se decidiera; y Anne, que prefería ocuparse de la música a participar más activamente, les tocaba contradanzas durante horas seguidas, gentileza que hacía resaltar sus dotes musicales ante el señor y la señora Musgrove más que ninguna otra cosa, y les arrancaba a menudo un cumplido: «¡Bien tocado, señorita Anne! ¡Muy bien! ¡Dios mío, cómo revolotean sus deditos!».

Así transcurrieron las tres primeras semanas. Llegó el día de San Miguel, y el corazón de Anne volvió a estar en Kellynch. Su amado hogar había sido cedido a otros; ¡los preciosos aposentos, los muebles, las arboledas, las perspectivas, todo empezaba a ser disfrutado por otros ojos y otras piernas! El 29 de septiembre no fue capaz de pensar en mucho más; y por la noche recibió un atisbo de comprensión por parte de Mary, la cual, al anotar el día del mes, exclamó: «¡Dios mío! ¿No era hoy cuando los Croft se mudaban a Kellynch? Me alegro de no haberme acordado hasta ahora. ¡Cómo me deprime!».

Los Croft tomaron posesión con auténtica diligencia naval, y había que rendirles visita. Mary lamentaba personalmente esa necesidad. «Nadie sabía lo que sufría. Debía aplazarla lo más posible». Pero no paró hasta que convenció a Charles para que la llevara uno de los primeros días; y regresó animadísima y llena de imaginativa excitación. Anne se alegró muy sinceramente de que no hubiese habido posibilidad

de llevarla a ella también. Sin embargo, deseaba ver a los Croft, y se alegró de encontrarse en casa cuando ellos les devolvieron la visita. Llegaron: no estaba el cabeza de familia, pero estaban las dos hermanas; y como a la señora Croft le tocó sentarse al lado de Anne, mientras el almirante lo hacía junto a Mary, y se mostraba muy cortés haciendo joviales comentarios sobre sus pequeños, Anne tuvo ocasión de buscar un parecido; y, de no encontrarlo en la cara, buscarlo en la voz, o en el modo de pensar y de expresarse.

La señora Croft, aunque ni alta ni gorda, era ancha, derecha y fuerte, lo que daba prestancia a su persona. Tenía unos ojos negros y brillantes, unos dientes blancos, y un rostro que resultaba agradable en conjunto; aunque su tez colorada y curtida, a consecuencia de haber estado casi tanto tiempo en la mar como su esposo, la hacía aparentar unos años más de los treinta y ocho que tenía en realidad. Sus modales eran francos, naturales y decididos, como de persona que no desconfía de sí misma y sabe lo que tiene que hacer, sin caer en la tosquedad ni en la falta de humor. Anne le reconoció valía, por el tacto que demostró con ella en todo lo relacionado con Kellynch. Y le agradó sobre todo, tranquilizándose en el primer medio minuto, en el instante incluso de la presentación, no notar el menor signo de conocimiento o sospecha por parte de la señora Croft que diera que pensar nada. Y estaba totalmente tranquila sobre ese particular, y llena de energía y valor, cuando se quedó electrizada al oír decir a la señora Croft de repente:

—Fue a usted y no a su hermana, creo, a la que tuvo el placer de conocer mi hermano cuando estuvo viviendo por aquí.

Anne pensó que había dejado atrás la edad de ruborizarse; pero no, desde luego, la de las emociones.

—Quizá no sepa que se casó —añadió la señora Croft.

Ahora fue capaz de contestar como era debido; y sintió un gran alivio —cuando lo último dicho por la señora Croft dejaba claro que se refería al señor Wentworth—, de no haber dicho nada que no pudiera aplicarse a uno u otro hermano. Inmediatamente comprendió que era lógico que la señora Croft pensara en Edward y se refiriera a él, y no a Frederick. Y avergonzada de su propio despiste, quiso mostrarse interesada por el estado actual de su antiguo vecino.

El resto fue todo tranquilidad; hasta que, cuando ya se iban, oyó que el almirante le decía a Mary:

—Esperamos que venga pronto un hermano de la señora Croft; quizá lo haya oído nombrar.

Le cortó la palabra el asalto vehemente de los niños, que se colgaron de él como de un viejo amigo, gritando que no se fuera; y como estaba demasiado distraído proponiendo llevárselos en el bolsillo de la casaca, etc., para terminar o recordar lo que había empezado a decir, Anne se convenció a sí misma, lo mejor pudo, de que seguía refiriéndose al mismo hermano. Su certeza, empero, no era tanta como para no estar deseosa de saber si había comentado algo al respecto en la otra casa, que los

Croft habían visitado antes.

Los de la Casa Grande iban a pasar la velada de ese día en casa de Charles y Mary; y como era una época del año muy tardía para hacer el trayecto a pie, empezaban a estar pendientes de la llegada del coche, cuando apareció la señorita Musgrove más joven. Lo primero que se les ocurrió fue que venía a traer excusas, y que tendrían que pasar la velada solos. Y estaba ya dispuesta Mary a sentirse ofendida, cuando Louisa aclaró que había venido a pie únicamente para dejar más sitio al arpa en el coche.

—Y os explicaré el motivo de todo —añadió—. Me he adelantado para deciros que papá y mamá están deprimidos esta tarde; sobre todo mamá: ¡no para de pensar en el pobre Richard! Así que hemos pensado que era mejor traer el arpa, porque parece que la divierte más que el piano. Y os voy a decir por qué está deprimida. Esta mañana han venido los Croft (después estuvieron aquí, ¿verdad?); y hablando, dijeron casualmente que un hermano de ella, el capitán Wentworth, acaba de regresar a Inglaterra, que le han licenciado o algo parecido, y que va a venir a verlos muy pronto; y al marcharse ellos, a mamá le ha dado por pensar, en mala hora, que Wentworth o algo muy parecido era como se llamaba el capitán que tuvo mi pobre hermano una vez, no sé cuándo ni dónde, pero mucho antes de morir. Y al hojear sus cartas y demás, ha comprobado que estaba en lo cierto; y es completamente seguro que debe de ser el mismo hombre; y mamá no para de pensar en eso, y en el pobre Richard. Así que debemos estar lo más alegres posible para que no se hunda en esos lúgubres pensamientos.

La verdad de este penoso episodio de la historia familiar era que los Musgrove habían tenido la desdicha de engendrar un hijo vago y pendenciero y la fortuna de perderlo antes de que cumpliera los veinte años; que lo habían enviado a la mar porque en tierra era estúpido e ingobernable; que la familia se había ocupado muy poco de él, aunque todo lo que se merecía; que rara vez habían sabido de él, y apenas le echaban de menos, cuando llegó a Uppercross la noticia de su muerte en el extranjero, hacía dos años.

En realidad, aunque sus hermanas hacían ahora cuanto podían por su memoria, llamándole «el pobre Richard», nunca fue otra cosa que el estúpido, despegado e inútil Dick Musgrove que jamás había hecho nada que le diera derecho a algo más que un diminutivo, vivo o muerto.

Pasó varios años en la mar, y en el transcurso de esos cambios de destino a que están sujetos los guardiamarinas, en especial aquellos de quienes todo capitán está deseando librarse, estuvo seis meses embarcado en la fragata *Laconia*, mandada por el capitán Frederick Wentworth; y desde ella, a instancias del capitán, había escrito las dos únicas cartas que sus padres habían recibido de él durante toda su ausencia. Es decir, las dos únicas cartas desinteresadas; todas las demás habían sido meras peticiones de dinero.

En ambas cartas hablaba bien del capitán; sin embargo, estaban tan poco

acostumbrados a prestar interés a estas cuestiones, y eran tan poco observadores y curiosos en cuanto a los nombres de los marinos y los barcos, que apenas les dejó huella entonces; y el que a la señora Musgrove le viniera hoy de repente a la memoria el nombre de Wentworth asociado a su hijo parecía uno de esos destellos extraordinarios del cerebro que suceden a veces.

Había ido por sus cartas y había comprobado que era como suponía; y la nueva lectura de estas cartas, después de tanto tiempo, de su pobre hijo desaparecido para siempre, olvidada ya la crudeza de sus defectos, la había afectado sobremanera, sumiéndola en una congoja más grande que la que sintió al recibir la noticia de su muerte. El señor Musgrove estaba afectado también, aunque algo menos; y cuando llegaron a la casa de Charles y de Mary se hizo evidente que tenían necesidad de desahogarse hablando otra vez sobre el particular, y a continuación, de todo el alivio que sus animados compañeros les pudieran ofrecer.

Oírles hablar tanto del capitán Wentworth y repetir su nombre tantas veces, dilucidando sobre años pasados, oírlos llegar a la conclusión de que *tal vez*, de que *muy probablemente*, se trataba del mismísimo capitán Wentworth al que recordaban haber visto una o dos veces a su regreso de Clifton —un hombre apuesto; aunque no sabían decir si hacía de aquello siete años u ocho—, fue una especie de nueva prueba de nervios para Anne. Comprendió, sin embargo, que era una prueba a la que debía acostumbrarse. Puesto que le esperaban aquí, debía aprender a insensibilizarse en esa cuestión. Y no sólo parecía que se le esperaba, y pronto, sino que los Musgrove, agradecidos por la amabilidad que había mostrado con el pobre Dick, y movidos por un gran respeto a su carácter, reflejado como estaba en el hecho de haber tenido al pobre Dick seis meses bajo su cuidado, dijeron de él encendidas aunque no muy bien expresadas alabanzas, como que era «un tipo estupendo, aunque algo *especial* para maestro», y que estaban dispuestos a hacerse presentar a él, y buscar su amistad, tan pronto como se enteraran de su llegada.

La decisión de hacerlo así contribuyó a su consuelo esa tarde.

## VII

Muy pocos días después se supo que el capitán Wentworth estaba en Kellynch, que el señor Musgrove había ido a visitarle y había vuelto deshaciéndose en elogios, y que había quedado con los Croft en cenar en Uppercross al otro fin de semana. Fue una gran decepción para el señor Musgrove que no pudiese ser antes, tan impaciente estaba por mostrar su gratitud al capitán Wentworth, invitándole a su casa, y obsequiándole con lo más fuerte y mejor que guardaba su bodega. Pero debía pasar una semana. Una semana nada más, calculó Anne; después, pensó, tendrían que verse. Y en seguida deseó sentirse segura siquiera una semana.

El capitán Wentworth devolvió muy pronto al señor Musgrove su cortesía, ¡y Anne estuvo a punto de llegar en esa misma media hora! Salían ella y Mary hacia la Casa Grande, donde, según se enteró más tarde, se habrían encontrado inevitablemente con él, cuando las detuvo la llegada del mayor de los hijos, al que traían porque había sufrido una grave caída. El accidente las hizo renunciar por completo a la visita; pero no oyó Anne con indiferencia cómo se había salvado de verle, aun en medio de la gran ansiedad que después sintieron por el chico.

Descubrieron que se había dislocado la clavícula, y el golpe recibido en la espalda era tal que suscitó los temores más alarmantes. Fue una tarde de tribulación en la que Anne tuvo que hacerlo todo sin respiro: mandar por el médico, localizar al padre para informarle, sostener a la madre y evitar que se pusiera histérica, impartir órdenes a la servidumbre, mantener alejado al más pequeño, y atender y consolar al pobre accidentado, además de mandar recado a la otra casa en cuanto se acordó, lo que produjo un aumento de compañeros asustados y deseosos de saber, más que de ayudantes dispuestos a echar una mano.

El primer alivio fue la llegada de su cuñado: él se ocuparía mejor de su esposa; y el segundo, la del médico. Hasta que no llegó éste y reconoció al niño, los temores fueron peores por inconcretos: recelaban un daño grande, aunque no sabían dónde. Pero ahora el señor Robinson colocó la clavícula inmediatamente en su sitio; y aunque palpaba y palpaba, y friccionaba, y su expresión era grave, y hablaba en voz baja al padre y a la tía, todos esperaron lo mejor, y poder marcharse a cenar con relativa tranquilidad; luego, poco antes de despedirse, las dos jóvenes tías fueron capaces de dejar el tema del estado del sobrino e informar de la visita del capitán Wentworth: se quedaron cinco minutos más que sus padres para contar la buenísima impresión que les había causado, ¡cuánto más apuesto, cuán infinitamente más simpático les parecía que el caballero que hasta ahora habían tenido por predilecto de entre los conocidos, cuánto les alegró oír a papá pedirle que se quedase a cenar, cuánto sintieron oírle decir a él que no podía ser, y qué alegría después cuando, en respuesta a las insistencias de papá y mamá, prometió ir a cenar al día siguiente con ellos! ¡Al día siguiente mismo! ¡Y lo había prometido encantadísimo, como si supiese el motivo de todas estas atenciones! ¡Y en resumen, habían encontrado en su ademán



y sus palabras tan exquisita gracia que las dos aseguraban sentirse trastornadas! Y dicho lo cual se fueron corriendo, rebosantes de alegría y amor, y con el pensamiento más puesto en el capitán Wentworth que en el pequeño Charles.

La misma escena y los mismos arrebatos se repitieron cuando las dos jóvenes acudieron con su padre, ya de noche, para informarse; y el señor Musgrove, desaparecida la primera inquietud por su heredero, pudo sumar a las de ellas su confirmación y su alabanza, y su esperanza de que ya no había motivo para aplazar la invitación al capitán Wentworth; y lo único que sentía era pensar que probablemente Charles y Mary no dejarían solo al chico para ir a conocerle. «¡Ah, no! ¡Cómo iban a dejar al pequeño!». Tanto el padre como la madre estaban todavía afectados por el reciente susto para pensar en eso; y Anne, contenta de librarse, no pudo por menos de unir su viva convicción a la de ellos.

La verdad es que Charles Musgrove se mostró después más inclinado a ir; el chico se recuperaba tan bien, y estaba él tan deseoso de que le presentasen al capitán Wentworth, que quizá fuera por la noche; no cenaría fuera de casa, pero a lo mejor se acercaba a estar con ellos media hora. Pero a esto se opuso su esposa con vehemencia:

—¡Ah, no! La verdad, Charles, es que no puedo dejarte ir. ¡Imagina que ocurre algo!

El chico pasó la noche bien, y al día siguiente continuaba su mejoría. Era preciso que pasara un poco de tiempo para que se confirmase que no existía daño en la espina dorsal, pero el señor Robinson no encontraba nada que alimentara ese temor, y Charles Musgrove empezó a considerar innecesaria la reclusión. El chico debía guardar cama, y había que distraerle de la forma más tranquila posible; pero ¿qué podía hacer un padre? Esos cometidos eran propios de las mujeres, y sería ridículo por demás que él, que no podía hacer nada en casa, permaneciese encerrado. Su padre estaba deseando que conociese al capitán Wentworth, y dado que no había suficiente motivo en contra, debía ir; y acabó manifestando de manera pública y decidida, al volver de cazar, que iba a vestirse inmediatamente para acercarse a cenar en la otra casa.

—El niño no puede ir mejor —dijo—, así que le he dicho a mi padre que voy, y le ha parecido bien. Dado que tienes a tu hermana contigo, querida, no me da ningún temor ir. A ti no te apetece dejarle, pero comprende que yo no puedo hacer nada. Anne puede mandarme recado si ocurre algo.

Los maridos y las mujeres saben cuándo es inútil oponerse. Mary comprendió por su tono que estaba completamente decidido, y que no serviría de nada importunarle. Así que no dijo nada hasta que él salió de la habitación; pero cuando únicamente podía oírla Anne, exclamó:

—Así que ahora tenemos que arreglárnoslas solas con el pobre niño enfermo, sin que venga nadie por aquí en toda la tarde. ¡Lo sabía! ¡Siempre me toca a mí! Cuando ocurre algo desagradable, los hombres escurren el bulto; y Charles es como todos los

demás. ¡Completamente insensible! Me parece una falta de sensibilidad por su parte huir de su pobre hijito; ¡dice que marcha bien! ¿Cómo sabe él que marcha bien, o que no va a sufrir una repentina recaída dentro de media hora? No creía que Charles fuera tan insensible. O sea que él se marcha a divertirse, y yo, la pobre madre, me tengo que quedar; aunque estoy convencida de que soy la persona menos apropiada para cuidar al niño. Precisamente por ser la madre no debería poner a prueba mis sentimientos. No me siento con fuerzas para resistirlo. Ya viste lo histérica que me puse ayer.

—Pero eso fue sólo por lo repentino del susto... por la impresión. No te va a volver a suceder. No ocurrirá nada preocupante, ya verás. He comprendido perfectamente las instrucciones del señor Robinson, y no siento ningún temor; y desde luego, Mary, no tiene nada de raro como piensa tu marido. Cuidar no es propio de los hombres. No es su competencia. Un niño enfermo es siempre propiedad exclusiva de la madre; sus mismos sentimientos hacen que sea así.

—Quiero a mi hijo tanto como cualquier madre al suyo; pero no creo que sea más útil que Charles en el cuarto del enfermo, porque no soy capaz de estar regañando e importunando constantemente a un pobre niño enfermo; ya has visto esta mañana cómo si le decía que se estuviera quieto empezaba a agitarse. Yo no tengo nervios para esto.

—Pero ¿estarías tranquila, si pasaras la tarde lejos del pobre niño?

—Sí. Ya has visto que puede su padre; ¿por qué no iba a poder yo? ¡Jemima es muy solícita! Y podría hacernos saber a cada hora cómo se encuentra. En realidad, creo que Charles ha debido decirle a su padre que iríamos todos. Ahora no me siento más inquieta por el pequeño Charles que su padre. Ayer estaba asustadísima, pero hoy es muy distinto.

—Bueno; si consideras que no es demasiado tarde, creo que podrías ir, igual que tu marido. Deja al pequeño Charles a mi cuidado. Al señor y la señora Musgrove no les parecerá mal que me quede yo con él.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Mary, al tiempo que se le iluminaban los ojos—. ¡Dios mío! Es una idea buenísima, buenísima de verdad. Da igual si voy, porque aquí no hago nada, ¿no te parece? Y lo único que consigo es atormentarme. Tú, que no sientes como madre, eres una persona mucho más apropiada. Puedes hacer que el pequeño Charles haga lo que sea: te hace caso en todo. Será infinitamente mejor que dejarle sólo con Jemima. Pues sí; iré. Lo lógico es que vaya si puedo, lo mismo que Charles, porque están deseando presentarme al capitán Wentworth, y sé que no te importa quedarte sola. ¡Excelente idea la tuya, Anne, de verdad! Voy a decírselo a Charles, y a vestirme inmediatamente. Puedes mandar llamarnos en el momento que sea, si ocurriera algo; pero sé que no va a ocurrir nada que te alarme. Puedes estar segura de que no iría si no me sintiera tranquila respecto a mi querido hijo.

Un momento después estaba llamando a la puerta del gabinete de su marido; y Anne, que subía detrás, llegó a tiempo de oír la conversación entera, que empezó

diciendo Mary en un tono sumamente animado:

—He decidido ir contigo, Charles, puesto que en casa hago tan poca falta como tú. Aunque me encerrase para siempre con el niño, sería incapaz de convencerle de que haga algo que él no quiere. Se quedará Anne; dice que se queda a cuidarle. Ella misma se ha ofrecido; así que iré contigo; lo cual me viene muy bien, porque no he cenado con ellos desde el martes.

—Es muy amable Anne —fue la respuesta del marido—, y me encantaría que vinieras; pero me parece demasiado dejarla sola en casa cuidando a nuestro hijo enfermo.

Anne estaba ahora lo bastante cerca para asumir su propia causa; y dado que la sinceridad de su actitud fue suficiente para convencerle, convencimiento que le resultaba agradable, no puso más reparos en dejarla que cenase sola, aunque aún la animó a unirse a ellos más tarde, cuando el niño se hubiese dormido; incluso le rogó cortésmente que le permitiese venir a recogerla; pero ella no se dejó persuadir; después de lo cual, no tardó en tener la satisfacción de verlos partir muy animados. Esperaba que fueran felices, por extraña que pareciese la manera de procurarse tal felicidad; en cuanto a ella, se quedaba con una sensación de alivio como quizá no había experimentado jamás. Se sabía imprescindible para el niño. Y además, ¿qué le importaba a ella que Frederick Wentworth estuviese a poco más de medio kilómetro de distancia, mostrándose amable con otros!

Le habría gustado saber cuál habría sido su reacción al verla. Quizá de indiferencia, si existía la indiferencia en casos como éste. Se mostraría o indiferente o displicente. Porque si hubiese querido volverla a ver no tenía por qué haber esperado hasta ahora; habría hecho lo que estaba convencida de que habría hecho ella hacía tiempo en su lugar, tan pronto como su situación le dio la independencia económica, que era lo único que necesitaba.

Su hermana y su cuñado volvieron encantados con el nuevo amigo, y con la visita en general: había habido música, canciones, charlas y risas, todo de lo más agradable; el capitán Wentworth había estado simpático, sin timidez ni reserva; fue como si él y Charles se conociesen desde siempre, y habían quedado en que saldrían a cazar juntos al día siguiente. Iría a desayunar, aunque no a casa de ellos, que es lo que Charles le había propuesto al principio; luego le habían insistido en que fuera a la Casa Grande; por lo visto temía molestar a la señora Musgrove, por el niño. Así que, de algún modo, no sabían cómo, habían quedado en que Charles iría a buscarle a casa de su padre a la hora de desayunar.

Anne se dio cuenta. Quería evitar un encuentro. Supo que había preguntado por ella brevemente, como se pregunta por alguien a quien se conoce de manera superficial, admitiendo dicho conocimiento, igual que lo había admitido ella, movido quizá por el mismo deseo de evitar la presentación cuando tuvieran que encontrarse.

El horario de la mañana en casa de Charles y Mary iba siempre más retrasado que el de la Casa Grande; y esa mañana la diferencia era tan grande que, no bien habían

empezado Mary y Anne a desayunar cuando entró Charles a decir que se iban, que había venido por los perros, que sus hermanas venían detrás con el capitán Wentworth porque querían ver a Mary y al niño, que el capitán Wentworth había pensado pasar también a saludarla un momento, si no había inconveniente; y aunque Charles le había contestado que el niño no se hallaba en un estado que hiciera la visita inoportuna, el capitán Wentworth vendría más tranquilo si venía él antes a anunciarle.

Mary, agradecidísima por esta atención, estuvo encantada de recibirle, mientras que a Anne la asaltaban mil emociones, la más consoladora de las cuales era que sería cuestión de muy poco tiempo. Dos minutos después del anuncio de Charles aparecieron los otros; estuvieron en el salón. Los ojos de Anne medio se encontraron con los del capitán Wentworth; intercambiaron una inclinación de cabeza y una reverencia. Oyó su voz: hablaba con Mary; dijo lo que era de rigor. Anne dijo algo a las señoritas Musgrove, lo suficiente para demostrar seguridad: la habitación parecía llena —llena de personas, de voces—; pero unos minutos después se había terminado. Charles se asomó a la ventana: todo estaba preparado, el visitante hizo una inclinación de cabeza y salió; las señoritas Musgrove se fueron también, tras decidir de repente que acompañarían a los deportistas hasta las afueras del pueblo. Quedó despejado el salón, y Anne terminó de desayunar como pudo.

«¡Ya está! ¡Ya está! —se repetía una y otra vez, con nervioso agradecimiento—. ¡Ya ha pasado lo peor!».

Mary le estaba hablando, pero no podía escucharla. Le había visto. Se habían encontrado. ¡Habían estado otra vez en la misma habitación! No tardó, sin embargo, en empezar a razonar consigo misma, y a tratar de reprimir sus sentimientos. Ocho años, casi ocho años habían pasado desde que habían roto. ¡Qué absurdo era renovar el nerviosismo que ese tiempo había vuelto lejano y confuso! ¿Qué no podían hacer ocho años? Acontecimientos de todo tipo, cambios, extrañamientos, mudanzas... todo, todo lo abarcaba ese período. ¡Y qué natural, qué cierto, también, el olvido del pasado! Casi abarcaba una tercera parte de su propia vida.

¡Ay!; pese a todos estos razonamientos encontraba que para que se refrescaran sentimientos ocho años no eran nada.

Ahora bien, ¿cómo interpretar la actitud de él? ¿Significaba que quería evitarla? Y acto seguido se odió a sí misma por hacerse tan estúpida pregunta.

En otra cuestión, que quizá su extrema discreción no habría podido evitar, se ahorró toda incertidumbre; porque después de regresar las señoritas Musgrove y concluir su visita a Mary, ésta le facilitó espontáneamente la siguiente información:

—No se ha portado muy galante contigo el capitán Wentworth, Anne, a pesar de lo atento que ha sido conmigo. Henrietta le ha preguntado cuando salían qué le has parecido; y ha dicho que estás tan cambiada que no te habría reconocido.

Mary no tenía una sensibilidad que la hiciera respetar normalmente la de su hermana, sino que era inconsciente de infligirle daño alguno.

«¡Cambiada al extremo de no reconocermel!». Anne se resignó totalmente con muda, profunda mortificación. Sin duda era así; y no podía replicar, porque él no había cambiado ni empeorado. Ya se lo había reconocido a sí misma, y no podía creer que no fuera así, pensara él lo que pensase de ella. No; los años que habían destruido su lozanía y su juventud le habían comunicado un ademán más franco, radiante y varonil que en nada mermaba sus cualidades personales. Había visto al Frederick Wentworth de siempre.

«¡Tan cambiada que no la habría reconocido!». No pudieron por menos de quedársele grabadas estas palabras. Sin embargo, pronto empezó a alegrarse de haberlas oído. Tuvieron la virtud de sosegarla: le calmaron el desasosiego; la tranquilizaron, y por tanto la dejaron más contenta.

Frederick Wentworth había empleado esas o parecidas palabras, pero sin saber que le iban a llegar. La había visto desmejorada y, al serle pedida su opinión, había dicho lo que sentía. No había perdonado a Anne Elliot. Le había menospreciado; le había rechazado y decepcionado; y lo que era peor, al hacerlo había demostrado una debilidad de carácter que su temperamento firme y decidido no soportaba. Había renunciado a él para complacer a otros. Se había dejado persuadir. Había sido debilidad y timidez.

Había estado fervientemente enamorado, y no había conocido a ninguna mujer como ella; sin embargo, salvo cierto impulso natural de curiosidad, no tenía ningún deseo de volverla a ver. Anne había perdido para siempre su atractivo para él.

Ahora su propósito era casarse. Era rico, y puesto que había desembarcado, tenía la intención de echar raíces en cuanto fuera debidamente tentado, y en la actualidad miraba a su alrededor, dispuesto a enamorarse todo lo de prisa que su cabeza despierta y su gusto vivo permitieran. Tenía el corazón al alcance de cualquiera de las señoritas Musgrove, con tal que lo supieran pescar; o sea, al alcance de cualquier joven encantadora que se cruzase en su camino, salvo Anne Elliot. Ésta era la única y secreta excepción cuando dijo a su hermana, en respuesta a sus suposiciones:

—Sí, aquí estoy, Sophia; completamente dispuesto a casarme como un tonto. No tiene más que pedírmelo cualquier mujer entre los quince y los treinta. Un poco guapa, unas pocas sonrisas y unos pocos cumplidos a la Armada, y me tendrá en el bote. ¿No es eso suficiente para hacer feliz a un marino que no ha tenido ninguna relación con las mujeres?

Ella sabía que lo decía para que le contradijese. Sus ojos brillantes y orgullosos delataban el convencimiento de que era simpático; y no estaba Anne Elliot muy lejos de su pensamiento cuando, más serio, describió a la mujer con la que quería unirse. «Un espíritu fuerte, con dulzura de carácter», fueron lo primero y lo último de esa descripción.

—Ésa es la mujer que quiero —dijo—. Si estuviera algo por debajo de ese nivel, me conformaría; pero no ha de ser mucho. Si cometo una estupidez, es que soy un rematado estúpido, porque le he dado más vueltas al asunto que la mayoría de los

hombres.

## VIII

A partir de ese momento, el capitán Wentworth y Anne Elliot se encontraron repetidas veces en el mismo círculo. Pronto estuvieron cenando con todos los demás en casa del señor Musgrove, dado que el estado del niño ya no era excusa para que su tía no asistiese. Y ésta no fue sino el inicio de una serie de otras cenas y reuniones.

Ahora comprobarían si se renovaban los antiguos sentimientos; a uno y otro les vendrían sin duda a la memoria otros tiempos; no podía por menos de ser así: él no podía evitar aludir al año de noviazgo en las breves descripciones o narraciones que la conversación requería. Su profesión le capacitaba y su talante le inclinaba a hablar; y en el transcurso de la primera velada que pasaron juntos menudearon los «eso fue en el año seis», «eso ocurrió antes de embarcar, en el año seis»; y aunque no le flaqueó la voz, ni encontró Anne ningún motivo para suponer que su mirada se desviase hacia ella mientras hablaba, se dio cuenta de que era imposible, porque le conocía por dentro, que no le visitasen los recuerdos como la visitaban a ella. Debía de tener la misma inmediata asociación de pensamientos, aunque Anne estaba muy lejos de imaginar que le causaban el mismo dolor.

No conversaron ni tuvieron otro trato entre sí que el exigido por las normas más elementales de educación. ¡Con lo que habían hablado en otro tiempo! ¡Y ahora nada! *Hubo* un tiempo en que, de toda la nutrida concurrencia que ahora llenaba el salón de Uppercross, habría sido a ellos a quienes más les habría costado dejar de hablarse. Salvo el almirante y la señora Croft, quizá, que parecían especialmente enamorados y dichosos (Anne no admitía otra excepción ni siquiera entre las parejas casadas), no había habido corazones más entregados, ni gustos más parecidos, ni sentimientos más acordados, ni rostros más adorados. Ahora eran como extraños; o más que extraños, porque no podrían llegar a establecer una relación de amistad. Era un alejamiento definitivo.

Cuando él hablaba, Anne oía la misma voz y percibía el mismo espíritu. Una ignorancia general en temas navales imperaba entre los reunidos, de modo que le hacían infinidad de preguntas —en especial las dos señoritas Musgrove, que no parecían tener ojos más que para él— sobre la vida a bordo, el reglamento, las comidas, los horarios, etc. Y la sorpresa que mostraban ambas oyéndole contar el grado de comodidad y equipamiento de que se podía disponer le arrancaban algún que otro comentario gracioso que a Anne le recordaba los días en que también ella había sido ignorante, y él la acusaba de suponer que los marinos vivían a bordo sin nada que comer, ni cocinero que guisara lo que hubiese, ni criados que lo sirvieran, ni cubiertos que utilizar.

Se hallaba escuchando y pensando en todo esto, cuando la sacó de su ensimismamiento un susurro de la señora Musgrove, que embargada por un tierno sentimiento, no pudo reprimir un suspiro:

—¡Ay!, señorita Anne, si Dios hubiera permitido que viviese mi pobre hijo,

seguro que ahora sería igual.

Anne contuvo una sonrisa, y escuchó amablemente, mientras la señora Musgrove desahogaba un poco más su corazón; así que durante unos minutos no fue capaz de seguir la conversación de los otros. Cuando pudo dejar que su atención siguiera otra vez su curso natural, descubrió que las señoritas Musgrove traían el escalafón de la Marina (el de ellas, el primero que había en Uppercross), y se sentaban a estudiarlo, con la declarada intención de averiguar qué barcos había mandado el capitán Wentworth.

—El primero fue el *Asp*, recuerdo; vamos a buscar el *Asp*.

—No lo encontrarán ahí. Envejeció y lo han desguazado. Yo fui el último que lo mandó. Estaba ya casi inservible entonces. Luego lo declararon apto para el servicio en aguas nacionales por un año o dos, y a mí me destinaron a las Indias Occidentales.

Las jóvenes estaban admiradas.

—El almirantazgo —prosiguió él— se divierte de vez en cuando mandando a navegar a unos centenares de hombres en un barco que ya no sirve. Pero tienen muchísima gente con que dotarlos; y entre los miles que pueden irse al fondo les es imposible distinguir a los que menos importa perder.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó el almirante—, ¡qué tonterías dicen estos jóvenes! El *Asp* fue la mejor corbeta de su tiempo. No había otra igual, a pesar de lo vieja que estaba. ¡Afortunado este joven, al conseguirla! Bien sabe él que había lo menos veinte hombres mejores que él que la solicitaban a la vez. Afortunado haber obtenido algo así tan pronto, sin otros méritos que los suyos.

—Sabía mi suerte, almirante, se lo aseguro —replicó el capitán Wentworth poniéndose serio—. Estaba todo lo contento de mi destino que usted puede desear. Para mí, en aquellos momentos, era muy importante estar en la mar... muy importante. Necesitaba estar haciendo algo.

—Imagino que sí. ¿Qué iba a hacer un joven como usted en tierra medio año? El que no tiene esposa, necesita volver a embarcar en seguida.

—Pero capitán Wentworth —exclamó Louisa—, ¡qué fastidiado debió de sentirse cuando llegó al *Asp* y vio la carraca que le habían asignado!

—Yo sabía ya cómo era —dijo él sonriendo—; no fue ningún descubrimiento para mí, como no lo es para usted la hechura y resistencia de una vieja pelliza que ha visto prestarse a sus amigas desde siempre, y que al final, un día excepcionalmente lluvioso, se la dejan. ¡Ah, quise mucho al viejo *Asp*! Cumplió como yo quería. Sabía que cumpliría; sabía que o nos íbamos a pique juntos, o me curtiría; y no tuve dos días de mal tiempo mientras estuve embarcado en él; y después de apresar suficientes corsarios como para estar constantemente ocupado, cuando regresaba al otoño siguiente, tuve la suerte de topar exactamente con la fragata francesa que yo quería. La traje a Plymouth; y aquí tuve suerte otra vez. No llevábamos seis horas en la Sonda cuando se desató un temporal que duró cuatro días y cuatro noches que habría podido acabar con el viejo *Asp* en la mitad de tiempo; de modo que nuestra llegada a



la Gran Nación no había mejorado mucho nuestra situación. Veinticuatro horas más, y habría sido sólo un esforzado capitán Wentworth citado en una breve nota en un rincón del periódico; y puesto que habría naufragado en una mera corbeta, nadie se habría acordado de mí.

El estremecimiento de Anne quedó para ella sola; pero las señoritas Musgrove fueron tan expresivas como sinceras en sus exclamaciones de compasión y horror.

—Y entonces, imagino —murmuró la señora Musgrove, como pensando en voz alta—, le destinaron al *Laconia*, y allí conoció a nuestro pobre hijo; Charles, cariño —llamándole con una seña—, pregúntale al capitán Wentworth dónde conoció a tu pobre hermano. A mí siempre se me olvida.

—Fue en Gibraltar, madre. Habían dejado a Dick enfermo en Gibraltar, con una recomendación de su anterior capitán al capitán Wentworth.

—¡Ah!, pero dile al capitán Wentworth que no tema mencionar al pobre Dick delante de mí; que al contrario, me alegraría oír hablar de él a un buen amigo.

Charles, algo más prudente sobre lo que se pudiera contar, se limitó a asentir con la cabeza, y se retiró.

Las jóvenes buscaban ahora el *Laconia*; y el capitán Wentworth no pudo reprimir la satisfacción de coger el precioso libro en sus manos para ahorrarles el trabajo, y leyó otra vez en voz alta la pequeña información de su nombre, categoría y situación disponible, añadiendo que había sido también uno de los mejores amigos que había tenido jamás.

—¡Ah, fueron días felices los que estuve en el *Laconia*! Qué de prisa hice dinero en él. Efectuamos un espléndido patrullaje juntos un amigo mío y yo, frente a las Indias Occidentales. ¡Pobre Harville, hermana! Ya sabes cuánto necesitaba dinero. Más que yo. Tenía esposa. ¡Es un excelente camarada! Nunca olvidaré lo feliz que fue entonces. Lo intentaba todo por ella. Me habría gustado tenerle al verano siguiente, cuando me cupo la misma suerte en el Mediterráneo.

—Y estoy segura, señor —dijo la señora Musgrove—, de que fue un día de suerte para todos *nosotros* cuando le nombraron capitán de ese barco. Nunca olvidaremos lo que hizo.

Los sentimientos la hacían hablar bajo; y el capitán Wentworth, que había oído sólo parte, y probablemente no tenía tan en el pensamiento a Dick, pareció quedarse en suspenso, como esperando más.

—Se refiere a mi hermano —susurró una de las jóvenes—; mamá está pensando en el pobre Richard.

—¡Pobre hijo! —prosiguió la señora Musgrove—; ¡se volvió muy formal, y un asiduo escritor de cartas cuando estuvo bajo su cuidado! ¡Ah, qué dicha si no se hubiera marchado de su lado! Le aseguro, capitán Wentworth, que sentimos muchísimo que se alejara de usted.

Hubo una expresión momentánea en el rostro del capitán Wentworth durante estas palabras, cierto destello en sus ojos y una curva en su hermosa boca, que

convencieron a Anne de que más que participar de ese amable deseo de la señora Musgrove respecto a su hijo, probablemente se había esforzado en librarse de él; pero fue demasiado fugaz esta autosatisfacción para que pudiera advertirla nadie que le conociese menos que ella; un momento después volvía a estar serio y sereno; y casi a continuación, acercándose al sofá donde estaban ella y la señora Musgrove, se sentó junto a ésta, y se puso a hablarle en voz baja de su hijo, haciéndolo con una comprensión y una gracia natural que pusieron de relieve la más amable consideración por cuanto hay de sincero y natural en los sentimientos de una madre.

Lo cierto es que estaban en el mismo sofá, porque la señora Musgrove le había hecho sitio de muy buen grado, y sólo les separaba ella. Es cierto que no era pequeña la barrera. La señora Musgrove poseía unas dimensiones abundantes, infinitamente más aptas por naturaleza para expresar alegría y buen humor que ternura y sentimiento; y mientras eclipsaba las agitaciones del cuerpo delgado de Anne y su rostro meditabundo, cabe pensar que el capitán Wentworth escuchaba con aplomo los largos y hondos suspiros de la dama sobre el destino del hijo que a nadie había importado mientras estuvo vivo.

El tamaño del cuerpo y el dolor del espíritu no guardan necesariamente proporción. Una figura voluminosa y abundante tiene tanto derecho a afligirse profundamente como las criaturas más gráciles del mundo. Pero, justas o no, hay conjunciones desafortunadas que la razón avalará en vano, el gusto no tolerará, y en las que se cebará el ridículo.

El almirante, después de dar dos o tres vueltas por el salón para refrescarse, con las manos cogidas detrás, y de que su esposa le llamara al orden, fue ahora a donde estaba el capitán Wentworth; y sin mirar si interrumpía, y atento sólo a sus propios pensamientos, empezó:

—Si llega usted a tocar Lisboa una semana más tarde la pasada primavera, Frederick, le habría pedido que se trajera a *lady* Mary Grierson y sus hijas.

—¿De veras? Entonces me alegro de no haber estado allí una semana más tarde.

El almirante le censuró su falta de galantería. Él se defendió; aunque proclamando que jamás admitiría de buen grado damas a bordo de su barco, salvo si se celebraba algún baile o se efectuaba una visita, lo que sería cosa de unas horas.

—Pero, si no me conozco mal —dijo—, no es por falta de galantería. Es, antes bien, porque me doy cuenta de lo imposible que es ofrecer a bordo las comodidades que como mujeres les corresponden, por muchos esfuerzos y sacrificios que uno haga. No es falta de galantería, almirante, situar muy *alto* el derecho de una mujer a toda clase de comodidades personales... y eso es lo que hago. No me gusta oír hablar de mujeres a bordo, o verlas a bordo; y ningún barco que esté bajo mi mando llevará nunca una familia de damas a ninguna parte si puedo evitarlo.

Esto le valió el reproche de su hermana.

—¡Oh, Frederick! No puedo creerlo de ti. ¡Eso no es más que delicadeza superflua! Las mujeres pueden sentirse tan cómodas a bordo como en la mejor casa

de Inglaterra. Yo creo que he vivido a bordo más que la mayoría, y no conozco nada que aventaje en comodidades a un buque de guerra. Te aseguro que no tengo aquí, ni en Kellynch Hall —con una inclinación de cabeza a Anne—, ni una sola comodidad ni atención que no haya tenido en la mayoría de los barcos en los que he estado; que han sido cinco en total.

—Eso no tiene nada que ver —replicó su hermano—. Tú ibas con tu marido; y eras la única mujer a bordo.

—Y tú, tú mismo, has llevado a la señora Harville, a su hermana, su prima y los tres niños de Portsmouth a Plymouth. ¿Dónde estaba entonces esa refinada y exquisita galantería?

—Fundidas en mi amistad, Sophia. Ayudaría a la esposa de un oficial siempre que pudiera, y le traería a Harville lo que fuera desde el fin del mundo, si pudiera. Y pienso que no habría nada malo en ello.

—Y seguro que irían comodísimas.

—No estaría yo más conforme por eso, quizá. Un número así de mujeres y niños no tienen ningún *derecho* a ir cómodos a bordo.

—Mi querido Frederick, estás hablando por hablar. Dime una cosa: ¿qué sería de nosotras, pobres esposas de marinos que tan a menudo necesitamos que nos lleven de un puerto a otro, en pos de nuestros maridos, si todo el mundo opinara como tú?

—Ya ves que mi opinión no me ha impedido llevar a la señora Harville con toda su familia a Plymouth.

—Pero no me gusta oírte hablar así, como un petimetre, como si fuéramos todas damas refinadas en vez de seres racionales. Ninguna de nosotras espera navegar siempre por aguas tranquilas.

—¡Ah, querida! —dijo el almirante—, ya verás cómo canta con otro tono cuando tenga esposa. Cuando esté casado, si tenemos la suerte de vivir otra guerra, le veremos hacer lo que tú y yo, y muchísimos otros, hemos hecho. Le veremos agradecidísimo a cualquiera que le lleve la esposa.

—¡Desde luego que sí!

—Bueno, me callo —exclamó el capitán Wentworth—; cuando los casados empiezan a atacarme con: «¡Ah, ya verá usted cómo piensa de otra manera cuando se case!», sólo puedo decir: «No, no lo haré»; y ellos repiten: «Sí, sí lo hará», y ahí termina todo.

Se levantó y se fue.

—¡Cuánto debe de haber viajado usted! —dijo la señora Musgrove a la señora Croft.

—Bastante, en los quince años de matrimonio; aunque hay muchas mujeres que lo han hecho más que yo. He cruzado el Atlántico cuatro veces, y he ido y vuelto una vez a las Indias Orientales; y he estado una vez, además de en distintos lugares del continente, en Cork, en Lisboa y en Gibraltar. Pero nunca he pasado del Estrecho... y nunca he estado en las Indias Occidentales. Nosotros nunca llamamos Bermudas o

Bahamas a las Indias Occidentales.

La señora Musgrove no puso el menor reparo a esto: no podía acusarse de haberlas llamado nada en toda su vida.

—Y le aseguro, señora —prosiguió la señora Croft—, que nada puede superar a los alojamientos de un buque de guerra; hablo, claro está, de los de más alto grado. Cuando sube usted a una fragata, como es natural, se encuentra más restringida... aunque cualquier mujer razonable puede sentirse totalmente a gusto; y puedo decir sin temor a equivocarme que la etapa más feliz de mi vida ha sido la que pasé a bordo de un barco. Mientras estuviéramos juntos, no había nada que temer. Gracias a Dios, siempre he tenido la suerte de gozar de excelente salud y ningún clima me sienta mal. Siempre me siento un poco mal durante las primeras veinticuatro horas de viaje, pero después no sé lo que es un mareo. La única vez que sufrí corporal y espiritualmente de verdad, la única vez que me encontré fatal, y pensé en el peligro, fue el invierno que pasé sola en Deal, cuando el almirante (entonces *capitán* Croft) estaba en el Mar del Norte. Vivía con un miedo constante en aquel entonces, y el no tener nada que hacer más que esperar noticias de él, me hacía imaginar que tenía toda clase de males; pero en cuanto estábamos juntos se me iba todo, y me desaparecían todas las dolencias.

—Claro, claro; por supuesto. Estoy completamente de acuerdo con usted, señora Croft —fue la efusiva respuesta de la señora Musgrove—. No hay nada peor que la separación. Estoy completamente de acuerdo con usted. Yo sé lo que es porque el señor Musgrove asiste siempre a las sesiones judiciales, y me alegro cuando terminan y vuelve a estar aquí sin novedad.

La velada terminó con un baile. Cuando lo propusieron, Anne se ofreció a tocar como de costumbre; y aunque a veces se le llenaban los ojos de lágrimas sentada ante el instrumento, se alegró enormemente de hacer algo, y no deseó otra cosa que pasar inadvertida.

Fue una reunión alegre y divertida, y nadie pareció más animado que el capitán Wentworth. Anne observó que la atención y deferencia que recibía de todos, y en especial de las jóvenes, le hacían inmensamente feliz. Las señoritas Hayter, pertenecientes a la familia de los primos ya citados, se permitieron también, al parecer, el honor de enamorarse de él; y en cuanto a Henrietta y Louisa, estaban tan enteramente dedicadas a él, que sólo las continuas muestras de una absoluta armonía entre ambas hacían creíble que no fueran rivales declaradas. ¿Quién se iba a extrañar si una admiración tan universal y devota acababa echándole un poco a perder?

Éstos son algunos de los pensamientos que absorbían a Anne mientras sus dedos estuvieron tocando maquinalmente durante media hora seguida, sin error y sin conciencia. *Una* vez se dio cuenta de que él la miraba, que observaba su rostro cambiado, tratando quizá de encontrar en sus facciones las ruinas del rostro que en otro tiempo le cautivó; y *una* vez adivinó que estaba hablando de ella: no se dio cuenta hasta que oyó la respuesta; pero entonces tuvo la seguridad de que había

preguntado a su pareja si la señorita Elliot no bailaba nunca. La respuesta fue: «¡Ah, no! Nunca; ha dejado completamente de bailar. Prefiere tocar. De tocar no se cansa nunca». Una vez, también, le dirigió la palabra. Había abandonado el instrumento al concluir el baile, y él se había sentado ante el piano para probar a tocar una tonada de la que quería dar idea a las señoritas Musgrove. Impensadamente, Anne regresó hacia esa parte del salón. La vio él, y dijo en seguida con estudiada cortesía:

—Perdón; he usurpado su sitio.

Y aunque ella retrocedió inmediatamente con una clara negativa, él no consintió en volver a sentarse.

Anne no quiso más miradas ni palabras. Su fría cortesía, su gracia ceremoniosa, eran peores que la indiferencia.

## IX

El capitán Wentworth había ido a Kellynch como a su casa para estarse el tiempo que quisiera, siendo objeto de fraternal afecto tanto por parte del almirante como de su esposa. Había llegado con el propósito de marcharse pronto a Shropshire a ver al hermano que residía en dicho condado, pero los atractivos de Uppercross le indujeron a aplazarlo. Encontró tanta simpatía, tanto agasajo, tantos detalles encantadores en la acogida que le dispensaron, y vio a los mayores tan hospitalarios y a los jóvenes tan agradables, que no pudo por menos de decidir quedarse, y dejar para más adelante los encantos y perfecciones de que tenía fama la esposa de Edward.

Pronto adoptó la costumbre de visitar Uppercross casi a diario. Y tan dispuestos estaban los Musgrove a invitarle como él a acudir, en especial por las mañanas, cuando se quedaba sin compañía en casa porque el almirante y la señora Croft salían juntos, interesados en sus nuevas posesiones, sus pastos y sus ovejas, y andaban de un lado para otro de una manera difícilmente resistible para una tercera persona, o salían en calesa, recientemente incorporada a su servicio.

Hasta aquí, tanto los Musgrove como sus hijas tenían una misma opinión del capitán Wentworth, y era la de una invariable y cálida admiración en todos los respectos. Pero no bien quedó establecido este sólido cimiento, regresó un tal Charles Hayter al que le molestó bastante esta situación, y le pareció que el capitán Wentworth se tomaba demasiada confianza.

Charles Hayter era el mayor de los primos, y un joven afectuoso y amable, y él y Henrietta habían andado algo así como bastante enamoriscados antes de que apareciera el capitán Wentworth. Era sacerdote; y dado que tenía una coadjutoría en la vecindad donde no le hacía falta residir, vivía en casa de su padre, a sólo tres kilómetros de Uppercross. Una corta ausencia de casa había dejado a su dama sin sus atenciones durante este período crítico, y a su regreso había tenido el dolor de descubrir en ella una actitud muy distinta, y de ver al capitán Wentworth.

La señora Musgrove y la señora Hayter eran hermanas. Una y otra tenían dinero, pero sus matrimonios las habían situado en diferente nivel. El señor Hayter tenía tierras, pero comparadas con las del señor Musgrove eran insignificantes; y mientras los Musgrove se hallaban entre la clase más alta de la comarca, los jóvenes Hayter, debido al estilo de vida modesto, retirado y poco distinguido de sus padres, y a su educación incompleta, no tenían más categoría que la que les confería su parentesco con Uppercross; la excepción, naturalmente, era este hijo mayor, el cual había decidido hacerse un hombre cultivado y un caballero, y era muy superior en cultura y modales que el resto.

Las dos familias habían mantenido siempre una excelente relación: no había ni orgullo en la una ni envidia en la otra, y la conciencia de superioridad que tenían las señoritas Musgrove no hacía sino que les complaciera ayudar a sus primos a superarse. Los padres de Henrietta no habían visto con desagrado las atenciones de

Charles. «No sería un espléndido partido para ella; pero si a Henrietta le gustaba el joven...». Y a Henrietta parecía que le gustaba.

Así lo creía ella completamente antes de la llegada del capitán Wentworth. Pero desde ese momento había tenido muy olvidado al primo Charles.

Por lo que Anne había podido observar, aún no estaba claro a cuál de las dos hermanas prefería el capitán Wentworth. Henrietta era quizá más guapa, Louisa en cambio era más alegre; y *ahora* no sabía qué carácter le atraía más, si el amable o el alegre.

El señor y la señora Musgrove, bien porque no veían mucho, bien porque tenían entera confianza en la discreción de sus hijas y de los jóvenes que se les acercaban, lo dejaban todo al azar. En la Casa Grande no había la menor muestra de preocupación, ni se hacía el menor comentario; en casa de Charles y Mary, en cambio, la cosa era diferente: el joven matrimonio era más inclinado a especular y hacer cábalas; no había estado el capitán Wentworth más de cuatro o cinco veces en compañía de las señoritas Musgrove, y no había hecho más que reaparecer Charles Hayter, cuando Anne tuvo que escuchar las opiniones de su hermana y su cuñado sobre *cuál* le gustaba más al capitán Wentworth. Charles se inclinaba por Louisa y Mary por Henrietta, aunque ambos estuvieron de acuerdo en que sería muy grato que se casara con una de las dos.

Charles no había conocido hombre más simpático en su vida; y por lo que le había oído contar al propio capitán Wentworth, seguro que éste no había acumulado menos de veinte mil libras en la guerra, lo cual representaba una fortuna; aparte, estaba lo que podía ganar en alguna otra guerra; y tenía el convencimiento de que el capitán Wentworth era un hombre que destacaba como ninguno en la Armada. ¡Ah, sería un partido magnífico para cualquiera de sus hermanas!

—Desde luego que sí —replicó Mary—, ¡Dios mío, si lograra algún honor muy grande! ¡Si llegaran a nombrarle *baronet*! «*Lady Wentworth*» suena muy bien. Sería todo un título para Henrietta, desde luego. Entonces ocuparía el mismo lugar que yo, cosa que a Henrietta le agradaría infinitamente. ¡*Sir Frederick* y *lady Wentworth*! Aunque sería de nueva creación, y a mí los de nueva creación no me parecen gran cosa.

Mary prefería pensar que se inclinaría por Henrietta a causa de Charles Hayter, cuyas pretensiones querría ver terminadas. Miraba muy despectivamente a los Hayter, y juzgaba una completa desdicha que se renovase la existente relación entre las familias... Sería muy lamentable para ella y para sus hijos.

—No le considero —dijo— la pareja idónea de Henrietta; y teniendo en cuenta las alianzas que han hecho los Musgrove, ella no tiene derecho a malbaratarse. No creo que ninguna joven tenga derecho a hacer una elección que pueda resultar perjudicial e inconveniente a la parte *principal* de la familia, e imponer un emparentamiento desafortunado a quienes no están acostumbrados a ello. Y además, ¿quién es Charles Hayter? Un mero sacerdote rural. La pareja más inadecuada para la

señorita Musgrove de Uppercross.

Su marido, sin embargo, no estaba de acuerdo con ella en esto; porque además de sentir estima por su primo, Charles Hayter era primogénito, y él tenía muy en cuenta a un primogénito.

—Eso que dices es una tontería, Mary —contestó él—. No será un *gran* partido para Henrietta, pero Charles tiene muchas posibilidades de obtener algo del obispo en espacio de un año o dos por medio de los Spicer; y recuerda que es el hijo mayor; cuando muera mi tío, pasará a ser dueño de una hermosa propiedad. La tierra de Winthrop comprende no menos de cien hectáreas, además de la granja próxima a Taunton, y es una de las mejores tierras de la comarca. Te aseguro que cualquier partido que no fuese Charles sería lamentable para Henrietta, y un fracaso. Él es el único posible: es muy amable, y muy buena persona; y cuando Winthrop pase a sus manos lo convertirá en un lugar diferente; y vivirá de manera muy distinta. Y con esa propiedad, no será un hombre desdeñable. Es una buena propiedad. No, no; Henrietta haría mal en no casarse con Charles Hayter. Si se casara con él, y Louisa pescase al capitán Wentworth, me daría por muy satisfecho.

—Charles que diga lo que quiera —gritó Mary a Anne en cuanto él salió de la habitación—, pero sería horroroso que Henrietta se casara con Charles Hayter; sería malo para *ella*, y peor para *mí*; así que es de desear que el capitán Wentworth le quite a su primo de la cabeza, cosa que no dudo que hará. Ayer apenas hizo caso a Charles Hayter. Quisiera que hubieses visto cómo se comportó. Y eso de que al capitán Wentworth le gustan igual Louisa y Henrietta es una estupidez; salta a la vista que le *gusta* Henrietta infinitamente más. Pero Charles es muy tajante. Quisiera que hubieses estado con nosotros ayer porque habrías visto quién tiene razón: estoy segura de que habrías dicho que yo, a menos que hubieras querido llevarme la contraria.

Anne habría tenido ocasión de ver todas estas cosas durante la cena en casa del señor Musgrove; pero se había quedado en casa con el pretexto combinado de un dolor de cabeza que tenía y una ligera recaída del pequeño Charles. Sólo había pensado evitar al capitán Wentworth; pero ahora a las ventajas de la velada tranquila que había pasado se añadía el haber evitado hacer de árbitro.

En cuanto a las ideas del capitán Wentworth, pensaba que era más importante que tuviese claro lo que quería lo bastante pronto para no poner en peligro la felicidad de una y otra hermana y en entredicho su propio honor, que no que prefiriese Henrietta a Louisa, o Louisa a Henrietta. Cualquiera de las dos podría ser para él, con toda probabilidad, una esposa afectuosa y alegre. Respecto a Charles Hayter, Anne tenía sensibilidad como para sufrir ante cualquier ligereza de una joven bienintencionada, y un corazón que compadecería cualquier sufrimiento que ocasionase; pero si Henrietta se daba cuenta de que había interpretado mal sus propios sentimientos, puede que no comprendiera el cambio demasiado pronto.

Charles Hayter había encontrado muchos motivos de inquietud y mortificación en



la conducta de su prima. Era demasiado antiguo el cariño que Henrietta había sentido por él para perderlo tan completamente que matase en dos encuentros todas sus anteriores esperanzas y no le dejase otra opción que la de alejarse de Uppercross; pero este cambio era muy alarmante si la causa probable era un hombre como el capitán Wentworth. Sólo había estado ausente dos domingos; y al separarse la había dejado tan interesada como él en su perspectiva de dejar pronto su actual coadjutoría y obtener a cambio la de Uppercross. Entonces le había parecido a ella del mayor interés que el doctor Shirley, el rector, que durante más de cuarenta años había cumplido celosamente todas las funciones de su ministerio, aunque se estaba volviendo demasiado achacoso para muchas de ellas, se decidiese de una vez a pedir un coadjutor, proveyera la coadjutoría lo más posible, y prometiera concedérsela a Charles Hayter. La ventaja de tener que venir sólo a Uppercross en vez de recorrer nueve kilómetros en dirección opuesta; de ocupar una coadjutoría mejor en todos los sentidos, y colaborar con el querido doctor Shirley, y descargarle así de unas obligaciones que ya no podía llevar a cabo sin merma de su salud, había sido muy importante para Louisa; pero para Henrietta lo había sido casi todo. Pero, ¡ay!, cuando él volvió, había desaparecido todo el celo sobre dicho asunto. Louisa no fue capaz de escuchar la explicación que él quiso darle de una conversación que había tenido con el doctor Shirley: estaba en la ventana, buscando con la mirada al capitán Wentworth; ni siquiera Henrietta, que todo lo más le prestó una atención dividida, y parecía haber olvidado todas sus anteriores dudas e inquietudes respecto a la negociación.

—Bien, de veras me alegro muchísimo; pero siempre he pensado que lo conseguirías: siempre he creído que la tendrías seguro. No me parecía que... En resumen, que el doctor Shirley *necesita* un coadjutor, y te ha prometido a ti el puesto. ¿Viene ya, Louisa?

Una mañana, muy poco después de esa cena en casa de los Musgrove en la que Anne no había estado presente, el capitán Wentworth entró en el salón de casa de Charles Musgrove, donde sólo estaba ella con el pequeño Charles convaleciente, echado en el sofá.

La sorpresa de encontrarse casi a solas con Anne Elliot hizo que el capitán perdiera su habitual serenidad: se azoró, y sólo fue capaz de decir: «Creí que las señoritas Musgrove estaban aquí; la señora Musgrove me ha dicho que las encontraría aquí», antes de dirigirse a la ventana para recobrar y ver qué actitud adoptar.

—Están arriba con mi hermana; supongo que bajarán dentro de un momento — fue la respuesta de Anne, con la lógica confusión; y si el niño no la hubiera llamado para pedirle algo, habría abandonado al punto la habitación para aliviar tanto al capitán Wentworth como a sí misma.

Él siguió en la ventana; y tras decir cortésmente: «Espero que el niño esté mejor», se quedó callado.

Anne tuvo que arrodillarse delante del sofá y quedarse junto a su paciente para complacerle; y llevaba así unos minutos cuando, para su inmenso alivio, oyó que alguien cruzaba el vestíbulo. Volvió la cabeza esperando ver al dueño de la casa, pero resultó ser alguien bastante menos apropiado para facilitar las cosas: Charles Hayter, que probablemente no se alegraba más de ver al capitán Wentworth, que el capitán Wentworth de ver a Anne.

Ésta se limitó a decir:

—¿Cómo está usted? ¿No quiere sentarse? No tardarán en venir los demás.

El capitán Wentworth, sin embargo, abandonó la ventana, dispuesto a conversar al parecer; pero Charles Hayter puso inmediatamente fin a sus intentos al sentarse junto a la mesa y coger un periódico. Y el capitán Wentworth regresó a la ventana.

Un minuto después llegó alguien más. El pequeño, un niño fuerte y adelantado para sus dos años, tras abrirle alguien la puerta desde fuera, avanzó decidido entre ellos, fue derecho al sofá para ver qué pasaba, y reclamó cualquier cosa que se le pudiera dar.

Como no había nada de comer, sólo podía ofrecérsele jugar; y como su tía no le dejó que molestara a su hermano enfermo, empezó a subirse encima de ella, de manera que, ocupada como estaba con Charles, no conseguía quitárselo de encima: en vano le hablaba, le ordenaba, le suplicaba y le insistía. Una de las veces consiguió apartarlo; pero el niño disfrutó aún más a continuación trepando por su espalda.

—Walter —dijo su tía—, baja ahora mismo. Eres un pesado insoportable. Estoy muy enfadada contigo.

—Walter —exclamó Charles Hayter—, ¿por qué no haces lo que te mandan? Ven conmigo, Walter; ven con el primo Charles.

Pero Walter no hacía caso.

Un segundo después, no obstante, notó que la libaban de él: alguien se lo quitó de encima, aunque el niño le había inclinado tanto la cabeza que hubo que desprenderle sus fuertes manitas del cuello, y lo levantaron antes de que viese que había sido el capitán Wentworth.

Su impresión al darse cuenta la dejó completamente sin habla. No pudo darle las gracias siquiera. Sólo fue capaz de inclinarse sobre Charles embargada por las emociones. Su amabilidad al acercarse a ayudarla, la manera, el silencio con que lo había hecho, los pequeños detalles de la acción, junto al convencimiento que no tardó en imponérsele —por el bullicio que estudiadamente estaba haciendo con el niño— de que pretendía no oírle darle las gracias, y trataba más bien de demostrar que lo último que quería era hablar con ella, le ocasionaron tal tumulto de emociones contradictorias y dolorosas, que no logró recobrase hasta que la entrada de Mary y las señoritas Musgrove le permitió transferir el pequeño paciente a sus cuidados y abandonar la habitación. No fue capaz de permanecer allí. Podía haber sido una ocasión para observar el amor y los celos de los cuatro: ahora estaban juntos, pero no podía quedarse ni por lo uno ni por lo otro. Estaba claro que a Charles Hayter no le

hacía gracia el capitán Wentworth. Se lo había notado en el tono enfadado con que había dicho, tras intervenir el capitán: «Debías *haberme* hecho caso, Walter; te he dicho que no molestaras a tu tía»; y comprendió su resquemor por que el capitán Wentworth hubiera hecho lo que habría tenido que hacer él. Pero no le interesaban los sentimientos de Charles Hayter, ni los de nadie, hasta tanto no pusiera un poco de orden en los suyos. Se avergonzaba de sí misma, se avergonzaba de ser tan nerviosa, de dejarse dominar por semejante pequeñez; pero así era, y necesitaba una larga dosis de soledad y reflexión para recobrase.

## X

No podían dejar de presentársele otras ocasiones de observar. Poco tiempo después estuvo Anne lo bastante a menudo con los cuatro juntos para formarse una opinión, aunque era demasiado discreta para comentarla en casa, donde sabía que no convencería ni al marido ni a la esposa; porque aunque consideraba predilecta a Louisa, no podía por menos de pensar —en la medida en que se atrevía a juzgar por lo que recordaba y sabía— que el capitán Wentworth no estaba enamorado de ninguna de las dos. Más enamoradas estaban ellas de él; aunque eso no era amor. Era un poco fiebre de admiración, si bien podía, debía quizá, acabar siéndolo en alguna. Charles Hayter se daba cuenta de que era desdeñado; no obstante, Henrietta daba la impresión de que estaba dividida entre los dos. Anne deseaba fervientemente poder explicarles la situación, y hacerles ver algunas de las desgracias a que se exponían. No achacaba la culpa a nadie. Su mayor satisfacción era pensar que el capitán Wentworth no tenía la menor sospecha del daño que estaba ocasionando. Su actitud no era de triunfo, de triunfo despreciable. Probablemente no sabía, ni se le había ocurrido, que Charles Hayter tuviera pretensiones de ningún género. En lo único que hacía mal era en aceptar a la vez —porque aceptar era la palabra— las atenciones de las dos jóvenes.

Tras breve lucha, Charles Hayter abandonó el campo. Pasaron tres días sin que apareciera una sola vez por Uppercross: cambio de lo más radical. Incluso rechazó una invitación normal a cenar; y habiéndole encontrado varias veces el señor Musgrove con voluminosos libros delante, el señor y la señora Musgrove tuvieron la seguridad de que no hacía bien, y comentaron con una grave expresión en la cara que se estaba matando a estudiar. Mary creía que había recibido un claro rechazo de Henrietta, o así lo esperaba, y su marido vivía con la constante confianza de verle al día siguiente. Anne lo único que pensaba es que Charles Hayter era prudente.

Estaban Anne y Mary tranquilamente sentadas ante su labor, una mañana en que Charles Musgrove y el capitán Wentworth habían salido juntos a cazar, cuando llegaron ante la ventana las dos hermanas de la Casa Grande.

Era un día agradable de noviembre, y las señoritas Musgrove se habían acercado cruzando el pequeño jardín para decirles sólo que iban a dar un *largo* paseo, y que suponían que a Mary no le apetecería acompañarlas; y cuando Mary replicó instantáneamente, algo picada por que no la tuvieran por buena andadora: «Claro que sí, estoy dispuestísima a ir con vosotras; me chiflan los largos paseos», Anne tuvo el convencimiento, por el gesto de las dos jóvenes, de que eso era exactamente lo que no deseaban, y admiró otra vez la especie de obligación que los hábitos familiares parecían imponer, de comunicarlo todo, y hacerlo todo juntas, incluso cuando no se deseaba o no fuera conveniente. Anne trató de disuadir a Mary, pero fue inútil; así que pensó que lo mejor era aceptar también la invitación que las señoritas Musgrove le hicieron a ella, mucho más cordial, ya que podía ser útil a la hora de regresar con

su hermana, y para atenuar cualquier intromisión de ésta en los planes que tuvieran.

—¡No entiendo por qué creen que no me gustan los largos paseos! —dijo Mary cuando subía la escalera—. ¡Todo el mundo piensa que no me gusta andar! Sin embargo, no les habría gustado que rechazara su invitación. Cuando alguien viene así a pedirte una cosa, ¿cómo le vas a decir que no?

Justo cuando salían, llegaron los caballeros. Habían sacado un perro joven que les espantaba la caza y habían vuelto temprano. De modo que la hora, las fuerzas y los ánimos eran exactamente los idóneos para un paseo de esa clase, por lo que se les unieron encantados. De haber sabido Anne esta contingencia se habría quedado en casa; pero, movida por cierto interés y curiosidad, imaginó que era demasiado tarde para echarse atrás, y se pusieron en marcha los seis en la dirección que habían escogido las señoritas Musgrove, ya que evidentemente debían ser ellas las que guiaran.

Era propósito de Anne no ponerse en el camino de nadie, y donde el estrecho sendero que cruzaba los campos los obligaba a ir separados, caminar entre su hermana y su cuñado. Su *disfrute* estaba en el ejercicio y en el día, en la visión de las últimas sonrisas del año en las hojas rojizas y los setos marchitos, y en repetirse alguna de las mil descripciones poéticas que existían del otoño, estación de especial e inextinguible influencia de ternura y gusto en el espíritu, estación que ha arrancado a todos los poetas dignos de ser leídos algún intento de descripción, algún verso de sentimiento. Anne iba absorta en estas citas y meditaciones: pero no podía dejar de intentar escuchar cada vez que le llegaba la conversación del capitán Wentworth con una u otra de las señoritas Musgrove. Sin embargo, lo que oía no era nada excepcional: una mera charla alegre, propia de jóvenes con estrecha amistad. Hablaba más con Louisa que con Henrietta. Louisa era desde luego más candidata a sus atenciones que su hermana, distinción que parecía ir en aumento; y hubo una frase de Louisa que le llamó la atención. Tras uno de los muchos elogios al día que a cada momento entonaban, añadió el capitán Wentworth:

—¡Qué tiempo más espléndido para el almirante y mi hermana! Pensaban dar un paseo en coche esta mañana; tal vez tengamos ocasión de saludarlos desde alguna de esas lomas. Hablaban de venir hacia esta parte del campo. Me pregunto dónde volcarán hoy. Les pasa a menudo, se lo aseguro; aunque mi hermana no le da ninguna importancia; le da igual volcar que no.

—¡Ah, está exagerando, lo sé! —exclamó Louisa—; pero aunque fuese efectivamente así, yo haría lo mismo en su lugar. Si yo amase a un hombre como ama ella al almirante, estaría siempre con él, nada nos separaría, y antes preferiría volcar con él que viajar segura con cualquier otra persona.

Lo dijo con entusiasmo.

—¿De veras lo haría? —exclamó él, adoptando el mismo tono—. ¡La felicito! —y hubo un silencio prolongado entre ellos.

Anne no pudo volver en seguida a sus citas. Los amables escenarios del otoño

quedaron anulados de momento... a menos que algún soneto delicado, lleno de analogías entre el año declinante y la declinante felicidad, y de imágenes de esperanza y juventud y primavera juntamente desaparecidas, le iluminara la memoria. Volvió de su ensimismamiento para decir, cuando cogieron otro sendero:

—¿No es éste uno de los caminos que van a Winthrop?

Pero nadie la oyó, o al menos nadie contestó.

Sin embargo, era a Winthrop adonde se dirigían, o a sus alrededores; porque a veces tropezaban con jóvenes caballeros paseando no lejos de la casa; y después de subir gradualmente medio kilómetro más, cruzando extensos cercados donde el trabajo del arado y el sendero recién hecho ponían de relieve cómo el campesino contradecía las dulzuras del poético desaliento y pensaba en otra primavera, llegaron a la cima de la loma más alta que separaba Uppercross de Winthrop; y en seguida tuvieron una vista completa de esta última al otro lado, al pie de la cuesta.

Ante ellos se alzaba Winthrop sin belleza ni dignidad: un edificio anodino, bajo, rodeado de graneros y corralizas.

Mary exclamó:

—¡Dios mío, esto es Winthrop! ¡No tenía ni idea! Bueno, creo que será mejor que demos la vuelta; estoy demasiado cansada.

Henrietta, consciente y avergonzada, y no viendo a su primo Charles por ninguna parte, ni recostado en ninguna cerca, se dispuso a hacer lo que decía Mary; pero «No», dijo Charles Musgrove; y «No, no», exclamó Louisa con más vehemencia; y llevándose a su hermana aparte, pareció discutir el asunto con calor.

Charles, entretanto, manifestó su decisión rotunda de ir a saludar a su tía, dado que estaban tan cerca; y con una claridad no exenta de timidez, intentó convencer a su esposa para que le acompañara. Pero ésta era una de las cuestiones en las que la dama mostraba su firmeza; y cuando él aconsejó la conveniencia de que descansara un cuarto de hora en Winthrop, dado que se sentía tan agotada, «¡Ni hablar! Subir esa cuesta la perjudicaría más que todo el beneficio que sacara sentándose un rato». En una palabra, su actitud y su expresión proclamaban que no iría.

Tras una pequeña serie de discusiones y consultas, Charles y sus dos hermanas convinieron en que él y Henrietta bajarían un momento a ver a su tía y sus primos, y que los demás esperarían arriba. Louisa parecía ser la principal promotora del plan; y mientras los acompañaba un trecho cuesta abajo hablando con Henrietta, Mary aprovechó la ocasión y, mirando a su alrededor con desdén, dijo al capitán Wentworth:

—¡Es un fastidio tener semejantes parientes! Pero le aseguro que no he estado en su casa más de dos veces en toda mi vida.

No obtuvo de él otra respuesta que una sonrisa postiza de asentimiento, seguida de una mirada despreciativa, al tiempo que se volvía hacia otra parte, cuyo significado comprendió Anne perfectamente.

La cima donde se habían quedado era un lugar agradable. Volvió Louisa. Y Mary,

hallando asiento cómodo en una escalera pasadera, se sintió satisfecha mientras los demás estuvieron de pie a su lado; pero cuando Louisa se llevó al capitán Wentworth para coger avellanas de un seto cercano, y los fue perdiendo poco a poco de vista y de oído, se le acabó el «buen humor»: se quejó de su asiento, estaba segura de que Louisa había encontrado otro mucho mejor en algún sitio, y nada pudo impedir que se pusiese a buscar otro mejor ella también. Se metió por la misma entrada... pero no consiguió verlos. Anne le encontró un sitio ideal donde sentarse, un banco seco y soleado al pie del seto por el que aún debían de andar ellos. Mary se sentó un momento, pero no la convenció: estaba segura de que Louisa había encontrado otro mejor; así que continuaría hasta alcanzarla.

Anne, cansada de verdad, se alegró de sentarse; y poco después oyó al capitán Wentworth y a Louisa al otro lado del seto, que regresaban por el centro de una especie de acequia rudimentaria. Venían hablando. Primero distinguió la voz de Louisa. Parecía a mitad de un encendido discurso. Lo primero que oyó Anne fue:

—Así que la he hecho ir. No consiento que le asuste hacer esa visita por semejante tontería. ¿Acaso voy a renunciar a algo que he decidido hacer, y que sé que es justo, por la impertinencia y los aires que se da semejante persona?, ¿o quien sea? Ni hablar; yo no estoy dispuesta a dejarme convencer tan fácilmente. Yo, cuando he tomado una decisión, es definitiva. Henrietta había decidido acercarse a Winthrop hoy; ¡sin embargo, ha estado a punto de renunciar por una amabilidad absurda!

—Entonces, ¿habría dado media vuelta, si no llega a ser por usted?

—Por supuesto. Casi me da vergüenza decirlo.

—¡Afortunada ella, por tener cerca un espíritu como el suyo! Después de las pistas que me acaba de dar, que confirman lo que observé la última vez que estuve con él, no tengo que hacer como que no sé lo que pasa. Me doy cuenta de que es algo más que una mera visita matinal a su tía; ¡ay de él, y de ella también, cuando vengan cosas importantes, cuando se enfrenten a situaciones que requieran fuerza y firmeza de espíritu, si no tienen la suficiente resolución para resistir una intromisión gratuita en semejante bobada! Su hermana es una persona afable; en cambio *usted* veo que tiene un carácter firme. Si estima el comportamiento y la felicidad de ella, infúndale toda la energía de que sea capaz. Pero eso, sin duda, lo ha hecho siempre. Lo peor de un carácter demasiado blando e indeciso es que ninguna influencia que se ejerza sobre él es fiable. Nunca estamos seguros de que sea duradera la huella de un buen consejo. Cualquiera lo puede hacer tambalearse; los que quieran ser felices deben ser firmes. Aquí hay una avellana —dijo, cociéndola de una rama alta—. Valga de ejemplo: una avellana hermosa y brillante que, dotada de fuerza original, ha sobrevivido a todas las tormentas del otoño. No tiene una sola picadura, ni una sola mancha. Esta avellana —prosiguió con fingida solemnidad—, mientras tantas hermanas suyas han caído y han sido pisoteadas, sigue poseyendo toda la felicidad de que se supone capaz a una avellana. —A continuación, volviendo a su seriedad anterior—: Lo que más deseo a todas las personas que me importan es que sean

firmes. Si Louisa Musgrove quiere ser hermosa y feliz en el noviembre de su vida, debe cuidar todas las cualidades que su espíritu posee en la actualidad.

Había terminado... y no obtuvo respuesta. Le habría sorprendido a Anne que Louisa hubiera contestado con soltura a tal discurso —¡palabras de tanto interés, dichas con tan encendida seriedad!—: podía imaginar qué sentía Louisa en esos momentos. En cuanto a ella misma, no se atrevía a moverse, no fuera que la descubriesen. Donde estaba, la protegía un acebo bajo y enmarañado; mientras, ellos seguían avanzando. Antes de perderlos volvió a hablar Louisa.

—Mary es muy buena en general —dijo—; pero a veces me saca de quicio con sus tonterías y su orgullo: el orgullo de los Elliot. Tiene demasiado orgullo Elliot: a nosotras nos hubiera gustado que Charles se hubiese casado con Anne. ¿Sabe que Charles quería casarse con Anne?

Tras un momento de silencio, dijo el capitán Wentworth:

—¿Quiere decir que le rechazó?

—Sí, naturalmente.

—¿Cuándo fue eso?

—No recuerdo exactamente porque Henrietta y yo estábamos entonces en el colegio; pero creo que fue un año antes de que se casara con Mary. Ojalá le hubiera aceptado. Nos habría gustado muchísimo más; papá y mamá siempre han pensado que le rechazó por consejo de su gran amiga *lady* Russell. Dicen que Charles no era lo bastante culto y amante de los libros para el gusto de *lady* Russell, y que por eso persuadió a Anne de que le rechazara.

Las voces se alejaron, y Anne no oyó nada más. Aún la tenían paralizada las emociones. Tuvo que recobrase de muchas, antes de poder dar un paso. No se había cumplido en ella el proverbial destino del que escucha: no había oído nada malo de sí misma, pero había oído bastantes cosas de doloroso significado. Había visto cómo juzgaba su manera de ser el capitán Wentworth; y había notado en su actitud un grado de ternura y curiosidad hacia ella que le produjo una profunda agitación.

Tan pronto como pudo fue en busca de Mary, y en cuanto la encontró y regresaron al sitio de antes, junto a la escalera de la cerca, recobró el sosiego, y más al juntarse todos inmediatamente después y volver a ponerse en marcha. Su estado de ánimo necesitaba la soledad y el silencio que sólo el caminar juntos le podía proporcionar.

Charles y Henrietta volvieron con Charles Hayter, como era de prever. Anne no intentó comprender los pormenores del asunto; ni siquiera el capitán Wentworth parecía admitido en aquella atmósfera de perfecta confianza; pero era indudable que había habido una retirada por parte del caballero, y un apaciguamiento por parte de la dama, y que ahora se sentían muy contentos de estar juntos. Henrietta parecía algo azorada, aunque alegre, y Charles Hayter indeciblemente feliz; y estuvieron dedicados el uno al otro casi desde el primer instante en que emprendieron el regreso a Uppercross.



Todo señalaba ahora a Louisa para el capitán Wentworth; nada estaba más claro; y ya tuvieran que caminar separados o no, marchaban juntos igual que la otra pareja. En un largo trecho del prado donde había espacio suficiente para todos, siguieron separados, con lo que se formaron tres grupos bien diferenciados: Anne pertenecía, como no podía ser menos, al que mostraba menos animación y menos complacencia. Iba con Charles y Mary, y estaba lo bastante cansada para alegrarse de poder cogerse del otro brazo de Charles; pero Charles, aunque se mostraba alegre con ella, estaba enfadado con su esposa. Mary había sido poco comprensiva con él y ahora cosechaba las consecuencias, consistentes en que él se soltaba de su brazo a cada momento para descabezar con la fusta las ortigas que veía en el seto; y cuando Mary empezó a quejarse de esto, y a lamentarse de su poco miramiento, porque como de costumbre era ella la que iba junto al seto, mientras que Anne, al otro lado, iba la mar de bien, Charles se soltó de los brazos de las dos para echar a correr tras una comadreja que había visto esconderse, y ya no pudieron volver a cogerse de él.

Este prado largo bordeaba un camino en el que desembocaba el sendero por el que marchaban; y cuando el grupo entero llegó a la salida, apareció el coche que hacía rato estaban oyendo, y que llevaba la misma dirección, y resultó ser la calesa del almirante Croft. Éste y su esposa habían dado su proyectado paseo y regresaban a casa. Al enterarse de lo mucho que los jóvenes llevaban caminando ofrecieron asiento a la dama que estuviese más cansada; se ahorraría un kilómetro y medio, porque iban a pasar por Uppercross. Fue una invitación general, rechazada de manera general. Las señoritas Musgrove no estaban cansadas en absoluto; en cuanto a Mary, o se sentía ofendida porque no se lo habían ofrecido a ella primero, o su orgullo Elliot, como lo llamaba Louisa, no soportaba ser la tercera en un coche de un solo caballo.

El grupo había cruzado el camino y estaba salvando la cerca del otro lado por una escalera pasadera; y acababa de poner en marcha al caballo el almirante, cuando el capitán Wentworth abrió el seto un instante y dijo algo a su hermana; algo que pudo adivinarse por su efecto.

—Señorita Elliot, seguro que debe de estar agotada —exclamó la señora Croft—. Permítanos el placer de llevarla a casa. Hay sitio suficiente para los tres, se lo aseguro. Si fuéramos como usted, creo que cabríamos cuatro. Por favor, por favor, diga que sí.

Anne estaba todavía en el sendero. Y aunque había empezado a rechazar instintivamente la invitación, no la dejaron seguir. La amable solicitud del almirante acudió en apoyo de la de su esposa: no consintieron que se negara. Se comprimieron lo más posible para dejarle un rincón; y el capitán Wentworth, Sin decir palabra, se volvió a ella y la obligó tranquilamente a dejarse ayudar a subir.

Sí: la había ayudado. Estaba en el coche, y se daba cuenta de que había sido él quien la había colocado allí, que lo habían hecho su voluntad y sus manos; que se lo debía a que la había notado cansada, y a su decisión de proporcionarle descanso. Estaba muy afectada por la actitud hacia ella que estas cosas revelaban. Este pequeño

detalle parecía la culminación de todo lo anterior. Anne le comprendía. No la perdonaba, pero no era insensible. Aunque la condenaba por lo pasado, y pensaba en ello con injusto resentimiento, aunque no tenía interés por ella, y aunque se enamorase de otra, no podía verla sufrir sin procurar aliviarla. Era lo que quedaba de un antiguo sentimiento; era un impulso de pura aunque inconfesada amistad; era una prueba de su corazón amable y afectuoso, que Anne no podía ver sin sentir emociones tan mezcladas de gozo y dolor que no sabía cuál de éstos predominaba.

Sus respuestas a las atenciones y comentarios de sus compañeros, al principio, eran maquinales. Habían recorrido la mitad de la distancia a lo largo del camino desigual, antes de tener conciencia de lo que decía. Y entonces se dio cuenta de que estaban hablando de «Frederick».

—Es evidente, Sophy, que piensa pedir a una de las dos —dijo el almirante—; pero no se sabe cuál. Yo diría que lleva detrás de ellas lo bastante para haber tomado una decisión. Claro que eso pasa porque hay paz. Si hubiese guerra se habría decidido hace tiempo. Los marinos, señorita Elliot, no podemos permitirnos largos noviazgos en tiempos de guerra. ¿Cuánto tiempo pasó, querida, entre el día en que te vi por primera vez y el día en que nos sentamos juntos en nuestra casa de North Yarmouth?

—Será mejor que no hablemos de eso, cariño —contestó la señora Croft bromeando—, porque si la señorita Elliot se entera de lo pronto que nos entendimos, no creerá que podamos ser felices juntos. Aunque yo tenía referencias tuyas desde mucho antes.

—Bueno, y yo había oído decir que eras una joven muy guapa; y además, ¿para qué íbamos a esperar? No me gusta tener esas cosas mucho tiempo entre manos. Quisiera que Frederick desplegara algo más de trapo, y nos trajera a Kellynch a una de esas jóvenes. Así tendrían siempre compañía. Y las dos son muy guapas; yo no soy capaz de diferenciar a una de otra.

—Es verdad, y muy alegres y naturales —dijo la señora Croft en un tono de elogio más sosegado, lo que hizo sospechar a Anne que quizá su mayor perspicacia no consideraba tan absolutamente irrevocable la elección de una de las dos por parte de su hermano—; y son una familia muy respetable. No podría emparentar mejor... ¡Mi querido almirante, ese poste! Vamos a chocar con él.

Pero dando tranquilamente mejor dirección a las riendas ella misma, pasaron el peligro sin novedad; y alargando la mano prudentemente, después, ni cayeron en un bache, ni chocaron con un carro de estiércol; y Anne, divertida con este modo de conducir, que imaginaba reflejo fiel de cómo guiaban sus asuntos en general, llegó sin percance a casa de Charles y de su hermana, donde la depositaron.

## XI

Se acercaba ahora la época en que debía regresar *lady Russell*; incluso estaba fijada la fecha; y Anne, que había prometido irse con ella en cuanto estuviese de nuevo en su casa, esperaba con ansia trasladarse pronto a Kellynch, y empezaba a pensar cómo afectaría esto a su propia paz.

Esto la situaría en el mismo pueblo en que estaba el capitán Wentworth, a medio kilómetro de él; tendrían que frecuentar la misma iglesia, y se relacionarían las dos familias. Lo cual sería una desventaja. Pero por otro lado pasaba tanto tiempo el capitán Wentworth en Uppercross que irse de aquí equivalía a dejarle detrás, más que ir hacia él; y en resumen, pensaba que en esta interesante cuestión saldría ganando casi tanto como en el cambio de ambiente doméstico, al cambiar a la pobre Mary por *lady Russell*.

Deseaba que fuera posible evitar ver al capitán Wentworth en su casa solariega: aquellas estancias habían presenciado en otro tiempo encuentros que le vendrían demasiado dolorosamente a la memoria; pero aún deseaba más que él y *lady Russell* no se viesen en ninguna parte. No se tenían simpatía, y volverse a tratar ahora no les haría ningún bien a ninguno de los dos; y si *lady Russell* los llegaba a ver juntos, podía pensar que él tenía demasiada sangre fría, y ella demasiado poca.

Estas cuestiones acrecentaron su interés por adelantar su marcha de Uppercross, donde pensaba que llevaba suficiente tiempo. Su dedicación al pequeño Charles endulzaría siempre el recuerdo de sus dos meses de estancia, pero el niño iba adquiriendo fuerzas rápidamente, y ya no tenía ella ningún motivo para seguir aquí.

El final de su estancia, empero, se complicó de un modo que jamás habría imaginado. Hacía dos días que no veían al capitán Wentworth por Uppercross, ni sabían nada de él, cuando reapareció, justificando su ausencia con una explicación sobre lo que le había retenido lejos.

Una carta de su amigo el capitán Harville, que había averiguado al fin dónde estaba, le había traído noticias de que éste se había instalado con su familia en Lyme para pasar el invierno, y que por tanto estaban, sin saberlo, a treinta y dos kilómetros el uno del otro. El capitán Harville no había vuelto a encontrarse bien del todo desde que recibiera una grave herida hacía dos años; así que el capitán Wentworth, ansioso por verle, decidió desplazarse inmediatamente a Lyme, donde había estado veinticuatro horas. Todos lo juzgaron plenamente justificado, elogiaron calurosamente su gesto de amistad, sintieron un vivo interés por su amigo, y escucharon su descripción del hermoso paisaje de Lyme de manera tan receptiva que sintieron deseos de visitar Lyme ellos también, e hicieron el proyecto de ir.

Los jóvenes se morían de ganas de conocer Lyme. El capitán Wentworth habló de ir él otra vez; estaba a sólo veintisiete kilómetros de Uppercross; aunque era noviembre, hacía muy buen tiempo; y en resumen, Louisa, la más impaciente de todos, porque era ella la que había tomado la resolución de ir, con lo que harían lo

que a ella le apetecía, armada ahora con el mérito de imponer su idea, venció el deseo de sus padres de que aplazasen esa excursión hasta el verano; de modo que a Lyme irían: Charles, Mary, Anne, Henrietta, Louisa y el capitán Wentworth.

El primer plan, precipitado, había consistido en ir por la mañana y regresar por la noche; pero el señor Musgrove no estaba dispuesto a consentirlo por sus caballos; y una vez que lo pensaron bien, comprendieron que un día de mediados de noviembre no dejaba mucho margen para ver un pueblo si se descontaban las siete horas que, por la naturaleza del campo, se emplearían en ir y volver. Por consiguiente, debían pasar la noche allí, y no esperar estar de vuelta hasta el día siguiente a la hora de cenar. Les pareció que esto era una importante modificación; y aunque se reunieron a hora bastante temprana en la Casa Grande para desayunar, y salieron muy puntualmente, pasaban de las doce cuando los dos carruajes, el coche del señor Musgrove con las cuatro damas y el cabriolé de Charles, en el que iba el capitán Wentworth, bajaron la larga cuesta de Lyme y entraron en la calle misma del pueblo, más empinada aún, con lo que se hizo evidente que tendrían el tiempo justo para echar una ojeada, antes de que la luz y el calor del día se fueran del todo.

Después de buscar alojamiento y encargarse de la cena en una de las posadas, lo primero que había que hacer era sin duda alguna dar un paseo hasta el mar. Habían ido en una época del año demasiado tardía para cualquier diversión o variedad que Lyme, como lugar de veraneo, hubiera podido ofrecer; los alojamientos de alquiler estaban cerrados, los huéspedes se habían ido casi todos, apenas quedaban familias, aparte de los residentes... y como no hay nada que admirar en los edificios propiamente dichos, la mirada del forastero buscará la situación privilegiada del pueblo, la calle principal casi precipitándose en el agua, el paseo al Cobb, que bordea la pequeña bahía, tan animada en la temporada con la gente y las máquinas de baño, el mismo Cobb, sus viejas maravillas y sus nuevas mejoras, y la hermosísima línea de acantilados extendiéndose hacia el este. Y muy raro ha de ser el forastero que no descubra en los alrededores inmediatos de Lyme encantos que le hagan desear conocerlo mejor. Los escenarios de las cercanías, Charmouth, con sus tierras altas y sus dilatadas perspectivas, y aún más su bahía mansa y recogida, cercada de oscuros acantilados, de cuya playa emergen fragmentos de roca que constituyen espléndidos puntos para observar la corriente de la marea, para permanecer sentados en incansable contemplación; la variedad boscosa del alegre pueblecito de Up Lyme y sobre todo Pinny, con sus verdes quebradas entre peñas románticas donde los árboles dispersos del bosque y los huertos de lujuriente vegetación proclaman que han pasado muchas generaciones desde que el primer desmoronamiento parcial de la escarpadura preparó el terreno para semejante estado, donde se exhibe un paisaje tan maravilloso y espléndido que puede más que igualar las perspectivas de la famosísima isla de Wight: lugares que deben ser visitados más de una vez para comprender toda la belleza de Lyme.

La comitiva de Uppercross pasó bajo los pisos ahora desiertos y melancólicos,

siguió bajando, y no tardó en llegar a la playa; y demorándose a contemplar el mar, como debe demorarse nada más regresar a él todo el que merece contemplarlo, prosiguieron hacia el Cobb, tanto para verlo como por interés del capitán Wentworth; porque los Harville se habían instalado en una casita casi al pie de un viejo espigón construido en tiempos remotos. El capitán Wentworth entró a ver a su amigo y los demás siguieron andando; se reuniría con ellos en el Cobb.

No se cansaban de mirar y admirar; ni siquiera Louisa parecía darse cuenta de que llevaban mucho rato separados del capitán Wentworth, cuando le vieron venir acompañado de tres personas, a las que ya conocían por sus descripciones: el capitán Harville, su esposa, y un tal capitán Benwick que estaba pasando unos días con ellos.

El capitán Benwick había sido durante algún tiempo primer teniente del *Laconia*; y a la información que había dado de él a su regreso de Lyme, y su encendido elogio como excelente joven y oficial a quien siempre había tenido en gran estima —elogio que debió de causar buena impresión en los oyentes—, el capitán Wentworth había añadido una breve historia de su vida personal que le hizo absolutamente interesante a los ojos de las damas. Había estado prometido con la hermana del capitán Harville, cuya pérdida lloraban ahora. Hacía un año o dos que esperaba conseguir fortuna y ascenso. La fortuna le llegó, porque fue mucho el dinero que ganó con su parte en las presas como teniente; en cuanto al ascenso, también le llegó *por fin...* pero Fanny Harville no vivió para verlo. Había fallecido el verano anterior, cuando él estaba en alta mar. El capitán Wentworth no creía que hubiera hombre más enamorado de una mujer que el pobre Benwick de Fanny Harville, ni más hondamente afligido por este cambio terrible. Le consideraba el tipo de persona que ha venido al mundo para sufrir, y que a su carácter serio, callado y retraído unía unos sentimientos profundos y un gusto decidido por la lectura y las ocupaciones sedentarias. Para rematar el interés de la historia, la amistad entre él y los Harville pareció aumentar —si era posible— con la desgracia que había borrado todas sus perspectivas de alianza, y el capitán Benwick vivía ahora con ellos enteramente. El capitán Harville había alquilado la casa actual por medio año. Su gusto, su salud y su fortuna le aconsejaban tomar una residencia junto al mar, pero que no fuese cara; y la grandiosidad del paisaje, y el hecho de estar alejada de Lyme en invierno, la hacían el lugar idóneo para su estado de ánimo. La comprensión y simpatía hacia el capitán Benwick eran muy grandes.

«Sin embargo —se dijo Anne mientras los veía venir hacia el grupo—, tal vez no sufra su corazón tanto como el mío. No puedo creer que se hayan truncado para siempre sus esperanzas. Es más joven que yo; más joven en sentimientos, si no en años; más joven como hombre. Puede recuperarse, y ser feliz con otra».

Se juntaron e hicieron las presentaciones. El capitán Harville era un hombre alto, moreno, de semblante sensible y benévolo; cojeaba ligeramente, y debido a sus rasgos acusados y a la falta de salud, parecía mucho mayor que el capitán Wentworth. El capitán Benwick parecía y era el más joven de los tres, y bajo comparado con el uno y el otro. Tenía un rostro agradable y un aire melancólico, como correspondía a

su estado de ánimo, y se retraía de la conversación.

El capitán Harville, aunque no igualaba al capitán Wentworth en modales, era un perfecto caballero, natural, afectuoso y cortés. La señora Harville, un punto menos amable que su marido, parecía sin embargo tener los mismos buenos sentimientos; y nada resultó más agradable que el deseo de ambos de considerar a todo el grupo como amigos propios, por serlo del capitán Wentworth, ni más hospitalario que sus súplicas para que les prometiesen ir a cenar con ellos. Finalmente, aunque no de muy buen grado, aceptaron la excusa de que habían encargado la cena en la posada; pero casi parecían ofendidos de que el capitán Wentworth hubiese traído unos amigos a Lyme sin considerar natural que cenaran en su casa.

Había en todo esto tanto afecto al capitán Wentworth, y tal encanto en esta excepcional hospitalidad, tan diferente del acostumbrado estilo de ofrecer y recibir invitaciones y cenas de etiqueta y de presentación, que Anne pensó que probablemente no le iba a venir muy bien a su estado de ánimo trabar conocimiento con los camaradas del capitán Wentworth. «Estas personas habrían sido amigas mías», pensó; y tuvo que luchar contra un gran desaliento que amenazaba dominarla.

Al abandonar el Cobb entraron en casa de los nuevos amigos, y descubrieron que las habitaciones eran tan pequeñas que nadie, sino quien invita de corazón, podía pensar que acogerían a tantos. La propia Anne se quedó asombrada unos momentos; pero no tardaron en abstraerla sentimientos más gratos, al ver las ingeniosas disposiciones e inventos del capitán Harville para sacar el mejor partido del espacio disponible, suplir la escasez de muebles de una casa alquilada, y proteger las puertas y las ventanas de las esperadas tormentas invernales. La variedad con que estaban adornadas las habitaciones, donde los elementos imprescindibles facilitados con normal despreocupación por el dueño contrastaban con unos pocos objetos muy bien labrados en maderas raras y algunas curiosidades y piezas valiosas de países lejanos que el capitán Harville había visitado, brindó mucho más que un pasatiempo a Anne: relacionado todo como estaba con su profesión, y siendo producto de su actividad, y efecto de ésta sobre sus hábitos, el cuadro de serenidad y felicidad hogareñas que representaba lo convertían para ella en algo más, o menos, que una gratificación.

El capitán Harville no era amante de la lectura, pero había diseñado y confeccionado preciosas estanterías para una moderada colección de libros bien encuadernados propiedad del capitán Benwick. Su cojera le impedía hacer mucho ejercicio; pero al parecer, su espíritu ingenioso y laborioso le proporcionaba constante ocupación dentro de casa. Dibujaba, barnizaba, trabajaba la madera, encolaba; hacía juguetes para los niños, tallaba nuevas agujas para hacer red y husillos con mejoras; y si no tenía otra cosa entre manos, se sentaba en un rincón de la habitación a trabajar en su gran red de pescar.

Anne pensó al abandonar la casa que dejaba detrás una gran felicidad; y Louisa, al lado de la cual iba, prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo y admiración hacia el carácter de la Armada —su simpatía, su fraternidad, su franqueza, su

honradez—, proclamando su convencimiento de que los marinos eran más afectuosos y dignos que ninguna otra clase de hombres de Inglaterra; que sólo ellos sabían vivir, y que únicamente ellos merecían ser queridos y respetados.

Fueron a vestirse para la cena; y tan bien se había desarrollado el plan hasta ahora que no encontraron objeción ninguna que poner, si bien el «estar fuera de temporada», «no haber tránsito por Lyme», y «no esperar visitantes» había suscitado multitud de excusas por parte de los que regentaban la posada.

Anne notaba que se estaba acostumbrando a la presencia del capitán Wentworth mucho más de lo que había imaginado; tanto, que el sentarse a la misma mesa con el consiguiente intercambio de las normales cortesías —nunca pasaban de ahí—, careció de toda importancia.

Las noches eran demasiado oscuras para que las damas volvieran a verse hasta la mañana siguiente, pero el capitán Harville les había prometido visitarlos después de cenar; y se presentó, trayendo a su amigo consigo, lo que fue más de lo que el grupo esperaba, porque todos habían notado al capitán Benwick cohibido ante la presencia de tantos desconocidos. Sin embargo, decidió ir también, aunque su estado de ánimo no parecía ser el más apto para participar de la alegría del grupo en general.

Mientras el capitán Wentworth y Harville llevaban el peso de la conversación en un lado de la estancia, y rememoraban tiempos pasados contando multitud de anécdotas para entretener a los demás, a Anne le había tocado sentarse al lado del capitán Benwick; y un impulso de su naturaleza bondadosa la obligó a trabar conversación con él. Era tímido y propenso a quedarse callado; pero la atractiva dulzura del rostro de ella y la bondad de su expresión hicieron pronto efecto; y Anne vio compensado su esfuerzo. Era, desde luego, un joven de considerable gusto por la lectura, sobre todo por la poesía. Y Anne, además de estar convencida de que al menos le brindaba esta noche ocasión de hablar de temas en los que sus compañeros no tenían probablemente el menor interés, tuvo la esperanza de serle útil sugiriéndole el deber y el beneficio de luchar contra la aflicción, como hizo de manera natural a lo largo de la conversación. Porque aunque tímido, no le veía reservado; más bien parecía alegrarse de romper su habitual reserva. Y después de hablar de poesía, de su esplendor en la época actual, y de contrastar sus opiniones sobre los grandes poetas, dilucidando si debía ponerse en primer lugar *Marmion* o *La dama del lago*, y qué sitio le correspondía al *Giaour* y a *La novia de Abydos*, e incluso cómo debía pronunciarse *Giaour*, el capitán Benwick demostró conocer de tal modo los cantos más tiernos de uno de los poetas, y la apasionada descripción de la angustia sin esperanza del otro, y recitó con tan trémula emoción varios poemas que revelaban un corazón deshecho o un espíritu destrozado por la desventura, que Anne se atrevió a aconsejarle que no leyese sólo poesía, y a decirle que era triste el destino de la poesía, ser raramente disfrutada sin peligro por los que la disfrutaban completamente; y que los hondos sentimientos capaces de estimarla verdaderamente eran los mismos sentimientos que debían saborearla con moderación.

Puesto que su expresión denotaba, no que sufría, sino que se alegraba de estas alusiones a su situación, Anne se sintió animada a seguir; y consciente del derecho que le otorgaba su mayor madurez espiritual, se atrevió a recomendarle una más abundante ración de prosa en su estudio diario. Y al pedirle él que especificase, citó las obras de nuestros mejores moralistas, las colecciones de las más bellas cartas, las biografías de personajes de valía y sufrimiento que en ese momento le parecieron más idóneos para levantar y fortalecer el espíritu con los preceptos más elevados y los ejemplos más conmovedores de conformidad religiosa y moral.

El capitán Benwick escuchaba con atención, y parecía agradecer el interés que todo eso suponía; y aunque negando con la cabeza, y exhalando suspiros que indicaban su poca fe en la eficacia de los libros en un sufrimiento como el suyo, anotó los títulos que ella le recomendaba, y prometió conseguirlos y leerlos.

Al terminar la velada, no pudo por menos de hacerle gracia a Anne pensar que había ido a Lyme a predicar paciencia y resignación a un joven al que no había visto en su vida. Ni pudo evitar el temor, al reflexionar más en serio, de que, como muchos grandes moralistas y predicadores, había sido elocuente en una cuestión en la que su propia conducta resistiría muy mal un análisis.



## XII

Anne y Henrietta, viendo que eran las primeras en levantarse a la mañana siguiente, decidieron dar un paseo hasta el mar antes de desayunar. Fueron a la playa a contemplar la subida de la marea, que una agradable brisa del sudeste empujaba con toda la grandeza que admitía una playa tan llana. Alabaron la mañana; se enorgullecieron del mar; compartieron la fresca sensación de la brisa... y se quedaron calladas; hasta que, de repente, volvió a empezar Henrietta:

—¡Ah, sí! Estoy completamente convencida de que, salvo poquísimas excepciones, el aire del mar siempre sienta bien. No cabe duda de que ha ayudado mucho al doctor Shirley, después de su enfermedad de la pasada primavera. Él mismo asegura que venir a Lyme a pasar un mes le benefició más que todos los medicamentos que tomó, y que estar cerca del mar le hace sentirse joven otra vez. No puedo dejar de pensar que es una pena que no viva siempre junto al mar. Creo que haría bien en dejar Uppercross definitivamente y fijar su residencia en Lyme. ¿No le parece, Anne? ¿No está de acuerdo conmigo, en que sería lo mejor que podría hacer, por él y por la señora Shirley? Ella tiene parientes aquí, y muchos conocidos, que le alegrarían la vida; y estoy segura de que le encantaría vivir en un pueblo donde puede tener asistencia médica a mano, en caso de que a él le diera otro ataque. A decir verdad, creo que es realmente una lástima tener personas tan buenas como el doctor y la señora Shirley, que se han pasado la vida haciendo el bien, consumiendo sus últimos días en un pueblo como Uppercross, donde, salvo nuestra familia, parece que las evita todo el mundo. Ojalá se lo propusieran sus amigos. Sinceramente pienso que deberían hacerlo. Y en cuanto a obtener la dispensa, no tendría ningún problema, dada su edad y su prestigio. Mi única duda es si puede haber algo que le convenza para que deje la parroquia. Es muy estricto y escrupuloso en sus principios; demasiado a mi entender. ¿No le parece a usted, Anne, que es escrupuloso en exceso? ¿No le parece que es un caso de conciencia completamente equivocado, cuando un sacerdote sacrifica su salud por unas obligaciones que otra persona puede llevar a cabo igual de bien? Y en Lyme, además, a sólo veintisiete kilómetros, estaría lo bastante cerca para enterarse de si la gente tiene alguna queja.

Anne sonrió más de una vez para sus adentros durante este discurso, y abordó el tema dispuesta a hacer el bien tanto compartiendo los sentimientos de una joven como los de un caballero... aunque en este caso era un bien menos elevado; porque ¿qué podía brindarle, sino un asentimiento general? Dijo cuanto era razonable y apropiado al caso; se daba cuenta del derecho del doctor Shirley a descansar, como era natural; veía cuán deseable era que tuviese a un joven dinámico y respetable como coadjutor residente, e incluso fue lo bastante cortés para insinuar la ventaja de que tal coadjutor estuviera casado.

—Quisiera —dijo Henrietta, contentísima con su compañera—, quisiera que lady Russell viviera en Uppercross, y que intimase con el doctor Shirley. ¡Siempre he oído

decir que lady Russell es una mujer que ejerce una gran influencia en todo el mundo! ¡Yo siempre la he considerado capaz de convencer a cualquiera de lo que sea! La temo, como ya le he dicho; la temo por lo hábil que es; pero la respeto lo indecible, y me gustaría que la tuviéramos de vecina en Uppercross.

Le divertía la manera que tenía Henrietta de mostrar su agradecimiento, y le divertía también que el curso de los acontecimientos y los nuevos intereses de Henrietta situasen a su amiga en una posición de favor a los ojos de la familia Musgrove; sólo tuvo tiempo, no obstante, de dar una respuesta genérica, y desear que viviese esta otra mujer en Uppercross, cuando dejaron súbitamente estos temas, al ver venir hacia ellas a Louisa y al capitán Wentworth. Salían también a dar un paseo hasta la hora de desayunar; pero seguidamente, Louisa, que tenía que acercarse a una tienda a comprar algo, invitó a los tres a acompañarla al pueblo. Todos se pusieron a su disposición.

Cuando llegaron a la escalera que subía desde la playa, un caballero que en ese momento se disponía a bajar se detuvo cortésmente arriba para dejarles paso. Subieron y cruzaron ante él; al pasar Anne alzó los ojos, y el caballero la miró con una admiración que no le pasó inadvertida. Estaba sorprendentemente guapa; su rostro, muy bonito, muy regular, había recobrado la frescura y lozanía de la juventud con el agradable airecillo que le azotaba el cutis y le animaba los ojos. Era evidente que el caballero —su ademán era completamente de caballero— había experimentado una extraordinaria admiración. El capitán Wentworth se volvió instantáneamente hacia ella de una forma que indicaba que se había dado cuenta. Dirigió una mirada momentánea a Anne, una mirada de inteligencia que parecía decir: «Has dejado impresionado a ese hombre; incluso yo, en este momento, veo algo de Anne Elliot otra vez».

Después de acompañar a Louisa a su recado, y deambular un poco más, regresaron a la posada; y al dirigirse Anne rápidamente de su habitación al comedor estuvo a punto de tropezar con ese mismo caballero, que salía de una habitación contigua. Anne había imaginado antes que era forastero como ellos, y que debía de ser su criado el apuesto mozo de cuadra que habían visto por los alrededores de las dos posadas cuando volvían. A esta idea de que eran amo y criado contribuía el hecho de que fueran de luto los dos. Ahora vio confirmado que se hospedaban en la misma posada que ellos. Y este segundo encuentro, aunque breve, probó también, por la actitud del caballero, que le parecía una belleza; y por la presteza y corrección de sus disculpas, que era hombre de educación exquisita. Representaba unos treinta años y, aunque no guapo, su persona resultaba agradable. Anne pensó que le gustaría saber quién era.

Casi habían terminado de desayunar, cuando un ruido de carruaje —casi el primero que oían desde que estaban en Lyme— atrajo a la mitad del grupo a la ventana. «Era el coche de un caballero; un cabriolé de dos caballos; pero sólo venía de la cochera a la puerta principal. Alguien que se va. Lo conducía un criado vestido

de luto».

La palabra cabriolé hizo que Charles Musgrove se levantara de un salto para compararlo con el suyo; el criado de luto despertó la curiosidad de Anne, de manera que se juntaron los seis a mirar, en el momento en que el dueño del cabriolé salía de la puerta entre reverencias y cortesías del posadero, y tomaba asiento para irse.

—¡Ah! —exclamó de repente el capitán Wentworth. Y con una mirada fugaz a Anne—: Es el mismo señor con el que nos hemos cruzado.

Las señoritas Musgrove coincidieron con él; y después de observarle amablemente hasta coronar la cuesta, regresaron a la mesa del desayuno. Poco después entró el camarero.

—Por favor —dijo al punto el capitán Wentworth—, ¿podría decirnos cómo se llama el señor que acaba de irse?

—Sí, señor; es el señor Elliot; un caballero de gran fortuna. Llegó anoche de Sidmouth; debió de oír el coche, señor, mientras cenaban; ahora se dirige a Crewkerne, camino de Bath y Londres.

—¡Elliot! —Unos se miraron y otros repitieron el nombre, antes de que el camarero concluyese su rápida información.

—¡Dios mío —exclamó Mary—, debe de ser nuestro primo! ¡Debe de ser nuestro señor Elliot, no cabe duda! ¡Charles, Anne!, ¿no creéis lo mismo vosotros también? De luto, justo como debe ir nuestro señor Elliot. ¡Es asombroso! ¡Ha estado en la misma posada que nosotros! Anne, ¿no crees tú que es nuestro señor Elliot, el heredero de nuestro padre? Perdona, señor —volviéndose al camarero—, ¿no le ha dicho su criado si pertenece a la familia de Kellynch?

—No, señora; no ha mencionado ninguna familia en particular; pero ha dicho que su señor es un caballero muy rico, y que algún día será baronet.

—¿Eh? ¡Ahí lo tienen! —exclamó Mary, extasiada—. ¡Lo que yo decía! ¡El heredero de sir Walter Elliot! Estaba segura de que saldría, si lo era. No falla: es un detalle que sus criados tienen buen cuidado de airear por donde va. Pero Anne, ¡imagínate qué extraordinario! Ojalá me hubiera fijado más en él. Ojalá hubiéramos sabido a tiempo quién era, para presentarnos. ¡Qué pena que no nos hayamos saludado! ¿Crees que tiene el aire de los Elliot? Yo apenas le he mirado; me estaba fijando en los caballos; pero sí me parece que tenía el ademán de los Elliot. ¡Me extraña que no me haya chocado su escudo de armas! Su gran gabán colgaba encima de la portezuela; eso es; de lo contrario estoy segura de que lo habría visto, y la librea también. Si el criado no hubiera ido de luto, le habríamos reconocido por la librea.

—Con todas estas asombrosas coincidencias —dijo el capitán Wentworth—, hay que creer que ha sido disposición de la Providencia que no se haya presentado a su primo.

Cuando Anne consiguió que Mary le prestase atención, trató de recordarle discretamente que hacía años que su padre y el señor Elliot no tenían una relación que hiciera deseables en absoluto las presentaciones.

Al mismo tiempo, no obstante, era una secreta satisfacción para ella haber visto a su primo, y saber que el futuro dueño de Kellynch era todo un caballero, y hombre con sentido común al parecer. Desde luego, no iba a mencionar bajo ningún concepto que había topado con él una segunda vez; afortunadamente, Mary no se había fijado al pasar junto a él por la mañana durante el paseo, pero sin duda se habría sentido ofendida si llega a saber que Anne había chocado con él en el pasillo y había recibido sus amables disculpas, mientras que ella no había estado cerca de él en su vida. No, esta fugaz entrevista con su primo debía permanecer en total secreto.

—Naturalmente —dijo Mary—, la próxima vez que escribas a Bath contarás que hemos visto al señor Elliot. Creo que nuestro padre debe saberlo; cuéntaselo todo.

Anne evitó una respuesta concreta; pero era un detalle que consideraba no sólo innecesario comunicar, sino que debía silenciarlo. Sabía la ofensa que se había hecho a su padre, años atrás; sospechaba que Elizabeth la había sufrido también; y era evidente que el pensar en el señor Elliot siempre irritaba a los dos. Mary no escribía nunca a Bath; todo el trabajo de mantener una lenta y poco satisfactoria correspondencia con Elizabeth recaía en Anne.

No hacía mucho que habían terminado de desayunar, cuando llegaron el capitán Harville, su esposa y el capitán Benwick, con quienes habían quedado para dar una última vuelta por Lyme. Debían emprender el regreso a Uppercross antes de la una, y hasta entonces estarían todos juntos y al aire libre el tiempo que pudieran.

Cuando estuvieron todos en la calle, Anne observó que el capitán Benwick se ponía a su lado. Su conversación, la víspera, no le había quitado las ganas de buscarla otra vez; y caminaron juntos un rato, charlando como antes del señor Scott y de lord Byron y, como dos lectores cualesquiera, tan incapaces como antes de coincidir en los méritos del uno y el otro, hasta que algo hizo que se produjera un cambio en la comitiva, y en vez del capitán Benwick, tuvo al capitán Harville a su lado.

—Señorita Elliot —dijo éste hablando más bien en voz baja—, ha realizado usted una acción meritoria al hacer hablar tanto a este pobre muchacho. Me gustaría que tuviese una compañía así más a menudo. Le sienta mal vivir encerrado como vive; pero ¿qué podemos hacer? No podemos separarnos.

—No —dijo Anne—, me doy cuenta de que eso es imposible; pero con el tiempo, quizá... Sabemos lo que el tiempo puede hacer en todos los casos de aflicción; y no olvide, capitán Harville, que su amigo es lo que podríamos llamar un viudo joven... desde el verano pasado, creo.

—Sí, eso es verdad —con un hondo suspiro—. Desde junio.

—Y quizá no lo supo inmediatamente.

—No lo supo hasta la primera semana de agosto, cuando llegó a Inglaterra del Cabo... a bordo del *Grappler*. Yo estaba en Plymouth, temblando por él; envió cartas, pero el *Grappler* recibió orden de salir para Portsmouth. Allí había que darle la noticia; pero ¿quién se lo iba a decir? Yo no. Antes habría trepado al peñol. Sólo fue capaz de hacerlo este buen muchacho —señalando al capitán Wentworth—. El

*Laconia* había entrado en Plymouth la semana antes; no había riesgo de que ordenaran que zarpase otra vez. Y aprovechó la ocasión para hacerlo: escribió solicitando un permiso; pero sin esperar respuesta, viajó día y noche hasta que llegó a Portsmouth, fue remando inmediatamente al *Grappler*, y no se separó del pobre muchacho en una semana; eso es lo que hizo, y nadie más habría podido salvar al pobre James. ¡Piense usted, señorita Elliot, si le queremos!

Anne lo pensó con total decisión, y dijo en respuesta todo lo que sus propios sentimientos podían permitirse... o lo que los de él parecían poder soportar, porque estaba demasiado afectado para reanudar este tema; y cuando volvió a hablar, fue sobre algo totalmente diferente.

Al manifestar la señora Harville que su marido habría paseado de sobra cuando llegaran a casa, el grupo tomó determinada dirección en lo que iba a ser el último recorrido: los acompañarían hasta la puerta, y luego volverían y se pondrían en camino. Según calculaban, había tiempo para eso; pero cuando estuvieron cerca del Cobb, fue tan general el deseo de recorrerlo otra vez, y estaban todos tan dispuestos, y Louisa se decidió tan pronto también, que pensaron que un cuarto de hora más o menos no tendría importancia; así que con toda clase de despedidas, y toda suerte de intercambio de invitaciones y promesas imaginables, se separaron del capitán Harville y de su esposa en la puerta de éstos; y acompañados aún por el capitán Benwick, que siguió con ellos hasta el final, fueron a despedirse debidamente del Cobb.

Anne se dio cuenta de que el capitán Benwick caminaba otra vez a su lado. No dejó de evocar los «mares azul oscuro» de lord Byron ante la actual perspectiva, y Anne le dedicó de buen grado toda la atención de que fue capaz. Aunque no tardó en desviársele forzosamente en otra dirección.

Hacía demasiado viento para que la parte alta del nuevo Cobb resultase cómoda para las damas, acordaron bajar a la inferior, y todos se alegraron de descender despacio y con cuidado un tramo de empinada escalera, salvo Louisa, a la que el capitán Wentworth ayudó a bajarla de un salto. En todos los paseos, el capitán Wentworth había tenido que bajarla de las escaleras pasaderas; para ella era una sensación deliciosa. La dureza del pavimento para sus pies hacía que ahora el capitán Wentworth se mostrara algo renuente; pero la ayudó. Louisa llegó abajo sin novedad. E inmediatamente, para manifestar su gozo, subió corriendo la escalera para que la ayudara otra vez. Él trató de disuadirla, consideraba demasiado grande el golpe. Pero habló y razonó en vano; ella sonrió y dijo:

—Estoy decidida a saltar.

Extendió él las manos; ella se lanzó medio segundo antes, y cayó al pavimento del Cobb inferior, ¡de donde el capitán Wentworth la levantó exánime!

No tenía herida, ni sangre, ni contusión ninguna. Pero sus ojos estaban cerrados, no respiraba, y su rostro parecía muerto. ¡Qué momento de horror para los que la rodeaban!

El capitán Wentworth, que la había levantado, estaba de rodillas con ella en brazos, mirándola con la cara tan pálida como la de ella, y mudo de angustia.

—¡Está muerta! ¡Está muerta! —gritó Mary agarrándose a su marido, y contribuyendo a inmovilizarle con su propio horror; un instante después, Henrietta, dominada por este convencimiento, se desmayó, y se habría caído por la escalera si no llega a ser por el capitán Benwick y Anne, que la cogieron y la sostuvieron entre los dos.

—¿Alguien puede ayudarme? —fueron las primeras palabras que le salieron al capitán Wentworth en un tono de desesperación, y como si le abandonasen las fuerzas.

—Vaya con él —exclamó Anne—; por el amor de Dios, vaya con él. Puedo sostenerla yo sola. Déjeme y vaya con él. Frótele las manos, frótele las sienes. Aquí tiene sales; lléveselas, lléveselas.

El capitán Benwick obedeció; al mismo tiempo se soltó Charles de su esposa, y acudieron los dos: levantaron a Louisa, la sostuvieron más firmemente entre ellos, e hicieron lo que Anne sugería, aunque en vano. Entretanto el capitán Wentworth, retrocediendo vacilante hacia el muro para apoyarse, exclamó con angustia infinita:

—¡Dios mío! ¡Sus padres!

—¡Un médico! —dijo Anne.

El capitán Wentworth oyó la palabra; pareció despertarle al instante; y diciendo sólo: «Es verdad, es verdad, hay que traer un médico inmediatamente», iba a echar a correr, cuando Anne sugirió con vehemencia:

—El capitán Benwick; ¿no es mejor que vaya el capitán Benwick? Él sabe dónde encontrar un médico.

Todos los que eran capaces de pensar comprendieron la oportunidad de la idea, y un instante después —todo se hizo con rapidez—, el capitán Benwick había dejado el cuerpo exánime enteramente al cuidado del hermano, y había echado a correr hacia el pueblo con todas sus fuerzas.

Del angustiado grupo que se quedó, era difícil saber cuál de los tres conscientes estaba más asustado, si el capitán Wentworth, Anne o Charles, hermano verdaderamente cariñoso que, inclinado sobre Louisa, exhalaba sollozos de dolor, y sólo apartaba los ojos de una hermana para mirar a la otra en un estado igualmente insensible, o para observar los aspavientos, histéricos de su esposa que le pedía una ayuda que él no podía prestar.

Anne, que atendía a Henrietta con todo el interés, el celo y la dedicación que el instinto le proporcionaba, aún trataba de dar consuelo de vez en cuando a los otros, de tranquilizar a Mary, de animar a Charles, de apaciguar las inquietudes del capitán Wentworth. Los dos parecían pedirle instrucciones con la mirada.

—Anne, Anne —exclamaba Charles—, ¿qué hay que hacer ahora? ¿Qué hay que hacer ahora, por el amor de Dios?

Los ojos del capitán Wentworth se volvieron hacia ella también.

—¿No será mejor llevarla a la posada? Sí, seguro: llevarla con cuidado a la posada.

—Sí, sí, a la posada —repitió el capitán Wentworth, relativamente recobrado, y deseoso de hacer algo—. Yo la llevaré. Musgrove, usted ocúpese de los demás.

A todo esto, la noticia del accidente se había extendido entre los trabajadores y los barqueros del Cobb, y muchos se habían congregado alrededor de ellos para echar una mano si hacía falta, o en todo caso para disfrutar del espectáculo de una joven muerta; o mejor aún: de dos, porque resultó ser el doble de interesante de lo que había hecho prever el primer rumor. Henrietta fue confiada a algunas de estas personas que tenían mejor pinta porque, aunque parcialmente reanimada aún no podía valerse. Y así, con Anne a su lado, y Charles atendiendo a su esposa, se pusieron en marcha, dominados por unos sentimientos indescriptibles, desandando un camino que hacía poco, hacía tan poco, y tan alegremente, habían recorrido.

Aún no habían salido del Cobb cuando se les unió el capitán Harville. Había visto cruzar por delante de su casa al capitán Benwick con una expresión que denotaba que pasaba algo; así que habían salido inmediatamente, les habían dicho qué ocurría y por el camino les habían indicado la dirección. Aunque alarmado, el capitán Harville fue capaz de aportar la serenidad y el valor necesarios en estos momentos; y tras intercambiar él y su esposa una mirada, decidieron qué hacer. Debían llevarla a su casa —todos debían ir a su casa—, y esperar allí la llegada del médico. No quiso escuchar ninguna excusa. Obedecieron la decisión del capitán Harville, entraron bajo su techo; y una vez que Louisa, por instrucción de la señora Harville, fue subida a la alcoba y depositada en la cama, el marido proporcionó asistencia, cordiales y tónicos a cuantos los necesitaban.

Louisa había abierto los ojos una vez, pero los había vuelto a cerrar en seguida sin conciencia al parecer. No obstante, esto era una prueba de que vivía, y una ayuda para su hermana; aunque incapaz de estar en la misma habitación que Louisa, esta mezcla de esperanza y temor impidió a Henrietta caer en un nuevo desvanecimiento. Mary, también, empezaba a calmarse.

El médico se presentó casi antes de lo que parecía posible. Todos estaban sobrecogidos de horror mientras la examinaba; sin embargo, no se mostró desesperanzado. Había recibido un serio golpe en la cabeza, pero él había visto recobrase de contusiones más grandes. De ningún modo perdía las esperanzas. Hablaba con animación.

Que no lo considerara un caso desesperado, que no dijera que podía producirse un desenlace en pocas horas, fue al principio más alentador de lo que esperaba la mayoría; y no es difícil imaginar el transporte ante tal alivio, la profunda y muda alegría, las fervientes exclamaciones de gratitud al Cielo.

Anne tuvo la seguridad de que jamás se le olvidaría el tono, la expresión con que el capitán Wentworth profirió «¡Gracias a Dios!»; como tampoco cuando se sentó junto a una mesa con los brazos cruzados y ocultó la cara como si, abrumado por las

diversas inquietudes que embargaban su alma, intentara calmarlas con la plegaria y la reflexión.

Los miembros de Louisa estaban indemnes. No había recibido daño más que en la cabeza.

A continuación fue necesario que el grupo decidiera qué debía hacerse respecto a su situación en general. Ahora fueron ya capaces de hablarse y de consultarse. Era evidente que Louisa debía seguir donde estaba, a pesar del apuro que les daba a sus amigos implicar a los Harville en el problema. Era imposible llevársela. Los Harville acallaron todas las aprensiones y todas las expresiones de agradecimiento en la medida que pudieron. Lo habían previsto y arreglado todo antes de que los demás se pusiesen a pensar en ello. El capitán Benwick debía ceder su habitación, y dormir en otro sitio... Y todo quedó dispuesto. Sólo les preocupaba que la casa no pudiera acoger a nadie más; sin embargo, «acomodando a los niños en la habitación de las criadas, o colgando un *coy* en alguna parte», creían que no era imposible encontrar acomodo para dos o tres más, en caso de que quisieran quedarse; aunque respecto a atender a la señorita Musgrove, no debían tener la menor preocupación en dejar su cuidado en manos de la señora Harville. La señora Harville era una enfermera sumamente competente; y su niñera, que vivía con ella desde hacía mucho tiempo y la había acompañado a casi todas partes, era igual de eficaz. Entre las dos, no le faltaría atención ni de día ni de noche. Y todo esto lo dijeron con una sinceridad y una franqueza que no admitían negativa.

Consultaron entre sí Charles, Henrietta y el capitán Wentworth, y durante unos momentos no hicieron más que intercambiar dudas y terrores: Uppercross; la necesidad de que alguien fuera a Uppercross; la noticia que debía llevar; cómo comunicarla a los señores Musgrove; lo avanzada que estaba la mañana; hacía una hora que debían haberse puesto en camino; la imposibilidad de llegar a una hora discreta. Al principio no fueron capaces de hacer otra cosa que proferir exclamaciones de ese género. Pero al cabo de un rato, el capitán Wentworth, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Hay que tomar una decisión, y en seguida. Cada minuto es valioso. Alguien tiene que partir para Uppercross en seguida. Musgrove, nos corresponde a usted o a mí.

Charles estuvo de acuerdo, pero declaró su resolución de no ir él. Molestaría lo menos posible al capitán Harville y su esposa, pero ni debía ni quería dejar a su hermana en tal estado. Así que quedó decidido; y Henrietta manifestó al principio lo mismo. Sin embargo, no fue difícil hacerla cambiar de parecer. ¿Qué utilidad tenía que se quedara? ¿Ella que no había podido estar en la habitación de Louisa, ni mirarla, sin sumirse en un desvalimiento peor que la impotencia? Se vio obligada a reconocer que no podía hacer nada; no obstante, no parecía dispuesta a irse. Hasta que, ablandada por el pensamiento de sus padres, cedió: consentía, estaba ansiosa por encontrarse en casa.



Había llegado el plan a este punto, cuando Anne, que bajaba en silencio de la habitación de Louisa, no pudo por menos de oír lo siguiente, dado que estaba abierta la puerta del salón:

—Entonces de acuerdo; Musgrove —exclamó el capitán Wentworth—, se queda usted, y yo me ocupo de llevar a su hermana a casa. En cuanto a los demás... en cuanto a las otras... si ha de quedarse alguien a ayudar a la señora Harville, creo que no debe ser más que una. La señora Musgrove, como es natural, querrá volver con sus hijos; pero si Anne accede a quedarse, creo que ninguna será más apropiada, ¡ninguna será más capaz!

Anne se detuvo un momento para recobrase de la emoción de oír hablar de ella en estos términos. Los otros dos corroboraron vivamente lo que acababa de decir; y a continuación apareció ella.

—Estoy seguro de que querrá quedarse usted; querrá quedarse a cuidarla —exclamó, volviéndose hacia ella y hablando con calor, aunque con una dulzura que casi pareció resucitar el pasado. A Anne se le subieron los colores; él recobró su anterior actitud, y se alejó.

Anne se mostró dispuesta, deseosa, feliz de quedarse. Era lo que había estado pensando, y deseando que le dejasen hacer. Le bastaba un colchón en el suelo de la habitación de Louisa, si a la señora Harville no le parecía mal.

Una cosa más, y todo quedaría acordado. Aunque no tenía importancia que los señores Musgrove se inquietasen por cierta demora, sin embargo el tiempo que necesitaban los caballos de Uppercross para llevarlos de vuelta prolongaría de manera insoportable la incertidumbre; así que sugirió el capitán Wentworth, y Charles Musgrove aceptó, que era mucho mejor llevarse un tálburi de la posada y mandar a casa el coche del señor Musgrove y los caballos por la mañana temprano, lo que proporcionaría la ventaja adicional de llevar noticias de cómo había pasado la noche Louisa.

El capitán Wentworth corrió ahora a prepararlo todo, y pronto le seguirían las dos damas. Pero al comunicársele el plan a Mary, se acabó la paz. Se puso tan lastimera, tan vehemente, se quejó tanto de la injusticia de que la mandaran a casa y se quedara Anne; ¡Anne, que no era nada de Louisa, mientras que ella era su hermana política y tenía más derecho a quedarse incluso que Henrietta! ¿Por qué no iba a ser ella igual de útil que Anne? Y además, irse a casa sin Charles... ¡Sin su marido! ¡No, era demasiado cruel! En una palabra, dijo mucho más de lo que su marido podía resistir; y como ninguno de los otros podía oponerse a lo que cedía él, la cosa no tuvo remedio, y el cambio de Anne por Mary fue inevitable.

Jamás se había sometido Anne con más renuencia a las celosas y arbitrarias exigencias de Mary; pero así tuvo que ser, y salieron para el pueblo, quedándose Charles al cuidado de su hermana, mientras el capitán Benwick la acompañaba a ella. Anne se dedicó un momento a meditar, mientras caminaban de prisa, sobre los pequeños acontecimientos de los que habían sido testigos por la mañana estos

mismos lugares. Aquí había escuchado ella los planes de Henrietta para que el doctor Shirley dejara Uppercross; después, había visto por primera vez al señor Elliot; fue un momento lo que pudo dedicar ahora a algo que no fuera Louisa o quienes se ocupaban por entero de su salud.

El capitán Benwick se mostró atentísimo con ella; y debido a lo unidos que estaban todos por la desgracia del día, Anne sintió una creciente simpatía hacia él, e incluso pensó con agrado que tal vez diera esta ocasión a proseguir su amistad.

El capitán Wentworth estaba ya esperándolos con un coche de cuatro caballos, estacionado al pie de la cuesta para ahorrarles camino; pero su sorpresa y contrariedad al descubrir la sustitución de una hermana por otra, el cambio —el asombro— de su semblante, sus exclamaciones iniciadas e interrumpidas en mitad mientras escuchaba a Charles, fueron un recibimiento mortificante para Anne; o al menos, le hicieron creer que sólo la había considerado valiosa en la medida en que era útil a Louisa.

Se esforzó en mantenerse serena, y ser justa. Sin emular los sentimientos de una Emma respecto a su Henry<sup>[2]</sup>, habría cuidado de Louisa, por él, con un celo por encima de lo común; y confiaba en que no fuese durante mucho tiempo tan injusto con ella como para suponer que huía de cumplir como una amiga.

Entretanto, estaba ya en el coche. El capitán Wentworth las había ayudado a subir, y se había sentado entre las dos; y así fue como Anne, en unas circunstancias que la llenaban de asombro y de emoción, abandonó Lyme. No se atrevía a imaginar cómo transcurriría la larga jornada, cómo iba a afectar a sus actitudes respectivas, cuál iba a ser la relación entre los dos. Sin embargo, se desarrolló de manera totalmente natural. Él iba pendiente de Henrietta, volviéndose a cada momento hacia ella; y cuando hablaba, lo hacía siempre con intención de sostener sus esperanzas y levantarle el ánimo. En general, su voz y su actitud eran deliberadamente serenas. Todo su interés estaba en ahorrarle inquietudes a Henrietta. Sólo una vez, al lamentar ella el malhadado paseo al Cobb, y deplorar amargamente haberseles ocurrido, exclamó, completamente abrumado al parecer:

—No hablemos de eso, no hablemos de eso. ¡Dios mío! ¡Por qué habré cedido en ese momento fatídico! ¡Por qué no habré hecho lo que debía! ¡Pero estaba tan firme y decidida! ¡Dulce, querida Louisa!

Anne se preguntó si se le ocurriría ahora reflexionar sobre la justicia de su anterior opinión en cuanto a la universal felicidad y ventaja de la firmeza de carácter; y si no le chocaría que, como todas las demás cualidades del espíritu, también ésta necesitaba guardar su proporción y sus límites. Pensó que no tenía más remedio que comprender que un carácter fácil de convencer podía a veces favorecer la felicidad tanto como uno decidido.

Viajaban de prisa. Anne se asombró de descubrir tan pronto las mismas colinas y los mismos elementos del paisaje. La velocidad que llevaban, subrayada por el temor de lo que les esperaba al llegar, hacía que el camino pareciera la mitad de largo que el

día anterior. Se había hecho de noche, sin embargo, antes de llegar a las afueras de Uppercross, y hacía rato que iban callados —Henrietta, recostada en un rincón con un chal sobre la cara, daba la impresión de que se había dormido llorando—, cuando en el momento en que coronaban la última cuesta, Anne oyó con sorpresa que el capitán Wentworth le dirigía la palabra. En tono bajo, precavido, le dijo:

—He estado pensando lo que vamos a hacer. Al principio es mejor que no esté ella delante. No podría resistirlo. He pensado si no será mejor que se quede usted con ella en el coche, mientras entro yo a hablar con sus padres. ¿Le parece bien?

Le parecía bien; él se mostró satisfecho y no dijo nada más. Pero el haberle pedido su opinión la había llenado de placer... Como prueba de amistad, y de respeto a su juicio; de un gran placer. Y aunque fue una especie de deferencia como despedida, esto no disminuyó su valor.

Después de comunicar la penosa noticia en Uppercross, y ver a los padres todo lo serenos que era de desear, y a la hija mucho mejor por el hecho de encontrarse con ellos, el capitán anunció su intención de volver en el mismo coche a Lyme. Y en cuanto comieron los caballos, se fue.

*[Aquí termina el primer volumen de la edición original]*

## XIII

El resto del tiempo en Uppercross, que fueron sólo dos días, lo pasó Anne enteramente en la mansión, donde tuvo la satisfacción de saberse enormemente útil, como compañera inmediata, y ayudando en todas las disposiciones que, en el deprimido estado de ánimo de los señores Musgrove, les habría sido difícil tomar.

A la mañana siguiente, a hora temprana, recibieron noticias de Lyme. Louisa seguía más o menos igual. No había aparecido ningún síntoma de empeoramiento. Unas horas más tarde llegó Charles con información más reciente y detallada. Venía bastante animado. No había que esperar un rápido restablecimiento, pero la cosa marchaba todo lo bien que la naturaleza del caso admitía. Al hablar de los Harville, no encontró palabras para expresar lo amables que le parecían, y sobre todo para elogiar los desvelos de la señora Harville como enfermera. No dejaba que Mary hiciera nada. Y la noche anterior les había convencido a Mary y a él de que se retirasen a la posada temprano. Esa misma mañana Mary había tenido una nueva crisis de histerismo. Al irse él, el capitán Benwick la iba a sacar a pasear con la esperanza de que le sentase bien. Casi le habría gustado convencerla de regresar el día antes; pero la verdad era que la señora Harville no dejaba que nadie hiciera nada.

Charles debía volver a Lyme esa misma tarde; y al principio su padre se mostró medio decidido a acompañarle; pero las damas no se lo consintieron. Sólo iba a ir a dar trabajo a los demás y a fomentarse la angustia a sí mismo; así que trazaron un plan mucho mejor y lo pusieron en práctica. Mandaron llamar un coche de Crewherne, en el que Charles llevó a una persona mucho más útil: la vieja niñera de la familia, que había cuidado de todos los hijos y había visto mandar al colegio al último, al tardío y largamente mimado Harry, mucho después de sus hermanos, la cual ocupaba ahora el desierto cuarto de los niños, dedicada a remendar medias y a vendar todas las ampollas y contusiones que le traían, y que se puso contentísima de que le pidiesen que fuera a cuidar a la querida señorita Louisa. La señora Musgrove y Henrietta habían expresado ya su deseo de mandar a Sarah allí; pero sin Anne jamás se habrían decidido, o no lo habrían hecho tan pronto.

Al día siguiente agradecieron a Charles Hayter las detalladas nuevas que trajo de Louisa, que tan vital era obtener cada veinticuatro horas. También él había decidido ir a Lyme, y su información fue igualmente alentadora. Los intervalos de conciencia y lucidez parecían cada vez más claros. Todas las informaciones coincidían en que el capitán Wentworth seguía sin moverse de Lyme.

Anne iba a dejarlos al día siguiente, acontecimiento que todos temían. ¿Qué iban a hacer sin ella? ¡Ninguno servía para consolar a los demás! Y tanto hablaron de esto, que Anne juzgó que lo mejor era que dijese claramente lo que deseaban en secreto y ella sabía, y convencerlos de que fueran a Lyme inmediatamente. No le fue difícil: al punto decidieron ir al día siguiente, hospedarse en la posada o alquilar un piso, según lo que más conviniera, y permanecer allí hasta que la querida Louisa estuviese en

condiciones de viajar. Había que descargar de trabajo a las buenas personas con las que estaba; al menos, relevar a la señora Harville de atender a sus propios hijos; y en resumen, se entusiasmaron tanto con esta decisión, que Anne se alegró de haberla propuesto, y pensó que no podía pasar mejor su última mañana en Uppercross que ayudando a hacer los preparativos, y contribuir a que partiesen a hora temprana, aunque con ello la dejaran sola en la casa.

Fue la última, exceptuando a los hijos de Charles y Mary, la ultimísima que quedó de cuantos llenaban y animaban las dos casas, de todos los que habían dado alegría a Uppercross. ¡Qué cambio se había operado en unos días!

Si Louisa se recuperaba, todo volvería a ser igual. Habría incluso más alegría que antes. No le cabía ninguna duda, a su espíritu al menos, de lo que ocurriría si se ponía bien. Unos meses más, y la habitación ahora tan desierta, no ocupada más que por su figura silenciosa y pensativa, se llenaría otra vez de alegría y de dicha, de todo cuanto transpiraba amor encendido y radiante, ¡de cosas muy ajenas a Anne Elliot!

Una hora de completa tranquilidad dedicada a reflexiones de este género en un oscuro día de noviembre, con una lluvia fina y espesa que casi borraba las pocas cosas que se veían desde las ventanas, le bastó a Anne para acoger el ruido del coche de *lady* Russell con alegría; sin embargo, aunque deseosa de irse, no podía abandonar la mansión, ni despedirse con la mirada de la casa de Charles y Mary, una casa de negra, goteante e incómoda terraza, ni observar a través de los cristales empañados las últimas casas humildes del pueblo, sin que se le entristeciera el corazón. Habían pasado cosas en Uppercross que lo hacían inestimable. Era testigo de muchas impresiones llorosas, intensas en su día, aunque ahora dulcificadas; y de momentos conciliadores, de atisbos de amistad y reencuentro que nunca más podría esperar, y que jamás dejarían de ser queridos. Todo lo dejaba atrás; todo, salvo la conciencia de que esas cosas habían existido.

Anne no había entrado en Kellynch desde que *lady* Russell dejara su casa en septiembre. No había habido necesidad; y en las pocas ocasiones en que hubiera tenido que hacerlo se las arregló para eludir tal contingencia. Ahora regresaba para instalarse en la moderna y elegante casa de *lady* Russell, y para alegrar los ojos de ésta.

Hubo cierta inquietud en la alegría de *lady* Russell al recibirla. Sabía quién había estado frecuentando Uppercross. Pero por fortuna, o Anne había aumentado de peso y aspecto, o *lady* Russell así lo imaginaba; y Anne, al escuchar sus cumplidos al respecto, se sintió inclinada a sumarlos a la muda admiración de su primo, y a creer que había sido bendecida con una segunda primavera de belleza y juventud.

En cuanto se pusieron a conversar notó cierto cambio de actitud. Las cosas que le embargaban el corazón en el momento de abandonar Kellynch, y que había visto menospreciadas, y había tenido que acallar entre los Musgrove, se habían vuelto ahora de interés secundario. Últimamente incluso había perdido de vista a su padre, a su hermana y Bath. Lo que a éstos importaba había quedado solapado bajo las

preocupaciones de Uppercross; y cuando *lady Russell* volvió a hablar de las antiguas esperanzas y temores de ambas, manifestando su satisfacción de que hubiesen ocupado la casa de Camden-place, y su pesar de que la señora Clay siguiera con ellos, Anne se habría avergonzado si se hubiera dado cuenta de cuánto más pensaba en Lyme, en Louisa Musgrove y en todos los amigos de allí; de cuánto más importante era para ella el hogar y la amistad de los Harville y del capitán Benwick que la casa de su propio padre en Camden-place o la intimidad de su hermana con la señora Clay. En realidad tenía que esforzarse para hacer ver a *lady Russell* algo así como que compartía su preocupación en asuntos que por su naturaleza debían tener prioridad para ella.

Al principio les costó cierto trabajo hablar de otra cosa. Tenían que comentar el accidente de Lyme. El día anterior, aún no hacía cinco minutos que había llegado *lady Russell*, cuando la pusieron al corriente de todos los pormenores. No obstante, había que abordarlo, y *lady Russell* tuvo que preguntar, que deplorar la imprudencia, que lamentar las consecuencias; y una y otra tuvieron que mencionar al capitán Wentworth. Aunque se daba cuenta de que no lo hacía tan bien como *lady Russell*. Y no pudo pronunciar su nombre, y mirar a su amiga a los ojos, hasta que tomó la decisión de contarle brevemente lo que pensaba del afecto entre él y Louisa. Al terminar, su nombre había dejado de hacerla sufrir.

*Lady Russell* se limitó a escuchar tranquilamente, y a desearles felicidad; pero por dentro su corazón exultaba de irritada alegría, de desprecio satisfecho, viendo que el hombre que a los veintitrés años había vislumbrado el valor de una Anne Elliot se enamoraba ocho años más tarde de una Louisa Musgrove.

Los primeros tres o cuatro días transcurrieron plácidamente, sin nada digno de destacar salvo la llegada de un par de notas de Lyme, Anne no sabía cómo, dando cuenta de la mejoría de Louisa. Al cabo de ese tiempo, la cortesía de *lady Russell* no pudo continuar inactiva, y las vagas amenazas que Anne había sentido tiempo antes se volvieron concretas:

—Tengo que ir a ver a la señora Croft; y desde luego, tengo que hacerlo pronto. Anne, ¿te sientes con ánimo para acompañarme a visitar esa casa? Será una dura prueba para las dos.

Anne no rehusó; al contrario, expresó lo que sentía verdaderamente cuando dijo:

—Creo que es usted la que más va a sufrir de las dos; sus sentimientos se han reconciliado menos que los míos con el cambio. Al seguir en la vecindad, me he ido acostumbrando.

Habría podido decir más al respecto; porque tenía tan alta opinión de los Croft, y consideraba a su padre tan afortunado por los inquilinos, y tan segura la parroquia al contar con un buen ejemplo, y los pobres con la mejor atención y ayuda, que aunque la necesidad de irse le había causado tristeza y vergüenza, en conciencia no podía por menos de pensar que se habían ido quienes no merecían estar, y que Kellynch Hall había pasado a mejores manos que las de sus dueños. Esa convicción contenía

inevitablemente su propio dolor, un profundo dolor; pero conjuró el dolor que *lady Russell* iba a sufrir al entrar de nuevo en la casa y volver a recorrer sus aposentos familiares.

En esos momentos, Anne no fue capaz de decirse a sí misma: «Estas habitaciones deberían ser sólo nuestras. ¡Oh, cómo han sucumbido a su destino! ¡Qué inmerecidamente ocupadas! ¡Haber sido desalojada una antigua familia! ¡Ocupar su hogar unos extraños!» No exhaló ningún suspiro de este género, salvo cuando pensó en su madre, y recordó dónde solía sentarse a presidir.

La señora Croft acogía siempre a Anne con una amabilidad que la hacía pensar con placer que era su predilecta; y ahora, al recibirla en esa casa, su atención fue especial.

No tardó en salir a la conversación el triste accidente de Lyme; y al comentar las últimas noticias de la paciente, parecía que una y otra dama las habían recibido a la misma hora de la mañana anterior, que el capitán Wentworth había estado en Kellynch —la primera vez desde el accidente—, y había llevado a Anne la última nota sin que ella hubiese podido averiguar cómo; había estado unas horas y luego había regresado a Lyme... de donde no tenía intención de moverse más. También averiguó Anne que había preguntado por ella en particular: había expresado su esperanza de que la señorita Elliot no se hubiera resentido de los esfuerzos, que dijo que habían sido grandes. Esta galantería le produjo más satisfacción que ninguna otra cosa que hubiera hecho.

En cuanto a la desgracia propiamente dicha, sólo hablaron de ella como dos señoras sensatas y formales cuyo juicio se atenía a los hechos; y estaba totalmente claro que había sido consecuencia del mucho atolondramiento y la mucha imprudencia; que su efecto era de lo más alarmante, y que asustaba pensar el tiempo que debía pasar en la incertidumbre de la recuperación de la señorita Musgrove y lo probable que era que le quedase alguna secuela de la conmoción. El almirante puso tajantemente fin a esto, exclamando:

—Sí; desde luego ha sido muy mal asunto, ¡y una nueva forma de galanteo, eso de partirle la cabeza el enamorado a su amada! ¿No le parece a usted, señorita Elliot? ¡Eso sí que es romper la cabeza para poner la venda!

Los modales del almirante no tenían precisamente el tono que más agradaba a *lady Russell*, pero encantaron a Anne. Su campechanía y su sencillez de carácter eran irresistibles.

—Debe de ser muy penoso para usted —dijo el almirante, despertando de pronto de un pequeño ensimismamiento— venir y encontrarnos aquí. Confieso que no me acordaba; pero debe de ser muy penoso. Pero vamos, dejen a un lado las formalidades, y suban a ver los aposentos de la casa, si lo desean.

—En otra ocasión, señor. Se lo agradezco, pero ahora no.

—Bueno, pues cuando les plazca. Y pueden ir por los arbustos cuando quieran. Y habrán visto que tenemos sombrillas colgadas junto a esa puerta. Buen sitio, ¿verdad?

Pero —conteniéndose— quizá no les parezca bien, ya que ustedes las han guardado siempre en la habitación del mayordomo. Sí, me parece que siempre ocurre lo mismo. Las costumbres de uno pueden ser tan buenas como las que más, pero cada cual prefiere las suyas. En fin, usted verá si le conviene dar una vuelta por la casa o no.

Anne, viendo que podía rehusar la invitación, lo hizo agradecida.

—¡De todos modos hemos hecho poquísimos cambios! —prosiguió el almirante tras meditar un momento—. Poquísimos. Creo que ya le hemos dicho lo de la puerta del lavadero en Uppercross. Ha sido una gran mejora. ¡Me extraña cómo una familia ha podido soportar tanto tiempo la molestia de que se abriera como se abría! Dígale a *sir* Walter lo que hemos hecho, y que el señor Shepherd cree que es la mejora más grande que se ha realizado en la casa. Realmente, tenemos que hacernos justicia a nosotros mismos, y decir que los pocos cambios que hemos introducido han sido para mejor. Aunque el mérito es de mi esposa. Yo he hecho muy poco, aparte de retirar algunos espejos grandes de mi cuarto de vestir, el que era de su padre. Un hombre muy bueno, y todo un caballero, por supuesto; aunque yo diría, señorita Elliot —mirándola con expresión seria—, que debe de ser un hombre demasiado pendiente de la elegancia para su edad. ¡Qué cantidad de espejos, Dios mío! No había manera de librarme de mí mismo. Así que pedí a Sophy que me echara una mano, y entre los dos los hemos cambiado de sitio; ahora ya me siento totalmente a gusto, con mi espejito de afeitar en un rincón, y otro grande al que jamás me acerco.

Anne, divertida a pesar de sí misma, no supo qué responder; y el almirante, temiendo no haber sido muy cortés, volvió sobre el tema diciendo:

—La próxima vez que escriba a su buen padre, señorita Elliot, le ruego que le mande saludos de parte mía y de la señora Croft; y dígale que estamos instalados a nuestra entera satisfacción, y que no echamos nada de menos. La chimenea de la habitación de desayuno hace algo de humo, desde luego, pero sólo cuando el viento sopla con fuerza del norte, lo que puede que no ocurra ni tres veces en un mismo invierno. Y puede añadir, ahora que hemos estado en la mayoría de las casas de los alrededores y podemos juzgar, que no hay ninguna que nos guste tanto como ésta. Dígaselo así, con mi felicitación. Se alegrará de saberlo.

*Lady* Russell y la señora Croft simpatizaron muchísimo; pero la amistad que esta visita inició estaba destinada a no proseguir de momento; porque cuando fue devuelta, los Croft anunciaron que iban a ausentarse unas semanas para visitar a sus parientes del norte del país, y probablemente no regresarían antes de que *lady* Russell se trasladara a Bath.

Así, pues, quedó conjurado el peligro de que Anne se encontrase con el capitán Wentworth en Kellynch Hall, o le viese en compañía de su amiga. Todo quedaba bastante bien, y se sonrió ante la multitud de alarmas que la habían angustiado a propósito de esta posibilidad.



## XIV

Aunque Charles y Mary prolongaron su estancia en Lyme, después de llegar los señores Musgrove, mucho más de lo que Anne había supuesto, fueron los primeros de la familia en regresar a casa, y tan pronto como pudieron, una vez en Uppercross, fueron en coche al Pabellón. Louisa había empezado a estar sentada; pero la cabeza, aunque clara, la tenía sumamente débil, y los nervios, sensibles en extremo; y aunque podía decirse que marchaba muy bien, era imposible decir cuándo estaría en condiciones de soportar el traslado a casa; y sus padres, que debían regresar a tiempo para recibir a los hijos más pequeños para las Navidades, tenían pocas esperanzas de que les permitiesen llevársela.

Habían estado todos en un piso alquilado. La señora Musgrove se había llevado a los hijos de la señora Harville cuantas veces había podido; habían aportado toda clase de provisiones para aliviar la carga a los Harville, dado que éstos habían querido que se quedasen a cenar todos los días; y en resumen, no parecía sino que había habido una pugna por ver qué parte era más generosa y hospitalaria.

Mary había tenido sus dolencias; pero en general, como ponía de manifiesto su larga estancia, era más lo que había disfrutado que lo que había sufrido. Charles Hayter había estado en Lyme más veces de lo que a ella le hubiera gustado, y cuando cenaron con los Harville, sólo había habido una criada para servir, y al principio la señora Harville siempre había dado preferencia a la señora Musgrove. Pero más tarde había recibido Mary una disculpa tan considerada por parte de ella al averiguar de quién era hija, y habían estado juntas tan a diario, y habían recorrido tantas veces la distancia entre el piso alquilado y la casa de los Harville, y tantas veces había traído y devuelto ella libros de la biblioteca, que el balance había sido muy favorable a Lyme. La habían llevado a Charnmouth, también, donde se había bañado, y había ido a la iglesia; y había muchísima más gente que ver en la iglesia de Lyme que en la de Uppercross; y todo esto unido a la sensación de ser utilísima, le había hecho muy agradable el par de semanas.

—¡Ah!, el capitán Benwick está muy bien, creo, pero es un joven muy extraño. No se sabe qué piensa. Le pedimos que se viniera a casa a pasar un día o dos con nosotros; Charles prometió organizarle una partida de caza y él pareció encantado; y creía yo que estaba todo acordado, cuando va y se presenta el martes por la noche con una excusa de lo más torpe: que él «nunca había ido de caza», que se le «había interpretado mal», y que él había prometido esto y lo otro, y al final comprendí que lo que no quería era venir. Supongo que temía aburrirse; aunque yo pensaba sinceramente que somos lo bastante animados en casa para alegrar a un hombre con el Corazón destrozado como el capitán Benwick.

Charles volvió a reír, y dijo:

—Bueno, Mary, sabes muy bien lo que ocurrió en realidad. Todo fue por ti. — Volviéndose a Anne—: Imaginó que si venía con nosotros estaría cerca de ti; creía

que todos vivíamos en Uppercross; y al saber que *lady Russell* vive a cuatro kilómetros y medio de distancia se desilusionó y se le quitaron las ganas de venir. Ésa es la realidad: palabra. Y Mary sabe que es tal como digo.

Pero Mary no iba a reconocerlo así como así; aunque no se sabe si porque no consideraba al capitán Benwick de cuna y posición lo bastante dignas para aspirar a la mano de una Elliot, o porque no quería creer que Anne diera mayor atractivo que ella a Uppercross. La buena disposición de Anne, no obstante, no iba a menguar por lo que oía. Se atrevió a sentirse halagada, y siguió preguntando.

—Habla de ti en unos términos... —exclamó Charles.

Mary le interrumpió:

—Te aseguro, Charles, que yo no le he oído mencionar a Anne ni dos veces en todo el tiempo que he estado allí. Te aseguro, Anne, que no habla en absoluto de ti.

—Bueno —admitió Charles—: no sé si lo hace constantemente en términos generales; pero lo que está clarísimo es que te admira mucho. Tiene la cabeza llena de unos libros que está leyendo por recomendación tuya, y quiere comentarlos contigo; ha encontrado algo en uno de ellos que piensa... En fin, no lo recuerdo ahora, pero estaba muy bien; oí que se lo explicaba a Henrietta, y que hablaba de «la señorita Elliot» en términos sumamente elogiosos. Fue tal como digo, Mary; tú estabas en la otra habitación. «Elegancia, dulzura, belleza»... Se hacía lenguas de los encantos de la señorita Elliot.

—Pues desde luego —exclamó Mary con calor—, eso dice muy poco en su favor, si es verdad. La señorita Harville murió sólo el pasado mes de junio. Un corazón así es muy poco digno, ¿no le parece, *lady Russell*? Estoy segura de que está de acuerdo conmigo.

—Tendría que conocer al capitán Benwick antes de decidir —dijo *lady Russell* sonriendo.

—Pues puedo decirle —dijo Charles—, señora, que es muy probable que le conozca pronto. Aunque no se ha sentido con fuerzas para venirse con nosotros y acudir después a rendir aquí visita de cumplido, vendrá un día a Kellynch por su cuenta, puede estar segura. Le dije la distancia y el camino, y le conté que la iglesia era algo que merecía la pena conocer. Porque ya que le gustan esas cosas, pensé que sería un buen pretexto; y él puso toda el alma escuchando. Así que, dada su actitud, estoy seguro de que no tardará en tenerle aquí. Se lo anuncio, *lady Russell*.

—Cualquier amigo de Anne será siempre bien recibido —fue la amable respuesta de *lady Russell*.

—¡Oh!, en cuanto a eso —dijo Mary—, creo que es más amigo mío que de Anne porque le he estado viendo todos los días, estas dos últimas semanas.

—Bueno, como amigo de las dos, entonces, me encantará conocer al capitán Benwick.

—No encontrará en él nada excepcional, se lo aseguro. Es uno de los jóvenes más aburridos del mundo. Ha paseado conmigo a veces de un extremo al otro de la playa

sin pronunciar una palabra. No es un hombre con clase. Seguro que no le gustará.

—En eso no estamos de acuerdo, Mary —dijo Anne—. Yo creo que le caerá bien a *lady Russell*. Creo que le gustará tanto su manera de pensar que no le va a encontrar un solo defecto.

—Yo también lo creo, Anne —dijo Charles—. Estoy seguro que a *lady Russell* le caerá simpático. Es de su especie: dadle un libro y se pasará el día leyendo.

—¡Eso sí! —exclamó Mary en tono de burla—. Se sumergirá en su libro y no se enterará de si le hablan, si se le caen a alguien las tijeras, ni de nada de cuanto ocurra. ¿Crees que a *lady Russell* le gusta eso?

*Lady Russell* no pudo por menos de echarse a reír.

—La verdad —dijo— es que no podía imaginar que mi opinión sobre alguien admitiera interpretaciones tan distintas, a pesar de lo realista y formal que me considero. Verdaderamente tengo curiosidad por conocer a la persona que suscita juicios, tan contrapuestos. Ojalá alguien le anime a venir. Y en cuanto lo haga, Mary, prometo darte mi opinión; pero no estoy dispuesta a juzgarle de antemano.

—No le caerá simpático, se lo garantizo.

*Lady Russell* se puso a hablar de otra cosa. Mary refirió con animación el extraordinario encuentro, o más bien desencuentro, con el señor Elliot.

—Es un hombre —dijo *lady Russell*— al que no me apetece nada ver. Su negativa a mantener una relación cordial con el jefe de su propia familia me ha causado una impresión muy desfavorable.

Esta sentencia contuvo el entusiasmo de Mary, y la hizo callar en mitad de su ademán Elliot.

Respecto al capitán Wentworth, aunque Anne no se atrevió a preguntar, recibió información suficiente de manera espontánea. Últimamente había recobrado mucho los ánimos, como era de esperar. Al mejorar Louisa, había mejorado él; y ahora era una persona totalmente distinta de la que había sido una semana antes. No había visto a Louisa, y temía tanto que tu visita resultara contraproducente para ella que no hizo ningún intento de visitarla; al contrario, planeaba ausentarse una semana o diez días, hasta que ella tuviera la cabeza más fuerte. Había hablado de permanecer en Plymouth una semana, y quiso convencer al capitán Benwick para que le acompañase. Pero, como Charles sostuvo hasta el final, el capitán Benwick parecía mucho más dispuesto a ir a caballo a Kellynch.

Ni que decir tiene que a partir de entonces *lady Russell* y Anne pensaban a cada momento en el capitán Benwick. *Lady Russell* no podía oír la campanilla de la puerta sin creer que anunciaba su llegada; ni podía Anne volver de un paseo solitario por el parque de su padre, o de hacer una visita de caridad en el pueblo, sin preguntarse si le vería o habrían llegado noticias suyas. Sin embargo, el capitán Benwick no fue. O bien le apeteecía menos de lo que Charles había imaginado, o era demasiado tímido; y después de darle un margen de una semana, *lady Russell* concluyó que no merecía el interés que había empezado a despertar.

Los Musgrove regresaron para recibir a sus hijos más pequeños que debían llegar del colegio, llevándose con ellos a los niños de la señora Harville, con lo cual aumentó el bullicio de Uppercross y disminuyó el de Lyme. Henrietta se quedó con Louisa, mientras que el resto de la familia volvió a su morada habitual.

*Lady Russell* y Anne acudieron a hacerles la visita de rigor, y Anne no pudo por menos de observar que Uppercross volvía a estar lleno de vida. Aunque no estaban Henrietta, Louisa, Charles Hayter, ni el capitán Wentworth, el salón ofrecía el contraste que cabía desear respecto de la última vez que ella lo había visitado.

Rodeando a la señora Musgrove estaban los pequeños Harville, a los que protegía diligentemente de la tiranía de los dos niños de Charles y Mary, llegados expresamente para entretenerlos. A un lado había una mesa, ocupada por las niñas que parloteaban sin parar a la vez que recortaban papel de seda y dorado; y al otro había caballetes con bandejas atestadas de empanadas de cerdo donde los chicos estaban armando un gran alboroto; el cuadro lo completaba un crepitante fuego de Navidad que parecía decidido a hacerse oír, a pesar del ruido de los otros. Como es natural, Charles y Mary aparecieron también durante esta visita; y el señor Musgrove consideró obligado presentar sus respetos a *lady Russell*, y estuvo sentado junto a ella unos diez minutos, alzando mucho la voz, aunque en vano, a causa del clamor de los niños que tenía sobre las rodillas. Era toda una escena familiar.

Anne, de acuerdo con su propia manera de ser, habría juzgado semejante huracán doméstico un pernicioso tónico para los nervios, alterados ya por la enfermedad de Louisa; pero la señora Musgrove, que había hecho acercarse a Anne para darle repetidas gracias por todas sus atenciones para con ellos, concluyó con una breve recapitulación de lo que había sufrido ella misma, comentando, con una mirada satisfecha a su alrededor, que después de lo ocurrido, nada le sentaba mejor que un poco de moderada alegría en la casa.

Louisa se recuperaba ahora rápidamente. Su madre pensaba incluso que estaría con ellos antes de que sus hermanos volvieran al colegio. Los Harville habían prometido acompañarla cuando regresara y permanecer unos días en Uppercross. El capitán Wentworth se había ido a visitar al hermano que tenía en Shropshire.

—Espero acordarme, en el futuro —dijo *lady Russell*, en cuanto se acomodaron en el coche—, de no venir a Uppercross durante las Navidades.

En lo que toca a bullicio, como en lo demás, todo el mundo tiene sus gustos; y el ruido puede ser inocuo o completamente agotador más por su naturaleza que por su cantidad. Así que, cuando no mucho después llegó *lady Russell* a Bath una tarde de lluvia, al recorrer el largo trecho de calles desde el puente viejo a Camden-place, en medio del tráfago de carruajes, el estruendo de coches y carretones, el vocear de los vendedores de periódicos, de panecillos y de leche, y el incesante repiquetear de zuecos, no exhaló ni una sola queja. No; éstos eran ruidos que pertenecían a los placeres invernales: le levantaban el ánimo; y, como la señora Musgrove, consideró, aunque sin decirlo, que tras una larga estancia en el campo, nada le venía tan bien

como un poco de moderada alegría.

Anne no compartía estas impresiones. Seguía teniendo, aunque calladamente, un decidido rechazo a Bath; divisó las primeras siluetas borrosas de los grandes edificios, huyendo en la lluvia, sin el menor deseo de verlas mejor; le parecía que su marcha por las calles, aunque desagradable, era demasiado rápida; porque, ¿quién se alegraría de verla llegar? Y recordó con dulce nostalgia el bullicio de Uppercross y la soledad de Kellynch.

En su última carta Elizabeth le había dado noticias de cierto interés. El señor Elliot estaba en Bath. Había pasado por Camden-place; había hecho una segunda y una tercera visitas; se mostraba escrupulosamente cortés: si Elizabeth y su padre no se equivocaban, se esforzaba en buscar su amistad, y en proclamar el aprecio en que tenía su parentesco, del mismo modo que antes había procurado demostrar que lo desdeñaba. Si era cierto, era de lo más asombroso; y *lady* Russell sintió una grata sensación de curiosidad y perplejidad respecto al señor Elliot que desmentía lo que había dicho hacía poco a Mary, de que era «un hombre al que no le apetecía en absoluto ver». Tenía muchas ganas de verle. Si verdaderamente pretendía reconciliarse como vástago respetuoso de la familia, se le debía perdonar el haberse desgajado del árbol.

A Anne esa circunstancia no le produjo el mismo entusiasmo; aunque también le gustaría ver de nuevo al señor Elliot, cosa que era más de lo que podía decir respecto de muchas personas de Bath.

*Lady* Russell dejó a Anne en Camden-place; luego prosiguió a su propio alojamiento, en Rivers-street.

## XV

*Sir* Walter había alquilado una buena casa en Camden-place, distrito acomodado y señorial como correspondía a un hombre de su posición; y tanto él como Elizabeth se sentían instalados allí a su entera satisfacción.

Anne entró con el ánimo deprimido, previendo una reclusión de muchos meses, y diciéndose con inquietud: «¡Ay, cuándo saldré de aquí!». No obstante, la recibieron con una inesperada cordialidad que la reanimó. Su padre y su hermana se alegraron de verla, por la ocasión que tenían de enseñarle la casa y el mobiliario, y la acogieron con cariño. El hecho de ser cuatro a la mesa, lo tuvieron por una ventaja.

La señora Clay era muy simpática y risueña; pero sus cumplidos y sus sonrisas eran habituales en ella. Anne había previsto que a su llegada fingiría lo que fuera oportuno; pero la amabilidad de los otros dos fue para ella una sorpresa. Era evidente que estaban de muy buen humor, y no tardó en saber el motivo. No mostraron el menor interés en escucharla. Tras esperar algún cumplido sobre que se los echaba muchísimo de menos en su vieja vecindad —cumplido que Anne no fue capaz de dedicarles—, se limitaron a hacer alguna que otra pregunta trivial, antes de tomar la palabra los dos. Uppercross no despertaba en ellos ningún interés, y Kellynch muy poco: lo importante era Bath.

Tenían la satisfacción de asegurarse que Bath había respondido más que de sobra a sus expectativas en todos los sentidos. Su casa era la mejor de Camden-place sin ninguna duda; sus salones contaban con múltiples y claras ventajas respecto a cuantos habían visto o conocían de oídas, superioridad que se revelaba tanto en la decoración como en el gusto del mobiliario. Su amistad era sobremanera solicitada. Habían evitado muchas presentaciones, pero aún seguían dejando su tarjeta a las personas a las que no conocían.

¡Ahí estaba la razón de su satisfacción! ¿Podía extrañarse Anne de que su padre y su hermana fuesen dichosos? No podía; pero lamentaba que su padre no viese ninguna degradación en este cambio, que no echase de menos las obligaciones y la dignidad de propietario de la casa, que encontrase vana la pequeñez del pueblo; y tuvo que lamentar, y sonreír, y asombrarse también, cuando vio a Elizabeth abrir de par en par las puertas plegables, y avanzar exultante de un salón al otro, orgullosa de sus dimensiones, ante la posibilidad de que esta mujer que había sido dueña de Kellynch Hall encontrase motivos de presunción entre dos paredes que quizá no distaban más de diez metros una de otra.

Pero no era eso todo lo que los hacía felices. También estaba el señor Elliot. Anne tuvo que oír hablar y hablar de él. No sólo le habían perdonado: estaban encantados con él. Llevaba en Bath un par de semanas (había pasado por Bath en noviembre camino de Londres y se había enterado de que *sir* Walter, no haciendo ni veinticuatro horas que había llegado, había fijado su residencia allí; aunque no había podido aprovechar la coyuntura); pero ahora llevaba dos semanas, y su primer interés, en

cuanto puso los pies en Bath, había sido dejar su tarjeta en Camden-place, a lo que siguieron tan asiduos esfuerzos por verlos, y cuando los vio observó una conducta tan clara, y mostró tal disposición a ofrecer disculpas por el pasado, y tal deseo de volver a ser recibido como pariente, que en seguida se restableció el antiguo buen entendimiento.

No encontraban en él nada censurable. Había dado explicaciones sobre su aparente desapego. Lo había originado un malentendido. Nunca había sido su intención distanciarse; había tenido la impresión de ser rechazado, aunque no sabía el motivo, y por delicadeza se había mantenido alejado. Se indignaba ante cualquier insinuación de que hubiera hablado de forma irrespetuosa o desdeñosa de la familia y las glorias de la familia. ¡Él, que siempre se había enorgullecido de ser un Elliot, y cuyo sentido de los lazos familiares era demasiado estricto para adaptarse a la tendencia actual contraria a los valores feudales! ¡Le asombraba, a decir verdad! Pero su carácter y conducta general contradecían tal posibilidad. Que preguntara *sir* Walter a cuantos le conocían; y desde luego, los trabajos que se había tomado, en la primera ocasión de reconciliarse que se presentó, para reanudar una buena relación como pariente y presunto heredero, eran una prueba sólida de lo que pensaba al respecto.

También les parecía que eran un gran atenuante las circunstancias de su matrimonio. Éste era un asunto que él nunca había comentado; pero un íntimo amigo suyo, un tal coronel Wallis, hombre sumamente respetable y un perfecto caballero (y no carente de atractivo, añadió *sir* Walter) que vivía con gran distinción en Malborough-buildings, y que a requerimiento propio había sido admitido en su círculo por mediación del señor Elliot, había referido una o dos cosas sobre su matrimonio que hacían ver con ojos muy distintos el descrédito que le había acarreado.

El coronel Wallis conocía al señor Elliot desde hacía tiempo, había conocido igualmente a su esposa, y estaba enterado de toda la historia. Ella no era una mujer de abolengo, aunque sí de talento, excelente educación, rica, y muy enamorada de su amigo. Había sido un flechazo. Era ella la que le había buscado. De haber carecido de atractivo, todo su dinero no habría tentado a Elliot; y *sir* Walter estaba seguro, además, de que debió de ser una mujer guapísima. Estos aspectos atenuaban considerablemente el caso. ¡Una mujer guapísima, con una gran fortuna, y enamorada de él! *Sir* Walter admitía que estos detalles justificaban por completo su actitud, y aunque Elizabeth no llegaba a verlos bajo una luz tan favorable, concedía que eran un gran atenuante.

El señor Elliot los había visitado repetidamente, había cenado con ellos más de una vez, evidentemente complacido con la distinción de que se lo pidieran, puesto que no daban cenas por lo general. Y en resumen, estaba encantado con todas las muestras de atención de que era objeto como primo, y toda su dicha la cifraba en mantener esa estrecha relación con Camden-place.

Anne escuchaba, aunque sin acabar de comprender. Sabía que había que ser

indulgentes, muy indulgentes, con la opinión de los que contaban todo esto. Lo interpretó como embellecido por ellos. Todo lo que parecía extravagante o irracional en el proceso de reconciliación no tenía otra realidad que las palabras de los narradores. No obstante, le daba la impresión de que en el deseo del señor Elliot de ser bien recibido, después de tantos años, había algo más de lo que aparecía a primera vista. Desde el punto de vista social no iba a ganar nada con restablecer sus relaciones con *sir* Walter, ni arriesgaba nada si seguía sin hablarse con él. Con toda probabilidad era el más rico de los dos, y las propiedades de Kellynch serían sin duda suyas en el futuro, lo mismo que el título. ¿Un hombre sensible? Si era *tan* sensible, ¿por qué se lo proponía como un objetivo? Sólo se le ocurría una explicación: tal vez era por Elizabeth. Tal vez le gustaba de antes, aunque la conveniencia y el azar le habían llevado por un camino diferente, y ahora que podía permitirse seguir su propia inclinación pretendía solicitarla. Elizabeth era desde luego muy guapa, educada y distinguida; en cuanto al carácter, seguramente el señor Elliot ignoraba por completo cómo era, dado que sólo la había conocido en público, o cuando era él muy joven. Muy distinto, y muy de temer quizá, era el juicio que podía merecer el carácter y manera de pensar de ella en esta etapa más intensa de la vida. Anne deseó muy sinceramente que el señor Elliot no fuera demasiado exigente ni demasiado observador, si pretendía a Elizabeth. Y parecía evidente que Elizabeth estaba dispuesta a creerlo así, y que —por una mirada o dos que cruzaron entre ellas mientras hablaban de las frecuentes visitas del señor Elliot— su amiga la señora Clay le fomentaba tal idea.

Anne mencionó los fugaces encuentros con él en Lyme, aunque apenas la escucharon. ¡Ah, sí!, puede que fuera el señor Elliot. No lo podían asegurar. Puede que fuera él, quizá. No escucharon la descripción que Anne les hizo de su persona: se pusieron a describirle ellos mismos; *sir* Walter sobre todo. Hizo justicia a su porte de caballero, a su aire elegante y atildado, a su rostro de rasgos agradables, a sus ojos sensibles; pero al mismo tiempo, «sentía decir que tenía un acusado prognatismo, defecto que el tiempo había acentuado»; tampoco iba a decir que diez años no habían estropeado casi todas sus facciones. El señor Elliot pensaba que él (*sir* Walter) estaba exactamente igual que la última vez que se vieron; pero *sir* Walter no pudo devolver el cumplido en los mismos términos, lo que le había producido cierta turbación. No pretendía quejarse. El aspecto del señor Elliot era mejor que el de la mayoría, y no tenía inconveniente en que le viesan con él donde fuera.

Durante toda la velada estuvieron hablando del señor Elliot y sus amigos de Malborough-buildings. «El coronel Wallis se había mostrado impaciente por ser presentado a ellos, y el señor Elliot deseoso de presentarle». Y había una tal señora Wallis, a la que de momento sólo conocían de referencia porque esperaba dar a luz de un día para otro, pero que el señor Elliot decía que era «una mujer de lo más encantadora, y totalmente digna de ser conocida en Camden-place»; y tan pronto como se recuperase, serían presentados. *Sir* Walter tenía en muy alto concepto a la



señora Wallis; decían que era una mujer extraordinariamente guapa, toda una belleza. «Estaba deseoso de conocerla. Esperaba que le compensase en cierto modo de las muchas caras vulgares con que se cruzaba de continuo en la calle. Lo peor de Bath era su cantidad de mujeres vulgares. No pretendía decir que no hubiera mujeres bonitas, pero el número de las que carecían de atractivo era exagerado. Había observado a menudo, mientras paseaba, que por cada rostro atractivo veía de treinta a treinta y cinco adefesios; una vez, estando en un establecimiento de Bond-street, había visto pasar ochenta y siete mujeres —las había contado una tras otra—, sin descubrir entre ellas una sola cara aceptable. Desde luego, había sido una mañana de intenso frío, una mañana helada que apenas una mujer entre mil se atrevería a desafiar. De todos modos había una barbaridad de feos en Bath. Pues, ¿y los hombres? Los hombres eran infinitamente más feos aún. ¡Las calles estaban repletas de espantajos! Era evidente lo poco acostumbradas que estaban las mujeres a ver a alguien pasable, a juzgar por el efecto que provocaba en ellas la visión de un hombre de aspecto medianamente decente. Ni una sola vez había paseado del brazo con el coronel Wallis (que tenía una espléndida figura militar, aunque era pelirrojo), sin observar que todas las mujeres se volvían a mirarlos: todas las miradas femeninas eran inequívocamente para el coronel Wallis». ¡Qué modesto, *sir* Walter! Pero no se lo dejaron pasar. Su hija y la señora Clay comentaron al unísono que quizá el compañero del coronel Wallis tenía tan buena figura como el coronel Wallis, y desde luego no era pelirrojo.

—¿Y qué tal se encuentra Mary? —dijo *sir* Walter, que no podía más de satisfacción—. La última vez que la vi tenía la nariz colorada; aunque supongo que no siempre estará así.

—Ah, no; eso debió de ser completamente pasajero. En general ha estado bien de salud, y con muy buen aspecto, desde últimos de septiembre.

—Si supiera que no va a tratar de salir con viento frío, y estropearse el cutis, le enviaría una pelliza y un sombrero nuevos.

Estaba pensando Anne si sugerirle que un vestido o un gorro no correrían peligro de ser utilizados de manera tan incorrecta, cuando unos golpes en la puerta lo dejaron todo en suspenso. Llamaban. ¡Tan tarde! Eran las diez. ¿Sería el señor Elliot? Sabían que iba cenar en Lansdown Crescent. Quizá había decidido detenerse, camino de su casa, para preguntar cómo estaban. No se les ocurría quién, si no, podría ser. La señora Clay no tenía duda de que era la forma de llamar del señor Elliot. Y acertó. Con toda la ceremonia que un mayordomo-lacayo podía prestar, el señor Elliot fue introducido en el salón.

Era el mismo, el mismísimo; sólo que con otra ropa. Anne se retrajo un poco, mientras el caballero saludaba a los demás, y se excusaba ante Elizabeth por llamar a hora tan poco usual; pero «no podía pasar tan cerca sin asegurarse de que ni ella ni su amiga se habían resfriado el día anterior, etcétera, etcétera», todo esto dicho y aceptado con la mayor cortesía; y a continuación le tocó a Anne entrar en escena. *Sir*

Walter habló de su hija menor: El señor Elliot debía permitirle que le presentara a su hija menor (no era momento de recordar a Mary); y Anne, sonriente y colorada, mostró con recato el precioso rostro que el señor Elliot no había olvidado, y al punto comprobó divertida, por su pequeño sobresalto de sorpresa, que no había sabido quién era. Estaba completamente asombrado, aunque no menos complacido: se le iluminaron los ojos, y con la mayor diligencia se felicitó del parentesco, aludió al pasado, y rogó que le aceptase ya como amigo. Anne le vio tan guapo como le había parecido en Lyme. Su persona ganaba con sus palabras, y sus modales eran tan exactamente como debían, tan refinados, tan afables, tan particularmente agradables, que Anne sólo pudo compararlos con los de otra persona. No eran idénticos; pero quizá eran igual de excelentes.

Se sentó con ellos y animó muchísimo la conversación. No cabía duda de que era un hombre con sensibilidad. Bastaron diez minutos para comprobarlo. El tono, el modo de expresarse, la elección de los temas, la discreción... todo era efecto de un espíritu sensible y perspicaz. Y en cuanto tuvo ocasión, empezó a hablar a Anne de Lyme, deseoso de contrastar sus respectivas opiniones sobre el pueblo, y en especial de comentar la casualidad de que fueran huéspedes de la misma posada al mismo tiempo, explicar su propia ruta, averiguar la de ella, y lamentar haber perdido la ocasión de presentarle sus respetos. Anne le contó brevemente su excursión y a qué habían ido a Lyme. El pesar del señor Elliot iba en aumento a medida que escuchaba. Había pasado toda la tarde solo en la habitación contigua a la de ellos; había estado oyendo continuamente voces y risas; pensó que debían de ser un grupo de lo más simpático, deseó estar con ellos... pero desde luego sin sospechar que tuviera el más mínimo derecho a presentarse por sí mismo. ¡Si al menos hubiese preguntado quiénes eran! El apellido Musgrove habría sido suficiente. Bueno, esto le curaría de su absurda costumbre de no preguntar jamás en una posada, costumbre que había adoptado desde muy joven siguiendo el principio de que no es de buena educación ser curiosos.

—Las ideas de un joven de veintiuno o veintidós años —dijo— sobre los modales que deben observarse para dar buena impresión son más ridículas, en mi opinión, que las de ningún otro grupo de seres del mundo. La estupidez de su proceder sólo es comparable a la estupidez de sus miras.

Pero no debía dedicar sus reflexiones sólo a Anne, lo sabía; y no tardó en dirigirse de manera más general a los otros, y sólo de vez en cuando se permitió volver a Lyme.

Sus preguntas, no obstante, obtuvieron finalmente una crónica de la escena ocurrida allí poco después de irse él del pueblo, en la que había intervenido Anne: al hacer alusión a «un accidente», fue preciso que lo supiera todo. Y al preguntar él, empezaron a preguntar también *sir* Walter y Elizabeth; aunque no pasó inadvertida la diferente manera de preguntar. Anne sólo podía comparar al señor Elliot con *lady* Russell en su deseo de saber lo ocurrido, y en su preocupación por lo que debió de

suponer para Anne presenciarlo.

Se estuvo una hora con ellos. El pequeño y elegante reloj de la chimenea dio «las once con tañidos argentinos», y ya empezaba a oírse a lo lejos la voz del sereno anunciando lo mismo, antes de que el señor Elliot y los demás tuvieran conciencia de que llevaban hablando tanto tiempo.

¡Anne no podía haber imaginado que iba a pasar tan bien su primera velada en Camden-place!

## XVI

Había una cosa que Anne hubiera agradecido muchísimo ver confirmada, más incluso que si el señor Elliot estaba enamorado de Elizabeth: que su padre no lo estaba de la señora Clay; porque no estaba tranquila ni mucho menos en este sentido, a pesar de las pocas horas que hacía que estaba en la casa. Al bajar a desayunar a la mañana siguiente se encontró con que la dama acababa de manifestar con aparente decoro su deseo de dejarlos. Imaginó que la señora Clay había dicho que «ahora que la señorita Anne estaba aquí suponía que no se la necesitaba», porque Elizabeth le estaba contestando en una especie de susurro: «Le aseguro que no veo motivo ninguno. Ella no es nada para mí comparada con usted». Y llegó a tiempo de oír decir a su padre: «Mi querida señora, no puede ser. Aún no ha visto usted nada de Bath. Sólo ha estado aquí dedicada a sus ocupaciones. No debe huir de nosotros ahora. Tiene que conocer a la señora Wallis, a la hermosa señora Wallis. Para un espíritu exquisito como el suyo, sé que la contemplación de una belleza es una verdadera recompensa».

Sus palabras y su expresión eran tan serias, que a Anne no le sorprendió observar que la señora Clay dirigía una mirada fugaz a Elizabeth y a ella misma. Su semblante, quizá, delataba cierta alerta; pero el elogio de «un espíritu exquisito» no pareció despertar ningún recelo en su hermana. La dama no pudo por menos de ceder ante las súplicas de uno y otra, y prometió quedarse.

En el transcurso de esa misma mañana, hallándose a solas Anne y su padre, empezó éste a ponderar lo mucho que había mejorado su aspecto; le parecía que estaba menos delgada, que tenía las mejillas más llenas; la piel, el color, le había mejorado mucho: la tenía más tersa, más fresca. «¿Había estado dándose algo?». «No, nada». «¿Gowland<sup>[3]</sup>, tal vez?», sugirió él. «No; nada de nada». ¡Ah, estaba sorprendido! Y añadió: «Desde luego, lo mejor es que sigas como estás; no puedes hacer nada mejor; aunque te aconsejo Gowland, que uses Gowland durante los meses de primavera, sin dejarlo. La señora Clay lo ha estado usando por recomendación mía, y ya has visto qué cambio. Cómo le ha eliminado las pecas».

¡Si Elizabeth hubiera oído esto! Semejante elogio la habría dejado asombrada; cuanto más que no le parecía que le hubieran disminuido ni mucho menos las pecas. Aunque todo el mundo tenía derecho a probar. El mal que trajera este matrimonio sería bastante menor si se casaba Elizabeth también. En cuanto a ella, siempre podría ponerse al frente de una casa con *lady Russell*.

El espíritu sereno y las maneras corteses de *lady Russell* iban a sufrir cierta prueba a propósito de su relación con Camden-place: cuando estaba allí, ver a la señora Clay gozar de tanto favor y a Anne tan preterida era una constante provocación para ella; y cuando no estaba, le disgustaba todo lo que puede disgustarse una persona que toma las aguas, lee la prensa del día y se relaciona con sus numerosos amigos de Bath.

Cuando conoció al señor Elliot, se volvió más comprensiva, o más indiferente, hacia los demás. Sus modales predisponían en seguida en su favor; y conversando con él halló tan fundada esa primera impresión, que casi estuvo a punto de exclamar, según le contó a Anne: «¿Seguro que es éste el señor Elliot?», y no pudo imaginar un hombre más agradable y digno de estima. Reunía todas las cualidades: inteligencia, rectos principios, conocimiento del mundo y un corazón afectuoso, tenía un sólido sentido de los vínculos familiares y del honor de la familia, sin orgullo ni debilidad; vivía con la liberalidad de un hombre rico, pero sin ostentación; en todo lo esencial juzgaba según su propia conciencia, sin desafiar a la opinión pública en punto al decoro social. Era formal, atento, medido, abierto; jamás se dejaba llevar por la euforia o el egoísmo, que suelen fingir sentimientos vehementes; no obstante, tenía sensibilidad para lo amable y encantador, y aprecio por todas las venturas de la vida doméstica, cosa que los temperamentos de supuesto entusiasmo y agitación violenta raramente poseen de verdad. Estaba segura de que no había sido feliz en el matrimonio. El coronel Wallis lo había dicho, y *lady Russell* así lo notaba; pero no fue una infelicidad que le hubiera amargado el espíritu, ni (como no tardó ella en sospechar) le impidiera pensar en una segunda oportunidad. El agrado que le producía el señor Elliot le compensaba sobradamente de la irritación que le causaba la señora Clay.

Hacía años que Anne se había dado cuenta de que a veces ella y su excelente amiga pensaban de manera diferente; así que no le sorprendía que *lady Russell* no viera nada sospechoso o contradictorio, ni otro motivo que el aparente, en esos grandes deseos de reconciliación del señor Elliot. En opinión de *lady Russell*, era muy natural que el señor Elliot, que se hallaba en una etapa madura de la vida, considerase una meta sumamente deseable, y que le elevaría a los ojos de las personas sensatas en general, estar en buenas relaciones con el jefe de su familia; era el simple efecto del tiempo en un cerebro Inteligente que sólo se había dejado llevar por el atolondramiento de la juventud. Anne, sin embargo, se permitió sonreír al oírlo; y por último mencionó a «Elizabeth». *Lady Russell* escuchó, la miró, y se limitó a contestar cautamente:

—¿Elizabeth? Bueno, el tiempo lo dirá.

Fue una alusión al futuro, al que Anne, tras un pequeño comentario, comprendió que debía someterse. No podía determinar nada por ahora. En esa casa estaba antes Elizabeth; en cuanto a ella, estaba tan acostumbrada a que la trataran todos como «la señorita Elliot» que le parecía casi imposible que nadie tuviera con ella ninguna atención especial. Había que tener en cuenta, además, que aún no hacía siete meses que el señor Elliot había enviudado, y era perfectamente excusable que se tomara algo más de tiempo. De hecho, no podía ver Anne un crespón alrededor de su sombrero sin tener la impresión de que era ella la que no tenía excusa por atribuirle tales figuraciones; porque aunque su matrimonio no había sido muy feliz, sin embargo había durado tantos años que no podía admitir una recuperación demasiado

rápida de la espantosa impresión de su pérdida.

Pero, terminara como terminase el asunto, el señor Elliot era sin la menor duda la persona más simpática de cuantas conocía en Bath. No sabía de nadie que le igualase; y era una enorme satisfacción charlar con él de vez en cuando sobre Lyme, que por lo visto deseaba volver a visitar, y verlo con más detenimiento, como le ocurría a ella. Muchas veces comentaron los diversos detalles de su primer encuentro. Él le dio a entender que la había mirado con cierta admiración. Anne lo sabía muy bien, y recordaba asimismo la expresión de otra persona.

No siempre pensaban igual: el señor Elliot daba más importancia que ella a la posición social y al parentesco. No era meramente amabilidad: debía de ser simpatía por la causa, lo que le hacía participar con entusiasmo en el interés de su padre y su hermana en una cuestión que a ella le parecía que no lo merecía. Una mañana, el periódico de Bath anunció la llegada de la vizcondesa viuda Dalrymple y su hija, la ilustre señorita Carteret, anuncio que quitó el sosiego del número... de Camden-place durante muchos días. Porque las Dalrymple (desgraciadamente, en opinión de Anne) eran primas de los Elliot, y la tribulación era cómo presentarse a ellas de manera correcta.

Jamás había visto Anne a su padre y a su hermana relacionarse con la nobleza, y se sentía decepcionada. Había esperado más de ellos, que tan alto concepto tenían de su propia posición en la vida, y deseó lo que nunca hubiera imaginado: que tuvieran más orgullo; porque no paraba de sonarle en los oídos, a lo largo del día, «nuestras primas, *lady* Dalrymple y la señorita Carteret» y «nuestras primas las Dalrymple».

*Sir* Walter había estado una vez con el difunto vizconde, pero nunca había visto al resto de la familia, y las dificultades del caso venían de que se había interrumpido toda correspondencia formal entre unos y otros desde la muerte del citado vizconde, cuando, coincidiendo con una grave enfermedad de *sir* Walter, se había cometido un desafortunado olvido en Kellynch: no habían mandado a Irlanda ninguna carta de pésame. Omisión que cayó después sobre la cabeza del pecador, pues al morir *lady* Elliot, Kellynch no recibió de Irlanda ninguna carta de pésame, y en consecuencia hubo motivo de sobra para suponer que los Dalrymple consideraban rotas las relaciones. El problema era cómo enmendar este delicado asunto y ser admitidos como primos otra vez; problema que, lógicamente, ni *lady* Russell ni el señor Elliot encontraban baladí. «Siempre merecía la pena conservar las relaciones familiares, buscar las buenas amistades; *lady* Dalrymple había alquilado una casa por tres meses en Laura-place, donde viviría con gran lujo. Había estado en Bath el año anterior, y *lady* Russell había oído decir que era una mujer encantadora. Era muy de desear que se renovase dicha relación, a poder ser, sin cometer ninguna incorrección por parte de los Elliot».

*Sir* Walter, no obstante, prefería seguir su propia idea, y finalmente escribió una cuidadísima carta de explicación, pesar y súplica a su ilustre prima. Ni *lady* Russell ni el señor Elliot aplaudieron la carta; pero produjo el efecto pretendido, al recibir en

respuesta tres líneas de garabatos de la vizcondesa viuda. «Se sentía muy honrada y estaría encantadísima de poder contar con su amistad». Concluidos los esfuerzos, empezaron las satisfacciones. Visitaron Laura-place, recibieron las tarjetas de la vizcondesa Dalrymple y de la ilustre señorita Carteret, que fueron colocadas donde eran más visibles; y hablaron a todo el mundo de «nuestras primas de Laura-place» y de «nuestras primas, *lady* Dalrymple y la señorita Carteret».

Anne estaba avergonzada. Aunque *lady* Dalrymple y su hija hubiesen sido personas de lo más agradables, le habría dado la misma vergüenza ver el revuelo que creaban; pero no eran nada de eso. Su educación, sus méritos y su inteligencia carecían de superioridad. *Lady* Dalrymple había alcanzado fama de «mujer encantadora» porque tenía una sonrisa y una respuesta amable para todos. Menos aún había que decir de la señorita Carteret, tan sosa y falta de atractivo que jamás se la habría admitido en Camden-place de no ser por su origen.

*Lady* Russell reconoció que había esperado algo más. De todos modos, era una amistad que valía la pena conservar; y cuando Anne se atrevió a manifestar su opinión sobre ellas al señor Elliot, éste convino en que carecían de cualidades dignas de mención, aunque sostuvo que como familia, como buena compañía, como personas que se rodeaban de buena sociedad, tenían su valor. Anne sonrió, y dijo:

—Para mí, señor Elliot, buena compañía es la de personas inteligentes, dotadas de una formación sólida, que saben conversar; eso es lo que yo llamo buena compañía.

—Se equivoca —dijo él suavemente—, ésa no es buena compañía: es la mejor. La buena compañía sólo requiere linaje, educación y modales; aunque tocante a educación no hay que ser exigentes. El linaje y los buenos modales son esenciales; aunque un poco de cultura en la buena compañía no es en absoluto peligrosa; al contrario, puede sentar muy bien. Mi querida prima Anne meneaba la cabeza. No está de acuerdo. Es exigente.

—Querida prima —sentándose a su lado—: tiene usted más derecho que nadie a ser exigente, lo sé; pero ¿es suficiente? ¿La hará eso feliz? ¿No sería más atinado aceptar el trato de estas buenas damas de Laura-place y aprovechar lo más posible el beneficio de tal relación? Puede tener la seguridad de que este invierno estarán entre lo más selecto de Bath, y como la categoría es la categoría, el que se sepa su parentesco con ellas ayudará a situar a su familia (a nuestra familia, si me permite) en ese grado de consideración que todos debemos desear.

—Sí —suspiró Anne—; ¡todo el mundo sabrá que estamos emparentados con ellas! —A continuación, serenándose, y sin desear que le contestase, añadió—: Yo, desde luego, pienso que aquí se han tomado excesivos trabajos para lograr esa relación. Supongo —sonriendo— que soy la más orgullosa, pero confieso que me fastidia que nos pongamos tan ansiosos por conseguir un trato que con seguridad las tiene totalmente sin cuidado.

—Perdone, querida prima; pero es injusta con sus propios derechos. En Londres, con su tranquilo estilo de vida, quizá sea como dice; pero en Bath *sir* Walter Elliot y

su familia siempre serán una amistad estimable, siempre serán personas que vale la pena conocer.

—Bien —dijo Anne—; desde luego soy orgullosa, demasiado orgullosa, para que me haga feliz una acogida que depende tan por entero del lugar.

—Me encanta su indignación —dijo él—; es muy natural. Pero está usted en Bath, y el objetivo es instalarse aquí con todo el prestigio y dignidad que corresponden a *sir* Walter Elliot. Usted dice que es orgullosa, yo sé que dicen de mí que soy orgulloso, y no deseo considerarme de otro modo, porque no me cabe la menor duda de que nuestros orgullos, si se analizan, tienen el mismo fin, aunque quizá sean algo diferentes. En una cosa, estoy seguro, mi querida prima —prosiguió, hablando más bajo, aunque no había nadie más en el salón—; en una cosa, estoy seguro, pensamos igual. Que cada nueva amistad que su padre adquiere entre sus iguales o superiores puede contribuir a alejarle el pensamiento de quien está por debajo de él.

Miró, mientras hablaba, hacia el asiento que había ocupado recientemente la señora Clay, lo que fue explicación suficiente de lo que quería decir; y aunque Anne no creía que tuvieran la misma clase de orgullo, le gustó que no le cayera bien la señora Clay; y su conciencia admitió que el deseo del señor Elliot de fomentar las amistades distinguidas de su padre era más que excusable, si se trataba de derrotarla.



## XVII

Mientras *sir* Walter y Elizabeth aprovechaban su buena fortuna haciéndose asiduos en Laura-place, Anne renovaba una amistad de carácter bien distinto.

Había visitado a su antigua institutriz, y por ella había sabido que se hallaba en Bath una antigua compañera de colegio, por la que tenía dos sólidas razones para interesarse: su antiguo cariño y su actual zozobra. La señorita Hamilton, ahora señora Smith, había dado prueba de su bondad en uno de esos momentos en que más se valora un gesto amable. Anne había ingresado en el colegio sintiéndose infeliz, hundida por la pérdida de una madre a la que había querido muchísimo, acusando su separación del hogar, y sufriendo como suele sufrir en esa etapa de la vida una joven de catorce años sensible y con no demasiada energía; y la señorita Hamilton, tres años mayor que ella, pero que tuvo que permanecer interna un año más por carecer de parientes próximos y de hogar estable, la había ayudado y había aliviado considerablemente su dolor; así que no podía recordarla con indiferencia.

La señorita Hamilton había dejado el colegio, se había casado no mucho después, se dijo que con un hombre rico, y eso era todo lo que Anne sabía de ella; hasta que la información de la institutriz expuso su situación de manera más precisa aunque muy diferente.

Era viuda y pobre. Su marido había sido derrochador; y a su muerte, hacía unos dos años, había dejado sus intereses enormemente comprometidos. Ella había tenido dificultades de todo género para hacer frente a la situación; y además de estas zozobras, había contraído unas graves fiebres reumáticas que le afectaron finalmente a las piernas, dejándola impedida. Había ido a Bath por ese motivo, y ahora se alojaba cerca de los baños termales, donde vivía de manera muy modesta, incapaz siquiera de permitirse la comodidad de una criada, y naturalmente apartada de toda relación social.

La amiga común le aseguró que le daría una inmensa alegría si iba a visitarla, así que Anne fue sin pérdida de tiempo. No comentó en casa nada de cuanto había sabido, ni de lo que se proponía hacer. No quería despertar la lógica curiosidad sobre esto. Se limitó a consultar con *lady* Russell, que inmediatamente compartió por entero su decisión, y estuvo encantada de llevarla en su coche todo lo cerca de casa de la señora Smith, en Westgate-buildings, que Anne quiso.

Efectuó la visita, reanudaron su amistad, y volvió a avivarse su mutuo interés. Los primeros diez minutos fueron de embarazo y emoción. Habían pasado doce años desde que se separaron, y cada una había cambiado un poco respecto de como la otra la imaginaba. Los doce años habían convertido a Anne, de una chica callada, sana e inmadura de quince años, en una mujercita elegante de veintisiete, dotada de todos los atractivos salvo la juventud, y de unos modales tan conscientemente apropiados como invariablemente amables; y esos doce años habían transformado a la preciosa y desarrollada señorita Hamilton, en todo el esplendor de la salud y el aplomo de su

superioridad, en una viuda pobre, enferma y desvalida, que recibía la visita de su antigua protegida como un favor. Pero no tardó en desvanecerse toda la violencia del encuentro, y sólo quedó el encanto afectuoso de recordar antiguas aficiones y hablar de los viejos tiempos.

Anne encontró en la señora Smith el buen sentido y las maneras agradables que casi se había atrevido a esperar, y una disposición a conversar y a animarse mucho mayor de la esperada. Ni las disipaciones del pasado —y había vivido mucho tiempo inmersa en el mundo—, ni las restricciones del presente, ni la enfermedad o el dolor, parecían haber sellado su corazón o arruinado sus ánimos.

En el transcurso de una segunda visita habló con gran franqueza, haciendo que aumentara el asombro de Anne. Apenas podía imaginar una situación más triste que la de la señora Smith. Había querido muchísimo a su marido... y le había enterrado. Se había acostumbrado a la opulencia... y la había perdido. No tenía hijos que la volvieran a conectar con la vida y la felicidad, ni parientes que la ayudaran a ordenar sus embrollados intereses, ni salud que hiciera soportable todo lo demás. Su alojamiento consistía en un gabinete ruidoso con un dormitorio oscuro detrás, y era incapaz de trasladarse del uno al otro sin ayuda —que sólo podía prestársela la única criada de la casa—, por lo que jamás salía si no era para ser llevada a los baños termales. Sin embargo, a pesar de esto, Anne tenía motivos para creer que sus depresiones y su languidez eran sólo momentáneas, y que eran muchas sus horas de ocupación y disfrute. ¿Cómo podía ser? Miró, observó, reflexionó, y finalmente concluyó que éste no era un caso de mera fortaleza o resignación. Un espíritu sumiso podía ser paciente, un entendimiento fuerte aportaría resolución; pero aquí había algo más: había esa flexibilidad de espíritu, esa disposición a encontrar consuelo, esa capacidad para elevarse del mal al bien, y de hallar una ocupación que la sacara de sí misma, que sólo pertenecían a la naturaleza. Era el don más preciado del Cielo; y Anne vio a su amiga como uno de esos casos que, por piadoso designio, parecen destinados a superar casi todas las carencias.

Hubo un tiempo, le contó la señora Smith, en que casi le había flaqueado el ánimo. No podía considerarse una inválida ahora, en comparación a como había llegado a Bath. Entonces había sido efectivamente un ser digno de lástima; porque se había resfriado durante el viaje, y apenas había tomado posesión del piso, cuando cayó en cama aquejada de constantes dolores... Todo esto cuando no conocía a nadie, y con la absoluta necesidad de que la atendiese alguien continuamente, y sin medios económicos para hacer frente a ningún gasto extraordinario. Había resistido, no obstante, y podía decir que le había sentado bien. Había aumentado su comodidad, lo que le hizo ver que estaba en buenas manos. Había visto demasiadas cosas para esperar un afecto repentino o desinteresado en ninguna parte; pero su enfermedad le había demostrado que la dueña de la casa tenía una reputación que conservar, y que no la iba a tratar mal; y había sido especialmente afortunada en cuanto a asistencia, dado que una hermana de la patrona, enfermera de profesión, y que tenía su hogar en

esta casa cuando estaba sin trabajo, se encontraba casualmente libre en ese tiempo para atenderla.

—Y —dijo la señora Smith— además de cuidar de mí de forma admirable, ha demostrado ser una amiga inapreciable: tan pronto como pude valerme de las manos, me enseñó a hacer punto, lo que me reportó un gran entretenimiento, y me dio oportunidad de hacer esas cajas de labor, acericos y estuches para naipes en los que me ves ocupada a todas horas, y que me proporcionan el medio de ayudar un poco a una o dos familias muy pobres que viven aquí cerca. Ella, como es natural, conoce a mucha gente por su profesión, y entre esas personas hay quien puede permitirse comprar lo que hago, así que les lleva mi trabajo. Siempre aprovecha el momento adecuado para ofrecer mis labores. La gente se siente dispuesta a comprar cuando acaba de librarse de un dolor, o cuando recobra la salud, y la enfermera Rooke sabe cuándo debe hablar. Es una mujer lista, inteligente y sensible. Está en una posición idónea para observar la naturaleza humana; y tiene gran sentido común y una capacidad de observación que, como compañera, la hacen infinitamente superior a la mayoría de las que, habiendo recibido sólo «la mejor educación del mundo», no saben nada que valga la pena escuchar. Llámalo chismorreos si quieres; pero cuando la enfermera Rooke dispone de media hora, siempre tiene algo entretenido y provechoso que contarme, algo que nos hace conocer mejor nuestra especie. A mí me gusta saber lo que pasa por ahí, estar *au fait* de las modas más recientes de la frivolidad y el ridículo. Te aseguro que para mí, que vivo tan sola, su conversación es una delicia.

Anne, lejos de criticar este deleite, contestó:

—Lo creo. Las mujeres de esa clase tienen infinidad de ocasiones, y si son inteligentes, vale la pena escucharlas. ¡La variedad de personajes que suelen conocer! Y no sólo conocen bien las extravagancias de la gente; también las ven en situaciones interesantes o conmovedoras. Qué casos deben de presenciar de afecto ardiente, desinteresado y abnegado, de heroísmo, de entereza, paciencia y resignación... de los conflictos y sacrificios que más nos ennoblecen. El aposento de un enfermo equivale a menudo a libros enteros.

—Sí —dijo la señora Smith más dubitativa—; a veces quizá, aunque me temo que sus lecciones no tienen muchas veces el estilo elevado que tú describes. Aquí y allá, la naturaleza humana puede verse sometida a pruebas difíciles, pero en general, es su debilidad y no su fortaleza lo que aflora en el aposento del enfermo; es de egoísmo e impaciencia, más que de generosidad y fortaleza, de lo que oímos hablar. ¡Hay tan poca amistad verdadera en el mundo! Y por desgracia —hablando en voz baja y trémula—, hay muchos que se olvidan de pensar seriamente hasta que es demasiado tarde.

Anne se dio cuenta de la amargura que había detrás de tales reflexiones. El marido no había sido como debía, y había dejado a la esposa en medio de esa parte de la humanidad que le hacía juzgar el mundo peor de lo que se merecía. Esto fue, no obstante, una sombra pasajera en la señora Smith; porque meneó la cabeza, y en

seguida añadió en un tono diferente:

—No creo que el trabajo que está haciendo ahora la señora Rooke le proporcione nada interesante o edificante para mí. Está cuidando a la señora Wallis de Malborough-buildings, una mujer guapa, tonta, cara y elegante según creo... Así que, como es natural, no sabe hablar de otra cosa que de adornos y encajes. De todos modos, espero sacar algún provecho de la señora Wallis. Tiene mucho dinero, y comprará todas las cosas caras que tengo actualmente disponibles.

Anne había visitado a su amiga varias veces antes de que en Camden-place supiesen de la existencia de tal persona. Finalmente, fue preciso hablar de ella. Regresaban una mañana *sir* Walter, Elizabeth y la señora Clay de Laura-place con una inesperada invitación de *lady* Dalrymple para esa misma noche, cuando Anne se había comprometido a pasar la velada en Westgate-buildings. No le pesó este compromiso. Estaba segura de que *lady* Dalrymple los había invitado porque tenía que permanecer en casa a causa de un fuerte resfriado, alegrándose de poder utilizar la amistad que ellos tanto habían buscado... y rechazó con presteza la invitación por lo que a ella se refería: «He prometido pasar la tarde con una antigua compañera de colegio». No sentían gran interés por todo lo que se refería a Anne, pero le hicieron suficientes preguntas para averiguar de qué antigua compañera de colegio se trataba; tras lo cual Elizabeth se mostró desdenosa, y *sir* Walter, severo.

—¿Westgate-buildings? —dijo—, ¿Y a quién de Westgate-buildings va a visitar la señorita Elliot? ¿A una tal señora Smith, a una viuda llamada señora Smith? ¿Y quién fue su marido? Uno de los cinco mil señores Smith que hay repartidos por todas partes. ¿Y cuáles son sus atractivos? Ser vieja y estar impedida. ¡A fe que la señorita Elliot tiene un gusto singular! Se siente atraída por todo aquello que las personas rechazan: por la gente plebeya, las viviendas miserables, el aire viciado, las amistades repugnantes. Pero seguramente puedes dejar para mañana la visita a esa anciana; supongo que no estará en las últimas, y que aguantará un día más. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta?

—No, señor; aún no ha cumplido los treinta y uno; pero me temo que no puedo aplazar mi compromiso porque es la única tarde que nos viene bien a las dos en mucho tiempo. Mañana le toca ir a tomar los baños, y el resto de la semana lo tenemos comprometido nosotros, como usted sabe.

—¿Qué piensa *lady* Russell de esa amistad? —preguntó Elizabeth.

—No la ve mal —replicó Anne—; al contrario, la aprueba; y normalmente, cuando voy a visitar a la señora Smith, me suele llevar ella.

—¡Westgate-buildings se debe quedar boquiabierto ante la aparición de un coche en sus calzadas! —comentó *sir* Walter—. En realidad, la viuda de *sir* Henry Russell no tiene escudo de armas que exhibir; de todos modos, es un carruaje elegante, y sin duda es bien sabido que lleva en él a una señorita Elliot a casa de una tal señora Smith que vive en Westgate-buildings. ¡Una pobre viuda que apenas puede valerse y anda entre los treinta y los cuarenta, una simple señora Smith, una vulgar señora

Smith, amiga íntima de la señorita Anne Elliot, y preferida por ella a miembros de su propia familia que están entre la nobleza de Inglaterra e Irlanda! ¡Vaya un nombre, señora Smith!

La señora Clay, que había estado presente durante todo este diálogo, consideró prudente abandonar ahora el salón. Anne podía haber dicho muchas cosas, y desde luego deseó decir algo, en defensa del derecho de su amiga, no muy distinto del de ellos; pero su sentido del respeto que debía a su padre se lo impidió. No contestó. Dejó que él mismo se diese cuenta de que la señora Smith no era la única viuda de Bath que andaba entre los treinta y los cuarenta, con muy pocos recursos, y sin títulos de nobleza.

Anne acudió a su cita; los otros acudieron a la suya, y por supuesto a la mañana siguiente le contaron la velada deliciosa que habían pasado. La única ausente había sido ella; porque no sólo habían rendido visita a *lady Dalrymple* *sir* Walter y Elizabeth, sino que habían tenido la dicha de prestarle el servicio de recoger a otros, e invitar por ella a *lady Russell* y el señor Elliot; y el señor Elliot había prometido dejar al coronel Wallis temprano para acudir, y *lady Russell* había dispuesto todos sus compromisos de la noche de manera que le quedase tiempo para asistir. Anne conoció la crónica entera de esa velada por *lady Russell*. Para Anne, el máximo interés estaba en lo mucho que habían hablado de ella su amiga y el señor Elliot, en lo mucho que habían deseado su presencia, lamentado su ausencia, y honrado la causa por la que no había asistido. Su bondadosa y compasiva visita a una antigua compañera de colegio, enferma e impedida, había conmovido al señor Elliot, al parecer. La consideraba una joven excepcional, un modelo de excelencia femenina en cuanto a carácter, educación y entendimiento. Llegó incluso a competir con *lady Russell* en una discusión sobre sus méritos; y Anne no pudo oír de su amiga tantos elogios, ni saberse tan altamente considerada por un hombre sensible, sin experimentar las gratas emociones que su amiga pretendía comunicarle.

*Lady Russell* tenía ahora totalmente formada su opinión sobre el señor Elliot. Estaba tan convencida de que se proponía conquistar a Anne con el tiempo como de que era digno de merecerla; y empezó a calcular cuántas semanas debían transcurrir para que prescribieran los impedimentos de la viudez y tuviera libertad para ejercer sus claros poderes de agradar. No quiso expresarle a Anne ni la mitad de la certeza que tenía sobre el particular; tan sólo aventuró alguna insinuación sobre la posibilidad de que el señor Elliot llegara a enamorarse de ella, y de lo deseable que sería esa alianza, en caso de que tal sentimiento fuera real, y correspondido. Anne la escuchó, pero no profirió exclamación ninguna. Sonrió, se puso colorada, y meneó la cabeza.

—No soy ninguna casamentera, lo sabes muy bien —dijo *lady Russell*—, porque sé muy bien lo inseguros que son los acontecimientos y los cálculos humanos. Sólo quiero decir que si, pasado un tiempo, el señor Elliot te pretendiera, y tú le aceptaras, estoy convencida de que podríais ser felices juntos, todo el mundo consideraría muy conveniente vuestra unión... yo, desde luego, la consideraría muy afortunada.

—El señor Elliot es un hombre de lo más agradable, y le tengo en un gran concepto en muchos sentidos —dijo Anne—; pero no congeniaríamos.

*Lady Russell* dejó pasar estas palabras, y se limitó a comentar, a modo de respuesta:

—Confieso que es para mí la mayor satisfacción verte como futura dueña de Kellynch, como futura *lady Elliot*, imaginarte ocupando el puesto de tu querida madre, asumiendo todos sus derechos y toda su popularidad, así como todas sus virtudes. Eres exacta a tu madre en lo físico y en la manera de ser; ¡y ojalá pudiera verte ocupando su posición, su nombre y su casa, presidiendo y bendiciendo desde el mismo sitio, y aventajándola sólo en el hecho de ser más estimada! ¡Mi queridísima Anne, eso me daría más alegría de la que se suele alcanzar a mi edad!

Anne se vio obligada a desviar la mirada; se levantó, se dirigió a una mesa apartada, se inclinó sobre ella fingiendo hacer algo, y trató de dominar los sentimientos que esta descripción le había despertado. Durante unos momentos sintió embargados el corazón y la imaginación. La idea de convertirse en lo que había sido su madre, de revivir en ella el precioso título de «*lady Elliot*», de ser devuelta a Kellynch, al que volvería a llamar su hogar, su hogar para siempre, era un hechizo que por un momento no fue capaz de resistir. *Lady Russell* no dijo nada más, para dejar que la sugerencia obrase por sí misma, ¡y deseando que el señor Elliot hubiera podido hablar en este momento por sí mismo! En una palabra, creía lo que no creía Anne. La misma imagen del señor Elliot hablando por sí mismo devolvió la serenidad a Anne. Inmediatamente se disipó el encanto de Kellynch y «*lady Elliot*». No podía aceptarle. Y no era ya que sus sentimientos fueran adversos a todos los hombres menos uno: su juicio, tras una reflexión seria de las posibilidades del caso, había fallado en contra del señor Elliot.

Aunque hacía un mes que se conocían, no estaba segura de saber cómo era realmente. Veía bastante claro que era un hombre sensible y agradable, que hablaba bien, profesaba buenas ideas, parecía juzgar con discreción y como hombre de principios. Desde luego, sabía lo que estaba bien, y no veía que hubiera transgredido de manera clara ningún precepto moral; pero no estaba segura de poder responder de su conducta. Si no de su presente, desconfiaba de su pasado. Los nombres que de vez en cuando se le escapaban de antiguos compañeros, las alusiones a antiguas costumbres y ocupaciones, despertaban sospechas nada favorables de lo que había sido. Anne veía que había tenido malos hábitos; que viajar en domingo había sido algo corriente en él; que había habido una etapa en su vida (probablemente nada corta) en que, como mínimo, le habían tenido sin cuidado las cuestiones serias; y aunque quizá ahora pensaba muy diferente, ¿quién podía adivinar los verdaderos sentimientos de un hombre inteligente y cauto, lo bastante maduro para apreciar un carácter amable? ¿Cómo podía cerciorarse de que había limpiado sinceramente el espíritu?

El señor Elliot era razonable, discreto, educado... pero no espontáneo. Jamás

tenía una explosión de sentimientos, ni se encendía de indignación o de entusiasmo ante el mal o el bien ajenos. Esto, para Anne, era una manifiesta imperfección. Sus nociones primeras eran indelebles: valoraba el carácter franco, sincero, apasionado por encima de todos los demás. Aún la cautivaban el calor y el entusiasmo. Sabía que podía confiar mucho más en la sinceridad de quienes a veces cometían algún atolondramiento que en aquéllos cuya presencia de ánimo jamás se alteraba, y jamás se les escapaba una palabra.

El señor Elliot era demasiado agradable en general: aunque en casa de su padre convivían temperamentos muy distintos, sabía ser complaciente con todos. Los llevaba demasiado bien, sabía quedar demasiado bien con todo el mundo. Con ella había hablado con cierta franqueza sobre la señora Clay; parecía haberse dado cuenta de lo que la señora Clay maquinaba, y compartir con Anne su desprecio; sin embargo la señora Clay le encontraba el hombre más agradable del mundo.

En cuanto a *lady* Russell, veía menos, o más, que su joven amiga, porque no encontraba nada que le despertase desconfianza. No concebía un hombre más cabal que el señor Elliot, ni acariciaba ilusión más dulce que la de verle recibir la mano de su querida Anne en la iglesia de Kellynch en el transcurso del otoño venidero.

## XVIII

Era a primeros de febrero; y Anne, que llevaba un mes en Bath, estaba cada más vez nerviosa por la falta de noticias de Uppercross y de Lyme. Necesitaba saber mucho más de lo que Mary le contaba. Hacía tres semanas que no sabía nada en absoluto. Lo único que sabía era que Henrietta estaba en casa otra vez y que Louisa, aunque se recuperaba de prisa, seguía en Lyme. Y estaba una tarde absorta pensando en todos, cuando le entregaron una carta de Mary más gruesa de lo habitual y, para mayor alegría y sorpresa suyas, con los saludos del almirante y la señora Croft.

¡Los Croft estaban en Bath! Éste era un acontecimiento interesante para ella: eran personas por las que sentía un afecto natural.

—¿Cómo dices? —exclamó sir Walter—, ¿Qué los Croft han llegado a Bath? ¿Los Croft que han alquilado Kellynch? ¿Qué te han traído?

—Una carta de Mary, señor.

—¡Ah!, esas cartas son pasaportes prácticos. Allanan las presentaciones. Aunque de todos modos tendría que haber visitado al almirante Croft. Sé cuál es mi obligación hacia mi inquilino.

Anne no pudo seguir escuchando; no sabía cuánta piel del pobre almirante sobreviviría; la carta acaparaba todo su interés. Había sido empezada varios días antes:

1 de febrero

Querida Anne:

No voy a disculparme por mi silencio, porque sé lo poco que se piensa en las cartas en una ciudad como Bath. Debes de estar pasándolo demasiado bien para acordarte de Uppercross, que, como sabes, tiene poco sobre que escribir. Hemos pasado unas Navidades aburridísimas: el señor y la señora Musgrove no han celebrado una sola cena en todas las vacaciones. No tengo a los Hayter por personas del montón. Pero al fin se han terminado las vacaciones. Creo que ningún niño las ha tenido tan largas. Yo desde luego no las tuve. La casa ayer (salvo los pequeños Harville) estaba desierta; pero te sorprenderá si te digo que no han vuelto a su casa ni una sola vez. La señora Harville debe de ser una madre de las antiguas, para separarse de ellos tanto tiempo. No lo comprendo. En mi opinión, no son unos niños discretos ni mucho menos; pero la señora Musgrove parece que los quiere tanto como a sus nietos, si no más. ¡Qué tiempo más horroroso hemos tenido! Puede que en Bath, con esas calles pavimentadas, no se haya notado; pero en el campo tiene su trascendencia. No he tenido una visita desde la segunda semana de enero, salvo la de Charles Hayter, que ha estado viniendo más a menudo de lo que yo hubiera deseado. Entre nosotras, creo que es una lástima que Henrietta no se haya quedado en Lyme el tiempo que vaya a estar Louisa, porque habría estado un poco apartada de él. Hoy se



ha ido el coche para traer mañana a Louisa y a los Harville. De todos modos no se nos ha invitado a cenar con ellos hasta pasado mañana, ya que la señora Musgrove teme que llegue cansada del viaje, lo que no es muy probable, dados los cuidados que tendrán con ella; a mí, desde luego, me vendría mucho mejor cenar allí mañana. Me alegro de que el señor Elliot te resulte simpático, y estoy deseando conocerle yo también; pero, como de costumbre, no tengo suerte. Siempre estoy fuera cuando ocurre algo agradable; siempre soy el último mono de la familia. ¡Cuantísimo tiempo lleva la señora Clay con Elizabeth! ¿Es que no piensa marcharse? Porque creo que si deja libre la habitación podrían invitarnos a nosotros. Dime qué te parece a ti eso. No espero que inviten a mis hijos, por supuesto. Puedo dejarlos con toda confianza en la Casa Grande durante un mes o seis semanas. Acabo de enterarme de que los Croft se van ahora mismo a Bath; por lo visto el almirante tiene gota. Charles se ha enterado por casualidad; no han tenido el detalle de notificárnoslo, o de ofrecerse a llevar algo. No creo que hayan mejorado como vecinos. No los vemos nunca, lo cual es realmente una considerable falta de atención. Charles y yo te mandamos un abrazo, y nuestros mejores deseos. Te quiere,

Mary M.

Siento decir que no me encuentro nada bien; y Jemima acaba de decirme que el carnicero le ha dicho que hay muchas anginas por ahí. Seguramente las cogeré yo también y, como sabes, mi dolor de garganta es peor que el de nadie.

Así terminaba la primera parte, que después había sido metida en un sobre con otro tanto.

Había dejado la carta abierta para poder mandarte noticia de cómo ha hecho el viaje Louisa, y ahora me alegro muchísimo de haberlo hecho, ya que tengo un montón de cosas que añadir. En primer lugar, ayer recibí una nota de la señora Croft, ofreciéndose a llevarte lo que quiera mandarte; una nota muy amable y simpática, dirigida a mí, como era de rigor; así que puedo alargar la carta todo lo que me plazca. No parece que el almirante esté muy mal, y sinceramente espero que Bath le siente todo lo bien que le hace falta. Me alegraré de tenerlos otra vez, aquí. Nuestra vecindad no puede pasarse sin una familia tan agradable. Y en cuanto a Louisa, voy a decirte algo que te va a dejar no poco asombrada. Ella y los Harville llegaron el martes sin novedad; por la tarde fuimos a ver cómo estaba, y nos quedamos sorprendidos al no encontrar al capitán Benwick entre ellos, cuando había sido invitado lo mismo que los Harville; ¿y cuál dirás que era el motivo? Pues ni más ni menos que haberse enamorado de Louisa; de modo que prefiere no pisar Uppercross hasta haber recibido respuesta del señor Musgrove; pues los dos lo habían arreglado todo antes de que Louisa emprendiera el regreso, y él le había mandado una carta al padre de ella por medio del capitán Harville. Te doy mi palabra de que es verdad. ¿No te asombra? Me extrañaría que hubieras

sospechado nada, porque lo que es yo no tenía ni la menor idea. La señora Musgrove declara solemnemente que no sabía nada del asunto. El caso es que estamos todos muy contentos; porque aunque no es lo mismo que si se casara con el capitán Wentworth, es infinitamente mejor que con Charles Hayter; y el señor Musgrove ha dado su consentimiento por escrito, y hoy se espera al capitán Benwick. La señora Harville dice que su marido lo siente mucho por su infortunada hermana; pero los dos quieren muchísimo a Louisa. La verdad es que la señora Harville y yo la queremos más por el hecho de haberla cuidado. Charles se pregunta qué dirá el capitán Wentworth; pero si recuerdas, a mí nunca me ha parecido enamorado de Louisa; nunca he visto nada que me lo hiciera pensar. Y esto pone punto final a la suposición de que el capitán Benwick estaba enamorado de ti. Nunca he comprendido cómo se le pudo ocurrir a Charles semejante idea. Espero que ahora se muestre más agradable. Desde luego, no es un gran partido para Louisa, aunque sí un millón de veces mejor que emparejarse con un Hayter.

No tenía por qué temer Mary que su hermana barruntara en absoluto tal noticia. En su vida se había quedado más asombrada. ¡El capitán Benwick y Louisa Musgrove! Era casi demasiado fantástico para creerlo; y sólo con gran esfuerzo consiguió permanecer en el salón, conservar la calma, y responder a las preguntas habituales al caso. Felizmente para ella, no fueron muchas. *Sir* Walter quiso saber si los Croft viajaban con cuatro caballos, y si se alojaban en un distrito de Bath apropiado para hacerles una visita él y la señorita Elliot; por lo demás, mostró poca curiosidad.

—¿Cómo está Mary? —dijo Elizabeth; y sin esperar la respuesta—: Y dime, ¿qué trae a los Croft a Bath?

—Vienen por el almirante. Piensan que tiene gota.

—¡Gota y decrepitud! —dijo *sir* Walter—. Pobre señor.

—¿Tienen conocidos aquí? —preguntó Elizabeth.

—No lo sé; aunque no creo que, a la edad del almirante Croft, y con su profesión, no tenga amigos en una ciudad como ésta.

—Sospecho —dijo *sir* Walter fríamente— que el almirante Croft será más conocido en Bath como inquilino de Kellynch Hall. Elizabeth, ¿podemos arriesgarnos a presentarle a él y a su esposa en Laura-place?

—¡Ah, no! Creo que no. Dada nuestra condición de primos de *lady* Dalrymple, deberíamos tener mucho cuidado en no crearle una situación embarazosa con una amistad que puede no ser de su aprobación. Si no fuésemos parientes no tendría importancia; pero como prima, podría sentirse obligada ante una iniciativa nuestra de este género. Es mejor que dejemos que los Croft encuentren su propio nivel. Andan por aquí varios hombres de aspecto anciano que, según me han dicho, son marinos. ¡Que traben amistad con ellos!

Éste fue todo el interés que *sir* Walter y Elizabeth manifestaron por la carta; una vez que la señora Clay hubo rendido debido tributo de una atención más considerada

preguntando por la señora Musgrove y sus preciosos niños, Anne quedó en libertad.

En su propia habitación, trató de comprenderlo. ¡Bien podía preguntarse Charles cómo se sentiría el capitán Wentworth! Quizá había abandonado el campo, había renunciado a Louisa, había dejado de amarla, había descubierto que no la amaba. No aceptaba la idea de que se tratase de una traición, una liviandad, o algo parecido a una mala jugada entre él y su amigo. No aceptaba que una amistad como la de ellos se rompiera por una acción desleal.

¡El capitán Benwick y Louisa Musgrove! No parecía que pudieran congeniar la alegre, animada y parlanchina Louisa Musgrove y el abatido, meditabundo, sensible y empedernido lector capitán Benwick. ¡No podían ser más dispares sus espíritus! Así que ¿en dónde radicaba su atracción? No tardó en surgir la respuesta: en su situación. Los habían dejado solos varias semanas; habían estado viviendo en el mismo reducido círculo familiar; desde que se había ido Henrietta, habían tenido que depender casi exclusivamente el uno del otro; y Louisa, recién recuperada del accidente, se hallaba en un estado de gran sensibilidad. En cuanto al capitán Benwick, no era inconsolable. Ésa era una cuestión que Anne no había podido por menos de sospechar antes; y en vez de sacar la misma conclusión que Mary de la actual sucesión de acontecimientos, éstos sólo sirvieron para confirmarle la idea de que él había sentido una incipiente ternura hacia Louisa. No pretendía extraer mucho más, empero, para satisfacer su vanidad, de lo que Mary podía haberse permitido. Estaba convencida de que cualquier muchacha relativamente agradable que le hubiera escuchado y compadecido, habría recibido el mismo tributo.

El capitán Benwick tenía un corazón afectuoso. Debía amar a alguien.

Anne no veía ningún motivo por el que no pudieran ser felices. Para empezar, Louisa poseía un gran fervor naval, así que no tardarían en parecerse más. Él se volvería más alegre, y ella aprendería a entusiasmarse con Scott y con lord Byron; más aún, probablemente se entusiasmaba ya; naturalmente, se habían enamorado merced a la poesía. Le divertía la idea de Louisa Musgrove convertida en persona de gustos literarios y dada a la reflexión sentimental, pero no le cabía duda de que era así. El día en Lyme, la caída en el Cobb, había influido a Louisa en su salud, en sus nervios, en su valor, en su carácter, hasta el final de su vida, de manera tan completa como parecía haber influido en su destino.

La conclusión de todo esto era que si la mujer que había sido sensible a los méritos del capitán Wentworth podía permitirse preferir otro hombre, entonces no había nada en el compromiso que suscitase asombro por mucho tiempo; y si el capitán Wentworth no perdía un amigo con ello, desde luego no había nada que lamentar. No, no era la pena lo que hacía latir con fuerza el corazón de Anne a pesar de sí misma y le incendiaba las mejillas cuando imaginaba al capitán Wentworth sin trabas ni ataduras. Experimentaba sentimientos que le daba vergüenza analizar. Eran demasiado parecidos a la alegría, ¡a una alegría irracional!

Anne deseaba vivamente ver a los Croft, pero cuando tuvo lugar el encuentro,

comprobó que aún no les había llegado rumor ninguno de la noticia. Se efectuó y fue devuelta la visita de cumplido, y se mencionó a Louisa Musgrove, y también al capitán Benwick, sin que nadie esbozase media sonrisa.

Los Croft se habían instalado en un piso de Gay-street, cosa que satisfizo enteramente a *sir* Walter, que no se avergonzaba en absoluto de relacionarse con ellos; de hecho tenía al almirante más presente en la conversación y en el pensamiento de lo que el almirante le tenía a él.

Los Croft conocían en Bath a cuanta gente podían desear, consideraban su trato con los Elliot una mera cuestión de etiqueta, y de ningún modo una amistad que les aportase ninguna satisfacción. Con ellos trajeron su costumbre rural de estar casi siempre juntos. Se le había prescrito al almirante que paseara para ahuyentar la gota, y la señora Croft, que parecía compartirlo todo con él, caminaba como si le fuera la vida, a fin de que él se beneficiara. Anne los veía adondequiera que iba. *Lady* Russell la llevaba en su coche casi todas las mañanas, y nunca dejaba de pensar en ellos, ni dejaba de verlos. Sabiendo cómo pensaban, los veía como una representación viva de la felicidad. Se quedaba observándolos hasta perderlos de vista, recreándose en imaginar lo que irían hablando mientras caminaban con feliz independencia, o se deleitaba viendo al almirante estrechar efusivamente la mano de algún antiguo amigo al topar con él, y observando su animada conversación cuando se formaba un grupito de marinos, y la señora Croft se mostraba tan inteligente y atinada como cualquiera de los oficiales que la rodeaban.

Anne estaba demasiado ligada a *lady* Russell para salir sola menudo; pero sucedió que una mañana, como una semana o diez días después de la llegada de los Croft, decidió dejar en la parte baja de la ciudad a su amiga, o el coche de su amiga, y volver sola a Camden-place; y al subir por Milsom-street, tuvo la fortuna de topar con el almirante. Se había detenido ante el escaparate de una tienda de estampas, con las manos detrás, y contemplaba con atención algún grabado, de modo que no sólo podía Anne haber pasado sin que la viera, sino que tuvo que tocarlo y saludarlo para que se diese cuenta de su presencia. Cuando la reconoció, no obstante, reaccionó con la misma franqueza y buen humor de siempre.

—¡Ah!, ¿es usted? Gracias, gracias. Eso es tratarme como a un amigo. Pues estoy aquí observando un cuadro. Nunca paso por delante de esta tienda sin detenerme. ¿Qué es eso que parece una embarcación? Mírelo. ¿Ha visto usted alguna vez una cosa igual? Qué tipos más raros deben de ser esos pintores para creer que alguien va a arriesgar su vida en un cascarón de esa clase. Sin embargo, ahí van dos caballeros en ella la mar de a gusto, mirando las rocas y las montañas como si no fueran a zozobrar de un momento a otro, lo que ocurrirá de manera irremediable. ¡No sé dónde habrán construido semejante embarcación! —riendo cordialmente—. Yo no me atrevería a subir en ella ni en un abrevadero. Bueno —dando media vuelta—, ¿hacia dónde se dirige? ¿Puedo ir a algún sitio por usted, o con usted? ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, se lo agradezco; a menos que quiera hacerme el honor de acompañarme

mientras llevemos el mismo camino. Me dirijo a casa.

—Lo haré con mucho gusto, y más lejos también. Sí, sí, vamos a dar un agradable paseo juntos; tengo que contarle algo mientras caminamos. Venga, cójase de mi brazo; muy bien. No me siento a gusto si no voy así con una dama. ¡Señor, qué embarcación! —echando una última ojeada al cuadro mientras emprendían la marcha.

—¿Dice que tiene algo que contarme, señor?

—Sí. Después. Ahora viene un amigo, el capitán Brigden; aunque sólo voy a saludarle de pasada. No me voy a detener. «Adiós». Brigden se ha quedado boquiabierto al ver que llevo conmigo a alguien que no es mi esposa. La pobre se ha quedado en casa a causa de una ampolla como una moneda de tres chelines que le ha salido en un talón. Si mira al otro lado de la calle descubrirá al almirante Brand, que viene con su hermano. ¡Unos atravesados, los dos! Me alegro de que no vengan por este lado de la calle. Sophy no los soporta. Una vez me jugaron una mala pasada... me quitaron algunos de mis mejores hombres. Ya le contaré en otro momento toda la historia. Ahí viene *sir* Archibald Drew con su nieto. ¡Vaya, nos ha visto! Le besa la mano a usted, la toma por mi esposa, ¡Ah! La paz nos ha llegado demasiado pronto para ese señorito. ¡Pobre *sir* Archibald, qué viejo está! Bueno, señorita Elliot, ¿le gusta Bath? A nosotros nos va muy bien. A cada paso nos encontramos con algún viejo amigo; las calles están llenas por las mañanas; así que hay asegurada charla en abundancia; y cuando los dejamos y nos encerramos en casa, y nos sentamos en nuestras butacas, nos sentimos tan a gusto como si estuviésemos en Kellynch, o incluso como solíamos estar en North Yarmouth, o en Deal. No nos desagrada nuestra casa aquí, se lo aseguro, porque nos recuerda la primera que tuvimos en North Yarmouth. El viento se cuele exactamente igual por uno de los cuartos.

Unos pasos más allá, Anne se atrevió a preguntar otra vez qué tenía que comunicarle. Había esperado ver satisfecha su curiosidad cuando dejaran atrás Milsom-street; pero se vio obligada a esperar, porque el almirante había decidido no hablar hasta que llegasen al espacio más amplio y tranquilo de Belmont; y como en realidad no era la señora Croft, tenía que dejar que lo hiciera cuando le pareciese bien. Cuando subían ya por Belmont, empezó:

—Bueno, pues le voy a contar algo que la va a dejar sorprendida. Pero antes debe decirme el nombre de la joven dama de la que voy a hablar. De esa joven por la que andamos todos tan preocupados. De la señorita Musgrove a la que le ha ocurrido todo eso. Su nombre de pila... siempre se me olvida su nombre de pila.

A Anne le había dado vergüenza manifestar que había comprendido en seguida; pero ahora fue capaz de pronunciar sin vacilación el nombre de «Louisa».

—Sí, eso es, la señorita Louisa Musgrove. Ojalá no tuvieran las jóvenes esa cantidad de nombres que tienen. Si se llamasen Sophy o algo por el estilo no me equivocaría a cada momento. Bueno, pues esta señorita Louisa pensábamos todos que se iba a casar con Frederick. Él le ha estado haciendo la corte semana tras semana. Lo único que no se sabía era a qué esperaban, hasta que ocurrió el accidente de Lyme;

entonces, efectivamente, quedó bastante claro que debían esperar hasta que ella se encontrase bien. Pero aun entonces hubo algo raro en su mutuo comportamiento. En vez de quedarse él en Lyme, se marchó a Plymouth, y de allí se fue a visitar a Edward. Cuando regresamos nosotros de Minehead se había marchado a casa de Edward, donde está desde entonces. No le hemos visto desde noviembre. Ni siquiera Sophy lo entiende. Pero ahora el caso ha dado un giro de lo más singular; porque esta joven, esta misma señorita Musgrove, en vez de casarse con Frederick, va a hacerlo con James Benwick. Usted conoce a James Benwick, ¿verdad?

—Un poco. Conozco un poco al capitán Benwick.

—Bien, pues va a casarse con él. Más aún, es probable que se hayan casado ya, porque no sé a qué tienen que esperar.

—El capitán Benwick me parece un joven muy agradable —dijo Anne—; y por lo que he visto, tiene un excelente carácter.

—Ah sí, sí; no se le puede poner un pero al capitán Benwick. Es cierto que sólo es capitán de fragata, ascendido este verano, y que son malos tiempos para progresar; por lo demás, no le encuentro una sola pega. Es un joven excelente, de buena disposición, además de un oficial muy activo y cumplidor, lo que es más de lo que usted puede suponer, quizá; porque esos modales amables no le hacen justicia.

—La verdad es que en eso se equivoca, señor. Yo jamás deduciría falta de ánimo de los modales del capitán Benwick. A mí me parece especialmente agradable, y estoy convencida de que esa forma de ser resulta agradable en general.

—Bien, bien; las damas son las que mejor saben juzgar. Pero James Benwick es más bien demasiado plano para mí, aunque muy probablemente Sophy y yo lo miramos con parcialidad, y no podemos por menos de pensar que Frederick le gana en carácter. Frederick tiene algo que está más acorde con nuestro gusto.

Anne se sintió atrapada. Su intención había sido sólo refutar la idea demasiado corriente de que la suavidad y la firmeza son incompatibles, de ningún modo presentar el carácter del capitán Benwick como el mejor de los posibles; y tras una pequeña vacilación, había empezado a decir: «No pensaba ponerme a comparar a un amigo con el otro», cuando la interrumpió el almirante con:

—Y es cosa segura. No se trata de ninguna habladuría. Nosotros lo hemos sabido por el propio Frederick. Su hermana recibió ayer una carta suya en la que nos lo contaba, y él lo ha sabido por una carta que recibió de los Harville, escrita inmediatamente desde Uppercross. Supongo que estarán todos en Uppercross.

Era una ocasión que Anne no se resistió a aprovechar, y dijo:

—Imagino, almirante, que no hay nada en la carta del capitán Wentworth que usted y la señora Croft encuentren especialmente preocupante. Es verdad que el pasado otoño parecía que había algo entre él y Louisa Musgrove; pero supongo que es algo que tanto él como ella han dejado atrás, sin violencia. Espero que su carta no refleje el ánimo de un hombre despedido.

—Ni mucho menos, ni mucho menos; del encabezamiento a la fecha, no hay en

ella ni un juramento, ni una queja.

Anne bajó los ojos para ocultar una sonrisa.

—No, no; Frederick no es de los que se echan a llorar y a gemir; tiene demasiada entereza. Si a la joven le gusta más otro, lo mejor es que se case con él.

—Desde luego. Lo que quiero decir es que espero que no haya nada en el modo de expresarse el capitán Wentworth que le haga a usted sospechar que se considera engañado por su amigo, como podría parecer, sin decirlo de manera expresa. Sentiría mucho que por una cosa así se rompiera, o quedara dañada siquiera, la amistad entre el capitán Benwick y él.

—Sí, sí. La comprendo. Pero la carta no delata nada de eso. No insinúa la más ligera puntada a Benwick; ni se le ocurre decir, por ejemplo: «Me extraña, tengo motivos para extrañarme». No; de sus palabras no podría usted sacar que haya pensado nunca forjarse ilusiones con la señorita... ¿cómo se llama?, sino que expresa con toda caballerosidad su esperanza de que sean felices juntos, sin rencor ninguno, creo.

Anne no sentía la absoluta convicción que el almirante pretendía comunicar; pero habría sido inútil seguir preguntando. Así que se limitó a hacer algún comentario de circunstancia, o a escuchar en silencio; y el almirante siguió hablando a sus anchas.

—¡Pobre Frederick! —dijo por último—. Ahora tendrá que empezar a pensar en otra. Me parece que nos lo vamos a traer a Bath. Tendrá que escribirle Sophy, y pedirle que venga a Bath. Aquí hay montones de muchachas bonitas, seguro. No serviría de nada volver a Uppercross, porque esa otra señorita Musgrove, me parece, está ya reservada a su primo, el joven sacerdote. ¿No cree usted, señorita Elliot, que es mejor que intentemos hacerle venir a Bath?

## XIX

Mientras el almirante Croft daba este paseo con Anne, y expresaba su deseo de traerse al capitán Wentworth a Bath, el capitán Wentworth estaba ya en camino. Antes de que la señora Croft le escribiera había llegado él; y la siguiente vez que Anne puso los pies en la calle, le vio.

El señor Elliot acompañaba a sus dos primas y a la señora Clay. Estaban en Milsom-street. Empezaba a llover, no mucho, pero suficiente para que las mujeres quisieran guarecerse, y más que suficiente para que la señorita Elliot considerase deseable que las llevase a casa el coche de *lady* Dalrymple que veía detenido a cierta distancia; así que ella, Anne, y la señora Clay entraron en el establecimiento de Molland, mientras el señor Elliot se acercaba a *lady* Dalrymple a solicitar su ayuda. No tardó en volver con ellas; triunfal, por supuesto: *lady* Dalrymple estaba encantadísima de llevarlas a casa; las recogería dentro de unos minutos.

El coche de su señoría era un birlocho, y no podía llevar cómodamente a más de cuatro. La señorita Carteret estaba con su madre, así que no era razonable esperar que hubiese sitio para las tres damas de Camden-place. Incuestionablemente iría la señorita Elliot. Tocara a quien tocase sacrificarse, no sería ella; pero, por cortesía, tardó un poco en resolverse cuál de las otras dos la acompañaría. La lluvia era minúscula, y Anne era totalmente sincera al manifestar que prefería caminar con el señor Elliot. Pero la lluvia era también insignificante para la señora Clay; apenas reconocía que cayera una gota; además llevaba unas botas gruesas. Mucho más gruesas que las de la señorita Anne; y en resumen, su cortesía la hacía tan deseosa de regresar andando con el señor Elliot como la señorita Anne; y lo estuvieron debatiendo con tan amable y determinada generosidad, que tuvieron que decidir los demás por ellas; la señorita Elliot sostuvo que la señora Clay tenía ya un poco de frío, y el señor Elliot, al apelar a él, declaró que las botas de su prima Anne eran bastante más gruesas.

Por tanto, se acordó que la señora Clay formara parte de la comitiva del coche. Y habían llegado a este punto cuando Anne, que estaba sentada junto a la ventana, divisó con toda claridad al capitán Wentworth que iba calle abajo.

Sólo ella se dio cuenta de su propio sobresalto; pero al punto se dijo a sí misma que era la mujer más boba del mundo; ¡la más incomprensible y absurda! Durante unos minutos fue incapaz de ver nada. Todo era confusión. No sabía dónde estaba; y cuando consiguió hacer uso de sus sentidos otra vez, se dio cuenta de que los otros seguían esperando la llegada del coche, y que el señor Elliot (siempre amable) salía hacia Union-street a hacer un encargo para la señora Clay.

Ahora sintió ella un vivo deseo de asomarse a la puerta: quería comprobar si seguía lloviendo. ¿Por qué iba a recelar de sí misma otro motivo? El capitán Wentworth debía haberse perdido de vista ya. Se levantó y fue, ya que una mitad de sí misma no siempre era tan discreta como la otra, o sospechaba que la otra era peor de



lo que era en realidad. Saldría a ver si llovía. Pero se quedó paralizada al ver entrar al capitán Wentworth con un grupo de caballeros y damas, evidentemente conocidos suyos, a los que debió de unirse algo más abajo, en Milsom-street. Su sorpresa y su confusión al verla fueron manifiestamente mayores de lo que ella había notado otras veces. Se puso colorado. Por primera vez, desde que volvían a tratarse, se dio cuenta Anne de que, de los dos, era a ella a quien menos traicionaba la emoción: contaba con la ventaja de los últimos segundos. A ella ya se le habían pasado los primeros efectos paralizantes, ofuscadores, anonadadores de la sorpresa. ¡Aunque aún se sentía dominada por sentimientos encontrados! Nerviosismo, opresión, placer, y una emoción que estaba entre el gozo y la desventura.

La saludó y luego se alejó. Su actitud fue de embarazo; Anne no podía calificarla de fría o amable, ni de otra cosa que de confusión.

Tras un breve intervalo, no obstante, se acercó a ella y volvió a dirigirle la palabra. Se hicieron el uno al otro las preguntas normales; ninguno de los dos, probablemente, demasiado interesado en lo que preguntaba; y Anne seguía notando que estaba menos sereno que otras veces. Dado lo juntos que estaban, tenían que hablarse esforzándose en aparentar sosiego e indiferencia; aunque él era incapaz ahora. O le había cambiado el tiempo, o lo había hecho Louisa. Algo le había pasado. Tenía muy buen aspecto; no parecía haber padecido falta de salud ni depresión ninguna, y habló de Uppercross, de los Musgrove, e incluso de Louisa, y hasta tuvo un momentáneo gesto de superioridad al nombrarla; pero el capitán Wentworth no estaba cómodo, no estaba sereno, y era incapaz de simularlo.

No sorprendió a Anne —pero la apenó— observar que Elizabeth no quería reconocerle. Vio que él había visto a Elizabeth, que Elizabeth le había visto a él, que había habido un reconocimiento mutuo; estaba convencida de que él se hallaba expectante, dispuesto a saludarla; pero tuvo la pena de ver que su hermana se volvía de espaldas con inmutable frialdad.

A continuación llegó el coche de *lady* Dalrymple, cuya tardanza estaba impacientando a la señorita Elliot. Entró el criado a anunciarlo. Empezaba a llover otra vez, con lo que se produjo un retraso, un bullicio y unos comentarios que hicieron saber a la pequeña concurrencia del establecimiento que *lady* Dalrymple venía a llevarse a la señorita Elliot. Por fin salieron la señorita Elliot y su amiga, sin otro acompañamiento que el criado (porque el primo aún no había vuelto); y el capitán Wentworth, tras observarlas, se acercó otra vez a Anne y, con el gesto más que con palabras, le ofreció su ayuda.

—Se lo agradezco muchísimo —respondió Anne—, pero no voy con ellos. El coche no admite tantos pasajeros. Iré andando. Prefiero pasear.

—Si está lloviendo...

—¡Oh, pero muy poco! No me importa.

Tras un momento de silencio dijo él:

—Aunque sólo hace un día que he llegado, me he provisto ya convenientemente

para estar en Bath, como ve (señalando su paraguas). Me encantaría que me permitiese utilizarlo, si está decidida a pasear; aunque creo que sería más prudente que me dejase llamar un coche.

Se lo agradecía muchísimo, pero rechazó ambas cosas, repitiendo su convencimiento de que la lluvia se disiparía de un momento a otro; y añadió:

—Estoy esperando al señor Elliot. Estará aquí de un momento a otro.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando entró el señor Elliot. El capitán Wentworth le recordaba perfectamente. No había ninguna diferencia entre él y el hombre que se detuvo en la escalera de Lyme para admirar a Anne al pasar, aparte del aire, expresión y actitud del pariente y amigo privilegiado. Entró presuroso, pareció fijarse sólo en ella, se excusó por la tardanza, lamentó haberla tenido esperando y se mostró deseoso de marcharse sin pérdida de tiempo, antes de que arreciara la lluvia; un momento después salían juntos, ella cogida del brazo, con una mirada amable y confundida, y un «buenos días», que fue todo lo que le dio tiempo a decir cuando pasó junto al capitán Wentworth.

Tan pronto como desaparecieron, las damas del grupo del capitán Wentworth se pusieron a hablar de ellos.

—Al señor Elliot no le desagrada su prima, ¿verdad?

—No, desde luego; se ve a la legua. No es difícil imaginar lo que ocurrirá ahí. Siempre está con ellas; se pasa la mitad del tiempo con la familia, creo. ¡Qué hombre más apuesto!

—Sí; y la señorita Atkinson, que cenó con él una vez en casa de los Wallis, dice que es el hombre más agradable que ha tenido a su lado.

—Es bonita, creo; me refiero a Anne Elliot. Muy bonita, si se la mira bien. No queda bien decirlo, pero confieso que a mí me gusta más que su hermana.

—¡Oh, a mí también!

—Y a mí. No hay comparación. Pero los hombres andan lelos detrás de la señorita Elliot. Anne es demasiado delicada para ellos.

Anne habría estado especialmente agradecida a su primo si la hubiera acompañado hasta Camden-place sin hablar. Nunca le fue tan difícil atender a lo que decía, aunque él extremaba su solicitud y su cuidado, y aunque sus temas eran mayormente los que solían despertar interés: el elogio, afecto, discernimiento y sentido de lo justo de *lady* Russell, y alguna lógica y discreta crítica a la señora Clay. Pero ahora Anne sólo era capaz de pensar en el capitán Wentworth: no comprendía sus actuales sentimientos, si realmente se sentía desengañado o no; y hasta que no aclarase este punto, no estaría tranquila.

Esperaba ser sensata y razonable con el tiempo; pero por desgracia, debía confesarse que no lo era todavía.

Otra cuestión muy esencial para ella era saber cuánto tiempo pensaba estar el capitán Wentworth en Bath; no lo había dicho, o ella no lo recordaba. Puede que estuviera de paso. Aunque lo más probable era que permaneciese unos días. En ese

caso, con las posibilidades que todo el mundo tenía de encontrarse con todo el mundo en Bath, seguro que *lady Russell* le vería. ¿Se acordaría de él? ¿Qué pasaría?

Ya se había visto obligada a contarle a *lady Russell* que Louisa Musgrove se iba a casar con el capitán Benwick. Le había costado descubrir sorpresa en *lady Russell*; y ahora, si por casualidad la veía en compañía del capitán Wentworth, su escasa información sobre el asunto podía hacerle concebir algún nuevo prejuicio contra él.

A la mañana siguiente Anne salió con su amiga, y durante la primera hora mantuvo una especie de vigilancia constante y temerosa esperando verle aparecer, aunque en vano; por último, cuando regresaban por Pulteney-street, le divisó por la acera de la derecha, a una distancia como para tenerlo a la vista durante casi todo el recorrido de la calle. Iba rodeado de gente, personas que llevaban su misma dirección; pero no cabía duda de que era él. Anne miró instintivamente a *lady Russell*, aunque no porque se le ocurriera la disparatada idea de que le hubiera reconocido a la vez que ella. No; *lady Russell* no le descubriría hasta que lo tuviera enfrente. No obstante, la observaba de vez en cuando con ansiedad; y cuando se acercó el momento en que no tenía más remedio que verle, aunque sin atreverse a volver a mirar (porque sabía que no debía dejar que *lady Russell* leyese en su cara), fue perfectamente consciente de que los ojos de su amiga se habían vuelto exactamente en la dirección de él; de que, en suma, lo estaba observando. Comprendía totalmente la clase de fascinación que debía ejercer en el espíritu de *lady Russell*, lo difícil que le debía de ser apartar la mirada, el asombro que debía de sentir, sabiendo que habían pasado por él ocho o nueve años, además de haber estado en climas extranjeros y en servicio activo, sin que le hubieran arrebatado una sola de sus gracias personales.

Por último, *lady Russell* volvió la cabeza. «Bueno, ¿hará ahora algún comentario sobre él...?».

—Te preguntarás —dijo— en qué me vengo fijando tanto rato; trataba de descubrir unas cortinas de las que *lady Alicia* y la señora Frankland me estuvieron hablando anoche. Me describieron las cortinas del salón de una casa de este lado de la calle, como las más elegantes y mejor confeccionadas de todo Bath, pero no recuerdo exactamente el número de la casa, y estaba intentando averiguar cuál podía ser. Pero confieso que no he visto hasta ahora ninguna cortina que corresponda a la descripción que me han hecho.

Anne suspiró, se ruborizó y esbozó una sonrisa de compasión y desdén, bien por su amiga, bien por ella misma. Lo que más la irritaba era que con toda esta exhibición de cautela y prudencia se había perdido el momento justo de ver si él las había visto.

Transcurrieron un día o dos sin que se produjera ninguna novedad. El teatro y los salones donde muy probablemente estaría él no eran lo bastante selectos para el gusto de los Elliot, cuyas diversiones nocturnas tenían lugar únicamente en la elegante estupidez de las fiestas privadas, en las que estaban cada vez más comprometidos; y Anne, cansada de semejante estancamiento, harta de no saber nada, e imaginándose

más fuerte porque no había puesto a prueba sus fuerzas, esperaba con impaciencia la noche del concierto. Se trataba de un concierto a beneficio de una persona protegida por *lady Dalrymple*. Naturalmente, debían asistir. Se esperaba que fuera un concierto realmente bueno, y el capitán Wentworth era muy aficionado a la música. Si lograba tener unos minutos de conversación con él otra vez, imaginaba que quedaría satisfecha; y en cuanto a su capacidad para tomar ella la iniciativa si se presentaba la ocasión, sentía dentro de sí toda la fuerza del mundo. Elizabeth le había vuelto la espalda, *lady Russell* había hecho como que no le había visto. Estas actitudes habían dado fuerza a sus nervios; comprendía que le debía más atención.

Había medio prometido a la señora Smith pasar esa tarde con ella; pero pasó apresuradamente por su casa para excusarse y aplazar dicha visita, con la clara promesa de acudir al día siguiente a estar mucho más tiempo. La señora Smith le dio su más jovial beneplácito.

—No faltaba más —dijo—; sólo tienes que decirme cuándo quieres venir. ¿Con quién vas a ir?

Anne les nombró a todos. La señora Smith no puso ninguna objeción; pero cuando Anne iba a marcharse, dijo con expresión mitad seria mitad maliciosa:

—Bien, deseo sinceramente que el concierto sea como esperas; y no me faltes mañana, si puedes venir: porque empiezo a tener el presentimiento de que no me vas a hacer muchas más visitas.

Estas palabras sobresaltaron y confundieron a Anne; pero tras quedarse unos momentos en suspenso, se vio obligada —y no pesarosa de tenerlo que hacer— a marcharse a toda prisa.

## XX

Sir Walter, sus dos hijas y la señora Clay fueron los primeros del grupo en llegar al piso al atardecer; y como había que esperar a lady Dalrymple, se sentaron junto a una de las chimeneas del salón octogonal. Pero apenas se habían acomodado, volvió a abrirse la puerta y entró el capitán Wentworth solo. Anne era la que estaba más cerca de él; y avanzando un poco más, le dirigió inmediatamente la palabra. Él esperaba un mero saludo con la cabeza, pero su amable «¿Cómo está usted?» le apartó de su marcha en línea recta para detenerse junto a ella y corresponder con alguna pregunta, a pesar del temible padre y de la hermana que tenía detrás: su presencia daba apoyo a Anne; pasó por alto la expresión de sus caras, y se sintió con fuerzas para hacer lo que consideraba que era su deber.

Mientras hablaban, le llegó a Anne un susurro entre su padre y Elizabeth. No pudo distinguir las palabras, pero adivinó qué decían; y al hacer el capitán Wentworth, desde donde estaba, un movimiento de cabeza a modo de saludo, comprendió que su padre le había juzgado digno de concederle esa simple manifestación de que le conocía, y al mirar de reojo, tuvo tiempo de ver que Elizabeth le dedicaba una ligera inclinación, gestos que, aunque tardíos y desganados y faltos de amabilidad, eran mejor que nada; y la hicieron sentirse mejor.

Después de hablar del tiempo, de Bath y del concierto, su conversación empezó a decaer, y al final hablaban tan poco que Anne esperó verle marcharse de un momento a otro. Pero no se iba; no parecía tener prisa en dejarla. Poco después, con renovada animación, una leve sonrisa y un brillo en los ojos, dijo:

—Apenas la he visto desde nuestro día en Lyme. Temía que la impresión del accidente la hubiera afectado, y más cuando no la acusó en su momento.

Anne le aseguró que no.

—Fue una hora espantosa —dijo él—. ¡Un día espantoso! —y se pasó la mano por los ojos como si el recuerdo le resultara aún demasiado doloroso; pero un momento después añadió con una leve sonrisa—: Sin embargo, ese día ha tenido ciertos efectos... Ha tenido consecuencias que hay que considerar todo lo contrario de espantosas. Cuando tuvo usted la presencia de ánimo de sugerir que el más indicado para buscar un médico era Benwick, poco imaginaba que era él, en definitiva, el más interesado en que se recuperara.

—Desde luego que no. Pero parece... espero que sean una pareja muy feliz. Uno y otro cuentan con buenos principios y tienen buen carácter.

—Sí —dijo él, sin mirar directamente—; aunque me parece que ahí termina el parecido. Con toda el alma deseo que sean felices, y celebraré cualquier circunstancia que lo favorezca. No tienen que vencer dificultades en casa, ni oposición, ni caprichos, ni dilaciones. Los Musgrove se comportan como corresponde, muy generosa y amablemente, y sus corazones de padres están deseosos únicamente de contribuir al bienestar de su hija. Todo esto supone mucho, muchísimo, para su

felicidad; más, quizá, que...

Calló. Pareció venirle un súbito recuerdo, y darle una pizca de esa emoción que encendía las mejillas de Anne y la hacía fijar los ojos en el suelo. Tras aclararse la garganta, no obstante, prosiguió:

—Debo confesar que encuentro disparidad entre ellos, una disparidad muy grande, y en algo tan esencial como es la manera de ser. Louisa Musgrove me parece una joven de temperamento dulce y sumamente amable, y no carece de entendimiento; pero Benwick es algo más. Es un hombre inteligente y aficionado a la lectura, y confieso que me ha causado cierta sorpresa que se haya enamorado de ella. Si hubiera sido efecto de la gratitud, si hubiera aprendido a quererla porque creía que ella le prefería a él, habría sido otra cosa. Pero no tengo ningún motivo para suponer que sea así. Al contrario, da la impresión de que ha sido un sentimiento totalmente irracional y espontáneo por parte de él, y eso me sorprende. ¡Un hombre como él, y en su situación! ¡Con el corazón traspasado, herido, casi destrozado! Fanny Harville era una criatura muy superior, y la quería de verdad. ¡Un hombre no se recupera de su pasión por una mujer así! No debería... y no puede.

Sin embargo, ante la idea de que su amigo se había recuperado, o ante alguna otra quizá, no quiso seguir; y Anne, a pesar del tono alterado con que había dicho lo último, y a pesar del bullicio de la estancia, el casi incesante golpear de la puerta, el constante rumor de personas andando de un sitio para otro, había distinguido cada palabra, y estaba sorprendida, agradecida, confundida, y empezaba a respirar agitadamente, y a sentir mil emociones a la vez. Le era imposible abordar semejante tema; y no obstante, tras una pausa, sintiendo la necesidad de hablar, y no teniendo ningún deseo de cambiar totalmente de conversación, se limitó a desviarla diciendo:

—Creo que ha estado usted bastante tiempo en Lyme, ¿no?

—Un par de semanas. No podía marcharme hasta estar seguro de que Louisa se pondría bien. Estaba demasiado afectado por el accidente para sentirme tranquilo. Fue culpa mía... sólo mía. No se habría empeñado ella si yo no hubiera mostrado debilidad. El campo, alrededor de Lyme, es precioso. He andado mucho a pie y a caballo; y cuanto más veía, más admiraba.

—Me gustaría muchísimo ver Lyme otra vez —dijo Anne.

—¿De veras? No imaginaba que hubiera visto nada en Lyme que le inspirase semejante sentimiento. El terror y la angustia en que se vio envuelta, la tensión espiritual, ¡el hundimiento del ánimo! Yo creía que sus últimas impresiones de Lyme le inspirarían un profundo rechazo.

—Es cierto que las últimas horas fueron muy dolorosas —replicó Anne—; pero una vez superado el dolor, su recuerdo se vuelve placentero. No queremos menos un lugar por el hecho de haber sufrido en él, a no ser que todo haya sido sufrimiento, nada más que sufrimiento, lo que no fue en absoluto el caso de Lyme. Sólo las dos últimas horas fueron de angustia y desazón; antes, habíamos disfrutado muchísimo. ¡Con tanta novedad y tanta belleza! Yo había viajado tan poco que me parecía

interesante cada nuevo rincón... Pero Lyme es un pueblo verdaderamente hermoso: en resumen —con un débil rubor, al venirle ciertos recuerdos—, mis impresiones del lugar son muy agradables.

Al tiempo que terminaba, volvió a abrirse la puerta, y apareció el grupo que estaban esperando. «Lady Dalrymple, lady Dalrymple», propagó el alegre murmullo; y con toda la ansiedad compatible con solícita elegancia, sir Walter y sus dos damas fueron a su encuentro. Lady Dalrymple y la señorita Carteret, escoltadas por el señor Elliot y el coronel Wallis, que habían llegado casi en el mismo instante, avanzaron hacia el centro del salón. Se les unieron los otros, y formaron un grupo del que Anne juzgó que debía formar parte necesariamente. Se separó del capitán Wentworth. Tuvieron que suspender su interesante, casi demasiado interesante conversación; ¡pero fue un dolor muy liviano, comparado con la dicha que le había producido! ¡En los últimos diez minutos había sabido más sobre los sentimientos de él respecto a Louisa, sobre sus sentimientos todos, de lo que se había atrevido a esperar! Y se entregó a las exigencias de la reunión, a las necesarias cortesías del momento, con exquisita aunque nerviosa tribulación, todo la ponía de buen humor. Se había enterado de cosas que la predisponían a ser amable y cortés con todos, a compadecer a todos porque eran menos dichosos que ella.

Sus deliciosas emociones decayeron un poco cuando, al separarse del grupo para reunirse con el capitán Wentworth, vio que se había ido. En ese preciso momento le vio entrar en el salón donde se iba a dar el concierto. Se había ido, había desaparecido: sintió un momento de pesar. Pero «se encontrarían otra vez. Él la buscaría, la encontraría antes de que terminase la velada; de momento, quizá era mejor que estuviesen separados. Necesitaba unos momentos de recogimiento».

Con la aparición de lady Russell, poco después, el grupo estuvo completo, y no quedó otra cosa que hacer que ponerse en marcha y dirigirse al salón del concierto: y en lo que estuvo de su parte, atraieron miradas, suscitaron murmullos y molestaron a cuantas personas pudieron.

Muy, muy dichosas iban Elizabeth y Anne Elliot. A Elizabeth, del brazo de la señorita Carteret, mirando la ancha espalda de la viuda vizcondesa Dalrymple que marchaba delante, le parecía que nada de cuanto podía desear le era inalcanzable; y Anne... pero sería ofender a la naturaleza de la felicidad de Anne compararla con la de su hermana; la de la primera tenía su origen en la vanidad egoísta, la de la otra en un afecto generoso.

Anne no veía nada, ni pensaba nada del esplendor del salón. La felicidad le brotaba de dentro. Tenía los ojos brillantes, las mejillas encendidas... pero no se daba cuenta de nada. Sólo pensaba en la última media hora, y cuando ocuparon los asientos, su cerebro se lanzó presuroso por esos derroteros. Los temas que él había abordado, lo que había dicho, y más aún su actitud y expresión, habían sido tales que sólo se podían interpretar de una manera. Su opinión sobre la inferioridad de Louisa Musgrove, opinión que había parecido interesado en dar, su asombro ante la decisión

del capitán Benwick, su interpretación como un impulso primario, y repentino, sus frases iniciadas que no había podido terminar, sus ojos apartados, y su mirada expresiva... todo proclamaba que su corazón volvía a ella; ya no existía aquel enojo, aquel rencor, aquel evadirse; y habían venido a sustituirlos, no meramente la amistad y la estima, sino el cariño del pasado; sí, una parte de aquel cariño. Para ella, el cambio no podía significar otra cosa: la amaba.

Estos pensamientos, y las visiones que los acompañaban, la absorbían y agitaban de tal modo que le impedían fijarse en nada, de modo que cruzó el salón sin verle, sin intentar siquiera localizarle. Cuando escogieron sitio, y estuvieron debidamente acomodados, miró alrededor para ver si estaba en el mismo lado de la estancia; pero no, no consiguió descubrirle; y como empezaba el concierto, tuvo que conformarse con una dicha más modesta.

El grupo se había dividido, distribuyéndose en dos bancos contiguos: Anne estaba en el de delante, y el señor Elliot se las había arreglado tan bien, con ayuda de su amigo el coronel Wallis, que había conseguido sentarse a su lado. La señorita Elliot, rodeada de sus primas, y principal destinataria de la galantería del coronel Wallis, estaba absolutamente encantada.

El espíritu de Anne se hallaba en un estado de lo más apto para la diversión de la velada: le brindaba ocupación suficiente, se sentía sensible para lo delicado, animada para lo alegre, atenta para lo científico y paciente para lo aburrido; y nunca le gustó más un concierto, al menos durante la primera parte. Hacia el final, en el descanso que sucedió a una canción italiana, explicó la letra de la canción al señor Elliot. Los dos compartían un programa del concierto.

—El sentido de la letra —dijo—, o más bien su significado, porque no debe hablarse del sentido de una canción amorosa italiana, sino de su significado, es más o menos ése en mi opinión; aunque no quiero decir con esto que domine esa lengua. No conozco bien el italiano.

—Sí, sí; ya lo veo. Ya me doy cuenta de que la desconoce. Sólo tiene conocimientos suficientes para traducir versos italianos llenos de transposiciones, hipérbatos y cesuras a un inglés claro, comprensible y elegante. No necesita añadir más sobre su ignorancia: ahí está la prueba concluyente.

—No voy a replicar a su amable cortesía; pero lamentaría que me examinase un experto en la materia.

—No he tenido el placer de visitar tanto tiempo Camden-place —contestó él— sin haber conocido un poco a la señorita Anne Elliot, a la que considero tan modesta que el mundo en general sólo tiene idea de la mitad de sus méritos, y de una cultura tan vasta que cualquier otra mujer se guardaría muy mucho de callar por modestia.

—¡Por favor, por favor! Eso es halagar demasiado. Se me ha olvidado lo que vamos a oír a continuación —volviendo al programa.

—Quizá —dijo el señor Elliot, hablando en voz baja— conozco su carácter más de lo que usted se imagina.



—¿De veras? ¿Cómo es eso? Sólo me conoce desde que llegué a Bath, a no ser que haya oído hablar de mí a mi propia familia.

—La conozco por referencia desde mucho antes de que viniera a Bath. He oído describirla a personas que la conocen bien. Conozco su manera de ser desde hace años. Su persona, su talante, sus méritos, sus modales... conozco todas sus cualidades.

No se sintió decepcionado el señor Elliot en cuanto al interés que calculaba despertar. Nadie se resiste al encanto de tal misterio: haber sido descrito hace tiempo a un recién conocido por alguien desconocido es irresistible; y Anne era toda curiosidad. Le preguntó, le insistió ansiosamente... aunque en vano. El señor Elliot disfrutaba dejándose interrogar, aunque tío soltó prenda.

No, no; más adelante quizá; ahora no. De momento no diría nombres; pero le aseguró que así había sido. Hacía años le habían hecho tal descripción de la señorita Anne Elliot que le inspiró el concepto más alto de sus méritos, y le despertó el más cálido interés por conocerla.

Sólo una persona, se le ocurrió a Anne, podía haber hablado tan favorablemente de ella hacía años, y era el señor Wentworth de Monkford, hermano del capitán Wentworth. Tal vez le había conocido el señor Elliot; pero no tuvo valor para preguntárselo.

—Hace tiempo —dijo él— que el nombre de Anne Elliot tiene dulces resonancias para mí. Hace muchísimo que ejerce su hechizo sobre mi imaginación; y si me permite, quisiera expresarle mi deseo de que nunca cambie.

Ésas le pareció a Anne que fueron sus palabras; pero apenas habían llegado a sus oídos cuando atrajeron su atención otras que sonaron justo detrás de ella, y que volvieron insignificante todo lo demás. Estaban hablando su padre y lady Dalrymple.

—Es un hombre guapo —decía sir Walter—, un hombre guapísimo.

—¡Un joven apuesto, desde luego! —dijo lady Dalrymple—. Por encima de lo que suele verse en Bath. ¡Irlandés, diría yo!

—No; yo sé cómo se llama. Le conozco un poco. Es Wentworth, el capitán Wentworth, de la Armada. Su hermana está casada con mi inquilino de Somersetshire: el Croft que ocupa Kellynch.

Antes de que sir Walter llegara a este punto, la mirada de Anne había captado la dirección correcta y había descubierto al capitán Wentworth de pie entre un grupo de hombres, a cierta distancia. Al mirarle, él pareció desviar los ojos hacia otra parte. Ésa fue la impresión. Como si Anne hubiera mirado un instante tarde; y según observó ella, no se atrevió a mirar hacia ella otra vez. Pero se reanudó el concierto, y Anne tuvo que prestar atención a la orquesta y mirar hacia delante.

Cuando volvió a mirar hacia él, se había ido. No habría podido acercarse a ella aunque hubiera querido: tan rodeada y cercada estaba; pero Anne hubiera querido mirarle a los ojos.

El discurso del señor Elliot, también, la ponía nerviosa. Ya no tenía ganas de

seguir hablando con él. Deseaba no tenerle a su lado.

Había terminado la primera parte. Ahora esperó algún cambio favorable; y tras unos momentos en que el grupo estuvo callado, algunos de sus miembros decidieron levantarse en busca de un té. Anne fue de los pocos que prefirieron quedarse. Siguió en su asiento, lo mismo que lady Russell; pero tuvo el placer de verse libre del señor Elliot; y pensara lo que pensase lady Russell, no iba a evitar hablar con el capitán Wentworth si se presentaba la ocasión. Tuvo el convencimiento, a juzgar por la expresión de lady Russell, de que ésta le había visto.

Pero no se acercó. A Anne le pareció verlo a veces a lo lejos, pero no se acercó. Transcurrió infructuosamente el desasosegado entreacto. Regresaron los otros, el salón se llenó otra vez, volvieron a reclamarse y ocuparse los asientos, y se inició otra hora de placer o de penitencia: otra hora de música iba a producir deleite o bostezos, según fuera real o fingido el gusto por ella. Para Anne, representaba sobre todo la perspectiva de una hora de nerviosismo. No podría abandonar ese salón en paz sin ver al capitán Wentworth una vez más, sin intercambiar con él una mirada de amistad.

Al acomodarse todos nuevamente hubo muchos cambios cuya consecuencia favoreció a Anne. El coronel Wallis no quiso volver a sentarse, y Elizabeth y la señorita Carteret invitaron al señor Elliot a sentarse entre las dos en unos términos que no admitían negativa, y gracias a que quedaron libres otros asientos, y a alguna maniobra por parte de ella, logró situarse mucho más cerca del extremo del banco que antes, y ponerse más al alcance de quien pasara. No pudo hacerlo sin compararse con la señorita Larolles<sup>[4]</sup>, la inimitable señorita Larolles... De todos modos, lo hizo, y no con un resultado más afortunado; aunque merced a la aparente cesión de su asiento a sus vecinos inmediatos, se encontró ocupando el extremo del banco antes de que terminara el concierto.

Ésa era su situación, con un asiento vacío cerca, cuando apareció otra vez el capitán Wentworth. Le descubrió no lejos. Él la vio también. Sin embargo, parecía serio e indeciso, y sólo muy despacio se acercó finalmente lo bastante para dirigirle la palabra. Anne comprendió que había ocurrido algo. Su cambio era evidente. La diferencia entre su actitud de ahora y la que había tenido en el salón octogonal era realmente sorprendente. ¿A qué se debía? Pensó en su padre... en *lady Russell*. ¿Se habían cruzado tal vez miradas de desagrado? Empezó a hablar con gravedad del concierto; más a la manera del capitán Wentworth de Uppercross; se confesó defraudado, había esperado una mejor intervención en el canto; y en resumen, debía confesar que no lo iba a sentir cuando terminara. Contestó Anne, y habló muy bien en defensa de la ejecución, aunque respetando las opiniones de él con tal simpatía que logró que su semblante se distendiera y replicara casi con una sonrisa. Hablaron unos minutos más; perduraba el buen talante en él, incluso miró hacia el banco, como si viese un asiento que valía la pena ocupar, cuando en ese instante alguien tocó a Anne en el hombro y la hizo volverse. Era el señor Elliot. Le pedía perdón, pero recurría a ella para que le tradujera más texto italiano. La señorita Carteret estaba muy deseosa

de saber qué decía la siguiente canción. Anne no pudo negarse; pero jamás se sacrificó a la cortesía con más mortificación.

Tuvo que consumir unos minutos, los menos posibles, en esa labor. Y cuando se sintió libre otra vez, cuando pudo volverse y mirar en la dirección de antes, el capitán Wentworth, entre reservado y presuroso, le dirigió unas palabras de despedida. «Quería desearle buenas noches. Se marchaba... tenía que regresar cuanto antes a casa».

—¿No le merece la pena quedarse a esta canción? —dijo Anne, súbitamente asaltada por una idea que la hizo desear mostrarse aún más alentadora.

—¡No! —contestó él, tajante—; no hay nada por lo que merezca la pena que me quede —y se fue.

¡Tenía celos del señor Elliot! Era el único motivo comprensible. ¡El capitán Wentworth estaba celoso de su afecto! ¡No lo habría imaginado unas semanas... tres horas antes! Por unos momentos sintió un intenso placer. Pero ¡ay! Otros pensamientos le vinieron a continuación. ¿Cómo iba a disipar esos celos? ¿Cómo le haría llegar la verdad? ¿Cómo, con todas las desventajas de sus respectivas posiciones, le haría saber sus verdaderos sentimientos? La llenaba de aflicción pensar en las atenciones del señor Elliot: su daño era incalculable.

## XXI

A la mañana siguiente Anne recordó con placer su promesa de ir a casa de la señora Smith, puesto que la obligaba a ausentarse de casa a la hora en que muy probablemente pasaría el señor Elliot; porque casi su primer objetivo era evitarle.

Sentía gran simpatía por él. A pesar del perjuicio que le causaban sus atenciones, le debía gratitud, estima y quizá compasión. No podía por menos de pensar en las circunstancias extraordinarias en que se habían conocido, en el derecho que parecía asistirle a interesarla, por la situación, por los sentimientos de él, por su predisposición desde un principio. Era algo extraordinario y halagador; aunque doloroso. Era muy de lamentar. No merece la pena indagar cuáles habrían sido los sentimientos de Anne si no hubiese existido el capitán Wentworth, porque el hecho era que existía; y fuera afortunado o no el desenlace de la actual incertidumbre, su afecto sería siempre para él. Su unión con él, creía, no podría alejarla más de otro hombre que su separación definitiva.

Jamás recorrieron las calles de Bath meditaciones más hermosas de sólido amor y eterna constancia que las que acariciaba Anne mientras caminaba de Camden-place a Westgate-buildings: casi habrían sido suficientes para difundir purificación y perfume por todo el trayecto.

Estaba segura de que iba a ser gratamente recibida; y su amiga pareció esta mañana especialmente agradecida de que fuera a verla; al parecer no la esperaba, aunque habían quedado.

La señora Smith le pidió inmediatamente que le contase cómo había sido el concierto; y las impresiones de Anne sobre el concierto fueron lo bastante dichosas para animar su semblante, y hacerla disfrutar mientras escuchaba. Todo lo que pudo contar, lo contó con la mayor alegría; pero ese todo era poco para la que había estado allí, e insuficiente para la que preguntaba. Porque, por intermedio de una lavandera y una criada, la señora Smith había sabido bastante más sobre el éxito general y el fruto de la velada de lo que Anne fue capaz de contar; y ahora preguntaba en vano sobre diversos detalles del auditorio. La señora Smith conocía de nombre a toda la gente importante o notoria de Bath.

—Creo que los Durand —dijo— sorbían la música con la boca abierta como pollos de gorrión esperando a que les den de comer. No se pierden un concierto.

—Sí. No los vi, pero le oí decir al señor Elliot que estaban allí.

—¿Y los Ibbotson, estaban también, con las dos bellezas y el alto oficial irlandés que dicen que se interesa por una de ellas?

—No sé... creo que no estaban.

—¿Y la anciana lady Mary Maclean? No hace falta que lo pregunte. No se pierde uno, lo sé; debes de haberla visto. Seguramente estuvo en tu mismo círculo. Dado que ibas con lady Dalrymple, estuviste en los sitios de preferencia; alrededor de la orquesta, por supuesto.

—No; ése era mi temor. Habría sido muy desagradable para mí en todos los sentidos. Pero afortunadamente lady Dalrymple siempre prefiere estar más lejos; y tuvimos muy buenos sitios; o sea para oír; no digo para ver, porque al parecer vi poco.

—¡Oh!, viste suficiente de lo que te interesaba... me parece a mí. Se puede tener una especie de disfrute particular incluso en medio de una multitud, y ése lo tuviste tú. Formabais un grupo grande, y no os interesaba nada fuera de él.

—Pero debía haber mirado más a mi alrededor —dijo Anne, consciente mientras hablaba de que en realidad no había sido falta de mirar; de que sólo había sido falta de objetivos que mirar.

—No, no; tú tenías mejor ocupación. No necesitas decirme que pasaste una velada agradable. Lo leo en tus ojos. Sé perfectamente cómo pasaste las horas... y que en todo momento tuviste cosas agradables que escuchar. En el descanso del concierto, estaba la conversación.

Anne medio sonrió, y dijo:

—¿Lo lees en mis ojos?

—Sí. Tu cara me dice claramente que anoche estuviste en compañía de la persona que consideras más agradable del mundo, con la persona que más te interesa en la actualidad, más que todas las cosas del mundo juntas.

Un rubor inundó las mejillas de Anne. No fue capaz de replicar.

—Y dado que es así —prosiguió la señora Smith tras una breve pausa—, puedes creer que sé la amabilidad que representa el que hayas venido a verme esta mañana. Es en verdad un buen detalle haber venido a estar conmigo, cuando debe de haber cosas mucho más gratas que reclaman tu tiempo.

Anne no oyó nada de esto. Aún estaba sumida en el asombro y la confusión que le había causado la perspicacia de su amiga, incapaz de imaginar cómo podía haberle llegado ningún rumor sobre el capitán Wentworth. Tras otro breve silencio:

—A propósito —dijo la señora Smith—, ¿sabe el señor Elliot que me conoces? ¿Sabe él que estoy en Bath?

—¿El señor Elliot? —repitió Anne alzando los ojos con sorpresa. Un momento de reflexión la hizo comprender su error. Se dio cuenta instantáneamente; y recobrando el valor al sentirse segura, añadió en seguida, más serena—: ¿Conoces al señor Elliot?

—Teníamos bastante amistad —contestó la señora Smith gravemente—; pero parece que la hemos perdido. De eso hace mucho.

—No sabía nada. No me lo habías dicho. De haberlo sabido, me habría encantado hablarle de ti.

—Para serte sincera —dijo la señora Smith, adoptando su habitual expresión alegre—, eso es exactamente lo que deseo. Quiero que le hables de mí al señor Elliot. Quiero que lo hagas con interés. Él puede prestarme un servicio trascendental; y si fueras tan buena como para tomarlo como cosa tuya, mi queridísima amiga, estoy

segura de que lo hará.

—Me haría de lo más feliz... Supongo que no dudarás que estoy dispuesta a hacer lo que sea por ti —contestó Anne—; pero me da la impresión de que crees que tengo más ascendiente sobre el señor Elliot, más derecho a influir en él, del que tengo en realidad. Estoy segura de que, de alguna manera, te has formado esa idea. Pero debes considerarme sólo como prima del señor Elliot. Con este fundamento, si hay algo que crees que su prima puede pedirle honestamente, no debes vacilar en decírmelo.

La señora Smith le dirigió una mirada penetrante; luego, sonriendo, dijo:

—Veo que he sido un poco precipitada. Te ruego que me perdones. Debía haber esperado al anuncio oficial. Pero en fin, mi querida señorita Elliot, como vieja amiga, dime cuándo podré hablar. ¿La semana que viene? Por supuesto, puede permitírseme pensar que la semana que viene estará ya todo arreglado, y podré trazar mis planes egoístas sobre la inmensa suerte del señor Elliot.

—No —replicó Anne—; la semana que viene no, ni la otra, ni la otra. Te aseguro que nada de lo que piensas va a quedar arreglado en ninguna semana. No pienso casarme con el señor Elliot. Me gustaría saber por qué has pensado eso.

La señora Smith volvió a mirarla, muy seria, sonrió, meneó la cabeza, y exclamó:

—¡Vaya, cómo me gustaría comprenderte! ¡Cómo me gustaría saber qué piensas! Estoy convencida de que no pretendes ser cruel cuando llegue el momento. Hasta que llega, las mujeres jamás pensamos en nadie. Es totalmente natural en nosotras rechazar a cualquier hombre, hasta que nos piden la mano. Pero ¿por qué has de ser cruel? Permíteme que interceda en favor de... no puedo decir de mi actual amigo, pero sí de un antiguo amigo mío. ¿Dónde vas a encontrar un marido más adecuado? ¿Dónde esperas descubrir un hombre más cortés y simpático? Déjame que te recomiende al señor Elliot; estoy segura de que no oirás decir al coronel Wallis sino cosas buenas de él; y ¿quién le puede conocer mejor que el coronel Wallis?

—Mi querida señora Smith, no hace mucho más de medio año que ha fallecido la esposa del señor Elliot. Se supone que no debería andar cortejando a nadie.

—¡Oh!, si son ésas tus únicas objeciones —exclamó la señora Smith con picardía—, el señor Elliot está a salvo, y no te molestaré más hablando de él. Lo único que te pido es que no me olvides cuando estéis casados. Hazle saber que soy amiga tuya, y no pensará que es ninguna molestia, que es muy natural que se le pida ahora, con tantos asuntos y compromisos como tiene, librarse de los que pueda... Muy natural, quizá. El noventa y nueve por ciento harían lo mismo. Por supuesto, él no puede saber lo importante que es para mí. Bueno, mi querida señorita Elliot, espero y confío en que seas muy feliz. El señor Elliot tiene suficiente lucidez para comprender el valor de una mujer como tú. No naufragará tu paz como ha naufragado la mía. Estás segura en todas las cuestiones mundanas, y segura por su carácter. No se dejará llevar por el mal camino, no se dejará arrastrar a la ruina.

—No —dijo Anne—. Yo también pienso así de mi primo. Parece que tiene un

carácter sereno, decidido, nada propenso a dejarse impresionar peligrosamente. Le tengo un gran respeto, y no he observado nada que me dé motivo para pensar de otro modo. Pero no hace mucho que le conozco. Y me da la impresión de que no es un hombre al que se le conozca a fondo desde el primer momento. ¿No te convence esta manera de hablar de que no representa nada especial para mí? Como ves, hablo de esto con toda la calma. Y te doy mi palabra de que no representa nada para mí. Si se me llegara a declarar (cosa que no tengo motivos para suponer), no le aceptaría. Te lo aseguro. Y te aseguro que el señor Elliot no ha contribuido como supones al placer que me proporcionó el concierto de anoche; en absoluto; no es el señor Elliot el que...

Se calló, lamentando ruborizada haber dicho tanto; aunque de haber dicho menos habría sido suficiente. La señora Smith no habría creído tan pronto en un fracaso del señor Elliot, de no haber comprendido que había otro. Así que se rindió, aparentando no haberse dado cuenta de nada; Anne, deseosa de evitar dar nuevas pistas, se apresuró a preguntar a la señora Smith qué le había hecho pensar que iba a casarse con el señor Elliot, de dónde había sacado la idea, o a quién se la había oído.

—Anda, dime cómo se te ha ocurrido.

—Primero —contestó la señora Smith— se me ocurrió al enterarme de lo mucho que estáis juntos, y sabiendo que lo más probable es que lo deseen las dos familias; y puedes tener la seguridad de que todo el que te conoce se ha hecho la misma cuenta. Aunque no he oído nada sobre el particular desde hace dos días.

—Pero ¿te han hablado de eso?

—¿Recuerdas a la mujer que te abrió la puerta cuando viniste ayer?

—No. ¿No fue la señora Speed como de costumbre, o la criada? No me fijé.

—Era mi amiga la señora Rooke, la enfermera Rooke, que dicho sea de paso tenía mucha curiosidad por conocerte, y se alegró de cruzarse contigo al abrirte. El domingo pasado vino de Malborough-buildings; ella es la que me ha dicho que te ibas a casar con el señor Elliot. Se lo ha contado la propia señora Wallis, que no parece una mala fuente de información. Estuvo conmigo una hora el lunes por la tarde, y me contó toda la historia.

—¿Toda la historia? —repitió Anne riendo—. Pues no ha podido ser una historia muy larga, creo, tratándose de una información con tan poco fundamento.

La señora Smith no dijo nada.

—Pero —prosiguió Anne un momento después—, aunque no es verdad que yo tengo esa influencia sobre el señor Elliot, me alegraría muchísimo serte de alguna utilidad en lo que pudiera. ¿Quieres que le diga que estás en Bath? ¿Le llevo algún recado?

—No, te lo agradezco; pero es mejor que no. Creo que, con el calor del momento, y movida, por una idea equivocada, he tratado de hacer que te interesases por cosas mías. Pero déjalo; gracias. No tengo por qué molestarte.

—Creo que has dicho que hace años tenías amistad con el señor Elliot.

—Así es.

—Antes de que se casase, supongo...

—Sí; no estaba casado cuando le conocí.

—¿Y erais muy amigos?

—Íntimos.

—¿De veras? Entonces cuéntame qué hacía en aquella época. Tengo mucha curiosidad por saber cómo era de joven. ¿Era igual que ahora?

—Hace tres años que no he visto al señor Elliot —fue la respuesta de la señora Smith, expresada con tal gravedad que fue imposible seguir hablando del tema; y Anne se dio cuenta de que lo único que había conseguido era aumentar su curiosidad.

Se quedaron calladas las dos... la señora Smith muy ensimismada. Por último:

—Te ruego que me perdones, mi querida Anne —exclamó, en un tono de natural cordialidad—; te ruego que perdones la sequedad de mis respuestas, pero no sé qué hacer. He estado vacilando y pensando qué debo contarte. Hay muchas cosas que debo tener en cuenta. Odio ser entrometida, dar mala impresión, hacer daño. Incluso merece la pena preservar la tranquila superficie de la unión familiar, aunque debajo no haya nada duradero. Sin embargo, he tomado una decisión, creo que justa; creo que debes conocer el verdadero carácter del señor Elliot. Aunque ahora estoy segura de que no tienes intención de aceptarle, nunca se sabe lo que puede pasar. Quizá andando el tiempo le mires con otros ojos. Así que escucha la verdad, ahora que no tienes predisposición ninguna. El señor Elliot es un hombre sin corazón y sin conciencia; un ser intrigante, cauto, insensible, que sólo piensa en sí mismo; que por su interés y su conveniencia es capaz de cualquier crueldad, de cualquier traición, si corre peligro su reputación. No tiene compasión de los demás. Es capaz de abandonar sin el menor remordimiento a aquellos de quienes ha sido la causa principal de su ruina. Carece por completo de justicia o de compasión. ¡Ah, tiene un corazón negro, negro y vacío!

La estupefacción de Anne, su exclamación de asombro, la hicieron contenerse; y en tono más sereno, añadió:

—Mis palabras te asustan. Comprende a una mujer ofendida y furiosa. Pero procuraré contenerme. No quiero injuriarle. Te diré sólo lo que he observado en él. Que hablen los hechos por sí mismos: era gran amigo de mi pobre marido, que confiaba en él y le quería, y pensaba que era tan bienintencionado como él. Eran amigos ya antes de nuestro matrimonio. Yo les conocí ya íntimos; y también me alegré muchísimo de su amistad, y me formé el más alto concepto de él. A los diecinueve años una no cala demasiado: el señor Elliot me parecía tan bueno como el que más, y mucho más agradable que la mayoría, y casi siempre estaba con nosotros. Vivíamos principalmente en la capital con gran lujo. Por entonces tenía él una posición inferior; el pobre, en ese tiempo, era él. Residía en un piso de Temple, que era cuanto podía permitirse para mantener la apariencia de caballero. Cuando quería tenía un hogar en nuestra casa; siempre era bien recibido; era como un hermano. Mi



pobre Charles, que tenía el alma más exquisita y generosa del mundo, habría sido capaz de compartir con él su último penique; y sé que tenía la bolsa abierta para él; sé que le ayudaba a menudo.

—Ésa es la etapa de la vida del señor Elliot —dijo Anne— que siempre ha despertado especialmente mi curiosidad. Debió de ser la misma época en que conoció a mi padre y a mi hermana. Yo no llegué a conocerle personalmente; sólo oía hablar de él. Pero hubo algo en su conducta de entonces con relación a mi padre y mi hermana, y después en las circunstancias de su matrimonio, que no consigo conciliar con su actitud. Parecía revelar a un hombre completamente diferente.

—Sé todo eso. Sé todo eso —exclamó la señora Smith—. Le presentaron a sir Walter y a tu hermana antes de que yo le conociera, pero le oía hablar de ellos constantemente. Sé que le invitaron y le animaron a visitarlos, y sé que prefirió no ir. Puedo arrojar cierta luz, quizá, sobre las cuestiones que menos te puedes imaginar; y en cuanto a su matrimonio, me enteré de todo en su momento. Estuve al tanto de los pros y los contras. Yo era la amiga a la que confiaba sus esperanzas y sus planes; y aunque no conocía a su esposa antes de casarse (su posición social inferior lo hacía imposible), sin embargo la traté después mientras vivió, o al menos hasta los dos últimos años de su vida, y puedo contestar a cualquier pregunta que quieras hacerme.

—No —dijo Anne—; no tengo ninguna pregunta especial que hacerte sobre ella. Siempre supuse que no eran una pareja feliz. Pero me gustaría saber por qué en esa etapa de su vida desdeñó de ese modo la amistad de mi padre. Mi padre estaba decididamente dispuesto a tratarle con toda amabilidad y consideración. ¿Por qué se retrajo el señor Elliot?

—En ese período de su vida —contestó la señora Smith—, el señor Elliot sólo se había trazado un objetivo: hacer fortuna por un procedimiento más rápido que el que señala la ley. Había decidido hacerse rico por medio del matrimonio. Pero había decidido también no estropear su oportunidad con un matrimonio imprudente; y sé que estaba convencido (no sé si acertadamente o no, por supuesto) de que tu padre y tu hermana, con sus cortesías y sus invitaciones, pretendían unir al heredero con la joven dama; y esa unión no podía satisfacer sus aspiraciones de riqueza e independencia. Puedo asegurarte que fue ése el motivo de que se retrajera. Me contó toda la historia. No me ocultaba nada. Es curioso que, después de dejarte en Bath, mi primer y principal amigo al casarme resultara ser tu primo, y que a través de él estuviera continuamente oyendo hablar de tu padre y tu hermana. Me describía a una señorita Elliot, y yo pensaba con cariño en la otra.

—¿Quizá —exclamó Anne al venirle una súbita idea— le hablabas a veces de mí al señor Elliot?

—Pues claro, muchas. Solía presumir de mi amiga Anne Elliot, asegurándole que era una criatura muy distinta de...

Se contuvo a tiempo.

—Eso explica algo que el señor Elliot dijo anoche —exclamó Anne—. Eso lo

explica. Dijo que solía oír hablar de mí. No me dijo cómo. ¡Qué ideas más peregrinas se le ocurren a una cuando interviene nuestro querido yo! ¡Cuán irremediamente nos equivocamos! Pero perdona, te he interrumpido. Entonces, ¿el señor Elliot se casó exclusivamente por dinero? Probablemente fue el primer detalle que te reveló su carácter.

La señora Smith vaciló un poco aquí.

—¡Oh!, esas cosas son demasiado corrientes. Cuando una vive en el mundo, el que un hombre o una mujer se case por dinero es demasiado corriente para que eso la sorprenda como debiera. Yo era muy joven, y estaba unida a un joven, y éramos una pareja atolondrada y alegre, y nos tenían sin cuidado las reglas estrictas de conducta. Vivíamos para disfrutar. Ahora pienso de manera diferente; la edad, la enfermedad, el dolor, me han proporcionado otras ideas; pero en aquel entonces confieso que no veía nada censurable en lo que hacía el señor Elliot. Que buscara su propio interés nos parecía un deber.

—Pero ¿no era ella de extracción baja?

—Sí, cosa que le objeté; pero no hizo caso. Todo lo que él quería era dinero, dinero. Su padre era ganadero, su abuelo había sido carnicero, pero a él no le importaba. Era una mujer guapa y tenía una educación aceptable. Introducida en sociedad por unos parientes, quiso la casualidad que conociera al señor Elliot, y se enamoró de él; y él no encontró ningún impedimento ni reparo en el origen de ella. Toda la cautela la puso en asegurarse de la cuantía efectiva de su fortuna, antes de llegar al compromiso. Ten la seguridad de que, cualquiera que sea la estima que el señor Elliot pueda tener por su actual posición en la vida, cuando era joven no le daba absolutamente ningún valor. La posibilidad de recibir Kellynch no carecía de importancia, el honor de la familia en cambio tenía un valor nulo. Le oí comentar muchas veces que si se pudieran vender los títulos de baronet por cincuenta libras estaba dispuesto a venderle el suyo a quien fuera, con escudo, divisa, apellido y librea incluidos. Pero no voy a repetir ni la mitad de lo que solía decir al respecto. No estaría bien. De todos modos, voy a enseñarte una prueba; porque hasta ahora esto no son más que palabras, y tú necesitas pruebas.

—A decir verdad, mi querida amiga, no necesito ninguna —exclamó Anne— No me has dicho nada que contradiga la impresión que tenía yo del señor Elliot hace unos años. Más bien confirma lo que oíamos y pensábamos. Lo que sí quisiera saber es por qué ha cambiado tanto ahora.

—Pues para mi tranquilidad, si me haces el favor de tocar la campanilla para que venga Mary... Espera; mejor aún, me vas a hacer un favor: ve a la alcoba y tráeme la caja taraceada que hay en el estante de arriba de la alacena.

Al ver Anne a su amiga decidida, hizo lo que le pedía. Cogió la caja y se la puso delante; y la señora Smith la abrió, exhaló un suspiro, y dijo:

—Está llena de papeles de mi marido y de él: son una pequeña parte de lo que tuve que examinar cuando le perdí. La carta que busco se la escribió el señor Elliot

antes de nuestro matrimonio; no sé por qué la guardó mi marido, porque en estas cosas era desordenado y despreocupado como la mayoría de los hombres. Y al revisar sus papeles, la encontré con otras sin importancia de personas de todas partes; en cambio había cartas y anotaciones de importancia que habían desaparecido. Aquí está. No quise quemarla porque, aunque estaba disgustada con el señor Elliot, decidí conservar todos los testimonios de la antigua amistad entre los dos. Ahora tengo otro motivo para alegrarme de poder enseñarla.

La carta dirigida al «señor Charles Smith, Tunbridge Wells», fechada en Londres, en julio de 1803, era la siguiente:

Querido Smith:

He recibido la tuya. Casi me siento abrumado por tu amabilidad. Ojalá la naturaleza fuese más generosa en corazones como el tuyo, pero en los veintitrés años que llevo en el mundo no he visto otro igual. De momento, créeme, no tengo necesidad de tu ayuda. Felicítame: me he librado de sir Walter y su hija. Han regresado a Kellynch, y casi me han hecho jurar que los visitaré este verano; pero mi primera visita a Kellynch será con un agrimensor para que me diga cómo subastar esa propiedad de la manera más ventajosa. De todos modos, no sería de extrañar que el baronet se casase otra vez: es lo bastante idiota. Aunque si lo hace, me dejará en paz, con lo cual puede que sea un precio razonable. Está peor que el año pasado. Me gustaría llevar cualquier apellido menos el de Elliot. Estoy harto. ¡Gracias a Dios, puedo deshacerme del nombre de Walter!, y espero que no vuelvas a ofenderme durante el resto de mi vida colocándome una segunda W. Tuyo afectísimo,

Wm. Elliot

Anne no pudo leer esta carta sin encenderse de indignación; y la señora Smith, al observar el subido color de su rostro, dijo:

—Sé que empleaba un lenguaje bastante irrespetuoso, aunque no recuerdo las palabras exactas. Lo que sí recuerdo bien es el sentido general. Retrata al hombre. Observa sus manifestaciones de reconocimiento a mi pobre marido. ¿Puede haber nada más convincente?

Anne no pudo sobreponerse en seguida a la impresión y mortificación que le produjo leer semejantes palabras aplicadas a su padre. Tuvo que recapacitar que el hecho de leer la carta era una violación del código del honor, que nadie debía ser juzgado o conocido por semejante procedimiento, y que ninguna correspondencia personal podía exponerse a los ojos de los demás, antes de serenarse lo suficiente para devolver la carta que había estado leyendo; y dijo:

—Gracias. No cabe duda de que es una prueba, una buena prueba, de todo lo que me has contado. Pero ¿por qué el señor Elliot busca ahora nuestro trato?

—Eso también te lo puedo explicar —exclamó la señora Smith sonriendo.

—¿De veras?

—Sí. Te he mostrado cómo era el señor Elliot hace una docena de años; te voy a mostrar cómo es hoy. No puedo aportar otra prueba escrita, pero puedo ofrecerte el testimonio oral que quieras de lo que pretende ahora, y de lo que hace. Ahora no es hipócrita. Quiere de veras casarse contigo. Sus actuales atenciones a tu familia son sinceras, le salen del alma. Y te voy a decir mi fuente de información: su amigo el coronel Wallis.

—¿El coronel Wallis? ¿Le conoces?

—No. No me llega tan en línea recta; hace un ángulo o dos, aunque de poca importancia. El caudal es tan bueno como en mi nacimiento; la poca broza que recoge en las curvas es fácil de eliminar. El señor Elliot le cuenta sin reservas al coronel Wallis sus proyectos respecto a ti; mi impresión es que este coronel Wallis es un hombre sentado, prudente y perspicaz; pero tiene una esposa guapa y tonta a la que hace confidencias que debería callar; o sea, se lo cuenta todo. Y ella, llevada de la euforia de su recuperación, se lo repite a su enfermera; y la enfermera, que sabe lo amigas que somos tú y yo, viene a contármelo, como es natural. Y el lunes por la noche mi buena amiga la señora Rooke me puso al corriente de los secretos de Malborough-buildings. De manera que cuando te he dicho que sabía toda la historia no hablaba por hablar como creías.

—Mi querida amiga, tu autoridad es insuficiente. Eso no encaja. El hecho de que el señor Elliot tenga algún interés respecto a mí no explica para nada los esfuerzos que ha hecho por reconciliarse con mi padre. Los hacía antes de que llegara yo a Bath. Al llegar los encontré ya muy amigos.

—Lo sé; sé todo eso. Pero...

—La verdad, amiga mía, es que no debemos esperar obtener información digna de crédito por ese conducto. Cuando lo que se hace y se dice pasa por tantas manos, exponiéndose a que lo malinterpreten la ligereza de una y la ignorancia de la otra, acaba conteniendo muy poca verdad.

—Sólo te pido que me escuches. Después de oír ciertos detalles que tú misma puedes confirmar o desmentir, estarás en condiciones de juzgar qué crédito te merece todo. Nadie dice que fueras tú su primer objetivo. A decir verdad, te había visto antes de venir a Bath, y te admiraba; aunque no sabía quién eras. Eso dice al menos mi cronista. ¿Es verdad? ¿Te vio el verano o el otoño pasado «en algún lugar del oeste de Inglaterra», según sus propias palabras, sin conocer tu identidad?

—Es verdad; hasta ahí es completamente verdad. En Lyme; yo estaba en Lyme por casualidad.

—Bien —prosiguió triunfal la señora Smith—; reconoce que mi amiga es merecedora de crédito en lo primero que afirma. Así que te vio en Lyme, y le gustaste tanto que se alegró infinitamente cuando te conoció en Camden-place como la señorita Anne Elliot; y a partir de ese momento, no me cabe la menor duda, tuvo un doble motivo para continuar sus visitas; pero antes tenía ya uno que te voy a revelar. Si encuentras algo en mi historia que te parezca falso o improbable, interrúmpeme.

Mi información es que la amiga de tu hermana, la dama que ahora vive con vosotros, a la que has mencionado, llegó a Bath con Elizabeth y *sir* Walter en septiembre (o sea, cuando vinieron a instalarse), y está con ellos desde entonces; que es una mujer guapa, lista, insinuante, pobre, no muy de fiar, cuya actitud y situación hace pensar a todo el que conoce a *sir* Walter que se propone ser *lady* Elliot, y que sorprende a todo el mundo que tu hermana esté ciega ante ese peligro.

Aquí la señora Smith calló un momento; pero Anne no encontró nada que decir, así que prosiguió:

—Ésta era la impresión de cuantos conocen a tu familia mucho antes de que tú llegases. El coronel Wallis se fijaba en tu padre lo bastante para darse cuenta, aunque entonces aún no habitaba Camden-place; pero su amistad con el señor Elliot le hacía observar lo que ocurría allí; y cuando el señor Elliot llegó a Bath a pasar un día o dos, cosa que tuvo lugar poco antes de la Navidad, el coronel Wallis le informó de cuál era el cariz de las cosas, y los rumores que empezaban a correr. Entretanto, el tiempo había producido un cambio radical en la valoración del señor Elliot del título de *baronet*. En lo que se refiere a la sangre y el parentesco, es totalmente otro. Dado que desde hace mucho tiene todo el dinero que puede gastar, y ni la avaricia ni el desenfreno le pueden hacer desear nada, ha ido aprendiendo a cifrar su felicidad en la importancia que va a heredar. Antes de que se rompiera nuestra amistad me dio la impresión de que empezaba a pensar así, pero ahora esa impresión se ha confirmado. No soporta la idea de no ser *sir* William. Así que las noticias que le dio su amigo no le agradaron ni pizca, y puedes imaginar el efecto que tuvieron: decidió regresar a Bath lo antes posible, y residir aquí durante un tiempo con idea de renovar su antigua amistad y recobrar un puesto en la familia que le permitiese averiguar el grado de peligro que corría; y si era grande, frustrar los designios de la dama. Los dos amigos convinieron en que era lo único que podía hacerse; el coronel Wallis debía ayudarle en lo que pudiera: debía ser presentado, y ser presentada la señora Wallis, y conocerse todos. Así que regresó el señor Elliot, y en cuanto lo pidió fue perdonado, como sabes, y readmitido en la familia; y una vez dentro, su constante y único objetivo (hasta que tu llegada añadió otro) fue vigilar a *sir* Walter y a la señora Clay. No perdía ocasión de estar con ellos, de cruzarse en su camino, de efectuar visitas a todas horas... pero no hace falta entrar en detalles. Puedes imaginar de qué es capaz un hombre artero; con estos datos, quizá encuentres sentido a lo que le has visto hacer.

—Sí —dijo Anne—; no me dices nada que no esté de acuerdo con lo que he visto e imaginado. Siempre hay algo desagradable en los detalles de una maquinación. Las maniobras del egoísmo y la duplicidad son siempre repugnantes, pero nada de lo que he oído me sorprende en realidad. Sé que hay quienes se escandalizarían al oír hablar así del señor Elliot, que les costaría muchísimo creerlo; pero a mí ese hombre nunca me ha convencido. Siempre me ha parecido que su conducta tenía un motivo distinto del que aparentaba... y me gustaría saber su opinión actual sobre la posibilidad de que se produzca el acontecimiento que tanto teme: si considera que disminuye el

peligro o no.

—A mí me parece que disminuye —contestó la señora Smith—. Él piensa que la señora Clay le teme porque ha adivinado sus intenciones, y que no se atreve a seguir, como haría si no estuviera él. Pero como tendrá que ausentarse alguna vez, no veo cómo puede controlar la situación si ella conserva su actual influencia. A la señora Wallis se le ha ocurrido una idea divertida, según me ha contado la enfermera: incluir en las cláusulas matrimoniales, cuando os caséis tú y el señor Elliot, que tu padre no se pueda casar con la señora Clay. A juicio de la señora Wallis, es una idea que vale la pena considerar; aunque a mi sensata enfermera le parece absurda; «Porque naturalmente (dice), no impide que se case con otra». Y a decir verdad, me parece que la enfermera no está muy en contra de que *sir* Walter vuelva a casarse. Es una casamentera, y (dado que siempre interviene el interés personal) quién sabe si no le ha pasado por la cabeza la idea de asistir a la futura *lady* Elliot por recomendación de la señora Wallis.

—Me alegra saber todo esto —dijo Anne tras meditar un momento—. Estar con él me será más penoso en algunos aspectos, pero sabré qué tengo que hacer. Mi línea de conducta va a ser más decidida. El señor Elliot es evidentemente un hombre falto, disimulado y mundano que jamás se ha guiado por otro principio que el egoísmo.

Pero el señor Elliot aún no estaba vencido: había desviado a la señora Smith de su primitiva dirección. Y Anne, preocupada por los problemas de su familia, había olvidado cuánto se había insinuado al principio contra él; pero ahora su atención volvió a la explicación de las primeras alusiones, y escuchó una relación que, si no justificaba totalmente la amargura general de la señora Smith, mostraba que el señor Elliot había observado una conducta insensible hacia ella, falta de toda justicia y compasión.

Anne se enteró de que siguieron unidos como antes (la intimidad entre ellos no había disminuido después del matrimonio del señor Elliot), y que el señor Elliot incitaba a su amigo a gastar mucho más de lo que su fortuna le permitía. La señora Smith no quiso culparse a sí misma, y el amor a su marido le impedía culparle a él; pero Anne comprendió que sus rentas no soportaban el fausto en que habían vivido, y que desde el principio habían derrochado tanto el uno como el otro de manera general. Por lo que la esposa contaba de él, Anne dedujo que el señor Smith fue un hombre de carácter entusiasta, fácil de convencer, despreocupado y no muy inteligente, mucho más amable que su amigo, y muy distinto del señor Elliot... el cual le llevaba por donde quería, y probablemente le despreciaba. Al señor Elliot, en posesión de una gran fortuna gracias a su matrimonio, predispuesto a satisfacer el placer y la vanidad siempre que no le comprometieran (porque con todo su egoísmo se había vuelto muy prudente), y viendo que empezaba a ser rico al tiempo que su amigo empezaba a ser pobre, no parecían importarle lo más mínimo las finanzas de su amigo, sino que, al contrario, sugería y alentaba dispendios que sólo podían llevar a la ruina. Y los Smith se arruinaron.

El marido había fallecido sin llegar a enterarse de la situación. Previamente habían tenido dificultades suficientes para poner a prueba la amistad de sus amigos, y confirmar que era mejor no acudir al señor Elliot; pero fue a su muerte cuando se puso de manifiesto la situación desesperada de sus intereses. Con una confianza en estima atribuible más a su sentimiento que a su juicio, el señor Smith le había nombrado su albacea; pero el señor Elliot no quiso intervenir, y eran tales las dificultades y angustias que esta negativa acumularon sobre ella, además del inevitable dolor de su situación, que no podía contarlas sin la consiguiente indignación.

Enseñó a Anne algunas cartas suyas sobre el particular, en respuesta a las urgentes peticiones de la señora Smith, que revelaban la misma tajante decisión de no intervenir en un problema del que no podía sacar ningún provecho y —con fría cortesía— la misma insensible indiferencia ante los males que pudieran sobrevenirle a ella. Era un cuadro espantoso de ingratitude y falta de humanidad; y hubo momentos en que Anne pensó que ningún crimen flagrante habría podido ser peor. Tuvo que escuchar muchas cosas: la señora Smith se extendió ahora con natural abandono en detalles de situaciones penosas, de sufrimientos y más sufrimientos, a los que en anteriores conversaciones había aludido de pasada. Anne comprendió su inmenso alivio, y sólo le asombraba la habitual serenidad de espíritu de su amiga.

Había una circunstancia en la historia de sus desventuras que irritaba a la señora Smith de manera especial. Tenía motivos para creer que, mediante los trámites adecuados, podía recuperar cierta propiedad de su marido en las Indias Occidentales, la cual permanecía desde hacía años bajo una especie de embargo por falta de pago de sus gravámenes. Esta propiedad, aunque no grande, era suficiente para hacerla relativamente rica. Pero no había nadie que moviera el asunto. El señor Elliot no quería hacer nada, y ella no podía, incapacitada como la tenía su postración para ocuparse de nada, y sin recursos para contratar a quien lo hiciese por ella. No tenía parientes que la aconsejasen siquiera, y no podía pagarse los servicios de un abogado. Todo esto se traducía en un agravamiento. ¡Era muy duro saber que podía estar en mejor situación, que unas pequeñas gestiones en el lugar adecuado podían conseguirlo, y tener que vivir con el temor de que cuanto más tiempo pasaba más difícil era reclamar!

Era en este asunto en el que había esperado que Anne utilizara sus buenos oficios con el señor Elliot. Antes, imaginando que se iban a casar, había temido que este matrimonio obligara a Anne a romper con ella; pero al asegurarle que él no había hecho intento alguno al respecto, dado que ni siquiera sabía que ella estaba en Bath, en seguida se le ocurrió que podría hacer algo en su favor por mediación de la mujer que amaba, y al punto trató de interesar a Anne, en la medida en que permitiera el respeto al señor Elliot, cuando la negativa de Anne al hipotético matrimonio cambió el cariz del asunto; y aunque disipó sus recién concebidas esperanzas de lograr el objeto de su primera inquietud, le permitió al menos el consuelo de poder contarle lo

que ocurría.

Después de escuchar esta descripción tan completa del señor Elliot, Anne no pudo por menos de mostrar cierta sorpresa de que hubiera hablado tan favorablemente de él al principio de la conversación. «¡Había dado la impresión de que le recomendaba y le elogiaba!».

—Querida mía —fue la respuesta de la señora Smith—, no podía hacer otra cosa. Consideraba tan seguro vuestro matrimonio, aunque aún no te hubiera hecho una proposición formal, y que no podía contarte la verdad sobre él, como si fuera ya tu marido. Se me encogía el corazón al hablar de tu felicidad. De todos modos es sensible, es agradable; y con una mujer como tú, no era imposible que fueseis felices. Se portó muy mal con su primera esposa. Fueron desgraciados. Pero ella era demasiado ignorante y frívola para merecer respeto, y él nunca la quiso. Yo esperaba que a ti te fuera mejor.

Anne reconoció en su fuero interno la posibilidad que había existido de que se hubiera dejado persuadir para casarse con él, y se estremeció ante la idea de la desdicha que esto le habría acarreado. ¡Podía haberla convencido *lady* Russell! Y en ese supuesto, ¿cuál habría sido más desgraciada cuando, demasiado tarde, el tiempo lo hubiera revelado todo?

Convenía que *lady* Russell no siguiera engañada; y uno de los acuerdos de esta conferencia, que duró casi toda la mañana, fue que Anne debía gozar de plena libertad para informar a su amiga de toda la intriga del señor Elliot con relación a la señora Smith.



## XXII

Anne regresó a casa a meditar lo que había oído. En un aspecto, este conocimiento del señor Elliot la alivió. Ya no lo debía ningún afecto. Frente al capitán Wentworth, se alaba con toda la inoportunidad de su entrometimiento; y pensó con entereza y decisión en el peligro de sus atenciones de la noche anterior, en el daño irreparable que podía haberle causado. Dejó de tenerle compasión. Pero éste era el único alivio. En todos los demás aspectos, si miraba a su alrededor, o alzaba los ojos ante sí, veía más motivos de desconfianza y de temor. Le preocupaba la decepción y el dolor que sentiría *lady Russell*, la mortificación que se cernía sobre su padre y su hermana, y le abrumaba la multitud de males que preveía, sin saber cómo evitar ninguno. Estaba inmensamente agradecida por haber averiguado cómo era. No creía merecer ningún premio por no menospreciar a una vieja amiga como la señora Smith, pero ¡aquí le llegaba una recompensa! La señora Smith le había contado lo que nadie más habría podido contarle. ¡Ojalá calase esta información en su familia! Pero era inútil tal pensamiento. Debía hablar con *lady Russell*, contárselo, pedirle consejo, y una vez que hubiera hecho cuanto podía por su parte, esperar acontecimientos con la mayor serenidad de que fuera capaz; al fin y al cabo, su máxima inquietud provenía de lo que no podía confiar a *lady Russell*, en esa fuente de desasosiegos y temores que debía guardar para sí.

Al llegar a casa se enteró de que, efectivamente, se había librado de ver al señor Elliot, de que había pasado a hacerles una larga visita matinal; pero no había hecho más que alegrarse, y sentirse a salvo hasta la mañana siguiente, cuando le anunciaron que volvería por la tarde.

—No tenía la menor intención de invitarle —dijo Elizabeth con fingida indiferencia—; pero no ha parado de lanzar indirectas; al menos eso dice la señora Clay.

—Así es, desde luego. En mi vida he visto a nadie tan empeñado en que le inviten. ¡Pobre hombre! Me daba lástima; porque su insensible hermana, señorita Anne, parece inclinada a la crueldad.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth—, estoy demasiado acostumbrada a ese juego para ceder de buenas a primeras a las indirectas de un caballero. Sin embargo, al ver lo mucho que lamentaba no haber encontrado a mi padre esta mañana, he accedido en seguida, porque la verdad es que nunca dejo pasar la ocasión de que él y *sir Walter* se vean. ¡Me parece beneficioso para el uno y para el otro! ¡Se los ve tan a gusto! ¡Y el señor Elliot siente tanto respeto por nuestro padre!

—¡Una escena encantadora! —exclamó la señora Clay, sin atreverse, no obstante, a levantar los ojos hacia Anne—. ¡Exactamente como un padre y un hijo! Dígame, mi buena señorita Elliot, ¿puedo llamarlos padre e hijo?

—¡Oh! Yo no soy quién para prohibir a nadie que utilice los términos que le plazca. ¡Eso es ocurrencia suya! Pero le doy mi palabra de que sus atenciones tienen

para mí tanto valor como las de cualquiera.

—¡Mi querida señorita Elliot! —exclamó la señora Clay, alzando las manos y los ojos, y dejando el resto de su asombro en un oportuno silencio.

—Bueno, mi querida Penélope, no hace falta que te alarmes por él. Lo he invitado. Lo he despedido con sonrisas. Al enterarme de que mañana se va a pasar el día con sus amigos de Thornberry-park, me ha dado lástima.

Anne admiró la representación de la amiga, que de este modo era capaz de fingir alegría ante la perspectiva de que viniera la persona cuya presencia estorbaba su principal objetivo. Era imposible que la señora Clay no detestase tener delante al señor Elliot; sin embargo, adoptó una expresión de lo más serena y complacida, y aparentó contentarse con poder dedicarse a *sir* Walter sólo la mitad de lo que hubiera querido.

Para Anne fue muy violento ver entrar al señor Elliot en el salón, y muy penoso comprobar que se acercaba a ella y le dirigía la palabra. Antes había tenido la impresión de que no siempre era sincero, pero ahora veía falsedad en todo. Le resultaba odiosa la atenta deferencia a su padre, al recordar cómo había hablado de él antes; y cuando pensaba en su cruel comportamiento con la señora Smith, apenas podía soportar sus actuales sonrisas y su afabilidad, y oír sus fingidos buenos sentimientos. Se propuso evitar cualquier cambio de actitud que pudiera originar una protesta por su parte. Su objetivo era escapar a toda pregunta o manifestación de extrañeza; aunque su intención era mostrarse con toda la frialdad que le permitiera el parentesco, y desandar lo más discretamente posible los pocos pasos de innecesaria familiaridad que había ido dando poco a poco. Así que adoptó una actitud más precavida y más fría que la noche anterior.

Él quiso excitar de nuevo su curiosidad sobre cómo y dónde había oído hablar de ella hacía tiempo; quería disfrutar con las preguntas de ella. Pero se había roto el hechizo; descubrió que hacía falta el calor de un salón concurrido para que se encendiese la vanidad de su modesta prima; descubrió al menos que ahora no lo conseguía ninguno de sus intentos entre los requerimientos demasiado acaparadores de los demás. Poco sospechaba que cuanto hacía obraba precisamente contra sus intereses, y que hacía pensar a Anne en los aspectos de su conducta menos excusables.

Anne se alegró de oír que se iba a marchar de Bath a la mañana siguiente, que saldría temprano, y que estaría ausente dos días. Le invitaron a acudir otra vez a Camden-place la misma tarde de su regreso; pero estaría ausente del jueves al sábado por la tarde. No le hacía gracia a Anne tener una señora Clay delante a todas horas; pero que viniera a añadirse un hipócrita más grande aún le parecía que arruinaba toda paz y tranquilidad. ¡Era humillante pensar en el engaño constante de que hacía objeto a su padre y a Elizabeth, pensar en las diversas fuentes de mortificación que les preparaba! El egoísmo de la señora Clay no era tan complicado ni tan repugnante, y Anne se habría avenido inmediatamente a ese matrimonio, con todos sus males, con

tal de terminar con las maquinaciones del señor Elliot para tratar de impedirlo.

El viernes por la mañana pensó ir temprano a casa de *lady* Russell a comunicarle la debida información, y habría ido después de desayunar, de no ser porque la señora Clay también iba a salir para ahorrar a su hermana la molestia de un recado; así que decidió esperar a que se fuera para evitar su compañía. La vio alejarse, antes de comentar que pasaría la mañana en Rivers-street.

—Muy bien —dijo Elizabeth—, no tengo nada que mandarle, aparte de un cariñoso saludo. ¡Ah!, puedes llevarle ese libro aburridísimo que se empeñó en prestarme, y decirle que lo he leído. No puedo atormentarme constantemente con todos los nuevos poemas y estados de la nación que salen. *Lady* Russell aburre a cualquiera con sus nuevas publicaciones. No tienes por qué decírselo, pero el vestido que llevaba la otra noche era horroroso. Yo creía que tenía gusto en el vestir, pero en el concierto me daba vergüenza. ¡Qué aire más formal y *arrangé!* Dale un cariñoso saludo.

—Y de mi parte —añadió *sir* Walter—, muchos recuerdos. Y puedes decirle que pienso pasar a verla pronto. Díselo amablemente. Aunque pienso pasar sólo a dejar mi tarjeta. Las visitas matinales nunca son gratas para las mujeres de su edad, que a esas horas van muy poco arregladas. Si sólo usara colorete no tendría por qué temer que la vieran; pero la última vez que la visité me di cuenta de que bajaban las persianas inmediatamente.

Mientras hablaba su padre llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser? Anne, al recordar las visitas a todas horas del señor Elliot, habría pensado que era él, de no haber sido por el compromiso que tenía a once kilómetros. Tras los habituales segundos de suspenso, y el habitual rumor de pasos que se acercaban, anunciaron la llegada del señor Charles Musgrove y Mary.

Su aparición causó más sorpresa que otra cosa; pero Anne se alegró sinceramente de verlos; y los demás no se sintieron tan contrariados que no pudieran poner cara de relativa bienvenida. Y tan pronto como se hizo evidente que no llegaban con ánimo de alojarse en la casa, *sir* Walter y Elizabeth pudieron mostrar cordialidad y hacerles los honores de muy buen grado. Habían venido a Bath a pasar unos días con la madre de Charles, y se hospedaban en El ciervo blanco. Esto quedó claro muy pronto; pero hasta que *sir* Walter y Elizabeth no pasaron con Mary al otro salón para recrearse con las admiraciones de ésta, Anne no pudo sacarle a Charles el verdadero motivo de su venida, o una explicación de algunas alusiones que Mary había dejado caer sonriendo, así como de cierta aparente confusión sobre quiénes formaban el grupo.

Entonces averiguó que lo formaban, además de ellos dos, la señora Musgrove, Henrietta y el capitán Harville. Charles se lo explicó todo de manera clara y sencilla; explicación en la que Anne vio un comportamiento de lo más característico. El plan había surgido al comentar el capitán Harville que necesitaba ir a Bath para un asunto. Había empezado a hablar de ello hacía una semana; y por hacer algo, como se había terminado la temporada de caza, Charles le había propuesto acompañarle.

Y al parecer a la señora Harville le había gustado mucho la idea, porque consideró que le vendría muy bien a su marido; pero Mary no soportaba que la dejasen, y se había hecho tanto la mártir sobre el particular que todo quedó en el aire durante un día o dos. Pero después retomaron la idea los padres de Charles. Su madre tenía unas antiguas amigas en Bath a las que quería ver; pensaron que era una buena ocasión para que Henrietta comprase un vestido de novia para ella y otro para su hermana; total, que su madre acabó formando parte de la expedición, para que todo resultase cómodo y fácil para el capitán Harville. Y por acuerdo general, los incluyeron a él y a Mary. Habían llegado la noche anterior. La señora Harville, sus hijos y el capitán Benwick se habían quedado en Uppercross, con el señor Musgrove y Louisa.

La única sorpresa de Anne era que las cosas fueran tan adelantadas como para que se hablase del vestido de novia de Henrietta: había supuesto que surgirían tales dificultades económicas que harían muy difícil que la boda se celebrase en fecha temprana; pero se enteró por Charles de que hacía muy poco (después de que le escribiera Mary), un amigo había pedido a Charles Hayter que ocupase una plaza con objeto de reservarla para un joven que probablemente no podría reclamarla en muchos años; y con sus ingresos actuales, y la casi seguridad de conseguir algo más estable antes de que se cumpliera ese plazo, las dos familias habían dado su consentimiento a los jóvenes para que cumplieren su deseo, de manera que probablemente celebrarían la boda en espacio de pocos meses, tan pronto como Louisa...

—Y era una plaza muy cómoda —añadió Charles—: a sólo cuarenta kilómetros de Uppercross, y en un paisaje precioso... en una parte muy bonita de Dorsetshire: en el centro de uno de los mejores cotos del reino, rodeado de tres grandes propietarios, cada uno más cuidadoso y celoso que los demás; y para dos de los tres, al menos, Charles Hayter puede conseguir especial recomendación. Charles no le da a esa plaza el valor que debería —comentó—: es poco entusiasta de la caza. Es lo peor de él.

—Me alegro muchísimo —exclamó Anne—, muchísimo, de que sea así: y de que entre las dos hermanas, que se lo merecen igual, y siempre se han llevado bien, las gratas perspectivas de la una no oscurezcan las de la otra... de que vayan a disfrutar de igual prosperidad y bienestar. Espero que tus padres sean muy dichosos con las dos.

—¡Ah, sí! A mi padre le encantaría que los dos caballeros fueran más ricos; por lo demás, no les encuentran un solo defecto. Pagar el doble de dinero (dos hijas a un tiempo) no debe de ser muy agradable, y le hace ajustarse en muchas cosas. Pero no quiero decir que no tengan derecho. Es muy natural que reciban lo que les corresponde como hijas; y desde luego ha sido siempre un padre amable y liberal conmigo. A Mary no le gusta el futuro marido de Henrietta. Nunca le ha gustado. Pero no es justa con él, ni se ha parado a pensar en Winthrop. No puedo hacerle ver el valor de esa propiedad. Es bastante buen partido para los tiempos que corren; a mí

Charles Hayter me ha caído bien toda la vida, y no va a dejar de caerme bien ahora.

—Unos padres tan excelentes como el señor y la señora Musgrove —exclamó Anne— han de ser felices con el matrimonio de sus hijas. Hacen todo lo que pueden para darles la felicidad, estoy segura. ¡Qué ventura para los jóvenes estar en manos así! Tus padres carecen de esa ambición que acarrea tanta mala conducta y tanta infelicidad a los jóvenes y a los mayores. Supongo que Louisa se ha recuperado del todo, ¿no?

Charles contestó algo dubitativo:

—Sí, creo que sí... Se ha recuperado mucho; pero está cambiada; ya no corre, ni salta, ni ríe, ni baila; es completamente distinta. Si alguien da un portazo por casualidad, se asusta y le agita como un pollito en un charco de agua. Y Benwick se pasa el día sentado junto a ella leyéndole versos o hablándole en voz baja.

Anne no pudo evitar reírse.

—Ya sé que no va mucho con tu gusto —dijo—. Pero creo que es un joven excelente.

—Por supuesto que lo es. Nadie lo duda; y espero que no me consideres tan intransigente como para pretender que todos tengan los mismos intereses y gustos que yo. Estimo mucho a Benwick; y cuando uno consigue hacerle hablar, tiene muchas cosas que decir. Sus lecturas no le han perjudicado, porque además de leer ha combatido. Es valiente. El lunes pasado tuve ocasión de conocerle más a fondo. Tuvimos una buena batida de ratas toda la mañana en los grandes cobertizos de mi padre; cumplió tan bien que creo que desde entonces me gusta mucho más.

Aquí se interrumpieron ante la absoluta necesidad de que Charles acompañara a los otros a admirar los espejos y la porcelana; pero Anne había oído lo suficiente para hacerse idea de la situación actual en Uppercross, y alegrarse de la felicidad que reinaba; y aunque suspiraba a la vez que se alegraba, sus suspiros no los empañaba la envidia. Le habría gustado gozar también de esa dicha, pero no quería hacer menos la de ellos.

La visita transcurrió en una atmósfera de muy buen humor. Mary estaba muy animada, disfrutando de la alegría y el cambio; y estaba tan contenta con el viaje en el coche de cuatro caballos de su suegra, y con su completa independencia respecto a Camden-place, que parecía dispuesta a admirarlo todo como correspondía, y a celebrar todas las excelencias de la casa conforme se las detallaban. Nada tenía que reclamar a su padre o a su hermana, y su importancia se vio realizada con los salones suntuosos.

Elizabeth sufrió durante unos momentos. Se daba cuenta de que debía pedir a la señora Musgrove y cuantos la acompañaban que se quedasen a cenar con ellos, pero no soportaba que quienes habían estado siempre por debajo de los Elliot de Kellynch comprobasen la falta de lujo, la reducción de la servidumbre que una cena pondría de manifiesto. Dentro de ella luchaban la corrección y la vanidad. Pero se impuso la vanidad, y Elizabeth volvió a sentirse contenta. Su razonamiento fue el siguiente:

«Eso son ideas anticuadas, hospitalidad campesina; nosotros no tenemos por norma dar cenas; en Bath lo hacen pocos. *Lady* Alicia no lo hace nunca; ni siquiera invitó a la familia de su hermana, aunque estuvieron aquí un mes. Y quizá sea poco oportuno para la señora Musgrove; quizá le resulte fuera de lugar. Seguro que no vendría; no se siente a gusto con nosotros. Los invitaré a una velada; será mucho mejor; será una novedad y todo un regalo. Aún no han visto estos salones. Les encantará venir mañana por la noche. Será una fiesta familiar: pequeña, pero de lo más elegante». Y esto la dejó satisfecha; y cuando comunicó la invitación a los dos que estaban presentes, y prometió extenderla a los ausentes, Mary se sintió completamente feliz. Se le pidió especialmente que fuera para conocer al señor Elliot y ser presentada a *lady* Dalrymple y a la señorita Carteret, que afortunadamente habían prometido ya asistir; y no podía Mary haber recibido atención más halagadora. La señorita Elliot tendría el honor de pasar por casa de la señora Musgrove en el transcurso de la mañana, y Anne se fue a continuación con Charles y Mary a ver a Henrietta.

Anne tuvo que renunciar de momento a su plan de reunirse con *lady* Russell. Se detuvieron los tres un par de minutos en Rivers-street; pero Anne, convencida de que no tenía importancia aplazar para el día siguiente comunicarle la información que tenía pendiente, acudió presurosa a *El ciervo blanco* a reunirse con sus compañeros del otoño anterior con un afán que era fruto de muchos recuerdos.

Allí encontraron solas a la señora Musgrove y a su hija, que acogieron muy cariñosamente a Anne. Henrietta se hallaba exactamente en ese estado de perspectivas recién mejoradas, de felicidad acabada de descubrir que la hacía sentir estima e interés por quienes hasta ahora la habían tenido sin cuidado; y en cuanto a la señora Musgrove, Anne se había ganado su afecto con su diligencia en los momentos de angustia. Era una cordialidad, y un calor, y una sinceridad que encantaron a Anne cuanto más que echaba en falta estas bendiciones en su propia casa. Le suplicaron que se quedase con ellas todo el tiempo que pudiera, la invitaron a que fuese todos los días a pasar el día entero, o más bien la reclamaron como parte de la familia; y ella, en correspondencia, puso a disposición de las dos su atención y ayuda, como era natural en ella; y al marcharse Charles, escuchó de la señora Musgrove la historia de Louisa, y de Henrietta la suya propia, y dio a ambas su opinión sobre diversos asuntos, y su recomendación sobre tiendas, interrumpiéndose de vez en cuando para ayudar a Mary en lo que fuera, desde cambiarse la cinta hasta hacer las cuentas, desde buscar sus llaves y ordenar sus adornos hasta intentar convencerla de que nadie la daba de lado; de manera que Mary, entretenida como estaba junto a la ventana que dominaba la entrada al pabellón de hidroterapia, no podía por menos de tener sus momentos de ensoñación.

La mañana se preparaba bulliciosa. Cuando en un hotel se hospeda un grupo numeroso, están garantizados la agitación y el ajetreo. A los cinco minutos llegó una nota, a los cinco siguientes un paquete, y aún no hacía media hora que Anne estaba allí cuando el comedor, aunque amplio, pareció más que medio lleno: alrededor de la

señora Musgrove se había sentado un grupo de viejas amigas, y Charles regresó con el capitán Harville y el capitán Wentworth. La aparición de este último no pudo por menos de causar una sorpresa momentánea. Era imposible que Anne no hubiera comprendido que la llegada de amigos comunes haría inevitable que volvieran a verse. El último encuentro había sido importantísimo para averiguar los sentimientos de él; ese encuentro le había aportado una deliciosa convicción; pero, al ver su expresión, temió que aún abrigara la misma desafortunada convicción que le había impulsado a marcharse del concierto. Parecía que no deseaba acercarse a hablar con ella.

Anne trató de permanecer serena y dejar que las cosas siguieran su curso, y concentró su atención en el siguiente argumento de lógica deductiva: «Si sigue habiendo afecto en los dos, no tardarán en entenderse nuestros corazones. No somos niños para mostrarnos quisquillosos e irritables, ni para dejarnos llevar por cualquier inadvertencia momentánea, ni para jugar atolondradamente con nuestra felicidad». No obstante, unos minutos después, le pareció que estar juntos, en las actuales circunstancias, no podía sino exponerlos a inadvertencias y malentendidos de lo más perniciosos.

—Anne —exclamó Mary, todavía en la ventana—, ahí está la señora Clay, estoy segura, debajo de la columnata, con un caballero. Acabo de verles dar la vuelta a la esquina de Bath-street. Parecen enfrascados en una conversación. ¿Quién es él? Ven, y dímelo. ¡Dios mío! Ya me acuerdo: es el mismísimo señor Elliot.

—No —exclamó Anne con viveza—; no puede ser el señor Elliot, estoy segura. Tenía que irse a las nueve, y no vuelve hasta mañana.

Mientras hablaba, notó que el capitán Wentworth la estaba mirando; este descubrimiento la mortificó, la confundió, y le hizo lamentar haber hablado tanto, pese a no haber dicho nada en particular.

Mary, ofendida de que se diera por sentado que ella no conocía a su primo, empezó a hablar con calor de los rasgos de la familia, y a proclamar con más convicción que se trataba del señor Elliot, volviendo a llamar a Anne para que mirase. Pero Anne no tenía intención de moverse de donde estaba, y trataba de mostrarse indiferente. Sin embargo, le volvió el desasosiego al notar las sonrisas y miradas de inteligencia que intercambiaban dos o tres damas visitantes, como si creyesen estar en el secreto. Era evidente que había corrido el consabido rumor sobre ella; y hubo un breve silencio que pareció contribuir a que se extendiese aún más.

—Anda ven, Anne —gritó Mary—, ven a mirar por ti misma. Será demasiado tarde si no te das prisa. Se están despidiendo, se estrechan la mano. Ya se va él. ¡Conque no conozco al señor Elliot! Al parecer has olvidado lo de Lyme.

Para aplacar a Mary, y quizá para ocultar su propia confusión, Anne se acercó sin prisa a la ventana. Llegó a tiempo de comprobar que efectivamente era el señor Elliot (lo que no había creído en ningún momento), antes de que desapareciera en una dirección, mientras la señora Clay se alejaba en la otra; y reprimiendo la sorpresa que

no pudo por menos de sentir ante tal prueba de amistosa conversación entre dos personas de intereses absolutamente opuestos, dijo con toda tranquilidad:

—Sí, es el señor Elliot, desde luego. Supongo que habrá cambiado la hora de partida... o puede que me haya equivocado; no esperaba que estuviera aún por aquí —y regresó a su silla y se sentó tranquilamente con la esperanza de haberlo hecho bien.

Se despidieron las visitas; y Charles, después de acompañarlas cortésmente, y de hacerles una mueca, y de criticarlas por haber venido, empezó:

—Bueno, madre, he hecho por ti algo que te gustará: he pasado por el teatro y he comprado un palco para mañana por la noche. ¿No soy buen chico? Sé que te encanta el teatro; y habrá sitio para todos nosotros. Hay nueve asientos. He invitado al capitán Wentworth. Anne no lo sentirá si se une a nosotros, estoy seguro. A todos nos gusta el teatro. ¿He hecho bien?

Había empezado la señora Musgrove a manifestar de buen humor su disposición a ir si Henrietta y los demás querían, cuando la interrumpió Mary exclamando con vehemencia:

—¡Dios mío, Charles! ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así? ¿Coger un palco para mañana por la noche? ¿Has olvidado que hemos prometido ir a Camden-place mañana por la noche? ¿Y que nos lo han pedido de manera especial para presentarnos a *lady* Dalrymple y su hija, y al señor Elliot, los parientes más importantes de la familia? ¿Cómo puedes ser tan olvidadizo?

—¡Bah!, ¡bah! —replicó Charles—, ¿qué importancia tiene una velada? No vale la pena tenerla en cuenta. Si tu padre hubiera tenido interés en vernos habría podido invitarnos a cenar, me parece. Tú harás lo que quieras, pero yo voy a ir al teatro.

—¡Oh, Charles! ¡Te aseguro que serás odioso si lo haces, habiendo prometido ir!

—No, yo no he prometido nada. Yo sólo he sonreído, he hecho una inclinación de cabeza, y he pronunciado la palabra «feliz». Eso no es una promesa.

—Pero tienes que ir, Charles. Sería imperdonable faltar. Nos lo han pedido para las presentaciones. Siempre ha habido buena relación entre los Dalrymple y nosotros. Nunca ha ocurrido nada en ambas partes que no se haya anunciado inmediatamente. Sabes que somos parientes cercanos; ¡y está también el señor Elliot, al que deberías tener interés en conocer! Le debemos todas las atenciones al señor Elliot. Recuerda que es el heredero de mi padre... el futuro representante de la familia.

—No me hables de herederos y representantes —exclamó Charles—, yo no soy de los que vuelven la espalda al poder reinante para inclinarse ante un nuevo sol. Si no voy por tu padre, me parece escandaloso ir por su heredero. ¿Qué me importa a mí el señor Elliot?

Esta frase dicha con despreocupación fue un soplo de vida para Anne, que vio que el capitán Wentworth estaba atento, concentrado, mirando y escuchando con todo su ser, y que las últimas palabras hicieron desviar sus ojos inquisitivos de Charles a ella.

Charles y Mary siguieron así un rato: él defendiendo medio en serio medio en



broma el plan de ir al teatro; y ella, invariablemente seria, oponiéndose con toda energía, pero sin dejar de dar a entender que, aunque decidida a ir a Camden-place, consideraría una ofensa que fueran al teatro sin ella. La señora Musgrove terció en la disputa.

—Será mejor que lo aplacemos. Charles, es mejor que vuelvas y cambies el palco para el martes. Sería una lástima que nos dividiéramos, y perdiéramos a Anne también, si hay reunión en casa de su padre. Y estoy segura de que ni a Henrietta ni a mí nos gustará la obra si no viene con nosotros la señorita Anne.

Anne se sintió sinceramente complacida ante tal amabilidad; cuanto más que le brindó la oportunidad de decir categóricamente:

—Si de mí dependiera, señora, la reunión de casa (a no ser por Mary) no iba a suponer ningún obstáculo. No me seducen esa clase de reuniones, y me encantaría cambiarla por ir al teatro con usted. Aunque tal vez sea mejor no hacerlo.

Lo había dicho; pero estaba temblando al terminar, consciente de que habían sido oídas sus palabras; y no se atrevió siquiera a observar su efecto.

No tardaron en decidir todos que fuera el martes. A Charles sólo le quedó el privilegio de seguir metiéndose con su mujer, insistiendo en que iría él solo al teatro mañana, si nadie le acompañaba.

El capitán Wentworth se levantó y se dirigió a la chimenea; probablemente para abandonar ese sitio poco después y tomar asiento, menos descaradamente, junto a Anne.

—No lleva usted suficiente tiempo en Bath —dijo— para disfrutar de las veladas que suelen celebrarse aquí.

—¡Oh!, no. El carácter que suelen tener normalmente carece de atractivo para mí. No me gusta jugar a las cartas.

—Antes no le gustaban, lo sé. Nunca jugaba; pero el tiempo trae muchos cambios.

—Yo no he cambiado tanto —exclamó Anne, y calló, temiendo no sabía qué mala interpretación.

Tras esperar un momento, dijo él, como si fuese resultado de una súbita reflexión:

—¡Es mucho tiempo! ¡Ocho años y medio es mucho tiempo!

La imaginación de Anne dejó para una hora más tranquila meditar sobre si el capitán Wentworth habría seguido por esos derroteros; porque aún resonaban en su oído las palabras que acababa de pronunciar, cuando la sacó de su ensimismamiento Henrietta, deseosa de aprovechar ese momento de tranquilidad para salir, pidiendo a sus compañeros que no perdieran tiempo, no fuera que apareciese alguna otra visita.

No hubo más remedio que levantarse. Anne dijo que estaba dispuesta, y trató de parecerlo; pero pensó que si Henrietta hubiese tenido idea del dolor y la renuencia de su corazón al abandonar esa silla y disponerse a abandonar la habitación, habría encontrado en todo lo que sentía por su primo, en la misma seguridad de su afecto, motivos para compadecerla.

Pero de repente suspendieron los preparativos. Se oyeron ruidos alarmantes; se acercaban más visitas. Se abrió la puerta y aparecieron *sir* Walter y la señorita Elliot: entrada que causó un estremecimiento general. Anne experimentó una opresión momentánea; y a donde miró, notó síntomas de lo mismo. La animación, la libertad, la alegría, desaparecieron de la estancia, acalladas por una calma fría, un silencio decidido, o unas palabras anodinas para acoger la desalmada elegancia de su padre y su hermana. ¡Qué mortificante fue darse cuenta de que era así!

En un detalle se recreó su mirada celosa: los dos saludaron al capitán Wentworth, y Elizabeth más amablemente que la vez anterior. Incluso le dirigió la palabra una vez, y le miró más de una. De hecho, Elizabeth estaba cambiando considerablemente de actitud. Seguidamente vino la explicación. Tras perder unos minutos diciendo las oportunas naderías, Elizabeth anunció la invitación, que debía comprender a todos los amigos de los Musgrove:

—Mañana por la noche nos vamos a reunir unos amigos, no será una velada de etiqueta.

Lo dijo con gracia, y dejó sobre la mesa las tarjetas de las que venía provista («La señorita Elliot, en su casa») con una cortés sonrisa a todos; de manera especial, entregó una tarjeta al capitán Wentworth con una sonrisa. La verdad era que Elizabeth llevaba en Bath suficiente tiempo para comprender la importancia de un hombre con la personalidad y la gallardía del capitán Wentworth. No importaba el pasado. La realidad presente era que el capitán Wentworth haría muy buen papel en su salón. Y una vez entregada puntualmente esta invitación, se levantó *sir* Walter, y desaparecieron él y Elizabeth.

La interrupción había sido breve, aunque total; en cuanto se cerró la puerta tras ellos, la mayoría recobró la tranquilidad y la animación; pero no Anne. No podía dejar de pensar en la invitación que había presenciado, asombrada por el modo en que había sido recibida; un modo de dudoso significado: de sorpresa, más que de agradecimiento; de cortés agradecimiento, más que de aceptación. Anne le conocía; había leído el desdén en sus ojos, y no se atrevía a creer que estuviese decidido a aceptar el ofrecimiento, a modo de reparación por toda la insolencia pasada. Se sintió deprimida. Después de que se hubieran marchado, él seguía con la tarjeta en la mano, como deliberando todavía en su interior.

—¿Qué te parece?, ¡Elizabeth invitando a todo el mundo! —susurró Mary de manera audible—. ¡No me extraña que el capitán Wentworth esté encantado! Mírale, no se decide a soltar la tarjeta.

Anne vio su mirada, cómo se le encendían las mejillas y se le dibujaba en la boca una mueca momentánea de desdén, y se volvió para no ver ni oír nada que siguiera mortificándola.

Se separaron los reunidos. Los caballeros tenían sus asuntos, las damas continuaron con los suyos, y no volvieron a juntarse mientras Anne estuvo con ellas. Le pidieron con insistencia que volviese a comer y a pasar el resto del día con ellas;

pero estaba tan baja de ánimos que de momento no le apetecía otra cosa que volver a casa, donde tenía la seguridad de encontrar el silencio que deseaba.

Tras prometer estar con ellas toda la mañana siguiente, terminó las fatigas del día con una pesada caminata hasta Camden-place, donde pasó la tarde sobre todo escuchando los afanosos preparativos de Elizabeth y la señora Clay para la velada del día siguiente, la repetida lista de personas invitadas, y los detalles continuamente mejorados de los adornos que contribuirían a que fuera de las más elegantes de Bath, mientras se atormentaba en secreto con la interminable pregunta de si asistiría o no el capitán Wentworth. Los demás lo daban por seguro, pero a ella la corroía por dentro una inquietud que no la dejaba descansar cinco minutos seguidos. En general pensaba que asistiría, porque en general pensaba que no tenía más remedio; pero era un caso que no podía considerar de decidido deber o discreción, al punto de resistir la inevitable sugerencia de sentimientos muy opuestos.

Sólo despertó de las meditaciones en que la había sumido este inquieto desasosiego para contarle a la señora Clay que la habían visto con el señor Elliot tres horas después de suponerle lejos de Bath; porque tras esperar en vano que la propia dama hiciera alguna alusión al respecto, decidió mencionarlo ella misma; y le dio la impresión de que al rostro de la señora Clay asomaba como una expresión de culpa al oírlo. Fue transitoria; se disipó instantáneamente; pero a Anne le pareció leer en esa expresión la conciencia de que, por haberse complicado alguna estratagema común, o por despótica altanería de él, había tenido que escuchar (durante media hora quizá) sus reprimendas y límites a los propósitos de ella respecto a *sir* Walter. Sin embargo, exclamó, aparentando naturalidad con relativo éxito:

—¡Dios mío, es verdad! ¡Figúrese mi gran sorpresa, señorita Elliot, al encontrarme al señor Elliot en la calle! No volvía de mi asombro. Se dio la vuelta y me acompañó hasta el pabellón de hidroterapia. No había podido salir para Thornberry, aunque he olvidado por qué... iba con prisa y no le presté atención; sólo puedo decir que estaba decidido a no demorarse en su regreso. Quería saber a qué hora podía venir mañana. No paraba de hablar de «mañana»; y lo cierto es que yo no hago más que pensar en mañana también, desde que he vuelto a casa y me he enterado de todo el plan, y lo que ha ocurrido; de lo contrario, no se me habría ido tan por completo de la cabeza que le había visto.

## XXIII

Sólo había pasado un día desde la conversación de Anne con la señora Smith; pero ahora tenía un interés más absorbente: le preocupaba tan poco la conducta del señor Elliot —salvo sus repercusiones en determinada dirección— que consideró natural, a la mañana siguiente, aplazar otra vez su visita de explicación a Rivers-street. Había prometido estar con los Musgrove desde el desayuno a la comida. Había empeñado su palabra, de manera que la reputación del señor Elliot, como la cabeza de la sultana Scheherazade, podía vivir un día más.

Sin embargo, no pudo ser puntual. El tiempo era desapacible; lamentó la lluvia por sus amigos, y le dio mucho apuro tener que esperar largo rato antes de intentar salir. Cuando llegó a *El ciervo blanco*, y entró en el aposento, descubrió que ni llegaba a tiempo, ni era la primera en llegar. La señora Musgrove conversaba con la señora Croft y el capitán Harville con el capitán Wentworth, y se enteró de que Mary y Henrietta, demasiado impacientes para esperar, se habían ido en cuanto había dejado de llover, aunque no tardarían en volver, y que la señora Musgrove había recibido el riguroso encargo de retenerla hasta que regresasen. No tuvo más remedio que resignarse, sentarse, aparentar sosiego, y sumirse en una serie de inquietudes que no la abandonaron hasta poco antes de terminar la mañana. No hubo transición, ni pérdida de tiempo: se hundió instantáneamente en la felicidad de esa desventura, o en la desventura de esa felicidad. A los dos minutos de estar, dijo el capitán Wentworth:

—Podemos redactar esa carta ahora mismo, Harville, si me prestas las cosas de escribir.

Había un recado de escribir en una mesa apartada. Se dirigió allí, y casi de espaldas a todos, se enfrascó en la escritura.

La señora Musgrove estaba dándole cuenta a la señora Croft de todo lo referente al compromiso de su hija, en ese tono molesto de voz que resulta perfectamente audible, a la vez que fingía susurrar. Anne era consciente de que no formaba parte de la conversación; sin embargo, mientras el capitán Harville parecía absorto en sus pensamientos y poco propenso a hablar, no pudo evitar oír muchos detalles indiscretos: «cómo el señor Musgrove y mi hermano Hayter se habían reunido repetidas veces para hablar del asunto; qué dijo un día mi hermano, y lo que el señor Musgrove propuso al siguiente, y lo que se le ocurrió a mi hermana Hayter, y qué querían los jóvenes, y cómo dije yo al principio que no lo consentiría jamás, pero después llegué al convencimiento de que estaría muy bien», e infinidad de generosas confidencias por el estilo. Pequeñeces que, pese al gusto y la delicadeza con que la buena señora Musgrove sabía adornarlas, sólo podían interesar a las que intervenían en dicha conversación. La señora Croft escuchaba muy complacida; y cada vez que hablaba, lo hacía con gran sensibilidad. Anne deseó que los caballeros estuvieran demasiado absortos cada uno en lo suyo para oír nada.

—Resumiendo, señora —dijo la señora Musgrove con un susurro poderoso—:

que aunque hubiéramos querido otra cosa pensamos que no estaba bien seguir oponiéndonos; porque Charles Hayter estaba desesperado, y Henrietta andaba igual; así que hemos decidido que lo mejor es que se casen de una vez, y que se las arreglen como han hecho muchos antes que ellos. En definitiva, digo yo, es mejor que un largo noviazgo.

—Eso es precisamente lo que yo iba a decir —exclamó la señora Croft—. Para mí, es preferible que una joven pareja se establezca en seguida, aunque con pocos ingresos, y afronten alguna que otra dificultad, a mantener un largo noviazgo. Yo siempre he dicho que ningún...

—¡Ah, mi querida señora Croft! —exclamó la señora Musgrove, incapaz de dejarle terminar su discurso—, no hay nada que deteste más en los jóvenes que un largo noviazgo. Es lo que siempre les digo a mis hijos. Está muy bien, les suelo decir, que los jóvenes iniciéis unas relaciones si tenéis la seguridad de que vais a poder casaros en un plazo de seis meses, o incluso de doce; ¡pero mantener un largo noviazgo!

—Sí, mi querida señora —dijo la señora Croft—, o un noviazgo dudoso; un noviazgo que no se sabe lo que va a durar. Yo sostengo que empezar sin saber cuándo tendrán los medios para casarse usarse es arriesgado e imprudente, y creo que los padres deberían impedirlo con todas sus fuerzas.

Anne halló un inesperado motivo de interés aquí. Se dio cuenta de que era aplicable a ella y experimentó un nervioso estremecimiento por todo su ser. Y en el mismo instante en que desviaba los ojos instintivamente hacia la mesa alejada, la pluma del capitán Wentworth dejó de rasguear; alzó éste la cabeza para escuchar, y un instante después se volvió y lanzó una mirada, una mirada fugaz, consciente, hacia ella.

Las dos damas siguieron hablando, insistiendo en las mismas verdades aceptadas, y reforzándolas con ejemplos que habían tenido ocasión de observar sobre el pernicioso efecto de una práctica contraria; pero Anne no oía nada con claridad: sólo era un ronroneo de palabras en su oído. Tenía el cerebro confuso.

El capitán Harville, que en realidad no había oído nada, abandonó ahora su asiento y se dirigió a la ventana; y Anne, que pareció seguirle con la mirada, aunque tenía la mente ausente, se fue dando cuenta poco a poco de que le estaba sugiriendo que se acercara a donde estaba él. La miró con una sonrisa, e hizo un leve movimiento de cabeza que quería decir: «Venga conmigo, tengo algo que decirle»; su actitud amable y natural, que denotaba sentimientos propios de una amistad más antigua que la que realmente existía entre ellos, reforzaba la invitación. Se levantó y fue a su lado. La ventana en cuestión estaba en el extremo opuesto al que se encontraban las damas, y próxima, aunque no mucho, a la mesa del capitán Wentworth. Al llegar junto al capitán Harville, el rostro de éste volvió a adoptar la expresión seria, reflexiva, que parecía característica en él.

—Mire —dijo, abriendo un paquete que tenía en la mano y enseñándole un

retrato en miniatura—: ¿sabe quién es?

—Claro, el capitán Benwick.

—Sí; y quizá adivine para quién es. Pero —en voz baja— no estaba destinado a ella, señorita Elliot. ¿Recuerda nuestro paseo en Lyme, y cómo le compadecimos? Poco imaginaba yo entonces... Pero no importa. Fue pintado en el Cabo. Conoció allí a un joven e inteligente artista alemán, y cumpliendo una promesa a mi pobre hermana, posó para él, y lo trajo para regalárselo. ¡Y ahora tengo el encargo de prepararlo convenientemente para otra! ¡Pedirme eso a mí! Aunque ¿a quién si no? Espero poderlo hacer. A decir verdad, no siento que vaya a parar a otra. Está... —añadió, mirando hacia el capitán Wentworth—, está escribiendo una carta sobre el particular. —Y, con labios temblorosos, envolvió el cuadrito y añadió—: ¡Pobre Fanny! ¡Ella no le habría olvidado tan pronto!

—Seguro —contestó Anne en voz baja y emocionada—. Eso lo creo fácilmente.

—No habría sido propio de ella. Le adoraba.

—No es propio de ninguna mujer que ame sinceramente.

El capitán Harville sonrió al decir:

—¿Considera usted eso exclusivo de su sexo?

Y Anne contestó a la pregunta sonriendo también:

—Desde luego. Nosotras no los olvidamos tan pronto como ustedes a nosotras. Tal vez es nuestro destino, nuestro sino, más que nuestro mérito. No lo podemos evitar. Vivimos recluidas en casa, calladas, y los sentimientos se apoderan de nosotras. Ustedes están obligados a luchar. Tienen siempre una profesión, unos intereses, un negocio, sea de la clase que sea, que los devuelve al mundo en seguida; y la ocupación y el estar constantemente ajetreado y yendo de aquí para allá debilita pronto las impresiones.

—Aun admitiendo su teoría de que el mundo ejerce tan pronto ese poder en el hombre, cosa que creo que no debo aceptar, no es aplicable al capitán Benwick. Él no ha estado obligado a ningún esfuerzo. La paz le trajo a tierra desde el primer momento, y desde entonces ha estado viviendo con nosotros, en nuestro círculo familiar.

—Cierto —dijo Anne—, muy cierto; no me acordaba. Pero ¿qué podemos decir ahora, capitán Harville? Si el cambio no se debe a circunstancias externas, se deberá a circunstancias internas; será la naturaleza, la naturaleza del hombre, la que ha actuado por el capitán Benwick.

—No, no; no es la naturaleza del hombre. No acepto que la naturaleza del hombre sea más inconstante y olvidadiza de los seres que ama, o ha amado, que la de la mujer. Yo creo que es al revés. Yo creo que hay una correspondencia entre nuestra persona física y nuestra mente; y que así como nuestro cuerpo es más fuerte, nuestros sentimientos son más fuertes también, capaces de soportar las pruebas más duras, y capear el temporal más riguroso.

—Puede que sus sentimientos sean más fuertes —replicó Anne—, pero la misma

analogía me autoriza a afirmar que los nuestros son más tiernos. El hombre es más fuerte que la mujer, pero no tiene una vida tan larga como la mujer; lo que explica exactamente mi idea de la naturaleza de sus afectos. Más aún, sería demasiado arduo para ustedes, si fuese de otro modo. Ustedes tienen que afrontar bastantes penalidades y privaciones y riesgos. Están constantemente esforzándose y trabajando, expuestos a todas las fatigas y peligros. Tienen que dejar el hogar, el país, los amigos. Ni el tiempo, ni la salud, ni la vida puede decirse que son suyos. Sería muy duro —con voz temblorosa— que a todo eso se sumaran unos sentimientos de mujer.

—Nunca nos pondremos de acuerdo en esto... —había empezado a decir el capitán Harville, cuando un ligero ruido los hizo volverse hacia la parte de la habitación hasta ahora en silencio, donde estaba el capitán Wentworth. Sólo era que se le había caído la pluma. Pero Anne se sobresaltó al descubrirle más cerca de lo que suponía, y medio sospechó que la pluma se le había caído porque había estado tratando de escuchar lo que decían, aunque no creía que hubiera sido mucho.

—¿Has terminado la carta? —dijo el capitán Harville.

—No del todo; me faltan unas líneas. Acabo en cinco minutos.

—Por mi parte no hay prisa. En cuanto termines, estoy listo. Me encuentro en buen fondeadero, aquí —sonriendo a Anne—, bien pertrechado y sin ninguna falta. No hay prisa en recibir señales. Pues bien, señorita Elliot —bajando la voz—, como iba diciendo, creo que nunca nos pondremos de acuerdo sobre ese punto. Ni es probable que se pongan de acuerdo un hombre y una mujer. Pero permítame que le diga que la historia, y la literatura, sea en prosa o en verso, están contra usted. Si yo tuviese la memoria de Benwick, aportaría docenas de citas en apoyo de mi tesis. Creo que no he abierto un libro en mi vida que no contenga algún pasaje sobre la inconstancia femenina. Las canciones y los proverbios hablan por igual de la veleidad de las mujeres. Pero tal vez, dirá usted, porque los han escrito los hombres.

—Tal vez, desde luego. Así que, por favor, no me ponga ejemplos de los libros. Los hombres han tenido toda clase de ventajas sobre nosotras a la hora de contar su historia. Su educación ha sido siempre muy superior; la pluma ha estado en sus manos. No acepto que los libros prueben nada.

—Entonces, ¿cómo podemos probar una cosa?

—No podemos. No podemos esperar probar nada en ese terreno. Es una diferencia de opinión que no admite pruebas, unos y otros empezamos probablemente con cierta predisposición a favor de nuestro propio sexo; y partiendo de esa predisposición, reunimos todos los ejemplos favorables que se han dado dentro de nuestro círculo, muchos de los cuales (quizá los casos que más nos impresionan) puede que sean precisamente los que no se pueden exponer sin traicionar una confianza, o sin decir algo que no debería decirse.

—¡Ah —exclamó el capitán Harville en un tono de gran sentimiento—, ojalá pudiera hacerle comprender lo que sufre un hombre cuando mira por última vez a su esposa y sus hijos, y se queda observando el bote en el que los envía a tierra hasta que

lo pierde de vista, y luego da media vuelta y dice: «Sabe Dios cuándo estaremos juntos otra vez»! ¡Y ojalá pudiera transmitirle cómo se le ilumina el alma cuando los vuelve a ver; cuando, al regresar, tras una ausencia de un año quizá, y obligado a desembarcar en otro puerto, calcula lo que tardará en tenerlos, tratando de engañarse a sí mismo, y diciéndose: «no estarán aquí hasta tal día», pero esperando todo el tiempo que lleguen doce horas antes, los ve al fin, como si el Cielo les hubiese dado alas, con mucha más antelación! ¡Ojalá pudiera hacerle sentir eso, y todo lo que un hombre puede soportar y hacer, y las glorias que puede emprender, por esos tesoros de su vida! ¡Sólo hablo, desde luego, de hombres con corazón! —apretándose el suyo emocionado.

—¡Oh —exclamó Anne con vehemencia—, espero ser justa con todo lo que siente usted y con los que son como usted! Dios me libre de subestimar los fieles y cálidos sentimientos de ninguno de mis semejantes. Merecería el más absoluto desprecio si me atreviera a suponer que la constancia y el cariño sincero son patrimonio exclusivo de la mujer. No; le creo capaz de todo cuanto hay de grande y bueno en su vida matrimonial. Le creo capaz de cualquier sacrificio, y de toda la resignación doméstica, mientras tenga un objeto, si me permite la expresión. Quiero decir, mientras viva la mujer a la que ama, y viva por usted. Todo el privilegio que yo reclamo para mi sexo (no es muy envidiable, no tiene por qué codiciarlo) es el de tener un amor más duradero, una vez perdida la existencia o la esperanza.

No habría podido añadir una palabra más en ese momento: tenía el corazón demasiado agobiado, el aliento demasiado oprimido.

—Es usted un alma bendita —exclamó el capitán Harville posando afectuosamente una mano en el brazo de ella—. No puedo discutir con usted. Y cuando pienso en Benwick, se me paraliza la garganta.

Se volvieron hacia los demás: la señora Croft se estaba despidiendo.

—Bien, Frederick, tú y yo nos separamos aquí, creo —dijo—. Yo me voy a casa, y tú tienes un compromiso con tu amigo. Puede que nos veamos otra vez en la velada de ustedes —dirigiéndose a Anne—. Ayer recibimos la invitación de su hermana, y tengo entendido que Frederick la ha recibido también, aunque no se la he visto... Tú estás libre de compromisos igual que nosotros, ¿no, Frederick?

El capitán Wentworth estaba doblando la carta apresuradamente, y o no pudo o no quiso contestar a todo.

—Sí —dijo—, aquí nos separamos; pero Harville y yo saldremos después de ti; es decir, Harville, si estás preparado. Yo termino en medio minuto. Sé que lo estás deseando. Estaré a tu disposición en medio minuto.

Los dejó la señora Croft, y el capitán Wentworth, tras sellar rápidamente la carta, estuvo efectivamente dispuesto; incluso parecía impaciente y nervioso, a juzgar por la prisa que tenía en marcharse. Anne no sabía cómo interpretarlo. El capitán Harville se despidió con un amable «Buenos días, Dios la bendiga»; de él, en cambio, no recibió una palabra ni una mirada. ¡Y al salir pasó junto a ella sin volverse siquiera!



Sólo había tenido tiempo Anne de acercarse a la mesa donde había estado escribiendo, cuando oyó ruido de pasos que «pesaban». Se abrió la puerta; era él. Pidió perdón, pero había olvidado los guantes; se dirigió a la mesa que le había servido de escritorio y, de espaldas a la señora Musgrove, sacó una carta de debajo del papel esparcido, la colocó delante de Anne y la miró un segundo con ojos suplicantes. Y cogiendo los guantes apresuradamente, salió de la habitación casi antes de que la señora Musgrove se percatase de que había estado allí... ¡Tan instantáneo fue!

Es imposible describir la revolución que este instante produjo en Anne. Esta carta, con la dirección apenas legible: «A la señorita A. E.», era la que evidentemente había estado doblando a toda prisa. ¡Mientras ella creía que escribía sólo al capitán Benwick, le había estado escribiendo a ella! ¡Del contenido de esta carta dependía todo cuanto este mundo podía significar para ella! ¡Todo era posible, todo era capaz de soportarlo, salvo la incertidumbre! La señora Musgrove estaba distraída con la labor que tenía sobre la mesa; así que debía confiar en esa protección. Y sentándose en la silla donde había estado sentado él, ocupando el sitio donde él había estado escribiendo, sus ojos devoraron las siguientes palabras:

No puedo seguir escuchando en silencio. Debo hablarle con los medios que tengo a mi alcance. Lo que dice me traspasa el alma. Vivo mitad en la agonía, mitad en la esperanza. No me diga que llego demasiado tarde, que se han perdido esos preciosos sentimientos para siempre. Le ofrezco mi ser otra vez con el corazón más rendido que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio. No diga que el hombre olvida antes que la mujer, que su amor muere más pronto. Puedo haber sido injusto, he sido rencoroso y débil; pero jamás inconstante. Sólo usted es el motivo de que yo haya venido a Bath. Sólo por usted pienso y hago proyectos. ¿Acaso no lo ve? ¿No ha comprendido mis deseos? No habría esperado siquiera estos diez días, de haber sabido cuáles eran sus sentimientos, como creo que debe usted de haber adivinado los míos. Apenas puedo escribir; a cada instante oigo algo que me anonada. Noto que baja la voz, pero sé distinguir esos acentos que se perderían para otros. ¡Dulce y angelical criatura! Veo que nos hace justicia. Crea que existe la constancia y el amor verdadero entre los hombres. Crea que son muy fervientes, muy constantes en

F. W.

Debo irme sin conocer mi destino; pero volveré aquí, o acudiré a su velada, en cuanto me sea posible. Una palabra, una mirada serán suficientes para decidir si puedo entrar en casa de su padre esta noche, o nunca.

No era una carta como para recobrase en seguida. Media hora de soledad y reflexión la habría tranquilizado; pero los diez minutos que transcurrieron antes de que la interrumpieran, debido a las limitaciones de su situación, no consiguieron

devolverle el sosiego. Cada momento le traía un nuevo motivo de inquietud. Era una dicha que la ahogaba. Y antes de que superase los primeros momentos de intensa emoción llegaron Charles, Mary y Henrietta.

La absoluta necesidad de aparentar sosiego le supuso ahora una inmediata lucha interior; pero al cabo de un rato no pudo más. Empezó a no comprender una palabra de lo que decían, y se vio obligada a decir que se sentía indispuesta y a disculparse. Entonces se dieron cuenta de que estaba muy pálida, y se alarmaron, y dijeron que no la dejarían por nada. ¡Era horrible! De haberse ido todos, de haberla dejado dueña absoluta de la habitación, habría podido recobrase; pero tenerlos atendiéndola, o de pie a su alrededor era mareante. Así que, desesperada, dijo que se iba a casa.

—Claro que sí, querida —exclamó la señora Musgrove—, váyase a casa ahora mismo y cuídese para estar bien esta noche. Ojalá estuviera aquí Sarah para que le recetase algo; yo no entiendo. Charles, toca la campanilla y di que llamen un coche, no debe irse a pie.

Pero no podía aceptar el coche. ¡Sería peor! No soportaba la idea de perder la posibilidad de hablar dos palabras con el capitán Wentworth (porque estaba segura de encontrarse con él) durante el trayecto tranquilo y solitario a la ciudad. Rechazó el coche con energía. Y la señora Musgrove, que sólo pensaba en una clase de mal, tras asegurarse, con cierta ansiedad, de que Anne no había tenido ninguna caída, de que no había resbalado y se había golpeado la cabeza, de que estaba segura de no haber recibido contusión alguna, pudo despedirla tranquila, y confiar en encontrarla mejor por la noche.

Deseosa de afianzar toda precaución posible, Anne hizo un esfuerzo y dijo:

—Temo, señora, que no haya quedado muy claro. Por favor, recuerde a los otros caballeros que esperamos verlos en la velada de esta noche. Temo que haya algún malentendido, y quisiera hacer saber especialmente al capitán Harville y al capitán Wentworth que esperamos verlos.

—¡Oh, querida, eso ha quedado completamente claro, le doy mi palabra! El capitán Harville no piensa más que en ir.

—¿Usted cree? ¡Yo no estoy muy segura, y lo sentiría muchísimo! ¿Me promete recordárselo cuando los vea? Sin duda los volverá a ver esta mañana. Prométamelo.

—Por supuesto, si ése es su deseo. Charles, si te tropiezas con el capitán Harville, recuerda darle el recado de la señorita Anne. Pero no tiene por qué inquietarse, querida. El capitán Harville mantendrá su promesa, respondo de ello; y lo mismo el capitán Wentworth, me parece.

Anne no podía hacer más; pero el corazón le auguraba que algún Infortunio empañaría la plenitud de su dicha. Aunque no sería duradero. Incluso en el caso de que no acudiera a Camden-place, tenía la posibilidad de mandarle alguna clase de recado por medio del capitán Harville.

Otro fastidio momentáneo surgió. Charles, llevado de su sincera preocupación y amabilidad, se empeñó en acompañarla; no hubo forma de disuadirle. ¡Su insistencia

era casi cruel! Y Anne no fue capaz de mostrarse desagradecida durante mucho rato: para darle escolta, Charles sacrificaba una cita que tenía con un armero; así que se fue con él, aparentando agradecimiento.

Iban por Union-street cuando unos pasos más rápidos detrás, y una voz familiar, dieron a Anne dos segundos de tiempo para ver al capitán Wentworth. Los alcanzó; pero no sabiendo si acompañarlos o seguir su camino, no dijo nada, sólo miró. Anne pudo dominarse lo suficiente como para acoger esa mirada, y no con desagrado. Se encendieron sus mejillas antes pálidas, y sus movimientos antes vacilantes se volvieron ahora decididos. El capitán Wentworth echó a andar a su lado. Y a continuación, como ocurriéndosele de pronto, dijo Charles:

—Capitán Wentworth, ¿qué camino lleva? ¿Se dirige a Gay-street o va más allá?

—No sé —replicó el capitán Wentworth, cogido por sorpresa.

—¿Va hasta Belmont? ¿O cerca de Camden-place? Porque si es así, no tendría reparo en pedirle que me sustituya, y dé el brazo a Anne hasta casa de su padre. Se encuentra bastante cansada esta mañana y no debe andar sola. Yo tengo que ir a hablar con ese hombre de la plaza del mercado. Prometió enseñarme una magnífica escopeta que va a enviar; dijo que no la empaquetaría hasta última hora para que pudiera verla yo; pero si no voy ahora, no tendré ocasión. Por lo que dice, es como la mía de doble cañón y segundo calibre, la que usó usted el día de Winthorp.

No puso objeción. Sólo mostró una correcta diligencia, una solícita disposición de cara al exterior; mientras refrenaba sonrisas y bailaba de gozo por dentro. Medio minuto después Charles se hallaba otra vez abajo, al principio de Union-street; mientras, los otros dos siguieron el camino juntos, y no tardaron en decidir dirigirse al relativamente tranquilo y apartado paseo de grava, donde la posibilidad de conversar a sus anchas haría de esta hora una verdadera bendición, y la inmortalizaría con los más felices recuerdos que sus vidas futuras podrían concederse. Allí volvieron a intercambiar los sentimientos y promesas que en otro tiempo parecieron garantizar toda la felicidad del mundo, pero que fueron seguidos de muchos, muchos años de separación y alejamiento. Allí volvieron al pasado, más intensamente felices quizá con esta nueva unión que cuando hicieron planes al principio; más tiernos, los dos con un conocimiento más seguro y más firme del carácter, la sinceridad y el afecto del otro; con más fuerzas para actuar, y más justificados para tomar medidas. Y allí, mientras subían despacio, ajenos a la gente con la que se cruzaban, sin ver a los políticos que paseaban, a las amas de casa que marchaban presurosas, a las muchachas que coqueteaban, ni a las niñeras con los pequeñuelos, se dedicaron a evocar esos recuerdos y confesiones, y en especial esas explicaciones de lo que acababa de preceder a este momento, que tan inmenso e incesante interés poseían. Comentaron todos los sucesos de la última semana; en cuanto a los de ese mismo día y del anterior, no había modo de poner fin.

Anne no se había equivocado: la dilación, la duda, la tortura habían tenido su causa en los celos que el señor Elliot le había inspirado. Había empezado a sentirlos

desde el mismo momento en que la vio por primera vez en Bath; le habían vuelto, tras un breve paréntesis, para estropearle el concierto; y habían influido en todo lo que había dicho y hecho, o dejado de decir y hacer, durante las últimas veinticuatro horas. Poco a poco, habían ido cediendo ante las esperanzas que el semblante de ella, o sus palabras y acciones, le infundían de vez en cuando; finalmente, el sentimiento de lo que había alcanzado a oír cuando estuvo hablando con el capitán Harville se los había disipado. E impulsado de manera irresistible por esas esperanzas, había cogido una hoja de papel y había vertido en ella sus propios sentimientos.

No se retractó de nada ni matizó nada de cuanto había puesto en la carta. Insistió en que no había amado a nadie más que a ella. Nadie había ocupado nunca su lugar. No creía haber visto siquiera una mujer como ella. A decir verdad, debía reconocer incluso que, de manera inconsciente y hasta involuntaria, le había sido fiel; que había tratado de olvidarla, y creyó haberlo conseguido. Se había imaginado indiferente, cuando en realidad se sentía enfadado; y había sido injusto con los méritos de ella porque éstos eran la causa de su sufrimiento. Ahora estaba convencido de que su carácter era la perfección misma, formado con la más deliciosa dosis de fortaleza y dulzura; pero no podía por menos de reconocer que sólo en Uppercross había aprendido a hacerle justicia, y sólo en Lyme había empezado a comprenderse a sí mismo.

En Lyme había recibido más de una lección. La admiración fugaz del señor Elliot al pasar, al menos, le había hecho reaccionar, y lo ocurrido en el Cobb y en casa del capitán Harville habían puesto de relieve la superioridad de ella.

Sobre sus anteriores intentos de enamorarse de Louisa Musgrove (intentos de orgullo herido), declaró que en todo momento había tenido conciencia de que era imposible. Que no le gustaba, no podía gustarle Louisa; aunque hasta hoy, hasta que había dispuesto de sosiego para reflexionar, no había comprendido las excelentes cualidades espirituales a las que mal se podían comparar las de Louisa, ni el total e inigualable ascendiente que poseían sobre él. Allí había aprendido a distinguir entre la terquedad y la firmeza de principios, entre la osadía del atolondramiento y la resolución de un espíritu sereno. Allí había visto cómo todo enaltecía en su estima a la mujer que había perdido, y allí había empezado a lamentar el orgullo, la insensatez, la locura del resentimiento que le habían impedido intentar recuperarla cuando se cruzó en su camino.

De entonces a hoy, su penitencia había sido de lo más severa. No bien se liberó del horror y del remordimiento que acompañaron a los días del accidente de Louisa, no bien empezó a sentirse vivo otra vez, empezó a comprender que, aunque estaba vivo, no era libre.

—¡Descubrí —dijo— que Harville me consideraba comprometido! Que ni él ni su esposa abrigaban ninguna duda sobre nuestro mutuo afecto. Me sobresalté y me alarmé. De algún modo, logré desechar inmediatamente tal idea; pero cuando me puse a pensar que quizá otros podían pensar lo mismo (su familia, quizá, más que ella

misma), dejé de ser dueño de mí mismo. Por honor sería de ella si era ése su deseo. Había sido imprudente. No había pensado seriamente en este asunto. No había tenido en cuenta que mi excesiva familiaridad podría traerme consecuencias no deseables en muchos aspectos; y que no tenía derecho a andar probando a ver si me enamoraba de una u otra joven, a riesgo de dar pie a rumores desagradables, si es que no me acarrearba efectos peores. Había cometido un enorme error y debía asumir las consecuencias.

En resumen, descubrió demasiado tarde que él mismo se había metido en un lío, y que precisamente cuando llegó al convencimiento de que no amaba a Louisa debía considerarse atado a ella, si sus sentimientos hacia él eran los que los Harville suponían. Esto le decidió a abandonar Lyme, y esperar lejos de allí a que se recuperara por completo. Estaba dispuesto a disipar honradamente los sentimientos y especulaciones que existiesen sobre él; así que se marchó a casa de su hermano, con idea de regresar a Kellynch algún tiempo después, y proceder según dictaran las circunstancias.

—Estuve seis semanas con Edward —dijo—, y le encontré muy feliz. No podía haber mayor alegría para mí. Ni merecía ninguna otra. Me preguntó muy especialmente por usted; me pregunto incluso si había cambiado. Poco imaginaba él que a mis ojos no cambiaría nunca.

Anne sonrió, y no dijo nada. Era un halago demasiado agradable para reprochárselo. Es muy importante para una mujer de veintiocho años que se le asegure que no ha perdido un solo encanto de su anterior juventud; pero el valor de tal homenaje aumentó indeciblemente para Anne al compararlo con sus antiguas palabras, y comprender que eran el efecto, no la causa, de una renovación de sus cálidos sentimientos.

Había permanecido en Shropshire, lamentando la ceguera de su propio orgullo y los errores de sus propios cálculos, hasta que le vino a liberar Louisa con la asombrosa y feliz noticia de su compromiso con Benwick.

—Ahí terminó mi penosa situación —dijo—, porque ahora podría emprender al menos el camino de la felicidad, podría luchar, podría hacer algo. Esperar durante tanto tiempo, permanecer en la inacción presagiando lo peor, había sido espantoso. Y cinco minutos después me dije: «El miércoles me voy a Bath»; y me vine. ¿Era un disparate pensar que valía la pena venir? ¿Y llegar con alguna esperanza? Usted no estaba comprometida. Cabía la posibilidad de que aún conservara los sentimientos del pasado como yo; y una lucecita de esperanza sí tenía. No dudaba que la amarían y la pretenderían otros, pero sabía con certeza que había rechazado a un hombre con más méritos que yo: y no podía por menos de decirme a menudo: «¿Lo habrá hecho por mí?».

Su primer encuentro en Milsom-street les dio mucho tema de conversación, pero el concierto les proporcionó aún más. Esa noche parecía constelada de momentos exquisitos. Se demoraron en el momento en que entró en el salón octogonal y se

adelantó ella a hablarle, en el momento en que apareció el señor Elliot y la apartó de su lado, y en uno o dos momentos subsiguientes marcados por el renacer de la esperanza y el desaliento.

—¡Verla —exclamó— en medio de quienes no me querían bien; ver a su primo junto a usted, conversando y sonriendo, y comprender lo horriblemente oportuna y conveniente que era esa unión! ¡Saber que la deseaban todas las personas con algún ascendiente sobre usted! ¡Incluso, si sus propios sentimientos eran de rechazo o de indiferencia, considerar qué poderosos apoyos tendría él! ¿No era eso suficiente para hacer de mí el imbécil que parecía? ¿Cómo podía pensar en estas cosas sin angustia? ¿No estaba su amiga, sentada detrás de usted, no estaba el recuerdo de lo que había hecho, la conciencia de su influencia, la huella imborrable de la persuasión que en otro tiempo había sabido ejercer, no estaba todo eso en contra mía?

—Debía haber sabido diferenciar —replicó Anne—. No debía haber recelado de mí ahora; porque el caso era muy distinto, y mi edad muy distinta. Si hice mal una vez dejándome persuadir, recuerde que fue para guardarme, no para exponerme. Al someterme, pensé que lo hacía al deber; pero ningún deber podía invocarse ahora. Casándome con un hombre que me era indiferente, me habría expuesto a toda clase de riesgos y habría violado todos los deberes.

—Quizá debía haberme hecho ese razonamiento —replicó él—; pero no pude. No podía valerme de lo último que había observado de su carácter. No podía recurrir a ese conocimiento: lo tenía enterrado, hundido, sumergido en aquellos sentimientos anteriores que me habían estado lacerando año tras año. Sólo podía pensar que era una mujer que se había rendido, que me había abandonado, que se había dejado influir por cualquiera antes que por mí. La veía con la misma persona que la había guiado en ese año de desventura. No encontraba ningún motivo para creer que tuviera ahora menos autoridad sobre usted. Y había que añadir la fuerza de la costumbre.

—Creo —dijo Anne— que mi actitud hacia usted podía haberle ahorrado muchos sinsabores.

—¡No, no! Su actitud sólo podía deberse a la tranquilidad que le daba su compromiso con otro hombre. Me fui con ese convencimiento. Sin embargo... estaba decidido a volverla a ver. Por la mañana recobré el ánimo, y pensé que aún tenía sentido permanecer aquí.

Por fin llegó Anne a su casa, más feliz de lo que ninguno de los de dentro podía imaginar. Disipadas con esta conversación todas las sorpresas, incertidumbres y zozobras de la mañana, entró en casa tan dichosa que la asaltó el temor de que fuera imposible que durara. Unos momentos de grata y seria meditación era el mejor modo de alejar toda sombra de peligro de esa agitada felicidad; así que fue a su habitación y se sintió más firme y decididamente agradecida por su felicidad.

Llegó la noche, encendieron las luces de los salones, y se reunieron los invitados. Sólo era una recepción de tarjetas, sólo era una mezcla de personas que no se habían visto nunca y personas que se veían demasiado, lo que planteó un problema muy

normal: era demasiada gente para que hubiera intimidad, y demasiado poca para que hubiera variedad; en cuanto a Anne, jamás encontró más corta una velada. Radiante y encendida de dicha y sensibilidad, y más generalmente admirada de lo que ella creía o le importaba, mostraba jovialidad e indulgencia hacia cuantos la rodeaban. El señor Elliot estaba presente: le evitaba, aunque le compadecía. Los Wallis: se divirtió oyendo lo que contaban. *Lady Dalrymple* y la señorita Carteret: pronto le serían indiferentes. No le importó la señora Clay, y no la hizo ruborizarse el comportamiento público de su padre y de su hermana. Con los Musgrove sostuvo una charla feliz y totalmente natural; con el capitán Harville, el intercambio afectuoso de una hermana con un hermano; con *lady Russell*, intentos de confidencias que una deliciosa conciencia cortaba a tiempo; con el almirante Croft y su esposa, toda la cordialidad y ferviente interés que la misma conciencia trataba de ocultar... y con el capitán Wentworth, algo que intercambiar a cada momento, con la esperanza siempre de más, ¡y el saber que estaba allí!

En uno de estos breves encuentros, mientras uno y otro aparentaban admirar una preciosa exhibición de plantas del invernadero, dijo Anne:

—He estado pensando en el pasado, y tratando de juzgar con imparcialidad lo que hice bien y mal; y creo que hice bien, a pesar de lo que sufrí; hice perfectamente bien en dejarme guiar por la amiga a la que usted va a querer más de lo que la quiere ahora. Para mí, ocupaba el lugar de una madre. Pero no me interprete mal. No quiero decir que no se equivocara en su consejo. Fue, quizá, uno de esos casos en los que el consejo es bueno o malo según la situación; yo desde luego en circunstancias parecidas jamás daría ese consejo. Lo que quiero decir es que hice bien al seguir su consejo, y que habría sufrido más manteniendo un compromiso que renunciando a él, porque habría sufrido en mi conciencia. En cambio ahora, en la medida en que la naturaleza humana se puede permitir tal sentimiento, no tengo nada que reprocharme; y si no me equivoco, no está mal que un fuerte sentido del deber forme parte de la dote de una mujer.

El capitán Wentworth la miró, miró a *lady Russell*, volvió a mirar a Anne, y contestó, como movido por una fría reflexión:

—Todavía no. Pero no es improbable que la perdone con el tiempo. Confío en ser pronto caritativo con ella. Pero he pensado mucho en todo lo pasado, y me pregunto: ¿puede haber alguien más enemigo mío que esta dama? Quizá yo mismo. Dígame: cuando regresé a Inglaterra en el año ocho con unos miles de libras y un destino en el *Laconia*, ¿me habría contestado si le hubiese escrito? O sea, ¿habría renovado entonces nuestra relación?

—La habría renovado —fue toda su respuesta; pero su tono sonó suficientemente elocuente.

—¡Dios mío! —exclamó él—, ¿lo habría hecho? No es que dejara de desearlo, y de pensar que sería lo único capaz de coronar mis otros éxitos. Pero era orgulloso, demasiado orgulloso, para volverla a pedir. No la comprendí. Cerré los ojos y no

quise comprenderla, o hacerle justicia. Ése es un recuerdo que deberla hacerme perdonar a todos antes que a mí mismo. Podía haberme ahorrado seis años de separación y sufrimiento. Es una especie de dolor, también, que resulta nuevo para mí. Solía pensar con complacencia que me merecía toda la felicidad de que disfrutaba. Me he vanagloriado de mis honrosos esfuerzos y mis justas recompensas. Como los grandes hombres ante la adversidad —añadió con una sonrisa—, debo esforzarme en someter mi espíritu a mi fortuna. Debo aprender a soportar ser más feliz de lo que me merezco.



## XXIV

¿Quién puede dudar de lo que sucedió después? Cuando a dos jóvenes se les mete en la cabeza casarse, es seguro que perseverarán hasta conseguirlo, por muy pobres o imprudentes que sean, o aunque sea lo que probablemente menos necesitan para el mutuo consuelo. Tal vez no sea ésta una buena reflexión moral para concluir, pero creo que es cierta; y si esas parejas lo consiguen, ¿cómo iban a dejar de vencer todos los obstáculos un capitán Wentworth y una Anne Elliot, contando como contaban con todas las ventajas de la madurez de juicio, la conciencia de obrar bien, y una fortuna independiente? En realidad, habrían podido vencer muchos más obstáculos de los que tuvieron que superar, porque pocas cosas les afligieron, aparte de la falta de amabilidad y calor: sir Walter no puso ninguna objeción, y Elizabeth se limitó a poner cara de indiferencia y frialdad. El capitán Wentworth, con cinco mil libras y el alto puesto que sus méritos y sus esfuerzos le habían granjeado en su profesión, no era un don nadie. Ahora se le consideró digno de pretender a la hija de un estúpido y manirroto baronet que carecía de principios y de sensatez suficientes para conservar la posición en que la Providencia le había colocado, y que de momento sólo podía dar a esa hija una pequeña parte de las diez mil libras que le corresponderían más adelante.

A decir verdad, sir Walter, aunque no sentía ningún afecto por Anne, ni encontraba en el acontecimiento nada que halagara su vanidad para que le hiciese realmente feliz, estaba lejos de pensar que fuera una mala boda para ella. Al contrario, cuando vio más al capitán Wentworth, y le examinó repetidamente a la luz del día, y le hubo mirado bien, se sorprendió mucho de sus cualidades, y comprendió que su superioridad personal no compensaba mal la superioridad de rango de ella; y todo esto, acompañado de su nombre sonoro, hizo finalmente que sir Walter preparase la pluma de muy buen grado para inscribir el matrimonio en el libro de honor.

La única persona cuya oposición podía despertar seria inquietud era lady Russell. Anne sabía que lady Russell sufriría al saber cómo era el señor Elliot, tener que renunciar a él, esforzarse en conocer de verdad al capitán Wentworth y hacerle justicia. Esto era, sin embargo, lo que lady Russell tendría que hacer ahora. Debía aprender a pensar que se había equivocado respecto a los dos; que se había dejado influir por las apariencias respecto al uno y el otro; que porque los modales del capitán Wentworth no armonizaban con las ideas de ella se había precipitado en concluir que denotaban un carácter peligrosamente impetuoso; y que porque los del señor Elliot le habían agradado por su corrección y urbanidad, su afabilidad y cortesía, se había precipitado en juzgarlos consecuencia indudable de las nociones más correctas y de un espíritu ordenado. Lady Russell no pudo por menos de admitir que se había equivocado por completo, y aceptar nuevas opiniones y esperanzas.

Hay quien posee una perspicacia, una sutileza, en suma, una capacidad para

penetrar el carácter de las personas, que ninguna experiencia es capaz de igualar, y en esta parcela del entendimiento lady Russell estaba menos dotada que su joven amiga. Pero era una mujer buenísima, y si su segunda aspiración era ser razonable y justa, la primera era ver a Anne feliz, la quería más que a su propio talento; y cuando se disipó la tensión del principio, le costó poco querer como una madre al hombre que aseguraba la felicidad de su hija del alma.

De toda la familia, Mary fue probablemente la que más espontáneamente se alegró del acontecimiento. Era honroso tener una hermana casada, y podía presumir de haber sido en gran medida el instrumento de esa relación, al tener a Anne con ella durante el otoño; y como se quiere más a la propia hermana que a las hermanas del marido, era muy grato que el capitán Wentworth fuese más rico que el capitán Benwick y Charles Hayter; algo la mortificó, quizá, cuando reanudaron el trato, y vio a Anne con sus derechos de hija mayor recobrados, y dueña de un pequeño y precioso landó; pero tenía ante sí un futuro que la consolaría enormemente. Anne no poseería un Uppercross Hall antes que ella, ni tierras, ni la dirección de una familia; y si podían impedir que se concediera al capitán Wentworth el título de baronet, no cambiaría su posición por la de Anne.

Para la mayor de las tres todo estaría bien mientras siguiera igualmente contenta con su situación, porque era muy poco probable que cambiase. Pronto tuvo la mortificación de ver alejarse al señor Elliot; y desde entonces no se ha presentado nadie con los requisitos necesarios para que le volvieran siquiera las infundadas esperanzas que se desvanecieron con él.

La noticia del compromiso de su prima con el capitán Wentworth le cayó al señor Elliot como una bomba. Desbarataba todos sus planes de felicidad doméstica, toda su esperanza de impedir que sir Walter se casara vigilándole para proteger sus derechos de yerno. Pero aunque derrotado y desengañado, aún podía hacer algo en su propio interés y satisfacción. Abandonó Bath inmediatamente; se marchó también la señora Clay poco después, y al correr más tarde el rumor de que se había establecido en Londres bajo la protección de él, se hizo evidente el doble juego que el señor Elliot había llevado a cabo, y lo determinado que estaba a no dejarse eliminar al menos por una mujer artera.

Habían predominado en la señora Clay sus sentimientos sobre sus intereses, y había sacrificado por el joven caballero la posibilidad de seguir intrigando cerca de sir Walter. Sin embargo, tiene tanto sentimiento como ingenio; y no está claro ahora si finalmente ganará la astucia de él o la de ella; si tras impedir él que sea la esposa de sir Walter, no conseguirá ella engatusarle y enamorarle para que la convierta en esposa de sir William.

Como es natural, sir Walter y Elizabeth se sintieron ofendidos y heridos por la pérdida de su compañera, y descubrir lo engañados que estaban respecto a ella. Estaban sus primas, desde luego, a las que podían recurrir para consolarse; pero durante mucho tiempo comprobaron cómo halagar y seguir a otros, sin ser halagados

y seguidos a su vez, es una condición sólo a medias placentera.

Anne, contenta desde el principio por el propósito de lady Russell de querer al capitán Wentworth como correspondía, no encontraba otra sombra en su felicidad futura que la de saber que no tenía parientes que tributasen al capitán Wentworth lo que un hombre sensible estimaba. Ahí se veía Anne profundamente inferior a él. La desproporción entre su fortuna y la de ella no representaba nada; no le había causado ni un solo momento de pesar; pero no tener una familia que le acogiera y le estimara debidamente, no poder brindarle una respetabilidad, una armonía, una buena voluntad a cambio de la perfecta acogida con que los hermanos de él la recibieron, supuso un vivo dolor del que su alma fue plenamente consciente en unos momentos de inmensa felicidad. Sólo tenía dos amigas en el mundo que añadir a la lista de él: lady Russell y la señora Smith. No obstante, él se mostró totalmente dispuesto a quererlas. A lady Russell pudo quererla de todo corazón, a pesar de sus antiguas desafecciones. Aunque no se consideraba obligado a decir que había obrado acertadamente al principio al pretender separarlos, estaba dispuesto a decir casi lo que fuera en su favor; y en cuanto a la señora Smith, tenía numerosas cualidades que la recomendaron de manera inmediata y permanente.

Eran ya sobrada razón los buenos oficios que recientemente había prestado a Anne; y el matrimonio, en vez de privarla de una amistad, le aseguró dos. Fue la primera en visitarlos en su nueva vida; y el capitán Wentworth, ayudándola para recuperar la propiedad de su marido en la Indias Occidentales; escribiendo por ella, haciendo gestiones por ella, y echándole una mano en los pequeños engorros del caso con la eficacia y energía de un hombre esforzado y un amigo decidido, le pagó con creces los servicios que había prestado y pensaba prestar a su esposa.

Esta mejora de los ingresos de la señora Smith, acompañada de cierta mejoría de salud, y la ganancia de dos amigos cuya compañía frecuentaba, no estropearon su deseo de disfrutar, porque no la abandonaron su alegría y vivacidad espiritual; y en tanto siguiese guardando este bien precioso, podría arrostrar mayores adquisiciones de prosperidad mundana. Podría ser absolutamente rica, gozar de toda la salud del mundo, y sin embargo ser feliz. Su manantial de felicidad estaba en el calor de su ánimo, como lo estaba el de su amiga Anne en el de su corazón. Anne era la ternura personificada, y encontraba su reconocimiento en el cariño de su marido; la profesión de éste era lo único que hacía que sus amigas desearan que le quisiese menos: el temor de una futura guerra podía nublar su radiante felicidad. Se vanagloriaba de ser esposa de marino, pero tenía que pagar el precio de la zozobra que comporta una profesión que se distingue más, si es posible, por sus virtudes domésticas que por su importancia nacional.

*FIN*

## Apéndice

Capítulo suprimido de *Persuasión*  
(sustituido por los capítulos XXII y XXIII)

Con esta información sobre el señor Elliot y esta autorización para comunicarla, Anne abandonó Westgate-buildings abismada en lo que acababa de oír, anegada de emociones, pensamientos, recuerdos y presagios, indignada con el señor Elliot, lamentando el futuro de Kellynch, y apenada por lady Russell, que tanta confianza tenía puesta en él. ¡El embarazo que sentiría a partir de ahora cada vez que le tuviera delante! ¿Cómo se comportaría con él? ¿Cómo se libraría de él? ¿Qué trato le daría en las reuniones que celebraran en casa? ¿Cómo cerrar los ojos? ¿Qué actitud adoptar? Todo era una confusión de imágenes y dudas; una perplejidad, una agitación a la que no veía fin. Caminaba por Gay-street tan absorta aún en todo esto que se llevó un sobresalto cuando la saludó el almirante Croft, como si fuera rarísimo topar aquí con él, cuando estaba a unos pasos de donde vivía.

—¿Viene a visitar a mi esposa? —preguntó—. Le dará una inmensa alegría.

Anne dijo que no.

En realidad no tenía tiempo; se dirigía a su casa. Pero mientras hablaba, el almirante dio la vuelta y llamó a la puerta, diciendo:

—Sí, sí; por favor, pase; ella está sola. Pase a descansar un instante.

Anne tenía tan pocas ganas de compañía en ese momento que la irritó verse obligada de este modo; pero no tuvo más remedio que ceder.

—Ya que es usted tan amable —dijo—, pasaré a saludar a la señora Croft; pero la verdad es que no me puedo entretener más de cinco minutos. ¿Seguro que se encuentra sola?

Se le había ocurrido que podía estar el capitán Wentworth, y le entró un terrible deseo de cerciorarse de si estaba o no, que ésa podía haber sido la pregunta.

—¡Claro! Completamente sola; no hay nadie con ella, aparte de su modista. Pero llevan encerradas media hora; de modo que terminarán en seguida.

—¡Su modista! Entonces estoy segura de que mi visita en este momento será de lo más inoportuna. Así que permítame que deje mi tarjeta, y tenga la bondad de explicárselo después a la señora Croft.

—No, no; de ninguna manera... de ninguna manera. Se alegrará muchísimo de verla. Escuche, no puedo jurarle que no tenga algo especial que contarle; aunque se trata de algo que se hará público en el lugar oportuno. No le daré pistas. Pero señorita Elliot: empezamos a oír cosas singulares acerca de usted —con una amplia sonrisa—. Aunque no parece que case eso con usted, ¡sería como un pequeño juez!

Anne se ruborizó.

—Sí, sí; ya veo. Así que es cierto. Sabía que no nos equivocábamos.

La dejó que hiciera cábalas sobre qué había querido decir. La primera idea disparatada fue que se trataba de alguna revelación de su cuñado, pero un instante después le dio vergüenza, y pensó que lo más probable era que se refiriese al señor Elliot. Se abrió la puerta; y había empezado el criado a negar que estuviera su ama, cuando le detuvo la visión de su señor. El almirante rió de buen grado la broma. Anne consideró excesivamente largo su regocijo a costa de Stephen. Por último la invitó a subir; y pasando delante de ella, dijo:

—La acompañaré arriba. No puedo quedarme porque tengo que ir a correos; pero si espera sólo cinco minutos, estoy seguro de que saldrá Sophy, y no habrá nadie que las moleste. En realidad no hay nadie en casa, aparte de Frederick —abriendo la puerta mientras hablaba.

¡Considerar que tal persona no era nadie para ella! ¡Después de dejar que se sintiese segura, indiferente, tranquila, soltarle a continuación que iba a estar con él en la misma habitación! ¡Sin un segundo para serenarse, para decidir su actitud o adoptar una línea de conducta! Sólo tuvo tiempo para palidecer, antes de cruzar la puerta y enfrentarse a los ojos asombrados del capitán Wentworth, que se hallaba sentado junto a la chimenea aparentando leer, y sin esperar otra sorpresa que el regreso prematuro del almirante.

El encuentro fue igualmente inesperado para los dos. No pudieron hacer otra cosa, sin embargo, que sofocar sus sentimientos e intercambiar un sencillo saludo; en cuanto al almirante, estaba demasiado acelerado para permitir ningún silencio embarazoso. Repitió otra vez lo que había dicho sobre su esposa y demás, e insistió a Anne para que se sentase un momento y se pusiese cómoda: sentía tener que dejarla, pero en seguida estaría con ella la señora Croft, y ahora mismo subía él a decirle que la esperaba la señorita Elliot. Anne se había sentado, pero se levantó a continuación para rogarle que no interrumpiese a la señora Croft, y repetirle que era mejor pasar a verla en otro momento. Pero el almirante no quiso escucharla. ¿No se le perdonará a Anne que no volviera a la carga con incansable perseverancia o, con más pasiva determinación, que no abandonara tranquilamente la habitación (como desde luego podría haber hecho)? Si no la *horrorizaba* pasar a solas unos minutos con el capitán Wentworth, ¿no se le perdonará que no quisiera que él pensase que sí? Volvió a sentarse, y el almirante dio media vuelta; pero al llegar a la puerta, dijo:

—Frederick, ven un momento, por favor.

Fue el capitán Wentworth, y prosiguió el almirante:

—Dado que os dejo solos, creo que estaría bien que le dieses un poco de conversación. Así que, por favor...

Aquí se cerró la puerta de golpe. Anne adivinó cuál de los dos lo había hecho, y no pudo oír lo que siguió a continuación, aunque le fue imposible no distinguir alguna frase suelta; porque el almirante, considerando la puerta firmemente cerrada, habló sin bajar la voz, aunque Anne oyó que su interlocutor le rogaba que la bajase.

Evidentemente hablaban de ella. Oyó que repetían varias veces su nombre y el de Kellynch. Estaba violenta. No sabía qué hacer o esperar; y entre otras angustias, la asaltó la posibilidad de que el capitán Wentworth no volviese a la habitación después de acceder ella a quedarse, lo que sería una frustración indecible. Al parecer hablaban del alquiler de Kellynch. Oyó decir algo así como que haber firmado (o no haber firmado) el contrato de alquiler no era probablemente demasiado preocupante; pero dijo a continuación:

—Odio las cosas a medias. Tengo que saberlo ya. Sophy piensa igual.

A continuación, en tono más bajo, el capitán Wentworth pareció protestar, querer que se le excusase, aplazar algo.

—Bah, bah —respondió el almirante—; ahora es el momento; si no le hablas tú, me quedaré a hacerlo yo.

—Está bien, está bien —dijo su compañero con cierta impaciencia, abriendo la puerta mientras hablaba.

—Entonces, ¿me prometes, hacerlo? —replicó el almirante con su vozarrón natural, que no amortiguaba una delgada puerta.

—Sí, sí —y el almirante se marchó a toda prisa. Se cerró la puerta, y llegó el momento de quedarse Anne a solas con el capitán Wentworth.

Anne no intentó mirar su expresión, pero el capitán Wentworth se dirigió inmediatamente a la ventana como confundido e indeciso, y por espacio de unos cinco segundos Anne se arrepintió de haber accedido a quedarse: lo juzgó indiscreto y poco delicado, y se ruborizó. Sintió deseos de hablar del tiempo o del concierto, pero sólo se animó a procurarse alivio cogiendo un periódico en las manos. Terminó, no obstante, el tenso silencio; porque medio minuto después se volvió él, y acercándose a la mesa junto a la que estaba sentada, dijo con voz forzada y turbada:

—Debe de haber oído lo suficiente para saber que he prometido al almirante Croft hablarle de un asunto particular, y este convencimiento me decide a hacerlo, aunque repugna a mi... a mi sentido de lo correcto tomarme semejante libertad. Confío en que sepa dispensar mi atrevimiento, considerando que hablo exclusivamente por deseo de otro, y sólo por necesidad. El almirante es un hombre al que nadie que le conozca como le conoce usted puede tachar de impertinente. Sus intenciones son siempre de lo más amables y bienintencionadas, así que comprenderá que no le mueve ningún otro motivo para la petición que ahora, con... con un sentimiento muy especial, me veo obligado a hacerle.

Calló, aunque sólo para tomar aliento, porque no pareció esperar ninguna respuesta. Anne escuchaba como si su vida dependiese del contenido de ese discurso. El capitán Wentworth prosiguió con forzada diligencia:

—El almirante ha sido informado esta mañana confidencialmente de que usted era... a fe que me produce embarazo y vergüenza —exclamó, hablando con la respiración agitada— exponer todo esto a una de las partes... Tal vez no me comprenda. Han dicho de manera muy reservada que el señor Elliot... que su familia

lo ha dispuesto todo para la unión del señor Elliot y usted. Han dicho también que van a vivir en Kellynch, que se les va a ceder Kellynch. El almirante dice que no sería correcto. Pero ha pensado que podría ser deseo de las partes. Y lo que él me encarga que le diga, señorita Elliot, es que si es ése el deseo de su familia, cancelará su contrato de alquiler de Kellynch, y él y mi hermana buscarán otra casa, sin pensar que hacen algo que no harían *ellos* en circunstancias parecidas. Eso es todo. Con que me diga una palabra será suficiente. ¡Me parece de lo más extraordinario que, de todas las personas de este mundo, se me haya encargado a mí esta comisión! Créame, señorita Elliot, que no es a mí al que menos doloroso resulta. Sin embargo, unas pocas palabras pueden poner fin a la violencia que los *dos* podamos sentir.

Anne dijo una palabra o dos, pero fueron ininteligibles; y antes de conseguir dominarse, añadió él:

—Con que me diga que el almirante puede preguntar directamente a sir Walter es suficiente. Diga sólo eso, que le pregunte a él, y saldré en su busca con el mensaje.

—No —dijo Anne—; no hay ningún mensaje. Ha sido mal infor... el almirante ha sido mal informado. Rindo justicia a la bondad de sus intenciones, pero está completamente equivocado. No hay una sola verdad en ese rumor.

El capitán Wentworth se quedó callado un momento. Anne volvió sus ojos hacia él por primera vez desde que había entrado en la habitación. Vio que cambiaba de color, y que la miraba con una fuerza y una intensidad que pensó que no poseían más ojos que los suyos.

—¿No es veraz esa información? —repitió—. ¿No contiene nada que sea cierto?

—No.

El capitán Wentworth había estado de pie, apoyándose en una silla o jugando con ella. Ahora se sentó, acercó la silla un poco más hacia Anne, y la miró con una expresión que contenía algo más que simple penetración... algo más dulce. El semblante de ella no se desalentó. Fue un diálogo mudo pero intenso: de súplica por parte de él, de aceptación por parte de ella. Se acercó un poco más, le cogió una mano, y se la apretó: «¡Anne, mi queridísima Anne!», exclamó con el corazón rebosante de sentimientos emocionados, al tiempo que olvidaba todas las dudas y todas las indecisiones. Se reconciliaron. Restablecieron todo lo que habían perdido. Se sintieron transportados al pasado con el cariño y la confianza aumentados, y con una trémula felicidad que la aparición de la señora Croft, poco después, interrumpió de manera inoportuna. Probablemente —a juzgar por ciertos comentarios que hizo durante los diez minutos siguientes— sospechaba algo. Y aunque una mujer de su carácter no podía desear que su modista la tuviese más tiempo prisionera, buscó excusas para dar una vuelta por la casa, no fuera que el mal tiempo rompiera una ventana arriba, o para hablar con el zapatero del almirante abajo. Sin embargo, la fortuna favoreció a todos de otro modo, en forma de una lluvia suave y persistente, que empezó nada más regresar el almirante, y cuando Anne se disponía a marcharse. Le pidieron con insistencia que se quedase a cenar. Mandaron una nota a Camden-

place, y se quedó... Se quedó hasta las diez; y durante ese tiempo, el marido y la esposa, bien por idea de esta última, o simplemente porque era propio de los dos, estuvieron ausentándose a cada momento de la habitación... unas veces porque habían oído un ruido arriba, otras porque tenían que arreglar cuentas abajo, o preparar la lámpara del rellano. Y de tal modo aprovechó la pareja esos preciosos momentos, que dieron por buenas todas las pasadas ansiedades. Esa noche, antes de separarse Anne tuvo la dicha de recibir seguridades de que en primer lugar (lejos de estropearse) había ganado indeciblemente en belleza personal; que, en cuanto a su carácter, lo tenía él grabado en el alma como la *perfección* misma, y lo consideraba en el justo medio entre la fortaleza y la dulzura; que jamás había dejado de amarla y preferirla, aunque sólo en Uppercross había aprendido a hacerle justicia, y sólo en Lyme había empezado a comprender sus propios sentimientos; que en Lyme había recibido más de una lección: la admiración del señor Elliot al pasar, al menos, le había hecho reaccionar, y lo ocurrido en el Cobb y en casa del capitán Harville había puesto de relieve la superioridad de ella. Sobre sus anteriores intentos de enamorarse de Louisa Musgrove (intentos nacidos del enojo y el resentimiento), declaró que en todo momento había tenido conciencia de la imposibilidad de llegar a amarla verdaderamente, aunque hasta *ese día*, hasta que había dispuesto de sosiego para reflexionar, no había comprendido las excelentes cualidades espirituales a las que mal se podían comparar las de Louisa, ni el total e inigualable ascendiente que poseía sobre él. Allí había aprendido a distinguir entre la firmeza de principios y la terquedad, entre la resolución de un espíritu sereno y las temeridades del atolondramiento; allí había visto cómo todo enaltecía en su estima a la mujer que había perdido, y allí había empezado a deplorar el orgullo, la insensatez, la locura del resentimiento que le había impedido intentar recuperarla cuando se cruzó en su camino. De entonces a hoy su penitencia había sido de lo más severa. No bien se liberó del horror y el remordimiento que acompañaron a los primeros días del accidente de Louisa, no bien empezó a sentirse vivo otra vez, empezó a comprender que, aunque vivo, no era libre.

Descubrió que su amigo Harville le consideraba comprometido. Los Harville no abrigaban ninguna duda sobre su mutuo afecto entre él y Louisa; y aunque desmintió inmediatamente tal idea, esto le hizo pensar que quizá la familia de *ella*, y todo el mundo, *ella* incluso, podían tener esa misma impresión, y que por tanto su honor no era *libre*. Aunque si la conclusión era ésa, su corazón era demasiado libre. No había pensado verdaderamente en este asunto, no había pensado que su excesiva familiaridad en Uppercross podría acarrearle consecuencias no deseables en muchos aspectos; y que al probar a enamorarse de una de las jóvenes podía dar lugar a rumores desagradables, cuando no despertar un afecto al que él no podía corresponder.

Descubrió demasiado tarde que él mismo se había metido en un lío, y que precisamente cuando llegó al convencimiento de que *no quería* en absoluto a Louisa,



debía considerarse atado a ella si sus sentimientos hacia él eran los que los Harville suponían. Esto le decidió a abandonar Lyme y esperar lejos de allí a que se recuperase del todo. Estaba dispuesto a disipar *honradamente* los sentimientos y especulaciones que existiesen sobre él; así que se fue a Shropshire, con idea de regresar a Kellynch, con los Croft, algún tiempo después, y proceder según juzgase oportuno.

Había estado en Shropshire lamentando la ceguera de su propio orgullo y los errores de sus propios cálculos, hasta que de repente le liberó Louisa con el asombroso anuncio de su compromiso con Benwick.

Al punto tuvo Bath en el *pensamiento*, y no mucho después ante los *ojos*. Llegó a Bath lleno de esperanza, para sufrir primero el tormento de los celos, al ver al señor Elliot; para constatar los cambios del uno y el otro en el concierto; para sentirse desventurado ante la noticia que indirectamente le había llegado esa mañana, y para ser ahora más feliz de lo que podían expresar las palabras, y de lo que podía ser un corazón que no fuera el suyo.

Se mostró vehemente y muy emocionado al describir lo que había sentido en el concierto; la velada había tenido una serie de momentos de gran intensidad. Con especial interés se extendió en el momento en que entró en el salón octogonal y se adelantó ella a hablarle, en el momento en que apareció el señor Elliot y la apartó de su lado, y en uno o dos momentos subsiguientes marcados por el renacer de la esperanza y el desaliento.

—¡Verla —exclamó— en medio de quienes no me querían bien; ver a su primo junto a usted, conversando y sonriendo, y comprender lo horriblemente oportuna y conveniente que era esa unión! ¡Saber que la deseaban todas las personas con algún ascendiente sobre usted! ¡Incluso si sus propios sentimientos eran de rechazo o de indiferencia, considerar qué apoyo poderoso tendría él! ¿No era eso suficiente para hacer de mí el imbécil que parecía? ¿Cómo podía pensar en estas cosas sin angustia? ¿No estaba su amiga, sentada detrás de usted, no estaba el recuerdo de lo que había hecho, la conciencia de su influencia, la huella imborrable de la persuasión que en otro tiempo había sabido ejercer, no estaba todo eso en contra mía?

—Debía haber sabido diferenciar —replicó Anne—. No debía haber recelado de mí ahora; porque el caso era muy distinto, y mi edad muy distinta. Si hice mal una vez dejándome persuadir, recuerde que fue para resguardarme, no para exponerme. Al someterme, pensé que lo hacía al deber; pero ningún deber podía invocarse ahora. Casándome con un hombre que me era indiferente, me habría expuesto a toda clase de riesgos y habría violado toda clase de deberes.

—Quizá debía haberme hecho ese razonamiento —replicó él—, pero no pude. No podía valerme de lo último que había observado de su carácter. No podía recurrir a ese conocimiento: lo tenía enterrado, hundido, sumergido en aquellos sentimientos anteriores que me habían estado lacerando año tras año. Sólo podía pensar que era una mujer que se había rendido, que me había abandonado, que se había dejado

influir por cualquiera antes que por mí. La veía con la misma persona que la había guiado en ese año de desventura. No encontraba ningún motivo para creer que tuviera ahora menos autoridad sobre usted. Y había que añadir la fuerza de la costumbre.

—Creo —dijo Anne— que mi actitud hacia usted podía haberle ahorrado muchos sinsabores.

—¡No, no! Su actitud sólo podía deberse a la tranquilidad que le daba su compromiso con otro hombre. Me fui con ese convencimiento. Sin embargo... estaba decidido a volverla a ver. Por la mañana recobré el ánimo, y pensé que aún tenía sentido permanecer aquí. La noticia del almirante, a decir verdad, me ha hecho reaccionar; desde ese momento había decidido qué tenía que hacer; y de confirmarla, habría sido mi último día en Bath.

Tuvieron tiempo para hablar de todo esto, con interrupciones que no hicieron sino subrayar el hechizo del momento, y no hubo en Bath dos seres tan racional y emocionalmente felices esa noche como los que ocuparon el sofá del salón de la señora Croft, en Gay-street.

Al regresar el almirante, el capitán Wentworth había hablado con él para tranquilizarle sobre el señor Elliot y Kellynch; y la delicadeza impidió al almirante decirle a Anne una sola palabra al respecto, no fuera a causarle dolor sacando a relucir un asunto tan sensible para ella... ¿Quién sabe? Quizá quería a su primo más que su primo a ella; y a decir verdad, pensándolo bien, si hubieran tenido intención de casarse, ¿a qué esperar tanto tiempo? A la hora de acostarse, tal vez le informó de alguna nueva posibilidad su esposa, cuya actitud especialmente afectuosa con Anne al despedirla dio a entender a ésta que se había dado cuenta, y que lo aprobaba. ¡Fue un día maravilloso para Anne! ¡Las horas transcurridas desde que saliera de Camden-place la habían hecho inmensamente feliz! Estaba embelesada... casi era demasiado dichosa, recordándolo todo. Tuvo que pasarse la mitad de la noche sentada en la cama, y acostada la otra mitad, meditando, para, con sosiego, hacerse idea de su actual situación, y pagar su exceso de felicidad con cansancio y dolor de cabeza.

[*A continuación seguía el capítulo XXIV de la presente edición*].

# SANDITON

## I

Un señor y su esposa que se dirigían de Tonbridge hacia esa parte de la costa de Sussex que hay entre Hastings y Eastbourne, inducidos por sus intereses a dejar el camino real y meterse por un camino abrupto, volcaron cuando subían penosamente la larga cuesta mitad piedra, mitad arena. El accidente ocurrió justo después de pasar la única casa señorial cercana al camino: casa que el cochero, al indicársele que fuese en esa dirección, había supuesto que era su destino, y tuvo que dejar atrás claramente contrariado. Había gruñido y se había encogido de hombros tantas veces, y había compadecido y sujetado a los caballos con tal brusquedad, que hubiera podido sospecharse que volcó a propósito (sobre todo teniendo en cuenta que el carruaje no era de su amo), si no fuera porque el camino empeoraba aún más a partir de las últimas dependencias de dicha casa... poniendo de manifiesto de manera más que elocuente que desde ese punto no había otras ruedas capaces de seguir con seguridad que las de carro. La lentitud de la marcha y la estrechez del carril impidieron que la caída fuera grave; y una vez que el caballero trepó y ayudó a su compañera, comprobaron que ni uno ni otro habían sufrido más que la sacudida y alguna contusión. Pero el caballero se torció un tobillo al salir; y al notar lo de repente, se vio obligado a interrumpir sus amonestaciones al cochero, sus felicitaciones a su esposa y a sí mismo, y a sentarse en el terraplén, incapaz de permanecer de pie.

—Creo que me he hecho daño aquí —dijo, llevándose la mano al tobillo—; pero no importa, querida —mirándola con una sonrisa—: no podía haber ocurrido en mejor sitio; no hay mal que por bien no venga. Quizá haya sido lo más deseable. En seguida tendremos ayuda. Estoy seguro de que *allí* me curarán —señalando el extremo de una casa preciosa que descollaba románticamente entre los árboles, en lo alto de una eminencia, a poca distancia—. ¿Acaso no promete ser el lugar más idóneo?

Su esposa expresó su ferviente esperanza de que lo fuera... pero estaba asustada y nerviosa, y se sentía incapaz de hacer o sugerir nada; y su primer alivio de verdad fue descubrir que acudían varias personas a prestar ayuda. Habían visto el accidente desde un campo de heno contiguo a la casa que habían pasado; y los que se acercaban eran un hombre fuerte, apuesto y caballeroso de mediana edad, propietario del lugar, que en ese momento se hallaba casualmente entre sus segadores, y tres o cuatro de éstos, los más fornidos, a los que su amo había llamado para que ayudasen, sin contar el resto del campo, hombres, mujeres y niños, que se hallaban no lejos de allí.

El señor Heywood, que así se llamaba el propietario, se adelantó con un cortés saludo, muy preocupado por el accidente, un poco sorprendido de que alguien se aventurase en coche por ese camino, y vivos ofrecimientos de ayuda. Su gentileza fue acogida con gratitud y educación; y mientras uno o dos hombres ayudaban al cochero a enderezar el coche, dijo el viajero:

—Es usted muy amable, señor, y acepto su ofrecimiento. Creo que el daño de la

pierna carece de importancia, pero en estos casos siempre es mejor tener cuanto antes la opinión del cirujano; y como el camino no parece que esté en condiciones para que pueda andar hasta su casa por mi propio pie, le agradecería que mandara a una de estas buenas personas por el cirujano.

—¿Por el cirujano, señor? —contestó el señor Heywood—. Me temo que no va a encontrar ningún cirujano por aquí cerca; aunque creo que nos arreglaremos muy bien sin él.

—De ningún modo, señor; si él no está disponible, su socio me puede atender igual... o mejor. La verdad es que me gustaría que me viera su socio; lo preferiría. Uno de estos buenos hombres puede ir a traerle en un par de minutos. No hace falta preguntar dónde vive —mirando hacia la casa—, porque aparte de la de usted, no hemos cruzado ante ninguna casa en este lugar que pueda considerarse digna de un caballero.

El señor Heywood le miró con asombro, y contestó:

—¡Cómo, señor! ¿Espera encontrar un cirujano en esa casa? Le aseguro que no tenemos ni cirujano ni socio de cirujano en todo el contorno.

—Perdone —replicó el otro—. Siento tener que contradecirle, pero tal vez no esté usted enterado debido a la extensión del municipio, o a alguna otra causa. Espere. ¿No me habré equivocado de pueblo? ¿No es esto Willingden?

—Sí, señor; efectivamente es Willingden.

—Entonces puedo aportar pruebas de que hay un cirujano en el municipio, lo sepa usted o no. Un momento —sacando su cartera—: si me hace el favor de echar una ojeada a estos anuncios que recorté del *Morning Post* y la *Kentish Gazette* ayer mismo en Londres, creo que se convencerá de que no hablo por hablar. Como ve, es el anuncio de la disolución de una sociedad médica de su municipio: extenso negocio; innegable calidad; referencias respetables... desean establecer consulta particular... Aquí tiene todos los detalles —tendiéndole los dos pequeños extractos rectangulares.

—Mire —dijo el señor Heywood sonriendo de buen humor—, aunque me enseñe todos los periódicos que se han publicado durante la semana en todo el reino, no me convencerá de que hay cirujano en Willingden; dado que vivo aquí desde que nací, de pequeño y de mayor, hace cincuenta y siete años, creo que debería *conocer* a una persona así. Al menos me atrevo a decir que no tiene *mucho trabajo*. Claro que si a las personas les da por frecuentar en coche este camino, no sería mala idea que un cirujano abriese consulta en lo alto de la cuesta. Pero en cuanto a esa casa, le garantizo que (pese al aspecto airoso que tiene desde aquí) es una doble vivienda normal y corriente, de las muchas que hay en el municipio, y que a un lado vive mi pastor y al otro tres ancianas.

Cogió los recortes de periódico mientras hablaba; y tras echarles una ojeada, añadió:

—Creo que se lo puedo explicar: se ha equivocado de pueblo. En esta comarca hay dos Willingden, y su anuncio se refiere al otro, a Great Willingden, o Willingden

Abbots, que está a once kilómetros de aquí, al otro lado de Battle... justo abajo en el Weald. Y *nosotros*, señor —hablando con orgullo—, no estamos en el Weald.

—Desde luego que no —replicó el viajero alegremente—. Hemos tardado media hora en subir hasta aquí. Muy bien, señor; quizá es verdad lo que dice, y he tenido un despiste de lo más idiota... por hacerlo todo en el último momento: no me fijé en los anuncios hasta media hora antes de dejar la capital, con la confusión y las prisas que siempre acompañan a una corta estancia allí. Uno nunca consigue terminar de hacer las cosas hasta que tiene el coche en la puerta; así que me conformé con hacer una breve averiguación; y al saber que íbamos a pasar efectivamente a dos o tres kilómetros de *Willingden* no hice más indagaciones... Querida —a su esposa—, siento muchísimo haberte metido en este lío. Pero no te alarmes por mi tobillo. Cuando estoy quieto no me duele; y en cuanto estas buenas personas consigan poner en pie el carruaje y dar la vuelta a los caballos, lo mejor que podemos hacer es volver sobre nuestros pasos hasta el camino real, coger la dirección de Hailsham, y regresar sin intentar nada más... Desde Hailsham, llegaremos a casa en dos horas. Y una vez allí, tendremos el remedio a mano. Un poco de nuestro tonificante aire marino me pondrá nuevamente en forma. Ten confianza, cariño, es el típico caso que resuelve el mar. El baño y el aire salino harán el milagro. Mi instinto me lo está diciendo ya.

Aquí intervino con toda amabilidad el señor Heywood, rogándoles que no pensasen en continuar el viaje hasta que no le fuera examinado el tobillo y hubiesen tomado algún refrigerio, insistiéndoles muy cordialmente en que dispusiesen de su casa para lo uno y lo otro.

—Nosotros estamos siempre provistos de todos los remedios corrientes para torceduras y contusiones —dijo—. Y le garantizo que mi esposa y mis hijas estarán encantadas de serles útiles a usted y a esta dama en lo que puedan.

Un pinchazo o dos al intentar mover el pie inclinaron al viajero a pensar, más que al principio, en la conveniencia de recibir ayuda inmediata... Y después de comentar brevemente a su esposa: «Bueno, querida, creo que será mejor para nosotros», se volvió hacia el señor Heywood, y dijo:

—Antes de aceptar su hospitalidad, señor, y a fin de disipar cualquier impresión desfavorable que le haya podido causar esta especie de caza del ganso silvestre en que me encuentra, permita que le diga quiénes somos. Me llamo Parker: soy el señor Parker de Sanditon; y ésta es mi esposa, la señora Parker. Venimos de Londres y nos dirigimos a casa. Puede que mi nombre no se conozca a esta distancia de la costa (aunque tengo propiedades en el municipio de Sanditon), pero en Sanditon... Todo el mundo ha oído hablar de Sanditon, joven y próspero pueblecito de veraneo, preferido entre todos los que existen a lo largo de la costa de Sussex, el más favorecido por la naturaleza, y el que promete ser el más escogido por el hombre.

—Sí he oído hablar de Sanditon —contestó el señor Heywood—. Cada cinco años, se oye decir que ha surgido o se ha puesto de moda algún nuevo pueblecito costero. ¡Lo asombroso es cómo se pueden llenar la mitad de ellos! ¡De *dónde* sale la

gente con dinero y tiempo suficientes para acudir a ellos! Mala cosa para un país; seguro que hará subir el precio de los alimentos y dejará sin trabajo a los pobres... ¿no le parece?

—¡De ninguna manera; no, señor! —exclamó el señor Parker con vehemencia—. Todo lo contrario, se lo aseguro. Ésa es una idea corriente... pero equivocada. Puede que sea aplicable a las ciudades excesivamente grandes y extensas, como Brighton, o Worthing, o Eastbourne; pero no a un pueblecito como Sanditon, al que su mismo tamaño le impide sufrir ninguno de los males de la civilización, mientras que su crecimiento, los edificios, los parques infantiles, la demanda de todo, y la seguridad de encontrar la mejor compañía, cuyas familias formales, estables, íntimas, de absoluta finura y distinción, que son una bendición en todas partes, estimulan la laboriosidad de los pobres y difunden el bienestar y el progreso en todas las capas. No, señor, yo le aseguro que Sanditon no es un lugar...

—No pretendo menospreciar *ningún* pueblo concreto, señor —contestó el señor Heywood—. Sólo pienso que nuestra costa está demasiado llena de lugares así... Pero será mejor que le llevemos...

—¿Demasiado llena nuestra costa? —repitió el señor Parker—, Bueno, puede que no estemos en total desacuerdo en ese punto. Al menos hay *bastantes*. Abundan en nuestra costa; no hacen falta más. Los hay para todos los gustos y para todas las economías; y los que tratan de sumarse a los ya existentes son en mi opinión demasiado ridículos, y no tardarán en descubrir que han sido víctimas de sus propios cálculos erróneos. Lo que sí digo, señor, es que hacía falta un lugar como Sanditon, se estaba reclamando. La naturaleza misma lo ha promocionado, y proclamado con los caracteres más inteligibles: con la brisa más agradable y pura de la costa (está reconocido que lo es), con unos baños excelentes, una arena fina y firme, unas aguas profundas a diez metros de la orilla, sin barro, sin algas, sin rocas cubiertas de limo... Jamás ha habido un lugar más palpablemente destinado por la naturaleza a estación balnearia para los inválidos: el sitio que miles de personas parecían necesitar, ¡y a la distancia más deseable de Londres! Dos kilómetros exactos y medidos más cerca que Eastbourne. Piense tan sólo, señor, en la ventaja de ahorrarse kilómetro y medio en un viaje largo. En cuanto a Brinshore, que es en lo que quizá está pensando, los intentos de dos o tres especuladores, este año pasado, de promocionar esa aldea insignificante, situada como está entre marismas estancadas, un páramo desolado y los efluvios constantes de una loma de algas putrescentes, no puede sino terminar en su propio desencanto. ¿Qué tiene Brinshore que lo haga *recomendable*, en nombre del sentido común? Su aire es de lo más insalubre; sus caminos son intransitables, su agua es salobre como no hay otra, y es imposible conseguir un buen plato en cinco kilómetros a la redonda. Y en cuanto a la tierra... es tan fría y desagradecida que apenas se le puede sacar una col. Tenga la seguridad, señor, de que esto que le digo es una fiel descripción de Brinshore, sin un gramo de exageración. Y si ha oído decir lo contrario...

—Señor, en mi vida había oído hablar de él —dijo el señor Heywood—. No sabía que existiera ese pueblo en el mundo.

—¿De verdad? ¡Para que veas, querida —volviéndose con júbilo a su esposa—, dónde queda la fama de Brinshore! Este caballero no sabía que existiera ese pueblo en el mundo. Verdaderamente, señor, supongo que se le puede aplicar a Brinshore ese verso de Cowper que describe a la aldeana religiosa como opuesta a Voltaire: «*Ella*, desconocida a media milla de su hogar».

—No faltaba más, señor. Aplíquele los versos que guste; pero quiero ver que le aplican a usted algo en la pierna; y estoy seguro de que su señora, a juzgar por su expresión, opina lo mismo y considera una lástima perder más tiempo... Y aquí vienen mis hijas, que hablarán por sí mismas, y su madre —ahora vieron salir de la casa dos o tres jóvenes de aspecto distinguido seguidas de otras tantas doncellas—. Empezaba a extrañarme que no les hubiera llegado el revuelo. Una cosa así produce conmoción en un lugar solitario como el nuestro. Ahora, señor, veamos cuál es la mejor manera de trasladarle a la casa.

Llegaron las jóvenes y dijeron cuanto era oportuno en apoyo del ofrecimiento de su padre; y con sencillez y naturalidad se propusieron hacer que los forasteros se sintieran cómodos. Y como la señora Parker estaba muy necesitada de alivio, y su marido ahora no mucho menos dispuesto a aceptarlo, bastaron muy pocos reparos de cortesía; sobre todo cuando, levantado el carruaje, descubrieron que había sufrido tal daño en el lado sobre el que había caído que estaba inservible de momento, de modo que lo llevaron empujando a un cobertizo vacío.



## II

No fue ni breve ni superficial la amistad iniciada de esta extraña forma. Porque los viajeros tuvieron que permanecer catorce días en Willingden: la torcedura del señor Parker resultó ser demasiado seria para ponerse en viaje antes: había caído en buenas manos. Los Heywood eran una familia de lo más honorable, y prestaron al marido y la esposa todas las atenciones posibles de manera amable y natural. Él fue atendido y cuidado, y ella confortada y consolada con incansable solicitud. Y como todas las muestras de hospitalidad y simpatía fueron recibidas como correspondía, y hubo tan buena voluntad por una parte como gratitud por la otra, y tan buenas maneras en las dos, acabaron simpatizando maravillosamente en el transcurso de esas dos semanas.

No tardó el señor Parker en dar a conocer su reputación y su historia. Todo cuanto sabía de sí lo contó de buen grado, dado que era de carácter abierto; y en lo que él mismo ignoraba, su conversación siguió facilitando información a los miembros de la familia Heywood con capacidad de observación. Esto puso de relieve que era un entusiasta... y tratándole de Sanditon, un entusiasta total. Sanditon: parecía que la razón de su vida era el éxito de Sanditon como pequeña estación balnearia de moda. Muy pocos años antes, era sólo un pueblecito apacible y sin pretensiones; pero determinadas ventajas naturales de su situación y determinadas circunstancias accidentales les habían sugerido a él y a la otra persona terrateniente principal la posibilidad de convertirlo en una especulación rentable, se habían lanzado a ello, habían planificado y construido, y alabado y difundido, y lo habían transformado en un lugar de actualidad y renombre. Y ahora el señor Parker era capaz de pensar en muy pocas cosas más.

Las referencias que en conversación más directa desgranó ante ellos eran que tenía treinta y cinco años, que llevaba siete casado —muy felizmente casado—, y que en casa tenía cuatro hijos adorables; que provenía de una familia muy respetable y tenía una holgada aunque no cuantiosa fortuna, que no ejercía ninguna profesión, al haber heredado como hijo mayor la propiedad que dos o tres generaciones habían mantenido y aumentado antes que él; que tenía dos hermanos y dos hermanas, los cuatro solteros e independientes, y que el mayor de los dos primeros, gracias a una herencia colateral, poseía tantos medios como él.

Asimismo explicó que su propósito al dejar el camino real era dar con un cirujano que se anunciaba: no porque tuviese la deliberada intención de torcerse un tobillo ni infligirse daño alguno en beneficio del tal cirujano, ni —como el señor Heywood estaba dispuesto a suponer— a ningún propósito de asociarse con él: tan sólo se debía al deseo de llevar un médico a Sanditon, cosa que el carácter del anuncio le hacía esperar conseguir en Willingden. Estaba convencido de que la ventaja de contar con un médico contribuiría enormemente al auge y prosperidad del lugar: traería de hecho una gran afluencia: no haría falta nada más. Tenía buenos motivos para creer que el año anterior *una* familia había renunciado a ir a Sanditon por esa razón;

probablemente habían renunciado muchas más, y no era de esperar que sus propias hermanas, que por desgracia eran inválidas, y a las que estaba deseoso de tener en Sanditon este verano, se arriesgaran a ir a un sitio donde no podían contar con inmediata asistencia médica.

En general, el señor Parker era evidentemente un hombre amable y hogareño, cariñoso con su esposa, sus hijos y sus hermanos, afable, liberal, caballeroso y fácil de contentar, de espíritu optimista, y con más imaginación que juicio. En cuanto a la señora Parker, era evidentemente una mujer dulce, bondadosa, de temperamento apacible, la esposa más apropiada del mundo para un hombre de entendimiento vigoroso, aunque era incapaz de aportar la fría reflexión que su marido necesitaba a veces, de manera que esperaba que se la guiase en todas las situaciones, y tanto si él arriesgaba su fortuna como si se torcía el tobillo, era igualmente inútil.

Sanditon era para él una segunda esposa y cuatro hijos: lo quería muy poco menos, y desde luego le absorbía mucho más. Podía estar hablando de Sanditon eternamente. Desde luego tenía todos los derechos; no sólo el que le otorgaba el haber nacido en él, y tener allí sus propiedades y su hogar: además era su mina, su lotería, su especulación, su chifladura, su pasatiempo, su esperanza y su futuro. Ardía en deseos de llevar allí a sus buenos amigos de Willingden; y sus esfuerzos en ese sentido eran cordiales y desinteresados a la vez que entusiastas.

Quería sacarles la promesa de una visita, tener a cuantos miembros de la familia cabían en su casa, y que le siguieran a Sanditon lo más pronto posible; y dado que eran personas sanas, auguraba que a todos les iba a sentar maravillosamente el mar. Sostenía que nadie podía sentirse bien de verdad, que nadie —por mucho que mantuviese una apariencia de salud con la eventual ayuda del ejercicio y el ánimo— podía encontrarse en un estado constante y permanentemente sano si no pasaba cuando menos seis semanas al año junto al mar. Eran casi infalibles el aire marino y el baño de mar; tanto el uno como el otro eran enemigos de toda dolencia, ya fuera del estómago, de los pulmones o de la sangre; eran antiespasmódicos, antipulmonares, antiescéticos, antibiliosos y antirreumáticos; nadie se acatarraba junto al mar; nadie carecía de apetito junto al mar; nadie carecía de ánimo, nadie carecía de fuerza. Eran saludables, lenitivos, relajantes, tonificantes, vigorizantes: unas veces una cosa, otras otra. Si fallaba la brisa marina, el remedio seguro era el baño de mar; y cuando el baño no convenía, la cura que la naturaleza prescribía era, sin dudar, la brisa marina.

No obstante, no consiguió triunfar su elocuencia. El señor y la señora Heywood no salían nunca de casa. Casados a edad temprana y padres de numerosa familia, sus movimientos se limitaban desde hacía años a un pequeño círculo, y sus hábitos eran propios de personas de más edad: salvo un par de viajes a Londres que hacía al año para recoger sus dividendos, el señor Heywood no se alejaba de su casa más de lo que sus pies o su viejo y cansado caballo le podían llevar; y en cuanto a las expediciones de la señora Heywood, ahora se reducían a visitar de vez en cuando a sus vecinas en

el coche que había sido nuevo cuando se casaron, y habían vuelto a tapizar cuando el hijo mayor alcanzó la mayoría de edad hacía diez años. Tenían una hermosa propiedad: suficiente, de haber sido la familia de proporciones razonables, para haberse permitido la vida de lujo y de cambios digna de un caballero; suficiente para haberse permitido un coche nuevo, mejores caminos, algún que otro mes en Tunbridge Wells, algún síntoma de gota y algún invierno en Bath; pero alimentar, educar y vestir a catorce hijos exigía un estilo de vida tranquilo, sosegado, y prudente... y les obligaba a permanecer clavados y sanos en Willingden.

Lo que al principio había impuesto la prudencia, el hábito lo hacía ahora agradable. Jamás dejaban la casa, y les producía satisfacción decirlo. Pero lejos de desear que sus hijos hicieran lo mismo, les gustaba animarlos a que saliesen al mundo lo más posible. *Ellos* se quedaban en casa para que *pudiesen* salir sus hijos; y a la vez que hacían el hogar sumamente agradable, se alegraban de cualquier cambio en él que favoreciese unas relaciones provechosas o unas amistades respetables a los hijos y las hijas. Así que cuando el señor y la señora Parker dejaron de insistir en que les visitase la familia, y limitaron sus pretensiones a llevarse una hija con ellos, no pusieron ningún impedimento. La satisfacción y el consentimiento fueron totales.

Su invitación fue para la señorita Charlotte Heywood, una joven muy agradable de veintidós años, la mayor de las hijas, la cual, por indicación de la madre, había estado especialmente solícita y amable con ellos, y los había atendido y tratado más. Debía ir Charlotte, de excelente salud, a bañarse y mejorar si era posible, y disfrutar de cuantos placeres ofrecía Sanditon, por agradecimiento de aquéllos con quienes iba, y comprar en la biblioteca circulante nuevas sombrillas, nuevos guantes y nuevos broches para sus hermanas y para sí misma, cosa que el señor Parker estaba deseoso de apoyar.

En cuanto al señor Heywood, lo más que accedió a prometer fue que recomendaría Sanditon a quienes le pidieran consejo, y que nada le induciría jamás (en la medida en que podía responder del futuro) a gastarse ni cinco chelines en Urinshore.

### III

Toda vecindad debe tener una gran dama. La gran dama de Sanditon era *lady* Denham; y durante el viaje de Willingden a la costa, el señor Parker facilitó a Charlotte una información más detallada de ella de lo que se le había pedido antes: había tenido que referirse a esta señora muchas veces en Willingden porque, al dedicarse a la especulación como él, no podría haber hablado de Sanditon mucho tiempo sin tener que presentar a *lady* Denham, y Charlotte sabía ya que se trataba de una anciana riquísima que había enterrado a dos maridos, que conocía el valor del dinero, que era muy respetada y que tenía una parienta pobre que vivía con ella. Pero algunos datos más de su historia y su carácter sirvieron para aliviar el aburrimiento de una cuesta larga o de un tramo pesado del camino, y dar a la joven señorita que iba a visitarlos oportuna información de la persona a la que podía esperar ver a diario.

*Lady* Denham había sido una rica señorita Brereton, nacida para la opulencia aunque no para la educación. Su primer marido fue un tal señor Hollis, hombre de considerables propiedades en la comarca, gran parte de ellas en el municipio de Sanditon, con señorío y casa solariega. Era un hombre ya mayor cuando se casó con ella, que tenía entonces treinta años. Tal vez a la distancia de cuarenta años no se comprendieran bien sus motivos para aceptar tal unión, pero había contentado y cuidado tan bien al señor Hollis que éste se lo dejó todo: las tierras y cuanto poseía pasaron a su nombre y disposición. Tras una viudez de varios años, la persuadieron para que se casase nuevamente. El difunto *sir* Harry Denham, de Denham Park, en la vecindad de Sanditon, consiguió incorporarla, juntamente con sus grandes rentas, a sus propios dominios; pero no consiguió el propósito que le atribuían de enriquecer de manera permanente a su propia familia. La dama fue demasiado precavida para permitir que quedase nada fuera de su potestad; y cuando regresó a su propia casa de Sanditon a la muerte de *sir* Harry, dicen que se jactó ante una amiga de que «si bien no había obtenido más que el título de la familia, no había *dado* nada a cambio».

Decían que se había casado por el título, y el señor Parker reconocía que ahora tenía cierto evidente fundamento, ya que eso explicaba la conducta de ella.

—A veces muestra un poco de altivez —dijo—, pero sin que resulte ofensiva; y hay momentos, hay ocasiones, en que lleva demasiado lejos su amor al dinero. Aunque es una mujer bondadosa, una mujer bondadosísima; una vecina muy amable y simpática. Es una persona alegre, independiente y apreciable; y sus defectos pueden atribuirse enteramente a su falta de educación. Tiene una sensatez natural, aunque totalmente sin cultivar. Y posee un espíritu activo y despierto, así como un físico sano para una mujer de setenta años, y participa en la mejora de Sanditon con un espíritu realmente admirable, aunque de vez en cuando le aflora cierta mezquindad. No es capaz de mirar al futuro como yo quisiera... y se alarma ante cualquier pequeño gasto sin tener en cuenta los beneficios que le *dará* dentro de un año o dos. O sea, señorita Heywood, que pensamos de manera *diferente*; que de vez en cuando vemos las cosas

de forma *distinta*. Pero hay que acoger con reserva las historias que le cuentan a uno. Ya juzgará por sí misma cuando nos vea juntos.

*Lady* Denham era efectivamente una gran dama, más allá de las comunes exigencias de la sociedad, porque tenía muchos miles al año que legar, y tres clases de personas que la cortejaban: sus propios parientes, que lógicamente aspiraban a repartirse sus treinta mil libras originales, los legítimos herederos del señor Hollis, que esperaban agradecerle a *ella* más sentido de la justicia que a *él*, y aquellos miembros de la familia Denham en cuyo favor el segundo marido había esperado hacer un buen trato. Todos éstos, o sus ramas, la habían asediado durante mucho tiempo, y aún lo seguían haciendo; y de estas tres divisiones, el señor Parker no vacilaba en decir que los parientes del señor Hollis eran los que *menos* favor gozaban, y los de *sir* Harry Denham los que *más*. Los primeros, creía, se habían causado a sí mismos un perjuicio irreparable haciendo manifestaciones de muy imprudente e injustificable resentimiento a la muerte del señor Hollis; los segundos, a la ventaja de ser los que quedaban de un parentesco que ella apreciaba evidentemente, sumaban el haberla conocido desde niños, y el estar siempre cerca para preservar sus intereses con lógico cuidado. *Sir* Edward, el actual *baronet*, sobrino de *sir* Harry, residía permanentemente en Denham Park; y el señor Parker estaba convencido de que él y su hermana, la señorita Denham, que vivía con él, serían los más recordados en su testamento. Sinceramente lo esperaba. La señorita Denham contaba con un pequeñísimo peculio, y su hermano era pobre para su posición en la sociedad.

—Es un amigo entusiasta de Sanditon —dijo el señor Parker—, y si de él dependiera, su mano sería tan liberal como su corazón. ¡Sería un noble coadjutor! De todos modos, hace lo que puede... y está construyendo un precioso chalet en un trozo de terreno baldío que *lady* Denham le ha cedido, al que estoy seguro de que le saldrán muchos candidatos antes incluso de que acabe esta temporada.

Hasta hacía un año, el señor Parker había considerado que *sir* Edward carecía de rival, y que era quien tenía las mayores posibilidades de suceder a gran parte de lo que *lady* Denham tendría que legar. Pero ahora había que tener en cuenta los derechos de otra persona: una joven parienta que *lady* Denham se había dejado persuadir de acoger en su casa. Después de haber puesto siempre reparos a ningún aditamento, y de disfrutar larga y frecuentemente con las repetidas derrotas que había infligido a todos los intentos de sus parientes por presentársela, o porque la admitiera como compañía en Sanditon House, había traído consigo de Londres, la pasada fiesta de San Miguel, a esta señorita Brereton que, por sus méritos, tenía todos los visos de competir por su favor con *sir* Edward, y de ganar para sí y para su familia esa parte de propiedad que tenía desde luego el mayor derecho a heredar.

El señor Parker habló con calor de Clara Brereton, y el interés de la historia que iba contando aumentó con la introducción de este personaje. Charlotte no escuchaba ahora sólo por distracción: era avidez y placer lo que sentía, oyendo decir que era encantadora, amable, bondadosa, modesta, y cómo se conducía con gran juicio y se

ganaba con sus méritos innatos el afecto de su protectora. La belleza, la dulzura, la pobreza y la dependencia no necesitan de la imaginación de un hombre para despertar interés. Con las debidas excepciones, una mujer siente simpatía por otra mujer de manera espontánea y natural. El señor Parker contó las circunstancias que habían hecho posible que Clara fuera admitida en Sanditon como un ejemplo nada desdeñable de ese carácter complejo, de esa mezcla de mezquindad, benevolencia, buen sentido e incluso liberalidad, que veía en *lady* Denham.

Tras abstenerse de pisar Londres durante años, sobre todo a causa de esos mismos primos que no paraban de escribirle invitándola y atormentándola, y a los que estaba dispuesta a mantener a raya, se había visto obligada a ir la pasada fiesta de San Miguel con la certeza de que la iban a retener lo menos un par de semanas. Se había alojado en un hotel, aunque hacía la vida por su cuenta lo más austeramente posible para compensar la fama de caro de dicho establecimiento; y al pedir la factura a los tres días para comprobar su estado encontró tan elevado su importe que decidió no seguir allí una hora más; y se estaba preparando para abandonar el hotel a todo trance, con la irritación y el malhumor que le producía el convencimiento de haber sido víctima de una burda estafa, y el no saber adónde ir que la trataran mejor, cuando aparecieron los primos, los políticos y afortunados primos, que no parecía sino que le habían puesto un espía; y al enterarse de su situación, la convencieron de que aceptara para el resto de su estancia el alojamiento más modesto que su casa, situada en un barrio muy inferior de Londres, le podía ofrecer.

Fue. Le complació la acogida, hospitalidad y atenciones que recibió de todos: descubrió que sus buenos primos los Brereton eran personas mucho más dignas de aprecio de lo que ella había esperado; finalmente, al enterarse personalmente de sus escasos ingresos y de sus dificultades económicas, se sintió impulsada a invitar a una de las jóvenes de la familia a pasar el invierno con ella. La invitación era para una, durante seis meses, con opción a que la sustituyese otra después; pero al hacer la *elección*, *lady* Denham había revelado la parte buena de su carácter, porque saltándose a las *hijas* de la casa, fue a escoger a Clara, una sobrina, más desamparada y evidentemente más digna de compasión que las otras, una criatura menesterosa, una carga adicional para el ya agobiado círculo familiar, y que venía de un escalón tan bajo desde el punto de vista social, que si bien estaba dotada de cualidades y disposiciones naturales, se había estado preparando para un puesto poco mejor que el de niñera.

*Lady* Denham había regresado con Clara, cuyos méritos y buen sentido le habían asegurado, según toda apariencia, un puesto muy sólido en su afecto. Hacía mucho que se habían cumplido los seis meses sin que se dijera una palabra de efectuar ningún cambio, o intercambio. Era la predilecta de la casa: todo el mundo era sensible a la influencia de su conducta formal y su carácter dulce y apacible. Los prejuicios que había encontrado al principio en algunos habían desaparecido. Se la juzgaba digna de confianza, y compañera capaz de guiar y apaciguar a *lady* Denham,

de ensanchar su espíritu y abrir su mano. Era tan absolutamente amable como bonita; y dado que contaba con las brisas de Sanditon, su belleza era completa.

## IV

—¿De quién es esa propiedad tan agradable? —dijo Charlotte cuando, en una depresión resguardada a menos de tres kilómetros del mar, pasaron ante una casa de razonable tamaño, bien vallada y plantada, con jardín, huerto y prados abundantes, que son el mejor adorno de una morada de este género—. Parece que tiene tantas comodidades como Willingden.

—¡Ah! —dijo el señor Parker—, ésa es mi antigua casa; la casa de mis antepasados; la casa donde nacimos y nos criamos mis hermanos y yo, nacieron mis tres hijos mayores, y donde la señora Parker y yo hemos vivido hasta hace dos años. Hasta que terminaron nuestra nueva casa. Me alegro de que le guste. Es un viejo y honrado lugar; Hillier lo mantiene muy cuidado. Se la he cedido al hombre que lleva la mayor parte de mis tierras. Así, él tiene una casa mejor, ¡y yo bastante mejor situación! Una cuesta más y estaremos en Sanditon; en el Sanditon moderno: un pueblo precioso. Nuestros mayores construían siempre en terreno bajo. Estábamos encajonados aquí, en este pequeño rincón, sin aire ni perspectiva, a sólo dos kilómetros de la más espléndida extensión de océano, entre el promontorio sur y el final de la costa, sin beneficiarnos lo más mínimo de ella. Ya verá cómo no ha sido mal cambio cuando lleguemos a Trafalgar House... que, a propósito, casi me gustaría no haberle puesto Trafalgar: le habría ido mejor Waterloo. De todos modos, el nombre de Waterloo lo tengo en reserva; y si este año nos sentimos con ánimo suficiente (como confío) para arriesgarnos a construir un pequeño bloque de casas adosadas en forma de media luna, podremos llamarlo Waterloo-crescent; y el nombre, unido a la forma del bloque, que siempre es una combinación atrayente, hará que se nos llene de huéspedes. En una temporada buena tendremos más solicitudes de las que podamos atender.

—Siempre ha sido una casa confortable —dijo la señora Parker, mirándola por la ventanita de atrás como con afectuosa nostalgia—. Y tiene un huerto precioso... un huerto excelente.

—Sí, cariño; pero puede decirse que nos lo hemos llevado. Nos sigue proporcionando como antes la fruta y la verdura que necesitamos; y en realidad tenemos todos los productos de un huerto excelente sin la visión constante y molesta de sus labores, o el fastidioso deterioro anual de su vegetación. ¿Quién es capaz de soportar un cuadro de coles en octubre?

—¡Oh!, sí... querido... Estamos tan bien provistos de verduras como antes; porque si alguna vez se olvidan de traernos, siempre podemos comprar en Sanditon House lo que necesitamos. El hortelano de aquí nos abastece de mil amores: pero era un lugar precioso para que corrieran los niños. ¡Y muy umbroso en verano!

—Cariño, en la colina vamos a tener sombra suficiente, y más que suficiente, en espacio de unos años; el medro que llevan mis plantones es el asombro de todos. Entretanto, tenemos el toldo de lona que nos proporciona la más completa comodidad



dentro de casa... y en cualquier momento puedes comprar una sombrilla en la tienda de Whitby para la pequeña Mary, o un sombrero ancho en la de Jebb. Y en cuanto a los chicos, debo decir que prefiero que corraen al sol. Seguro que estás de acuerdo conmigo, cariño, en querer que nuestros chicos se hagan lo más fuertes posible.

—Sí, claro, por supuesto. Y voy a comprarle una pequeña sombrilla a Mary que la hará sentirse la mar de orgullosa. Qué sería va a ir con ella: me la imagino hecha una mujercita. ¡Ah!, no tengo la menor duda de que estamos mucho mejor donde vivimos ahora. Si alguno de nosotros quiere bañarse, no tiene que andar ni medio kilómetro. Pero —todavía mirando hacia atrás— siempre da gusto ver a una antigua amiga, una casa donde una ha sido feliz. Parece que los Hillier no notaron las tormentas el invierno pasado. Recuerdo que vi a la señora Hillier después de una de esas noches espantosas en que se sacudieron literalmente las camas, y al parecer sólo había notado un viento algo más fuerte de lo normal.

—Sí, sí; es muy probable. *Nosotros* tenemos toda la grandiosidad de la tormenta, con menos peligro real; porque el viento, al no encontrar nada en nuestra casa que le ofrezca resistencia o lo encajone, simplemente ruge y sigue adelante; mientras que abajo en esa zanja no se enteran del estado de la atmósfera, debajo de los árboles, y puede cogerles totalmente desprevenidos una de esas turbonadas espantosas que causan más destrozo en un valle, cuando se levantan, que el que haría en campo abierto el ventarrón más desatado. Y en cuanto a las verduras, amor mío, dices que cualquier desabastecimiento accidental lo puede atender el hortelano de *lady* Denham; pero en mi opinión debemos acudir a otro si llega el caso, y tienen más derecho el viejo Stringer y su hijo. Le animé a cultivar, y me temo que no lo hace muy bien; es decir, aún no ha pasado el tiempo suficiente. Lo hará muy bien sin la menor duda; pero al principio es un trabajo arduo, y por tanto debemos prestarle la ayuda que podamos; y cuando haga falta algo de fruta o de verdura (y no estará mal que falten de vez en cuando, que se nos olvide alguna cosa casi todos los días), encargarle a ese pobre viejo Andrew un discreto suministro para que no pierda su trabajo diario, pero la mayor parte de nuestro consumo comprársela a los Stringer.

—Muy bien, cariño; no habrá dificultad en eso, y la cocinera se alegrará. Lo que va a ser un gran alivio, porque siempre se está quejando de que el viejo Andrew nunca le trae lo que necesita. Bueno, ya hemos dejado atrás la antigua casa. ¿Y dice tu hermano que la van a convertir en hospital?

—Mary, cariño, eso es una broma suya. Finge aconsejarme que la convirtamos en hospital. Finge reírse de mis mejoras. Sidney dice lo que se le pasa por la cabeza. Siempre nos dice a todos lo que se le antoja. Creo, señorita Heywood, que en casi todas las familias hay un miembro así. En casi todas las familias hay alguien dotado de talento o ingenio para decir ocurrencias. En la nuestra es Sidney, que es un joven inteligentísimo, y con gran poder de agradar. Vive demasiado en el mundo para ser reposado: ése es su único defecto. Está aquí y allá y en todas partes. Me gustaría conseguir que viniera a Sanditon. Me gustaría que le conociese. ¡Y estaría muy bien

para el lugar! Un joven como Sidney, con su coche precioso y su aire elegante. Tú y yo sabemos, Mary, el efecto que podría tener: la de familias respetables, madres prudentes e hijas hermosas que podría atraernos, en perjuicio de Eastbourne y de Hastings.

Ahora se estaban acercando a la iglesia y al pueblo propiamente dicho de Sanditon, que se alzaba al pie de la loma que después iban a subir; una loma cuya ladera abarcaba el bosque y la cerca de Sanditon House, y cuya cima era un área despejada donde pronto se esperaba ver los nuevos edificios. Una bifurcación del valle, serpeando más oblicuamente hacia el mar, daba paso a un riachuelo insignificante que en su desembocadura formaba una tercera división habitable, con un grupito de casas de pescadores.

El pueblecito lo constituían poco más que casitas de campo, pero reflejaban el espíritu del momento, como el señor Parker comentó con satisfacción a Charlotte, y dos o tres de las mejores se hallaban animadas con una cortina blanca y el «Se alquilan habitaciones»; y más adelante, en el pequeño espacio verde ante una vieja granja, vieron dos mujeres elegantemente vestidas de blanco con sus libros y sus sillas plegables; y al dar la vuelta a la esquina de la panadería, les llegaron los sonos de un arpa desde la ventana superior.

Tales visiones y sonos fueron de lo más venturosos para el señor Parker. No es que tuviera ningún interés personal en el éxito del pueblo en sí; porque, juzgándolo demasiado apartado de la playa, no había hecho nada en él. Pero era una valiosa prueba de la creciente popularidad de todo el lugar. Si el pueblo era capaz de atraer gente, la colina se llenaría. Preveía una temporada extraordinaria. ¡A todo esto, el año anterior (a finales de julio) no había habido un solo huésped en el pueblo!; ni recordaba él ninguno durante el verano, salvo una familia de niños que llegó de Londres para tomar el aire marino después de que pasaron la tos ferina, y cuya madre no quería tenerlos más cerca de la playa por temor a que se mojaran.

—¡Es la civilización, la civilización! —exclamó el señor Parker, entusiasmado—. Mira, cariño. Mira el escaparate de William Heeley. ¡Zapatos azules y botas de nanquín! ¡Quién habría esperado verlos aquí en una zapatería del viejo Sanditon! Llevan menos de un mes. Cuando pasé por aquí hace un mes no había zapatos azules. ¡Es realmente glorioso! Bueno, creo que he hecho algo importante en mi tiempo. Y ahora, llegamos a nuestra colina; a nuestra saludable colina...

Cuesta arriba, pasaron ante la verja de Sanditon House y vieron asomar el tejado entre los árboles. Era el último edificio de los primeros días en esa parte del municipio. Un poco más arriba empezaban los modernos; y al pasar la cima descubrieron una Prospect House, una Bellevue Cottage y una Denham-place, Charlotte con divertida curiosidad, y el señor Parker con unos ojos ansiosos que esperaban no ver apenas casas vacías. Había más carteles en las ventanas de los que había calculado, y menos indicios de gente en la colina: menos carruajes, menos paseantes. Había imaginado que a esa hora del día estarían regresando de su paseo

para cenar. Pero la playa y la Terraza siempre atraían a alguno; y la marea debía de estar subiendo; debía de estar a medias ahora.

Ansiaba estar en la playa, en los acantilados, en su propia casa y en todas partes a la vez. Se le levantó al ánimo al ver el mar, y casi sintió más fuerte el tobillo. Trafalgar House, en el sitio más elevado de la colina, era un edificio claro y elegante que se alzaba en medio de una pequeña zona de césped con árboles muy jóvenes alrededor, a un centenar de metros del borde de un acantilado no muy alto... el más cercano a él de todos los edificios, aparte de una breve fila de casas de aspecto cuidado que llamaban la Terraza, con un ancho paseo delante que aspiraba a ser la Alameda del lugar. En esta fila estaba la mejor sombrerería y la biblioteca; algo separado del grupo estaba el hotel y el salón de billar: aquí empezaba la bajada a la playa y a las máquinas de baño. Y éste era, por tanto, el lugar favorito de la belleza y la moda.

En Trafalgar House, que asomaba por detrás de la Terraza, a poca distancia, los viajeros fueron depositados sin novedad, y todo fue alegría y júbilo entre los papás y los hijos. Entretanto Charlotte, tras tomar posesión de la habitación que se le asignó, halló distracción suficiente junto al triple ventanal, contemplando el heterogéneo primer término compuesto de edificios inacabados, techumbres y ondeante ropa blanca, hasta el mar, que danzaba y centelleaba de sol y de frescor.

## V

Cuando se reunieron antes de la cena, el señor Parker estaba mirando la correspondencia.

—¡Ni una línea de Sidney! —dijo—. Es un perezoso. Le escribí contándole mi accidente en Willingden y creí que se dignaría contestarme. Pero tal vez eso significa que va a venir. Confío en que así sea... Pero aquí hay carta de una de mis hermanas. Ellas nunca fallan. En lo que toca a correspondencia, las mujeres son las únicas en las que se puede confiar. A ver, Mary —sonriendo a su esposa—, antes de abrirla: ¿cómo imaginamos que se encontrarán de salud sus autoras?... O mejor: ¿qué diría Sidney si estuviese aquí? Sidney es un frescales, señorita Heywood. Y asegura que buena parte de las dolencias de mis hermanas son imaginación; pero no es verdad, o no del todo. Tienen una salud delicada, como ya nos ha oído comentar muchas veces, y son propensas a muy graves trastornos. A decir verdad, creo que no han tenido un solo un día en que no les haya dolido nada; y a su vez son mujeres tan dispuestas y de tanto carácter que, cuando se trata de colaborar, ponen tanto empeño en su esfuerzo que causan una impresión extraordinaria a quienes no las conocen bien. En realidad carecen de afectación. Lo que pasa es que tienen una constitución más débil y un espíritu más fuerte de lo que se suele ver por ahí, tanto junto como separado. Y siento decir que mi hermano menor, que vive con ellas y tiene poco más de veinte años, es casi tan inválido como ellas. Está tan delicado que es inútil para cualquier profesión. Sidney se ríe de él; pero no es ninguna broma. Aunque Sidney hace a menudo que me ría de ellos a mi pesar. Bueno, si estuviese aquí apostaría a que Susan, Diana o Arthur cuentan en esta carta que han estado al borde de la muerte este mes pasado.

Tras echar una ojeada a la carta, meneó la cabeza y empezó:

—Siento decir que no hay posibilidad de que vengan a Sanditon. Dan una información imparcial de ellas. Sinceramente, muy imparcial. Mary, te entristecerá saber lo mal que se han encontrado y se encuentran. Si me permite, señorita Heywood, leeré en voz alta la carta de Diana: me gusta que mis amigos se conozcan entre sí, y me temo que éste es el único medio de que dispongo para lograrlo entre ustedes. No me da ningún apuro por Diana, porque sus cartas la muestran tal como es: el ser más dinámico, simpático y afectuoso de cuantos existen, por lo que no tiene más remedio que causar buena impresión.

Leyó: «Querido Tom: Hemos sentido mucho tu accidente, y si no fuera porque dices que has caído en tan buenas manos, habría corrido a tu lado contra viento y marea al día siguiente de recibir tu carta, aunque me cogió en medio de un agravamiento más fuerte de lo normal de mi vieja afección biliar, y apenas soy capaz de arrastrarme de la cama al sofá. Pero ¿cómo te han tratado? Cuéntame más detalles en la próxima. Si es efectivamente una simple torcedura, como tú la llamas, lo más sensato habría sido una friega, una friega con las manos tan sólo, suponiendo que te la dieran *inmediatamente*. Hace dos años, estaba yo de visita en casa de la señora

Sheldon cuando su cochero se torció casualmente el pie limpiando el coche y a duras penas fue capaz de llegar cojeando a la casa; pero gracias a la inmediata aplicación de una friega persistente (le froté el tobillo con mis propias manos durante seis horas seguidas), se puso bien a los tres días. Te agradezco mucho, querido Tom, tu amabilidad con nosotras, poniéndonos al corriente con tanto detalle de tu percance. Pero te ruego que no vuelvas a exponerte al peligro buscando un boticario para nosotras, pues aunque hubieras reclutado para Sanditon al hombre más experimentado de su profesión, no sería ninguna garantía para nosotras. Hemos roto completamente con la tribu médica entera. Hemos estado visitando un médico tras otro en vano, hasta que hemos llegado a la conclusión de que no pueden hacer nada por nosotras y debemos confiar en el conocimiento que tenemos de nuestra precaria condición para cualquier alivio. Pero si consideras aconsejable por el interés del *pueblo* llevar un médico ahí, me ocuparé encantada de ese encargo, y no te quepa ninguna duda de que lo cumpliré. Puedo poner inmediatamente toda la carne en él asador. En cuanto a ir a Sanditon, me es del todo imposible. Lamento decir que no me atrevo a intentarlo: mi intuición me dice que en mi estado actual el aire marino sería probablemente la muerte para mí. Y ninguno de mis queridos compañeros me dejará, como tampoco les animaré yo a que vayan a pasar contigo un par de semanas. Porque dudo sinceramente de que los nervios de Susan resistan ese esfuerzo. Lleva soportando un dolor de cabeza y seis sanguijuelas al día desde hace diez; aunque la alivian tan poco que hemos creído conveniente cambiar de tratamiento, y hemos llegado a la conclusión, después de meditarlo, de que gran parte del mal le viene de las encías, así que la he convencido de que ataque el mal por ahí. Total, que le han extraído tres muelas y ha mejorado sensiblemente, aunque tiene los nervios bastante alterados. Apenas si puede hablar en susurros, y se ha desmayado dos veces esta mañana al intentar el pobre Arthur reprimir su tos. Él, me alegra poder decirlo, se encuentra relativamente bien, aunque más débil de lo que yo quisiera; y temo por su hígado. De Sidney no sé nada desde que estuvisteis los dos en la capital, pero infiero que no ha llevado a cabo su plan de ir a la isla de Wight; de lo contrario le habría visto de paso. Deseamos muy sinceramente que paséis un buen verano en Sanditon, y aunque no podemos contribuir personalmente a tu *Beau Monde*, hacemos cuanto podemos por enviarte personas de merecimiento: creo que seguramente podremos mandarte dos familias numerosas, una de un rico indiano de Surrey, la otra de un respetabilísimo internado o academia de señoritas, de Camberwell. No quieras saber la de intermediarios que he utilizado en esto: una complicación. Pero el éxito compensa de sobra. Un cariñoso abrazo».

—Bien —dijo el señor Parker al terminar—. Aunque seguramente Sidney encontraría esta carta de lo más divertida y nos haría reír sin parar durante media hora, confieso que yo no la veo sino muy digna de compasión, y muy digna de elogio. ¡Con lo que sufren, observará que se esfuerzan en contribuir al bien de los demás! ¡Cómo se preocupan por Sanditon! Dos familias numerosas: a una le

asignaremos probablemente Prospect House, y a la otra, el número 2 de Denham-place... o la casa del final de la Terraza; además hay camas de sobra en el hotel. Ya le decía yo, señorita Heywood, que mis hermanas son mujeres excelentes.

—Estoy segura de que son extraordinarias —dijo Charlotte—. Me admira el tono alegre de la carta, a pesar de cómo se encuentran las dos. ¡Tres muelas de una vez! ¡Qué horror! Puede que su hermana Diana esté muy mal, pero que a su hermana Susan le hayan sacado tres muelas me parece muchísimo peor.

—Bueno, ellas están acostumbradas a las operaciones... a toda clase de operaciones. ¡Y tienen mucha fortaleza!

—Sin duda sus hermanas saben lo que hacen, pero creo que van demasiado lejos en sus medidas. Si yo estuviese enferma de lo que fuera, querría contar con el consejo de un profesional; no me atrevería a decidir por mí misma, ni por nadie de los míos. Pero nosotros hemos sido siempre una familia sana y no sé qué experiencia puede dar la costumbre de automedicarse.

—A decir verdad —dijo la señora Parker—, creo que las señoritas Parker lo llevan a veces demasiado lejos. Y tú piensas igual, cariño; lo sabes: a menudo tengo la impresión de que se sentirían mejor si dejaran de pensar tanto en sí mismas... sobre todo Arthur. Sé que crees que es una pena que tengan tanta manía en que está enfermo.

—Claro, claro, cariño; te aseguro que es una desgracia para el pobre Arthur que le animen a dejarse vencer por las indisposiciones en esa etapa de la vida. Es una pena; es una pena que se crea demasiado delicado para desempeñar una profesión... y que a los veintiún años se pase la vida sentado pensando en los intereses de su pequeña fortuna, sin intentar aumentarla, o decidirse a hacer algo que sea provechoso para él o para los demás. Pero hablemos de cosas agradables: esas dos familias numerosas son exactamente lo que necesitábamos. Pero aquí cerca tenemos algo más agradable aún: Morgan con su anuncio de «Comidas».

## VI

El grupo salió muy pronto después de comer. El señor Parker no iba a quedarse tranquilo si no efectuaba en seguida una visita a la biblioteca, al registro de suscripciones, y Charlotte se alegró de ver cuanto pudo, y lo más de prisa que pudo, dado que todo era nuevo para ella. Habían salido a la hora más tranquila en una estación balnearia: cuando casi todos los veraneantes se dedicaban a la importante tarea de comer o reposar la comida; algún señor mayor se veía aquí y allá, obligado a pasear por motivos de salud; pero en general, había una completa ausencia de gente, una tranquilidad y un vacío en la Terraza, el acantilado y la playa.

Las tiendas estaban desiertas, las cintas y los sombreros de paja parecían abandonados a su suerte dentro y fuera del establecimiento, y la señora Whitby, en la biblioteca, estaba en su cuarto, leyendo una novela por falta de ocupación. El número de suscriptores era el normal. A los nombres de lady Denham, la señorita Brereton, el señor y la señora Parker, sir Edward Denham y la señorita Denham, que podía decirse que encabezaban la temporada, sólo seguían los de la señora Mathews, la señorita Mathews, la señorita E. Mathews, la señorita H. Mathews, el doctor Brown y señora, el señor Richard Pratt, el teniente Smith R. N., el capitán Little, de Limehouse, la señora Jane Fisher, la señorita Fisher, la señorita Scroggs, el rev. señor Hanking, el señor Beard —abogado, de Grays Inn—, la señora Davis y la señorita Merryweather.

El señor Parker no pudo por menos de observar que la lista no sólo carecía de distinción, sino que era menos nutrida de lo que había esperado. Sin embargo, aún era julio, y los meses importantes eran agosto y septiembre; y además, las prometidas familias numerosas de Surrey y Camberwell eran un consuelo al alcance de la mano.

La señora Whitby salió inmediatamente de su escondrijo literario, encantada de ver de nuevo al señor Parker, cuya manera de ser despertaba la simpatía de todo el mundo, y se dedicaron a intercambiar cortesías y novedades mientras Charlotte, tras añadir su nombre a la lista a modo de primera aportación al éxito de la temporada, se entretuvo en hacer algunas compras inmediatas para regalar después a todos, cuando consiguió hacer bajar de su tocador a la señorita Whitby con todo el arreo de rizos lustrosos y vistosos pelendengues.

La biblioteca, naturalmente, abastecía de todo: tenía todas las cosas inútiles del mundo de las que no se podía prescindir. Y ante tantas tentaciones, y tanta disposición del señor Parker a animar a comprar, Charlotte empezó a comprender que debía contenerse... o más bien reflexionó que a los veintidós años no podía haber excusa para no hacerlo, y que no estaba bien gastarse todo el dinero la primera noche. Cogió un libro; resultó ser un tomo de *Camilla*<sup>[5]</sup>. No tenía la juventud de Camilla, y no tenía intención de vivir su desgracia; así que se apartó de los cajones de sortijas y broches, reprimió nuevas tentaciones y pagó lo que había escogido.

Para su satisfacción personal, iban a dar una vuelta por el acantilado... Pero al abandonar la biblioteca toparon con dos damas cuya llegada hizo necesario cambiar de plan: *lady* Denham y la señorita Brereton. Habían estado en Trafalgar House, donde las habían dirigido a la biblioteca; y aunque *lady* Denham era demasiado dinámica para considerar que tras un paseo de kilómetro y medio hiciera falta descansar, y habló de volver a casa directamente, los Parker sabían que le encantaba que le insistieran en que los acompañara y la obligaran a tomar el té con ellos; así que renunciaron al paseo por el acantilado y regresaron inmediatamente a casa.

—No, no —dijo su señoría—. No quiero que por mí adelanten ustedes su hora del té. Sé que les gusta tomarlo tarde. Mi horario temprano no tiene por qué causar molestias a mis vecinos. No, no, la señorita Clara y yo regresamos a casa a tomar nuestro té. No hemos salido con ninguna idea. Sólo queríamos verlos y asegurarnos de que habían regresado; pero ahora nos volvemos a casa.

Sin embargo prosiguió hacia Trafalgar House y tomó posesión del salón con toda tranquilidad, sin oír, al parecer, una sola palabra de las órdenes que la señora Parker dio al criado al entrar de que sirviese inmediatamente el té. Charlotte se consoló de la pérdida del paseo con la compañía de las dos personas por las que tanta curiosidad le había inspirado la conversación de la mañana. Las observó bien. *Lady* Denham era de estatura mediana, fuerte, tiesa, de movimientos alertas, ojos sagaces y aire de satisfecha de sí misma; pero no tenía un rostro desagradable, y aunque su actitud era brusca y enérgica, como de persona que se precia de ser franca, mostró buen humor y cordialidad, afabilidad y buena disposición al presentarle a Charlotte, y sincera alegría de reunirse con sus viejos amigos, que le inspiraban la complacencia que parecía sentir; y en cuanto a la señorita Brereton, su aspecto justificaba tan por completo los elogios del señor Parker que Charlotte pensó que jamás había visto una joven más encantadora e interesante.

Elegantemente alta, de belleza regular, gran delicadeza de cutis y suaves ojos azules, actitud dulcemente modesta aunque con una gracia natural, Charlotte no vio en ella sino la personificación de la más bella y encantadora heroína de cuantos libros habían dejado en los estantes de la señora Whitby. Quizá se debía en parte a que acababa de salir de una biblioteca circulante... pero no pudo separar de Clara Brereton la idea de una completa heroína. ¡Su situación respecto a *lady* Denham obraba en favor de tal identificación! Parecía colocada a su lado a propósito para ser maltratada. Esa pobreza y esa dependencia unidas a una belleza y tales cualidades parecían no dejar alternativa.

Estas impresiones no querían decir que Charlotte tuviera un espíritu novelesco. No; Charlotte era una joven seria; leía asiduamente novelas para proporcionar entretenimiento a su imaginación, aunque no se dejaba influir excesivamente por ellas; y aunque durante los primeros cinco minutos se recreó imaginando las persecuciones de que *debía* ser objeto la interesante Clara, sobre todo en forma de un trato bárbaro por parte de *lady* Denham, no tuvo reparo en admitir, según observó a



continuación, que parecía haber entre ellas una muy grata armonía. No veía en *lady* Denham nada peor que esa especie de formalismo anticuado de llamarla constantemente *señorita Clara*, ni tenía nada que objetar al grado de deferencia y atención que Clara le tributaba. La actitud de la una parecía amabilidad protectora, la de la otra respeto agradecido y afectuoso.

La conversación versó enteramente sobre Sanditon, su actual número de visitantes y los cambios de una buena temporada. Era evidente que *lady* Denham estaba más preocupada y temía más las pérdidas de beneficios que su colega. Quería que el lugar se llenase más deprisa, y parecía que la obsesionaba el temor de que quedasen sin alquilar algunos alojamientos. No olvidaron hablar de las dos familias numerosas de la señorita Diana Parker.

—Muy bien, muy bien —dijo su señoría—. Una familia indiana y una escuela. Eso está muy bien. Traerán dinero.

—No hay quien gaste dinero con más liberalidad que los indianos —comentó el señor Parker.

—Sí, eso he oído decir; y como tienen la bolsa llena, tal vez se figuran que son iguales que las familias antiguas de este país. Pero los que despilfarran el dinero con tanta alegría no piensan que están causando el daño de hacer subir el precio de las cosas; y según he oído decir, es lo que hacen sus indianos. Y si vienen aquí a hacer subir el precio de nuestros productos necesarios, no tendremos mucho que agradecerles, señor Parker.

—Mi querida señora, sólo pueden hacer subir el precio de los artículos de consumo mediante una demanda excepcional; y una afluencia así de dinero entre nosotros, más que perjudicarnos, nos beneficiará. No se pueden enriquecer nuestros carniceros y panaderos y comerciantes en general sin que eso nos traiga también prosperidad a *nosotros*. Si *ellos* no ganan, nuestras rentas se tambalean; y correlativamente, sus beneficios deben repercutir en último término en el nuestro, al aumentar el valor de nuestras casas.

—Ah, bien... Pero no me gustaría que subiese el precio de la carne; y lo mantendré bajo mientras pueda. Ya veo que esta joven se sonríe; quizá me considera un vejestorio, pero ya se preocupará *ella* también de estas cosas con el tiempo. Sí, sí, querida; tenga la seguridad. Con el tiempo, acabará pensando en el precio de la carne; aunque quizá no llegue a tener tanta servidumbre que alimentar como yo. Y estoy convencida de que los que tienen menos servidumbre son los que mejor viven. No soy mujer a la que le guste la ostentación, como todo el mundo sabe; y si no fuese por lo que debo a la memoria del pobre señor Hollis, no mantendría como mantengo Sanditon House: no lo hago por mi gusto. Bueno, señor Parker, y dice que la otra familia es un internado, un internado francés, ¿no? No me parece mal. Pasarán aquí seis semanas. Quién sabe si no habrá alguna tísica que necesite leche de burra, y yo tengo actualmente dos burras lecheras. Pero tal vez las jovencitas estropeen el mobiliario... espero que traigan una institutriz con temple que se ocupe de ellas.

Respecto al objeto que le había llevado a Willingden, el pobre señor Parker no obtuvo más mérito a los ojos de *lady* Denham que el que había obtenido a los de sus hermanas.

—¡Por Dios! Mi querido señor —exclamó—, ¿cómo se le ha podido ocurrir una cosa así? Siento mucho lo del accidente, pero a fe que se lo ha merecido. ¡Andar buscando un doctor! Vamos, ¿qué íbamos a hacer con un doctor aquí? No haríamos sino animar a los criados y a los pobres a imaginarse enfermos, si les pusiéramos un doctor a mano. Por favor, evitemos que haya ningún miembro de esa tribu en Sanditon. Nos va muy bien como estamos. Tenemos el mar, las colinas y mis burras lecheras... Y le he dicho a la señora Whitby que si va alguien pidiendo un caballo mecánico, se le puede proporcionar uno por un precio módico (el del señor Hollis está prácticamente nuevo). ¿Qué más puede necesitar la gente? Yo hace más de setenta años que estoy en este mundo y no habré ido más de un par de veces al médico, ni he necesitado ver la cara de un doctor en toda mi vida. Y creo sinceramente que si mi pobre y querido *sir* Harry no hubiera consultado ninguno aún estaría vivo. Diez veces, una tras otra, cobró honorarios el que le mandó al otro mundo. Se lo pido por favor, señor Parker, no traiga doctores aquí.

Entraron el servicio del té.

—¡Oh, mi querida señora Parker, no tenía que haberse molestado! ¿Por qué lo ha hecho? Estaba a punto de despedirme. En fin, ya que es usted una vecina tan hospitalaria, creo que la señorita Clara y yo no tenemos más remedio que quedarnos.

## VII

La popularidad de los Parker les trajo algunas visitas a la mañana siguiente... entre ellas, la de sir Edward Denham y su hermana, quienes, dado que estaban en Sanditon House, se acercaron a saludarlos; y Charlotte, concluida la obligación de escribir sus cartas, estuvo a tiempo sentada en el salón con la señora Parker para verlos a todos.

Los Denham eran los únicos que le despertaban especial curiosidad. Charlotte se alegró de completar su conocimiento de la familia al ser presentada a ellos, y los encontró —a la mitad mejor al menos (porque mientras es soltero, al caballero se le puede considerar a veces la mitad mejor de la pareja)— merecedores de atención. La señorita Denham era una joven guapa, aunque fría y reservada, y daba la impresión de que sentía su propia importancia con orgullo y su pobreza con descontento, y de que era persona a la que la corroía fácilmente la falta de un carruaje más elegante que el sencillo calesín en el que habían llegado, y que el mozo de los Parker aún conducía a la vista de ella. Sir Edward era muy superior en actitud y modales; desde luego era guapo, aunque destacaba más por su trato excelente y su deseo de mostrarse atento y de complacer: hizo su entrada en el salón notablemente bien, habló mucho, en especial con Charlotte, junto a la que le habían colocado casualmente, y ésta en seguida se dio cuenta de que tenía un rostro interesante, una voz atractiva, y mucha conversación. Le cayó bien. Sería como era, le consideró agradable, y no contentió con la sospecha de haberle causado ella la misma impresión, al observar que no hacía caso del gesto de irse de su hermana, y que seguía anclado a su sitio y a su conversación. No pretendo yo disculpar la vanidad de mi heroína. Si hay jóvenes en el mundo y en su etapa de la vida más carentes de imaginación y menos preocupadas por agradar, no las conozco, ni deseo conocerlas.

Por último, desde los bajos ventanales del salón que dominaban el camino y todos los senderos de la loma, Charlotte y sir Edward, sentados donde estaban, no pudieron por menos de ver pasar a lady Denham y la señorita Brereton... y al punto se operó un leve cambio en el semblante de sir Edward: les dirigió una mirada de ansiedad, y propuso inmediatamente a su hermana, no sólo levantarse, sino ir a dar una vuelta juntos por la Terraza; lo que imprimió un giro vigoroso a la imaginación de Charlotte, la curó de la fiebre que la dominaba desde hacía media hora, y la puso en una disposición de ánimo más apta para juzgar, cuando sir Edward se fue, cuán agradable se había mostrado realmente: «Quizá se debe a su personalidad y su talante, y no le perjudica su título».

Muy pronto tuvo su compañía otra vez. Lo primero que propusieron los Parker cuando la casa quedó despejada de visitas matinales fue salir también. La Terraza era la atracción general: todo el que salía a pasear empezaba por la Terraza; y allí, sentados en uno de los dos bancos verdes junto al paseo de grava, encontraron reunido al grupo de los Denham; pero aunque juntos, estaban muy claramente divididos también: las dos damas mayores se hallaban en un extremo del banco, y sir

Edward y la señorita Brereton en el otro. Charlotte observó de una primera ojeada que la actitud de sir Edward era de enamorado: no había duda de su devoción por Clara; menos evidente era cómo acogía Clara esa devoción; aunque a Charlotte le dio la impresión de que no muy favorablemente. Porque aunque sentada aparte con él (cosa que quizá no había podido evitar), su ademán era serio y sereno.

Era indudable que la joven del otro extremo del banco estaba haciendo penitencia. La diferencia de expresión de la señorita Denham, el cambio de la señorita Denham sentada con fría solemnidad en el salón de la señora Parker que los demás se esforzaban en animar, a la señorita Denham sentada junto a lady Denham escuchando y hablando con sonriente atención o solícita ansiedad era sorprendente, y muy divertido... o muy triste, según se quiera hacer prevalecer la sátira o la moral. El carácter de la señorita Denham era bastante evidente para Charlotte. El de sir Edward requería un estudio más detenido: le sorprendió ver que dejaba inmediatamente a Clara para unirse a ellos en el paseo, y que dedicaba sus atenciones a la propia Charlotte.

Colocándose a su lado, pareció pretender apartarla lo más posible del resto del grupo y dedicarle por entero su conversación. En un tono de gran gusto y sentimiento, empezó hablando del mar y de la playa, y siguió expresando con energía todas las frases que se suelen decir para alabar su sublimidad, y describir las *indescribibles* emociones que despiertan en un espíritu sensible. La terrible grandiosidad del océano en una tempestad, su espejeante superficie en una calma, sus gaviotas y su hinojo marino, la profundidad de sus abismos, sus cambios violentos, sus engaños espantosos, sus marineros tentándolo al sol y anonadados por el súbito temporal, todo lo tocó de manera vehemente y elocuente, bastante manida quizá, aunque sonaba muy bien oyéndolo de labios de un apuesto sir Edward. Y Charlotte no pudo por menos de considerarle un hombre de sentimiento... hasta que empezó a asombrarla con el número de sus citas y lo sorprendente de sus frases.

—¿Recuerda —dijo— los hermosos versos de Scott sobre el mar? ¡Ah, cómo lo describen! Jamás se me van del pensamiento cuando paseo por aquí. ¡Quien sea capaz de leerlos sin conmoverse ha de tener los nervios de un asesino! Dios me guarde de topar desarmado con un hombre así.

—¿A qué descripción se refiere? —dijo Charlotte—. En este momento no recuerdo ninguna sobre el mar, en los poemas de Scott.

—¿De verdad? Bueno, yo tampoco recuerdo exactamente cómo empieza en este momento... Pero... no puede haber olvidado la descripción que hace de la Mujer:

*¡Oh, mujer, solaz de nuestras horas!...*

¡Delicioso! ¡Delicioso! Aunque no hubiese escrito nada más, habría sido inmortal. Luego está esa alocución incomparable, insuperable, sobre el afecto paternal:

*El mortal ha recibido sentimientos  
más celestiales que terrenos, etc.*

Y hablando de poesía: ¿qué opina usted, señorita Heywood, de los versos de Burns a su Mary? ¡Ah, qué patetismo más enloquecedor! Si ha habido en la vida un hombre que ha *sentido*, ése es Burns. Montgomery posee todo el fuego de la poesía, Wordsworth es su misma alma... Campbell, en sus *Placeres de la Esperanza*, alcanza el cénit de nuestros sentimientos: «Como visitas del ángel, pocas y distanciadas...». ¿Se puede imaginar algo más subyugante, más lleno de honda sublimidad que ese verso? Pero Burns... reconozco, señorita Heywood, que para mí ocupa el primer lugar. Si tiene Scott algún defecto, es la falta de pasión: es tierno, elegante, descriptivo... pero *insípido*. Desprecio al hombre que no es capaz de hacer justicia a los atributos de la mujer. Es verdad que a veces tiene algún destello de sentimiento, como en los versos de los que hablábamos: «¡Oh, mujer, solaz de nuestras horas!». Pero Burns se revela siempre inflamado. Su alma es el altar donde se halla entronizada la mujer, su espíritu difunde el incienso inmortal que a ella se le debe...

—He leído varios poemas de Burns con gran placer —dijo Charlotte en cuanto pudo decir algo—; pero no entiendo lo suficiente para distinguir entre la poesía de un hombre y su carácter; y los conocidos excesos del pobre Burns me impiden muchas veces disfrutar de sus versos. Me resulta difícil concederle *autenticidad* a sus sentimientos como amante. No tengo fe en la sinceridad de los afectos de un hombre de sus características. Sentía, escribía y olvidaba.

—¡Ah, no, no! —exclamó *sir* Edward en un transporte de éxtasis—. ¡Era todo ardor y sinceridad! Puede que su genio y sus susceptibilidades le hayan llevado a alguna aberración. Pero ¿quién es perfecto? Sería caer en lo hipercrítico y lo pseudofilosófico exigir de un espíritu de elegancia genial las bajezas de un alma vulgar. Los destellos de talento que emite la pasión de su pecho son quizá incompatibles con algunas decencias prosaicas de la vida; y no puede usted, queridísima señorita Heywood —hablando con aire de profundo sentimiento—, ni puede ninguna mujer, juzgar con imparcialidad lo que un hombre puede verse impulsado a decir, escribir o hacer bajo el impulso soberano de un ardor sin límites.

Todo esto estaba muy bien, pero si Charlotte había comprendido bien, no era muy moral; y dado que no le gustó esta singular clase de cumplido, respondió seria:

—La verdad es que no soy entendida en la materia. Hace un día precioso. El viento imagino que debe de ser del sur.

—¡Dichoso, dichoso el viento, que acapara el pensamiento de la señorita Heywood!

Charlotte empezaba a pensar que era decididamente idiota. Se daba cuenta de que se había puesto a pasear con ella para picar a la señorita Brereton. Lo había leído en un par de miradas inquietas por parte de él... Pero lo que no acababa de comprender era por qué tenía que decir tantas tonterías, a menos que fuera porque no sabía hacer

nada mejor. Parecía muy romántico, muy lleno de sentimiento, y muy aficionado a las palabras fuertes más de moda; daba la impresión de que no tenía la cabeza demasiado clara, y hablaba de rutina: más adelante, quizá, afloraría cómo era... Pero cuando éste propuso entrar en la biblioteca, pensó que ya había tenido bastante dosis de *sir Edward* para una mañana, y aceptó contentísima la invitación de *lady Denham* de seguir en la Terraza con ella.

Las dejaron todos los demás —*sir Edward* con un gesto de galante desesperación por tener que separarse—, y se unieron ambas en un deleite común: es decir, *lady Denham*, como auténtica gran dama, habló y habló de sus propios asuntos, y *Charlotte* escuchó, divertida al considerar el contraste con su anterior compañero. Desde luego, no hubo tensión producida por ningún sentimiento dudoso, ni frase alguna de difícil interpretación en el discurso de *lady Denham*. Cogiéndose al brazo de *Charlotte* con la naturalidad de quien sabe que cualquier gesto suyo hacia una persona será recibido como un honor, y comunicativa debido a la conciencia de esa misma importancia, o a una afición natural a hablar, dijo inmediatamente en un tono de gran satisfacción, y con expresión sumamente sagaz:

—La señorita *Esther* quiere que los invite a su hermano y a ella a pasar una semana en *Sanditon House* como el año pasado. Pero no lo voy a hacer: ha estado intentando ablandarme por todos los medios, dedicándome elogios sobre esto y lo de más allá. Pero he visto su juego, y con toda claridad. A mí no se me engaña tan fácilmente, querida.

A *Charlotte* no se le ocurrió comentario más inofensivo que preguntar:

—¿*Sir Edward* y la señorita *Denham*?

—Sí, querida. Mi *parentela menuda*, como les llamo a veces, porque los llevo mucho de la mano. El verano pasado por estas mismas fechas los tuve conmigo una semana; de lunes a lunes. Y se fueron encantados y agradecidísimos. Porque son muy buenos chicos, querida. No vaya a creer que sólo les hago caso por el pobre *sir Harry*. No, no. Son merecedores de todo aprecio; de lo contrario, esté segura de que no les tendría tanto a mi lado. No soy mujer que ayude a nadie a ojos cerrados. Yo siempre tengo el cuidado de saber qué me propongo y con quién tengo que tratar, antes de mover un dedo. Creo que jamás me han engañado en la vida; y eso es mucho decir en una mujer que ha estado casada dos veces. El pobre querido *sir Harry*, dicho sea entre nosotras, creyó que salía ganando él. Pero se ha ido —con un ligero suspiro—, y no debemos criticar a los difuntos. No ha habido una pareja más feliz que nosotros; y fue un hombre de lo más honorable: el clásico caballero de rancia familia. Cuando murió, le regalé a *sir Edward* su reloj de oro.

Esto lo dijo con una mirada a su compañera que delataba su intención de producir gran efecto; y viendo que el semblante de *Charlotte* no revelaba ninguna sorpresa especial, añadió con rapidez:

—No se lo había dejado a su sobrino, querida. No era un legado. No estaba en el testamento. Sólo me dijo, y una sola vez, que le gustaría que el reloj fuera para su

sobrino; pero yo podía no haber dado cumplimiento a su deseo, si no hubiera querido.

—¡Ha sido un detalle muy amable! ¡Y muy generoso! —dijo Charlotte, absolutamente obligada a fingir admiración.

—Pues sí, querida; y no es lo *único* que he hecho por él. He sido una amiga muy liberal con *sir* Edward. El pobre lo necesita de todas todas; porque aunque yo sólo soy la *viuda* y él el *heredero*, nuestra relación no es la que suele haber entre las dos partes de un caso así: yo no recibo un solo chelín de la herencia de los Denham. *Sir* Edward no tiene que *darme* nada. Sin embargo, no es él quien está en una posición de ventaja, créame: soy *yo* quien le ayuda a *él*.

—¡Vaya! Pues es un joven muy apuesto... de modales muy distinguidos.

Charlotte dijo esto por decir algo... pero inmediatamente se dio cuenta de que había despertado recelo en *lady* Denham, al observar la mirada de inteligencia que le dirigió al contestarle:

—Sí, se le ve muy apuesto, y es de esperar que alguna dama de gran fortuna le vea así; porque *sir* Edward *tendrá* que casarse por dinero. A menudo hablamos de eso él y yo. Un joven guapo como él andará sonriendo y galanteando a las jóvenes; pero sabe que *tiene* que casarse por dinero. Y *sir* Edward es un joven muy formal en términos generales, y de muy buenos principios.

—Con esas cualidades personales —dijo Charlotte—, es casi seguro que *sir* Edward Denham se casará con una mujer de fortuna, si se lo propone.

Esta frase gloriosa pareció eliminar toda sospecha.

—Muy bien, querida; eso es hablar con sensatez —exclamó *lady* Denham—. ¡Y ojalá podamos traer a Sanditon una joven heredera! ¡Pero son monstruosamente escasas! Yo creo que no hemos tenido una heredera, ni una coheredera, desde que Sanditon se ha vuelto popular. Aquí vienen familias y más familias, pero por lo que sé, no hay una entre cien que tenga verdaderas propiedades. O son clérigos, o son abogados de la capital, o funcionarios de media paga, o viudas que sólo cuentan con la pensión de viudedad. ¿Y qué beneficio puede traer esa gente, aparte de ocupar nuestras casas vacías?... Y entre nosotras: creo que son estúpidos por no quedarse en sus casas. Ahora, que ojalá lográramos que mandasen aquí a una joven heredera por motivos de salud (y le prescribiesen beber leche de burra, cosa que yo le podría facilitar), y en cuanto se pusiese bien, se enamorase de *sir* Edward.

—Sería efectivamente una suerte.

—Y la señorita Esther debería casarse con alguien adinerado también. Tiene que pescar un marido rico. ¡Ah, una joven dama sin dinero es digna de lástima! Pero —tras una pausa— si la señorita Esther se cree que va a conseguir que los invite a pasar unos días en Sanditon House se va a llevar un chasco. Las cosas han cambiado del verano pasado a aquí. Ahora tengo a la señorita Clara, lo que es muy distinto.

Lo dijo con tanta seriedad que Charlotte vio inmediatamente en esto una verdadera prueba de perspicacia, y pensó que iba a oír comentarios más explícitos; aunque se limitó a añadir:

—No me apetece ver la casa llena como si fuese un hotel. No quiero que mis dos doncellas anden ocupadas toda la mañana limpiando y barriendo habitaciones. Todos los días tienen que arreglar la habitación de la señorita Clara y la mía. Si el puesto se les hace más pesado, pedirán más paga.

Charlotte no estaba preparada para escuchar reparos de este género, y encontró tan imposible simpatizar con esta forma de ver las cosas que no fue capaz de decir nada. A continuación añadió *lady* Denham con gran regocijo:

—Y además, querida: ¿voy a llenar mi casa en perjuicio de Sanditon? Si la gente quiere estar junto al mar, ¿por qué no alquila una casa? Hay cantidades de casas vacías. En esta misma Terraza hay tres: enfrente de nosotras tenemos en este momento nada menos que tres carteles anunciando que están libres los números tres, cuatro y ocho. La ocho, la Corner House, es quizá demasiado grande para ellos; pero las otras son dos casas pequeñas, cómodas, y muy apropiadas para un joven caballero y su hermana. Así que la próxima vez que la señorita Esther empiece a hablarme de las humedades de Denham-park y de lo bien que le sientan los baños le aconsejaré que alquilen una de estas casas por un par de semanas. ¿No cree usted que estaría muy bien? La caridad empieza por uno mismo.

Charlotte se sentía a la vez divertida e indignada, aunque la indignación le iba creciendo cada vez más. Se mantuvo seria y guardó un educado silencio. No podía aguantar más; así que, renunciando a escuchar, y consciente sólo de que *lady* Denham seguía hablando en los mismos términos, dejó que sus pensamientos tomaran el curso siguiente:

«Es una tacaña. No me esperaba tanta mezquindad. El señor Parker ha hablado de ella en términos demasiado benévolos: evidentemente, su juicio no es objetivo. Le engaña su propio natural amable. Tiene demasiado buen corazón para ver claramente. Debo juzgar por mí misma. Su relación con esta persona le perjudica. La ha convencido para que participe en el mismo negocio; y como los fines en ese terreno son los mismos, se cree que piensa como él en lo demás. Pero es muy, muy mezquina. No veo nada bueno en ella. ¡Pobre señorita Brereton!... Porque esta mujer vuelve mezquino a todo el que tiene a su lado. No sé hasta dónde la naturaleza ha intentado hacer respetables a ese pobre *sir* Edward y su hermana, pero el servilismo que le tributan los *empuja* a ser mezquinos. Y yo misma soy mezquina también, al dedicarle mi atención y aparentar coincidir con ella. Es lo que ocurre cuando los ricos son sórdidos».



## VIII

Las dos damas siguieron paseando hasta que se les unieron los demás, que salieron de la biblioteca seguidos de un joven Whitby corriendo con cinco libros bajo el brazo hasta el calesín de sir Edward. Y sir Edward, acercándose a Charlotte, dijo:

—Puede imaginar en qué hemos estado ocupados. Mi hermana quería que la ayudara a escoger algunos libros. Tenemos un montón de horas libres y leemos bastante. Aunque no soy de los que leen por leer. Tengo el concepto más peyorativo de las novelas vulgares de la biblioteca circulante. Jamás me oirá recomendar esas obras pueriles, que se limitan a exponer principios discordantes que luego no consiguen armonizar, o tramas de sucesos ordinarios de los que no se extrae una sola conclusión útil. En vano las metemos en el alambique literario: no destilamos nada que pueda sumarse a la ciencia... No sé si me comprende.

—No estoy segura del todo. Pero si me describe la clase de novelas que sí aprueba, quizá me dé una idea más clara.

—Con mucho gusto, mi gentil preguntante. Las novelas que apruebo son aquellas que exponen con grandeza la naturaleza humana: como las que revelan la sublimidad de los sentimientos intensos, como las que muestran la evolución de las pasiones desde que su germen se insinúa en el clima propicio hasta el casi destronamiento de las energías supremas de la razón, donde vemos cómo la chispa vigorosa del encanto femenino enciende tal fuego en el alma del hombre que le empuja (aún a riesgo de transgredir la línea estricta de las obligaciones primeras) a arrostrarlo todo por conseguirla. Ésas son las obras que leo con placer y, creo que puedo decir, con aprovechamiento. Hacen espléndidas descripciones de las ideas más elevadas, de las opiniones más libres, del ardor más infinito, de las decisiones más indomables; incluso cuando el episodio es antipropicio para las elevadas maquinaciones del personaje principal, del poderoso y omnipresente héroe de la historia, nos llena de emociones generosas por él: nos paraliza el corazón. Sería pseudofilosófico afirmar que no nos sentimos más embargados por la brillantez de su carrera que por las virtudes tranquilas y morbosas de cualquier personaje opuesto. Nuestra aquiescencia a este último no es sino limosnera. Ésas son las novelas que ensanchan las capacidades fundamentales del corazón, y que el sentido no puede impugnar, ni desechar el temperamento de un hombre versado y antipueril.

—Si le he comprendido bien —dijo Charlotte—, nuestro gusto en novelas dista mucho de ser igual.

Y aquí tuvieron que separarse, ya que la señorita Denham estaba demasiado cansada para dar un paso más.

Lo cierto era que sir Edward, al que las circunstancias habían tenido confinado mucho tiempo en un mismo lugar, había leído más novelas sentimentales de las que estaba dispuesto a reconocer. Por lo visto le habían cautivado los pasajes más apasionados y condenables de Richardson; y los seguidores de Richardson, en lo que

se refiere a la clara persecución de la mujer por el hombre desafiando todo sentimiento y decoro, habían acaparado la mayor parte de sus horas de lectura y formado su carácter... Con una perversidad de juicio atribuible a su no muy sentada cabeza, en sir Edward pesaban más la gracia, el espíritu, la sagacidad y la perseverancia del malvado de la historia que todos sus absurdos y todas sus atrocidades. Para él, tal conducta era consecuencia del genio, el fuego y el sentimiento: le cautivaba, le inflamaba y siempre deseaba fervientemente que triunfara, y lamentaba sus fracasos con más ternura de lo que podían haber previsto los autores.

Aunque debía muchas de sus ideas a esta clase de lecturas, sería injusto decir que no leía otra cosa, o que su conversación no la constituían conocimientos más generales de la moderna literatura. Leía todos los ensayos, cartas, crónicas de viajes y críticas del día... Y con la misma mala suerte que tendía a extraer sólo falsos principios de las lecciones de moral, e incitaciones al vicio de la historia de la ruina de éste, guardaba en su memoria sólo palabras fuertes y frases enrevesadas del estilo de nuestros autores más reconocidos.

El gran objetivo de sir Edward en la vida era ser seductor. Con los méritos personales de que se sabía poseedor, y el talento que también se atribuía, lo consideraba una obligación. Creía que estaba hecho para ser un hombre peligroso: totalmente en la línea de los Lovelace<sup>[6]</sup>. El mismo nombre de *sir* Edward, pensaba, ejercía ya cierta fascinación. Ser galante en general y asiduo con las bellas, hablar con refinamiento a toda joven bonita, no era sino la parte menos importante del papel que estaba llamado a representar. Tenía derecho —según su propia noción de la sociedad— a abordar a la señorita Heywood, y a cualquier mujer con pretensiones de belleza, por poco que la conociera, con toda la galantería y admiración; pero era con Clara con la única que sus intenciones eran serias; era a Clara a la que pretendía seducir.

Estaba decidido a seducirla. La misma situación de ella lo estaba pidiendo. Era su rival en el favor de *lady* Denham, era joven, encantadora y dependiente. Había comprendido muy pronto la necesidad de hacerlo, y llevaba bastante tiempo tratando de impresionar su corazón y socavar sus principios con cauta asiduidad. Clara se había dado cuenta y no tenía la menor intención de dejarse seducir, pero le soportaba con la suficiente paciencia para confirmar la clase de afecto que sus encantos personales habían despertado. Aunque en realidad no habría afectado a *sir* Edward haber encontrado en ella más oposición. Estaba armado contra toda suerte de desdenes o aversiones. Si no la ganaba por el afecto, la raptaría. Sabía lo que tenía que hacer. Había pensado ya muchas veces en esto. Si se veía obligado a actuar, llevaría a cabo algo nuevo, por supuesto; superaría a los que le habían precedido... Y tenía gran curiosidad por averiguar si encontraría en Tombuctú una casa solitaria apta para recibir a Clara. Pero, ¡ay!, el coste de tan fastuosas medidas se conjugaba muy mal con su bolsa; de modo que la prudencia le obligaba a preferir un género de ruina

y deshonra para la que era objeto de sus afectos, más callado que ruidoso.

## IX

Un día, poco después de su llegada a Sanditon, al subir de la playa a la Terraza, Charlotte tuvo el placer de descubrir un coche de caballero con caballos de posta ante la puerta del hotel, con pinta de acabar de llegar; y por la cantidad de equipaje que descargaban y entraban, se trataba con toda probabilidad de alguna familia respetable dispuesta a pasar una larga temporada.

Encantada de tener tan buena noticia para el señor Parker y su esposa, que habían subido a casa hacía rato, prosiguió hacia Trafalgar House con toda la energía que le quedaba después de contender durante las dos horas anteriores con un viento bastante fuerte que soplaba directamente en la playa; pero no bien llegó a la pequeña parcela de césped, vio que detrás de ella, a no mucha distancia, caminaba ágilmente una dama. Convencida de que no la conocía, decidió apretar el paso y meterse en casa antes que ella. Pero la celeridad de la desconocida no le permitió cumplir su propósito: había subido la escalinata y había tocado la campanilla, pero la puerta no se abría. Entretanto, la otra cruzó el césped; y cuando apareció el criado, estaban ambas igualmente en disposición de entrar en la casa.

La naturalidad de la dama, su: «¿Cómo está, Morgan?», y la expresión de Morgan al verla, asombraron momentáneamente a Charlotte; pero un instante después acudió el señor Parker al vestíbulo a recibir a su hermana, a la que había visto desde el salón; y acto seguido presentó a Charlotte a la señorita Diana Parker. Su llegada causó una sorpresa grandísima, pero más grande aún fue la alegría. No pudo ser más cálido el recibimiento que le dispensaron marido y mujer: «¿Cómo has venido?», y «¿Con quién?». ¡Y cuánto se alegraban de que se hubiese animado a hacer el viaje! Y tenía que quedarse con ellos, eso estaba fuera de toda discusión.

La señorita Diana Parker tenía unos treinta y cuatro años, era delgada, de estatura mediana, y de aspecto más delicado que enfermizo; con un rostro agradable y unos ojos muy vivos, sus modales naturales y francos se asemejaban a los de su hermano, aunque había más decisión y menos suavidad en el tono de su voz. Empezó a hablar de sí misma sin preámbulos: les daba las gracias por la invitación, pero era de todo punto imposible, porque habían venido los tres, y habían pensado alquilar una casa para estar algún tiempo.

—¿Los tres? ¡Cómo! ¿Susan y Arthur? ¡Susan es muy capaz de haber venido también! ¡Pero esa noticia es buenísima!

—Sí, efectivamente, hemos venido los tres. Ha sido completamente inevitable. No podía hacerse otra cosa. Luego lo sabrás todo. Pero Mary, querida, llama a los chicos: estoy deseando verlos.

—¿Cómo ha soportado Susan el viaje? ¿Y cómo está Arthur? ¿Y por qué no han venido contigo?

—Susan lo ha soportado maravillosamente. No había pegado ojo ni la noche antes de ponernos en camino, ni anoche en Chichester; y como eso en ella no es tan

corriente como en *mí*, me tenía muy recelosa... Pero ha aguantado maravillosamente, sin histerismos de importancia, hasta que hemos tenido a la vista el pobre y viejo Sanditon; y aun entonces, el ataque no ha sido demasiado violento: casi se le había pasado cuando llegamos a vuestro hotel. Así que la hemos bajado del coche muy bien, con la sola ayuda del señor Woodcock. Y cuando la he dejado, estaba dirigiendo el traslado del equipaje y ayudando al viejo Sam a deshacer los baúles. Os manda todo su cariño, con mil excusas por no haber podido venir. Y en cuanto al pobre Arthur, no es que no le haya apetecido, sino que hace tanto viento que ha pensado que no podía arriesgarse a venir. Porque estoy *segura* de que le está rondando un lumbago, así que le he ayudado a ponerse el gabán y le he mandado a la Terraza, a que tome posesión de las habitaciones. La señorita Heywood ha tenido que ver nuestro coche delante del hotel. He adivinado que era la señorita Heywood en cuanto la he visto delante de mí en la colina. ¡Mi querido Tom, me alegro muchísimo de verte andar tan bien! Deja que te toque el tobillo. Está bien; está pero que muy bien. Tienes muy poco afectado el movimiento de los tendones: apenas se nota. Bueno; y ahora os voy a explicar por qué estoy aquí. En mi carta os hablaba de las dos familias numerosas que me proponía mandaros: los indianos y el internado.

Aquí el señor Parker acercó su silla más a su hermana, y volvió a cogerle la mano afectuosamente mientras comentaba:

—Sí, sí; ¡qué activa y amable has sido!

—Los indianos —prosiguió ella—, para mí el más deseable de los dos grupos, y el mejor, son una tal señora Griffiths y su familia. Los conozco sólo a través de otros. Me has debido oír hablar de la señorita Capper, amiga de *mi* amiguísima Fanny Noyce; pues bien, la señorita Capper es íntima amiga de una tal señora Darling, la cual mantiene correspondencia regular con la señora Griffiths. Una corta cadena entre las dos, como ves, a la que no le falta ningún eslabón. La señora Griffiths quería ir al mar, para beneficio de los miembros más jóvenes de la familia: había pensado ir a la costa de Sussex, pero no estaba decidida de adónde; y le escribió a su amiga la señora Darling pidiéndole consejo. Cuando llegó la carta de la señora Griffiths, la señora Capper estaba casualmente con la señora Darling, y ésta le comentó el caso; ese mismo día escribió a Fanny Noyce contándoselo; y Fanny, que siempre se desvive por nosotros, cogió al punto la pluma y me informó de todo (salvo de los *nombres*, que los hemos sabido hace poco). Yo sólo *tenía* una cosa que hacer. Contesté a Fanny a vuelta de correo, insistiéndole mucho en que le recomendase Sanditon. Fanny temía que no tuvierais aquí ninguna casa lo bastante grande para una familia así... Pero creo que estoy alargando demasiado la historia. En fin, así es como se ha arreglado todo. Poco después tuve la satisfacción de oír por el mismo conducto que la señora Darling *había* recomendado el pueblo de Sanditon, y que los indianos estaban dispuestísimos a venir. Así estaban las cosas cuando te escribí. Pero hace dos días... sí, anteayer, volví a recibir carta de Fanny Noyce, diciendo que había tenido noticias de la señorita Capper, la cual, por una carta de la señora Darling había sabido que la

señora Griffiths había escrito a la señora Darling mostrándose más indecisa sobre el tema de Sanditon. ¿Me expreso con claridad? Preferiría lo que fuera, a que no quedara claro.

—¡Ah, totalmente, totalmente! ¿Y bien?

—El motivo de esta indecisión era que no conocía a nadie en el pueblo, y no tenía medios de confirmar que dispondría de buen alojamiento al llegar aquí; esto le preocupaba especialmente más por una tal señorita Lambe, una joven (probablemente sobrina) que tiene a su cuidado, que por ella misma o por sus hijas. La señorita Lambe goza de una inmensa fortuna (es más rica que el resto), y tiene la salud muy delicada. A juzgar por todo esto, se puede ver con bastante claridad la clase de mujer que debe de ser la señora Griffiths: todo lo inútil e indolente que es capaz de volvernos la riqueza y los climas calurosos. Pero no todos hemos nacido con las mismas energías. ¿Qué podía hacerse? Tuve unos momentos de indecisión: no sabía si ofrecerme a escribirte a ti o a la señora Whitby para que le consiguieran una casa. Pero ninguna de las dos cosas me satisfacía. Detesto utilizar a otros cuando me siento con fuerzas para actuar por mí misma, y mi conciencia me decía que éste era un caso que reclamaba mi intervención. Aquí había una familia desvalida y delicada a la que podía prestar un servicio esencial. Sondeé a Susan: lo mismo se le había ocurrido a ella. Arthur no puso ninguna objeción. Arreglamos nuestro plan inmediatamente, nos pusimos en camino ayer a las seis de la madrugada, hoy a la misma hora dejamos Chichester... y aquí estamos.

—¡Excelente! ¡Excelente! —exclamó el señor Parker—. Diana, no tienes parangón ayudando a tus amigos y haciendo el bien a todo el mundo. No conozco a nadie como tú. Mary, mi vida, ¿no te parece maravillosa? Bien, y ahora, ¿qué casa piensas reservarles? ¿Cuántos son?

—No lo sé —contestó la hermana—. No tengo la menor idea; no me han dado detalles... Pero estoy segura de que la casa más grande de Sanditon no será demasiado. Lo más probable es que necesiten una segunda. De todos modos, les reservaré una, y sólo por una semana. La señorita Heywood se sorprende. Veo por su expresión que no está acostumbrada a tomar decisiones tan rápidas.

A Charlotte le acudieron a la cabeza expresiones tales como «¡extraña oficiosidad!» y «¡actividad de locos!»; pero no le fue difícil dar una respuesta cortés:

—Tal vez parezca sorprendida —dijo— porque todo eso son muchas molestias, y sé lo inválidas que están usted y su hermana.

—Inválidas, desde luego. ¡Creo que no habrá en Inglaterra tres personas que tengan tan triste derecho a llamarse así! Pero mi querida señorita Heywood, hemos sido enviados a este mundo para que seamos lo más útiles que podamos; y cuando se nos ha concedido alguna medida de energía espiritual, un cuerpo débil no puede servirnos de excusa... ni nos ha de inclinar a excusarnos. El mundo se divide en débiles y fuertes de espíritu, en capaces e incapaces de actuar, y es deber insoslayable de los capaces no desaprovechar ninguna ocasión de ser útil. Las dolencias de mi

hermana y mías no son a menudo de las que amenazan la existencia de manera *inmediata*, y en la medida en que *podemos* esforzarnos en ser útiles a otros, estoy convencida de que el cuerpo se siente mejor en virtud del refresco que el espíritu recibe al cumplir con su deber. Mientras viajaba, con el pensamiento puesto en este objetivo, me he sentido completamente bien.

La entrada de los hijos puso fin a este pequeño panegírico sobre su propio carácter; y tras besar y dedicar unas palabras a todos, se dispuso a marcharse.

—¿No te quedas a cenar con nosotros? ¿No es posible convencerte de que cenas con nosotros? —fue entonces la exclamación general; y al rechazar ella categóricamente la invitación—: ¿Cuándo te volveremos a ver? ¿En qué te podemos ayudar?

Y el señor Parker ofreció calurosamente su asistencia para reservar la casa a nombre de la señora Griffiths.

—Iré a reunirme con vosotros en cuanto haya cenado —dijo—, y haremos el recorrido juntos.

Pero Diana Parker rechazó esto inmediatamente también.

—No, mi querido Tom; por nada del mundo vas a dar un paso en ninguna de mis gestiones. Tu tobillo necesita reposo. Veo por la postura de tu pie que lo has forzado demasiado ya. No. Voy a buscar la casa ahora mismo. Nuestra cena no la servirán hasta las seis; para entonces espero haber terminado. Ahora son sólo las cuatro y media. Y en cuanto a *verme* otra vez hoy, no te lo puedo asegurar; ellos dos estarán en el hotel toda la tarde, y se alegrarán de verte a la hora que sea. En cuanto vuelva, veré qué ha hecho Arthur respecto a nuestras habitaciones; y probablemente en cuanto hayamos terminado de cenar, saldré de nuevo a ocuparme del asunto, porque esperamos disponer de alojamiento y tenerlo arreglado después de desayunar mañana. No tengo mucha confianza en la capacidad del pobre Arthur para alquilar; aunque parecía encantado de encargarse de eso.

—Creo que te estás tomando demasiado trabajo —dijo el señor Parker—. Vas a acabar agotada. No deberías volver a salir después de cenar.

—Desde luego que no —exclamó su esposa—; porque eso de cena no tiene más que el nombre tratándose de vosotros; y no os hace ningún bien. Conozco vuestro apetito.

—Mi apetito ha mejorado muchísimo últimamente, te lo aseguro. He estado tomando unos tónicos preparados por mí que han obrado maravillas. Susan no come lo que se dice nada (y yo ahora mismo no tengo nada de apetito: después de un viaje me paso una semana sin comer); pero lo que es Arthur, tiene la gana hecha a todas horas. Muchas veces no tenemos más remedio que pararle.

—Pero no me has dicho nada de la *otra* familia que va a venir a Sanditon —dijo el señor Parker mientras la acompañaba hasta la entrada—: del colegio de Camberwell. ¿Hay probabilidad de que vengan?

—¡Oh, desde luego! ¡Desde luego! Se me había olvidado de momento; pero hace

tres días recibí carta de mi amiga la señora Charles Dupuis en la que me garantizaba que vendrá Camberwell. Estará aquí muy pronto con toda seguridad. Esa buena mujer (no sé cómo se llama) no es tan rica e independiente como la señora Griffiths, y puede viajar y decidir por sí misma. Te voy a contar cómo la he conseguido. La señora Charles Dupuis vive casi en el portal de al lado de una señora que tiene un pariente que se ha establecido hace poco en Clapham, el cual trabaja en el colegio de señoritas y da clases de elocuencia y *Belles Lettres* a algunas de ellas. A este hombre le regalé una liebre de uno de los amigos de Sidney... y él ha recomendado Sanditon... aunque sin que aparezca yo. La señora Charles Dupuis lo ha hecho todo...



## X

No había transcurrido una semana desde que a la señorita Diana Parker le había dicho su instinto que el aire del mar podía ser fatal para ella dado su actual estado, y sin embargo estaba ahora en Sanditon dispuesta a pasar unos días sin acordarse en absoluto haber escrito o pensado tal cosa. A Charlotte le era imposible no sospechar que tan extraordinario estado de salud tenía una gran parte de imaginación. Los trastornos y las recuperaciones eran de lo más inusitados, parecían más diversión de un espíritu inquieto y ocioso que efectivas dolencias y alivios. Los Parker eran sin duda una familia imaginativa y de sentimientos vivos, y así como el hermano mayor desahogaba su exceso de inquietud en sus actividades como proyectista, sus hermanas se veían empujadas quizá a emplear la suya inventándose extrañas afecciones.

No *toda* su viveza mental la canalizaban de ese modo, por supuesto; una parte la dedicaban al empeño en ser útiles. Al parecer debían estar ocupadas en ayudar a otros, o bien sumidas en una grave enfermedad. Cierta debilidad natural de constitución, unida a una desafortunada afición a la medicina, sobre todo a la medicina popular, les había creado una temprana propensión, en diversas etapas de la vida, a diversas enfermedades: el resto de sus dolencias se debían a la imaginación, al deseo de llamar la atención y al amor a lo prodigioso. Tenían un corazón caritativo y multitud de sentimientos amables. Pero en todas sus acciones abnegadas participaba un espíritu de desasosegada actividad, y un prurito por hacer más que nadie... y había vanidad en todo lo que hacían, así como en todo lo que soportaban.

El señor y la señora Parker pasaron gran parte de la velada en el hotel; pero Charlotte vio cruzar dos o tres veces a la señorita Diana por la colina, buscando casa para esa dama a la que no había visto nunca, y que no le había pedido tal favor. A los otros no los conoció hasta la mañana siguiente en que, ya instalados, y puesto que seguían sintiéndose bien, insistieron al hermano, a la cuñada y a ella misma en que fuesen a tomar el té con ellos.

Ocupaban una de las casas de la Terraza, y Charlotte los encontró arreglados para la velada en un salón pequeño y elegante, con una hermosa vista al mar, si hubieran querido disfrutar de ella... Pero a pesar de haber hecho un hermoso día inglés, no sólo no tenían una sola ventana abierta, sino que el sofá, la mesa, y la disposición en general se hallaban en el otro extremo del salón, junto a un fuego animado. La señorita Parker, a la que Charlotte se acercó con cierta respetuosa compasión — recordando las tres muelas que le habían sacado en un día—, no era muy diferente de su hermana en figura y modales; aunque se la veía más delgada y estropeada a causa de las enfermedades y las medicinas, y tenía un aire más relajado, y una voz más apagada. No obstante, se pasó la velada hablando sin parar, igual que Diana; y salvo estar sentada con las sales en la mano, tomar dos o tres veces unas gotas de uno de los varios frasquitos que ya había desplegado en la repisa de la chimenea, y hacer gran

cantidad de muecas y contorsiones extrañas, Charlotte no consiguió notar ningún síntoma de enfermedad que ella, con el atrevimiento que le daba su propia salud, no hubiera intentado curar apagando el fuego, abriendo la ventana, y tirando a la basura las gotas y las sales. Había sentido gran curiosidad por conocer al señor Arthur Parker. Y dado que le había imaginado un joven de aspecto enfermizo y endeble, se asombró al descubrirle tan alto como su hermano y mucho más fuerte: ancho, robusto, y sin otra anomalía que una piel empapada.

Diana era evidentemente la cabeza de la familia; la principal motora y actora: había estado de aquí para allá toda la mañana, ocupada en la gestión de la señora Griffiths o en la de ellos, y aún era la más activa de los tres. Susan sólo se había encargado de supervisar la mudanza final del hotel llevando dos pesadas cajas, y Arthur había encontrado el aire tan frío que se había limitado a ir de una casa a la otra lo más deprisa posible, y alardeó mucho de permanecer sentado junto al fuego hasta que se inventó una buena excusa; Diana, cuyo ejercicio había sido demasiado doméstico para ser digno de importancia, pero que, según sus propias palabras, llevaba siete horas sin sentarse ni una sola vez, confesó que estaba un poco fatigada. Había conseguido su propósito, aunque a base de mucho cansancio; porque no sólo había apalabrado por fin una casa apropiada para la señora Griffiths por ocho guineas a la semana a costa de andar de aquí para allá y de allanar mil dificultades; además se había puesto en contacto con cocineras, criadas, lavanderas y sirvientas de baño, a fin de que la señora Griffiths, a su llegada, tuviera poco más que hacer que mover la mano para juntarlas a su alrededor y escoger. Su último esfuerzo había sido escribir unas líneas atentas informando a la propia señora Griffiths, dado que la escasez de tiempo no le permitía extenderse en una relación detallada de lo efectuado hasta aquí, y ahora se recreó en las delicias de haber abierto los primeros cauces de una amistad cumpliendo con tan inesperada obligación.

Cuando salían, el señor y la señora Parker y Charlotte habían visto cruzar dos sillas de posta hacia el hotel: visión alegre y llena de posibilidades. Las señoritas Parker y Arthur habían visto algo también: pudieron advertir desde su ventana que llegaba gente al hotel, aunque no cuántos eran. Los visitantes llegaban en dos coches de alquiler. ¿Sería el colegio de Camberwell? El señor Parker estaba convencido de que era una familia distinta.

Cuando finalmente estuvieron todos sentados, después de cambiar de sitio algunos para ver el mar o el hotel, a Charlotte le tocó al lado de Arthur, el cual se hallaba acomodado ante el fuego con una delectación que hizo muy meritoria su cortesía al pretender cederle su asiento. El modo en que Charlotte rehusó el ofrecimiento no dejaba lugar a dudas, y se sentó otra vez satisfecho. Charlotte retiró su silla a fin de que él hiciera de pantalla, y agradeció cada pulgada de su espalda y sus hombros más allá de lo que hubiera podido prever. Arthur era de vista torpe igual que de cuerpo, pero de ningún modo le costaba hablar; y mientras los otros cuatro hacían corro aparte, él, como es natural, no consideró una penitencia tener a su lado a

una joven bonita necesitada —por pura cuestión de cortesía— de alguna atención, en tanto su hermano, que acusaba la clara falta de un motivo para la acción, de alguna meta poderosa que le animase, observaba con considerable satisfacción.

Tal era la influencia de la juventud y la belleza que incluso inició una especie de disculpa por tener el fuego encendido.

—No deberíamos tenerlo —dijo—; pero el aire del mar es siempre húmedo. No hay nada que me dé más miedo que la humedad.

—Yo tengo la suerte de no enterarme jamás de si el aire es húmedo o seco —dijo Charlotte—. Siempre le encuentro alguna propiedad saludable y tonificante.

—A mí me gusta el aire también; como a todo el mundo —replicó Arthur—; me encanta estar delante de una ventana abierta cuando no hace viento... Pero por desgracia, yo no le gusto al aire húmedo. Me da reuma. Supongo que usted no tiene reuma.

—No, desde luego.

—Tiene mucha suerte. Pero quizá es usted nerviosa.

—No, creo que no. No tengo conciencia de serlo.

—Yo soy muy nervioso. A decir verdad, los nervios son la peor de mis dolencias, en *mi* opinión. Mis hermanas me consideran bilioso, pero dudo que lo sea.

—Tiene usted todo el derecho a dudarlo, por supuesto.

—Si fuese bilioso —prosiguió— me sentaría mal el vino; sin embargo, siempre me sienta bien. Cuanto más vino tomo (con moderación), mejor me encuentro. Preferentemente por la noche. Si me hubiese visto hoy antes de cenar, me habría considerado un ser digno de lástima.

Charlotte estaba convencida. Pero siguió seria, y dijo:

—Por lo que sé sobre enfermedades nerviosas, tengo gran confianza en la eficacia del aire y el ejercicio para combatir las: en un ejercicio diario y regular; y yo le recomendaría que hiciese más del que sospecho que acostumbra.

—¡Ah!, yo soy un gran amante del ejercicio físico —contestó—, y me propongo pasear mucho mientras esté aquí, si el tiempo es moderado. Saldré todas las mañanas antes de desayunar y daré varias vueltas a la Terraza; y me verá a menudo en Trafalgar House.

—¿Llama usted mucho ejercicio a ir a Trafalgar House?

—No me refiero sólo a la distancia, ¡aunque la cuesta es muy empinada! ¡Subir esa cuesta en mitad del día me haría sudar a chorros! ¡Al llegar arriba me vería usted empapado! Soy muy propenso a sudar, y no puede haber síntoma más inequívoco de afección nerviosa...

Se estaban adentrando tanto en la física que Charlotte acogió la entrada del criado con el servicio del té como una interrupción providencial. El joven experimentó también un cambio instantáneo y radical: olvidó al punto sus atenciones. Cogió su taza de cacao de la bandeja, que contenía casi tantas teteras, etc., como personas había en la reunión —dado que la señorita Parker tomaba una clase de té y la señorita

Diana otra—, se dirigió al fuego, la acercó para calentarla a su gusto, colocó unas rebanadas de pan en el tostador que tenía preparado, y hasta que no hubo acabado no le oyó Charlotte sino murmurar alguna frase de autocomplacencia y aprobación.

Al terminar estas operaciones regresó a su butaca tan galante como antes, y probó que no había trabajado sólo para sí invitándola con total seriedad a tomar cacao con tostadas. Charlotte se había servido ya té, lo que le dejó sorprendido, tan absorto había estado en su tarea.

—Creí que me daría tiempo —dijo—, pero el cacao tiene que hervir mucho rato.

—Se lo agradezco mucho —contestó Charlotte—, pero *prefiero* té.

—Entonces me serviré yo —dijo—. Una buena taza de cacao poco espeso por las noches me va como ninguna otra cosa.

Le sorprendió a Charlotte observar lo flojo que era el cacao que se servía: caía como un líquido muy fluido de color oscuro. Y en ese mismo instante exclamaron sus hermanas a la vez: «¡Oh, Arthur, cada día te preparas el cacao más fuerte!». Y la respuesta que dio Arthur, algo confuso: «Hoy me ha salido más fuerte de lo normal», la convenció de que Arthur no tenía tanta afición a dejarse morir de hambre como ellas podían desear, y como él mismo se creía. A continuación volvió muy contento al tema del pan tostado, haciendo caso omiso de sus hermanas.

—Supongo que tomará alguna tostada —dijo—. Me considero muy buen tostador: jamás quemo una tostada; jamás las pongo demasiado cerca del fuego al principio. Sin embargo, como ve, no tienen un solo pico que no esté bien dorado; espero que le guste el pan tostado.

—Mucho, untado con un poco de mantequilla —dijo Charlotte—; si no, no.

—Lo mismo que a mí —dijo él infinitamente complacido—. En eso pensamos igual. Lejos de ser sana la tostada seca, creo que es muy mala para el estómago. Sin un poco de mantequilla que la suavice, daña las capas del estómago, estoy seguro.

Ahora mismo le pongo mantequilla a sus tostadas con mucho gusto... después me pondré yo a las mías. Son muy malas para las capas del estómago, desde luego, aunque no hay manera de convencer de eso a *algunas* personas: irritan y actúan como un rascador de nuez moscada.

No le fue fácil, sin embargo, conseguir mantequilla: sus hermanas le acusaron de ponerse demasiada y declararon que no era de fiar; y él sostuvo que sólo tomaba la suficiente para protegerse las capas del estómago, y que además ahora la quería únicamente para la señorita Heywood.

No tuvo más remedio que prevalecer esta disculpa: cogió la mantequilla y untó las tostadas de Charlotte con una precisión que al menos le dejó complacido; pero cuando terminó con las de ella y cogió las suyas, Charlotte apenas podía contenerse viéndole mirar a sus hermanas mientras rascaba escrupulosamente casi toda la mantequilla que se había puesto, y aprovechar un descuido de ellas para añadir un gran pegote antes de meterse el pan en la boca. Desde luego, los goces del señor Arthur Parker en su invalidez eran muy distintos de los de sus hermanas: no eran en

absoluto tan espiropitados: le veía cubierto de una espesa costra de escoria terrenal. Charlotte no pudo por menos de sospechar que había adoptado ese tipo de vida, principalmente para complacer su propio carácter indolente... y porque estaba decidido a no tener otras dolencias que las que requirieran una habitación caliente y buenos alimentos.

En un detalle, sin embargo, descubrió Charlotte que se le había pegado algo de ellas:

—¡Cómo! —dijo Arthur—, ¿os atrevéis con dos tazas de té verde en una sola tarde? ¡Qué nervios debéis de tener! ¡Cómo os envidio! Si yo me tomase una sola de esas tazas, ¿qué efecto cree usted que me produciría?

—Pasarse desvelado toda la noche, quizá —replicó Charlotte, intentando echar abajo sus intentos de causar sorpresa con la brillantez de sus propias ideas.

—¡Ah, ojalá fuera eso todo! —exclamó él—. No; en mí tendría el efecto del veneno y me anularía el uso de mi lado bueno antes de que pasaran cinco minutos. Parece increíble, pero me ha ocurrido tantas veces que no me cabe ninguna duda al respecto. ¡Me deja anulado por completo mi lado bueno durante horas!

—Suenan muy raro, desde luego —contestó Charlotte fríamente—; pero a lo mejor tiene una explicación muy sencilla para los que han estudiado científicamente los lados buenos y el té verde y conocen a fondo las posibilidades de su acción recíproca.

Poco después del té trajeron del hotel una carta para la señorita Diana Parker.

—Es de la señora Charles Dupuis —dijo—, algún criado particular.

Y tras leer unas líneas, exclamó:

—¡Vaya, esto sí que es extraordinario! ¡Extraordinario por demás! Las dos se llaman igual: ¡dos señoras Griffiths! Es una carta de presentación de la señora de Camberwell. Y resulta que se llama Griffiths también...

Unas líneas más abajo, no obstante, se le encendieron los colores de las mejillas; y muy turbada, añadió:

—¡Pero qué asombroso! ¡Una señorita Lambe también! Una rica joven indiana... Pero no puede ser la misma. Es imposible que sea la misma.

Leyó la carta en voz alta por comodidad: era meramente para «presentar» a la portadora, la señora Griffiths de Camberwell, y a las tres jóvenes a su cuidado, a la señorita Diana Parker. Dado que la señora Griffiths era desconocida en Sanditon, tenía interés en ser presentada de manera respetable; por lo que la señora Charles Dupuis, a instancias de la amiga intermediaria, la había provisto de esta carta, sabedora de que nada halagaría más a su querida Diana que brindarle una ocasión de ser útil. La mayor preocupación de la señora Griffiths sería el alojamiento y comodidad de una de las jóvenes a su cargo, una tal señorita Lambe, joven venida de las Indias Occidentales, de gran fortuna, cuya salud era delicada.

¡Era extrañísimo! ¡Era de lo más asombroso! ¡Extrañísimo de verdad! Pero todos coincidían en que era *imposible* que no se tratara de dos familias; un grupo de personas tan totalmente distinto como el aludido en una y otra notificación dejaba el

asunto completamente claro. *Tenía* que tratarse de dos familias. «Imposible, imposible», repetían una y otra vez con gran vehemencia. Una coincidencia accidental de nombres y circunstancias, aunque asombrosa en principio, no significaba que fuera imposible... y así quedó decidido.

La señorita Diana aprovechó inmediatamente para contrarrestar su perplejidad: debía echarse un chal sobre los hombros y salir a toda prisa otra vez. Cansada como estaba, debía acudir ahora mismo al hotel a averiguar la verdad y ofrecer su ayuda.

## XI

No valió de nada. Todas las seguridades que la estirpe entera de los Parker pudo darse a sí misma no pudieron producir una catástrofe más afortunada que la familia de Surrey y la familia de Camberwell fueran una y la misma: los ricos indianos y el internado de señoritas habían llegado a Sanditon en aquellos dos coches de alquiler. La señora Griffiths que en manos de su amiga la señora Darling había vacilado a última hora y no se había sentido con ánimos de afrontar el viaje era la misma señora Griffiths cuyos planes habían quedado totalmente decididos para las mismas fechas (con otra mediación), y no tenía ningún temor ni dificultad.

Toda esta aparente incongruencia en las informaciones de los dos grupos podía atribuirse muy bien a la vanidad, ignorancia, o coladuras de las muchas personas que habían intervenido en la causa en favor de los cuidados y desvelos de la señorita Diana Parker. Sus amigas eran sin duda tan oficiosas como ella, y el asunto había dado pie a suficientes cartas, extractos y mensajes como para que todo pareciese lo que no era. Probablemente la señorita Diana se sintió un poco violenta al principio al tener que reconocer su error. Haber hecho un largo viaje desde Hampshire para nada, haber decepcionado a su hermano, haber alquilado una casa cara por una semana, tuvieron que hacerla reflexionar... Y lo que era mucho peor: debió de tener la impresión de que era menos sagaz e infalible de lo que se creía.

Ningún aspecto del asunto, sin embargo, pareció atormentarla mucho tiempo. Había tantos entre quienes repartir la vergüenza y la culpa, que una vez distribuidas las partes correspondientes entre la señora Darling, la señorita Capper, Fanny Noyce, la señora Charles Dupuis y el vecino de la señora Charles Dupuis, sólo quedó para ella una insignificancia. El caso es que a la mañana siguiente se la vio andar de un lado para otro acompañada de la señora Griffiths, en busca de alojamiento, tan activa como siempre.

La señora Griffiths era una mujer muy seria y distinguida que se ganaba la vida acogiendo jovencitas y señoritas necesitadas de profesoras para terminar su educación, o de un hogar para exhibir sus merecimientos. Tenía algunas más a su cuidado aparte de las tres que había traído a Sanditon, pero ahora estaban ausentes. De estas tres, y de todas, la señorita Lambe era sin comparación la más importante y valiosa, dado que pagaba en consonancia con su fortuna: tenía unos diecisiete años, era medio mulata, delicada y sensible al frío, traía doncella propia, debía adjudicársele la mejor habitación, y también era el factor más importante en todos los planes de la señora Griffiths.

Las otras dos, las señoritas Beaufort, eran de las normales y corrientes que se pueden encontrar en una familia de cada tres por todo el reino: tenían un cutis pasable, una figura llamativa, un modo de andar recto y decidido y la mirada segura; eran muy refinadas y muy ignorantes, y distribuían su tiempo en ocupaciones que causaban admiración, y en tareas y actividades que requerían destreza, por lo que

podían permitirse vestir en un estilo muy superior al que debía corresponderles: eran de las primeras en adoptar los cambios de la moda, y su meta era cautivar a algún hombre que tuviera mucha más fortuna que ellas.

La señora Griffiths había preferido un pueblecito pequeño y retirado como Sanditon para la señorita Lambe; y las señoritas Beaufort, que naturalmente hubieran preferido cualquier cosa a la pequeñez y al retiro, como en la primavera se habían visto obligadas a afrontar el gasto inevitable de seis vestidos nuevos para una visita de tres días, tuvieron que conformarse con Sanditon también, en tanto se recobraban sus economías. Aquí, con el alquiler de un arpa para la una, la compra de papel de dibujo para la otra, y todos los adornos y vestidos que ya pudieron encargarse, pensaban ser muy ahorrativas, muy elegantes y muy recogidas; con la esperanza, por parte de la señorita Beaufort, de ganar elogio y celebridad entre cuantos cruzaran al alcance de los sonos de su instrumento, por parte de la señorita Letitia, la curiosidad y la admiración de cuantos se acercaran a ella mientras trazaba bocetos... y por la de las dos, el consuelo de proponerse ser las jóvenes con más estilo del lugar. La especial presentación de la señora Griffiths a la señorita Diana Parker les proporcionó inmediatamente el conocimiento de la familia de Trafalgar House y de los Denham; y las señoritas Beaufort se sintieron muy pronto encantadas con «el círculo en el que se movían en Sanditon», por utilizar una frase apropiada, ya que ahora todo debía «moverse en círculo»; movimiento rotatorio al que habría que atribuir quizá el vértigo y los pasos en falso de muchos.

*Lady Denham* tenía otros motivos para visitar a la señora Griffiths, además de su consideración a los Parker: la señorita Lambe cumplía precisamente los requisitos de dama jovencísima, delicada y rica que había estado esperando; y trabó conocimiento por mor de *sir Edward*, y de sus burras lecheras. Habría que ver cómo respondería a las expectativas del *baronet*, pero en cuanto a los animales, no tardó en comprobar que todos los beneficios que había calculado iban a ser vanos. La señora Griffiths no permitía a la señorita Lambe el menor síntoma de decaimiento, ni enfermedad alguna que la leche de burra tuviera posibilidad de aliviar. «La señorita Lambe está bajo los cuidados constantes de un médico experto, y debe seguir sus prescripciones al pie de la letra». Y salvo ciertas píldoras tonificantes que una prima suya le suministraba, la señora Griffiths jamás se desviaba de la estricta norma medicinal.

La casa en la que la señorita Diana Parker tuvo la satisfacción de acomodar a sus nuevas amigas estaba en el extremo de la Terraza, y dado que desde enfrente dominaba el recorrido favorito de todo el que visitaba Sanditon, y desde un lado lo que ocurría en el hotel, el sitio no podía ser más favorable para el retiro de las señoritas Beaufort. Así que, bastante antes de que estuvieran provistas de instrumento y de papel de dibujo, dadas sus frecuentes apariciones en las ventanas bajas de la planta superior para cerrar y abrir las persianas, regar un tiesto del balcón o mirar al vacío con un catalejo, habían hecho que muchos ojos se sintieran atraídos hacia arriba, y que muchos mirones volvieran a mirar.



Cualquier pequeña novedad tiene un efecto grande en un pueblo tan pequeño; las señoritas Beaufort, que en Brighton no habrían sido nada, no podían salir sin llamar la atención; y hasta el señor Arthur Parker, poco dispuesto a hacer esfuerzos extras, cada vez que iba a ver a su hermano, salía siempre de la Terraza por delante de esta casa del final, a fin de ver a las señoritas Beaufort, aunque esto le suponía un rodeo de casi medio kilómetro y añadía dos tramos de escalinata a la subida a la colina.

## XII

Charlotte llevaba diez días en Sanditon sin haber pisado Sanditon House, ya que todos sus intentos de visitar a *lady* Denham se le habían frustrado al encontrarse con ella por el camino. Pero esta vez se propuso de manera más decidida hacer esa visita, a hora más temprana, a fin de no descuidar su atención a *lady* Denham ni su propia distracción.

—Si se presenta la ocasión, cariño —dijo el señor Parker (que no pensaba acompañarlas)—, creo que estaría bien que le hablaras de la situación de los pobres Mullin, y tantear si estaría dispuesta su señoría a asumir una suscripción para ayudarles. No soy partidario de suscripciones benéficas en un pueblo como éste. Es una especie de impuesto a todo el que viene. Pero su situación es muy apurada, y ayer medio le prometí a la pobre mujer que haría algo por ella. Creo que debemos promover una suscripción, y cuanto antes mejor. Y el nombre de *lady* Denham en la cabeza de la lista sería un comienzo de lo más eficaz. ¿No te importará hablarle del asunto, Mary?

—Lo haré si quieres —contestó su esposa—; aunque tú lo harías mucho mejor. Yo no sabré qué decir.

—Mi querida Mary —exclamó él—, es imposible que no sepas qué decir. No puede ser más sencillo. Sólo tienes que explicarle la situación desesperada de esa familia, la angustiada súplica que me ha hecho, y que estoy dispuesto a promover una pequeña suscripción para ayudarles, siempre que cuente con su aprobación...

—Lo más fácil del mundo —exclamó la señorita Diana Parker, que casualmente había pasado a verlos—. Eso se hace en menos tiempo del que habéis tardado en abordarlo ahora. Y ya que vas a hablarle a *lady* Denham de suscripciones, Mary, te agradeceré que le menciones un caso tristísimo que me han expuesto y que es de lo más conmovedor: hay una pobre mujer en Worcestershire a la que unas amigas mías tienen muchísimo interés en ayudar, en cuyo favor me he comprometido a recaudar lo que pueda. Quisiera que le comentases también este caso. *Lady* Denham puede contribuir, si se la ataca debidamente; y yo la considero la clase de persona que, una vez que has logrado que abra la bolsa, tan capaz es de dar cinco guineas como diez. Y si ves que la has cogido en buen momento, podrías también hablarle en favor de una asociación benéfica en la que unas cuantas y yo hemos puesto mucho empeño: se trata de la creación de un ropero benéfico en Burton on Trent. Luego está la familia de ese pobre hombre que ahorcaron en York tras el último juicio; que, aunque hemos reunido ya la cantidad que hacía falta para sacarlos, si lograras que te diese una guinea para ellos, no estaría nada mal.

—¡Mi querida Diana! —exclamó la señora Parker—, tengo tantas posibilidades de hablar de todo eso a *lady* Denham como de volar.

—¿Dónde está la dificultad? Ojalá pudiera ir contigo; pero dentro de cinco minutos tengo que estar en casa de la señora Griffiths... para animar a la señorita

Lambe en su primer baño. Es tan asustadiza la pobre criatura que le he prometido ir a darle ánimos, y entrar en la máquina con ella, si quiere. Y en cuanto termine tengo que volver corriendo, porque Susan se pone las sanguijuelas a la una, lo que me va a tener ocupada unas tres horas. Realmente no tengo un momento libre; aparte de que (entre nosotras) ahora mismo debería estar en la cama porque casi no me tengo en pie; así que en cuanto terminemos con las sanguijuelas, creo que nos retiraremos las dos para el resto del día.

—Pues lo siento de veras. Si es así, espero que venga Arthur.

—Si Arthur sigue mi consejo, se meterá en la cama también, porque como ande por ahí solo, comerá y beberá más de lo debido. Pero como ves, Mary, es imposible que te acompañe a casa de *lady* Denham.

—Pensándolo bien, Mary —dijo su marido—, prefiero que no te molestes en hablar a *lady* Denham de los Mullin. Aprovecharé la ocasión para visitarla yo. Sé lo poco partidaria quieres de imponer a nadie un asunto del que no quiere saber nada.

Retirada así su petición, su hermana no pudo decir nada en apoyo de las suyas; cosa que era lo que él pretendía, ya que se daba cuenta de lo absolutamente inoportunas que eran, y del mal efecto que tendrían en su petición más razonable. Esta deliberación alivió a la señora Parker, y salió muy contenta con su amiga y su hija pequeña en dirección a Sanditon House.

Era una mañana densa y brumosa; y una vez en lo alto de la colina no alcanzaban a distinguir qué clase de carruaje era el que subía. Unas veces les parecía una cosa y otras otra, desde una calesa a un faetón, o que llevaba un caballo como que llevaba cuatro. Y justamente cuando habían llegado a la conclusión de que era un tándem, los jóvenes ojillos de la pequeña Mary identificaron al cochero, y exclamó:

—¡Es tío Sidney, mamá!

Y así era.

No tardaron en tener delante al señor Sidney Parker con su criado, conduciendo un elegante carruaje que detuvo unos minutos. El trato entre los Parker era siempre sumamente cordial, por lo que fue de gran alegría el encuentro entre Sidney y su cuñada, la cual dio por supuesto que se dirigía a Trafalgar House. Sin embargo, Sidney dijo que no: «acababa de llegar de Eastbourne y pensaba pasar un par de días o tres, dependía, en Sanditon; pero que iba a quedarse en el hotel. Esperaba reunirse allí con un amigo o dos».

El resto de la conversación fueron las normales preguntas y comentarios, con un amable elogio a la pequeña Mary y un educado movimiento de cabeza y saludo a la señorita Heywood al serle presentada... y se separaron con la promesa de verse unas horas más tarde. Sidney Parker tenía unos veintisiete o veintiocho años, era guapo, con un decidido aire de naturalidad y buen gusto, y un rostro alegre. Esta inesperada novedad proporcionó animado tema de conversación durante algún tiempo. La señora Parker participó de la dicha de su marido por tal motivo, y se alegró del honor que la llegada de Sidney daría al lugar.

El camino a Sanditon House era una avenida ancha, elegante, flanqueada de árboles jóvenes, que se extendía entre campos de labor, y que tras medio kilómetro de recorrido conducía al parque a través de una segunda verja, el cual aunque no era extenso, tenía toda la belleza y respetabilidad que la abundancia y la esplendidez de sus árboles podían proporcionar. Esta verja de la entrada estaba tan en un extremo del parque, o *paddock*, tan cerca de sus límites, que una valla exterior, al principio, estaba casi encima del camino, hasta que un ángulo *aquí* y una curva *allá* la situaban a una distancia más cómoda. La valla era una empalizada de parque, en excelente estado, con grupos de preciosos olmos, o hileras de viejos espinos que la seguían en toda su línea.

Casi debió de ser el destino, porque había espacios vacíos; y a través de uno de éstos, en cuanto entraron en el terreno cercado, Charlotte divisó por encima de la valla, al otro lado, una mancha blanca y femenina; fue algo que le trajo al pensamiento inmediatamente a la señorita Brereton; y al acercarse a la valla, vio con claridad —pese a la niebla—, no lejos, a la señorita Brereton al pie del declive que descendía del exterior de la empalizada y bordeaba un estrecho sendero: se hallaba sentada, muy a gusto al parecer, con *sir* Edward Denham a su lado.

Estaban sentados tan cerca el uno del otro, y parecían tan absortos en amable conversación, que Charlotte comprendió al punto que lo más discreto era volver sobre sus pasos sin decir palabra. Evidentemente habían buscado un lugar solitario. No pudo por menos de parecerle poco acertado por parte de Clara; pero no debía juzgarse con severidad su situación.

Se alegró al comprobar que la señora Parker no había visto nada; si Charlotte no hubiese sido mucho más alta que ella, las cintas blancas de la señorita Brereton no habrían entrado en el campo visual de sus ojos observadores. Entre las reflexiones morales que la visión de este *tête-à-tête* le inspiró, Charlotte no pudo por menos de pensar en la gran dificultad que estos amantes secretos debieron de tener para encontrar un sitio adecuado para sus entrevistas a hurtadillas. Aquí, seguramente, se creían a salvo de miradas indiscretas... con el campo abierto ante ellos, una empinada pendiente, una valla jamás cruzada por el hombre a sus espaldas y una atmósfera densa y brumosa a su favor. Sin embargo, los había descubierto. Era una injusticia.

La casa era grande y hermosa; aparecieron dos criados a recibirlas, y todo tenía un aire satisfactorio de orden y corrección. *Lady* Denham se vanagloriaba de su residencia señorial, y se recreaba en el orden e importancia de su estilo de vida. Las pasaron al salón donde se hacía la vida habitualmente, de buenas proporciones y provisto de buenos muebles, aunque éstos, más que nuevos y ostentosos, se veían muy bien conservados. Como *lady* Denham no se encontraba allí, Charlotte tuvo ocasión de echar una ojeada a todo; y la señora Parker le explicó que el retrato de tamaño natural de un caballero imponente, colgado sobre la repisa de la chimenea que atraía inmediatamente la mirada pertenecía a *sir* Harry Denham, y que una de las muchas miniaturas del otro lado de la estancia, y que apenas destacaba, representaba

al señor Hollis. ¡Pobre señor Hollis! Era imposible no considerarle injustamente tratado: ser relegado en su propia casa, y ver el mejor sitio perpetuamente ocupado por *sir* Harry Denham.



Jane Austen, una de las más grandes escritoras de la literatura inglesa, nació en 1775 en la parroquia de Steventon, Basingtoke, en la que su padre ejercía de párroco anglicano. Tras un año en un internado de Reeding, único período de formación fuera del ámbito familiar, Jane Austen volvió al hogar paterno, iniciando allí su labor literaria. Con sólo dieciséis años, escribió algunas de las breves obras que recoge este volumen, para más adelante trazar los primeros esbozos de las que serían sus novelas más importantes. Entre 1796 y 1798 escribió *Juicio y sentimiento*, *Orgullo y prejuicio* y *La abadía de Northanger*, novelas que tardarían más de once años en publicarse. Durante ese período la familia Austen se trasladó a vivir a Southampton, para volver más tarde a Chawton, en el condado de Hampshire, donde la autora había vivido los primeros años de su infancia. Fue allí, tras el éxito cosechado por la publicación de *Juicio y sentimiento* (1811) cuando inició otro período de producción literaria con *Mansfield Park* (1814), *Emma* (1816) y *Persuasión* (1818), que se publicaría de forma póstuma tras su prematura muerte.

# Notas

[1] *The Baronetage of England*, o *Debrett's Baronetage of England* (se sigue publicando actualmente como *Debrett's Peerage and Baronetage*» por su editorial Debrett, ver <http://www.debretts.co.uk>). Este libro es un catálogo de la nobleza británica, con su genealogía y biografías de sus miembros. El de *baronet* es un título hereditario, que se sitúa entre el de barón (Baron) y caballero (Knight); recibe tratamiento de sir, pero no tiene categoría de Par ni forma parte de la Cámara de los Lores. <<



[2] Alusión al poema de Matthew Prior (1664-1721) *Henry and Emma*, en el que Emma muestra su voluntad de servir a una rival imaginaria inventada por Henry con el solo objeto de poner a prueba su amor. (N. del E.) <<

[3] *Gowland*: loción cosmética popular en la época. (N. del E.) <<

[4] *La señorita Larolles*: personaje de la novela *Cecilia* (1782) de Fanny Burney (1752-1840), quien, sentándose en el extremo de un banco, trata inútilmente de atraer la atención del hombre que le interesa en medio de una tumultuosa concurrencia. (*N. del E.*) <<

[5] *Camilla*: novela de Fanny Burney, publicada en 1796. Su heroína sufre los tópicos trasiegos de la novela sentimental. (N. del E.) <<

[6] *Lovelace*: el pérfido libertino de Clarissa Harlowe (1748), novela de Samuel Richardson. (N. del E.) <<